

SERIE

INSPECTOR  
MONFORT



# JULIO CÉSAR CANO

# CORAZÓN EN SILENCIO



Lectulandia

Crímenes brutales y asesinos suicidas obligan al inspector Monfort a afrontar un caso sin precedentes.

¿Quién querría atacar a las víctimas, unos jóvenes supervivientes con un futuro incierto?

Castellón acaba de estrenar nueva comisaría cuando se cometen varios crímenes con elementos en común: las víctimas son jóvenes extranjeros sin arraigo y el culpable se ha suicidado tras cometer el asesinato. Bartolomé Monfort, junto a sus inseparables Silvia Redó y Pablo Morata, lleva a cabo una investigación contrarreloj para evitar más muertes.

En la esfera personal, Monfort y la jueza Elvira Figueroa están pasando por un momento delicado en su relación y el inspector está muy preocupado por la salud de su padre. Una vez más, antepone el trabajo a sus seres queridos, al dolor de tener el corazón hecho pedazos.

Julio César Cano

# **Corazón en silencio**

**Inspector Monfort - 7**

**ePub r1.0**

**Titivillus 05-04-2025**

Título original: *Corazón en silencio*  
Julio César Cano, 2025

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

A Esther, eterna sonrisa de labios rojos.  
*Mi amor.*

## Escenarios de la novela



«Satanás estaba en las miradas de la gente, decía el libro.  
Satanás estaba en la sonrisa y en cualquier forma  
de contacto físico. Lo ponía en el libro».

*El mensaje que llegó en una botella*  
Jussi Adler-Olsen

«Y las palabras de los profetas fueron escritas  
en las paredes del tren subterráneo».

*The Sound of Silence*  
Simon and Garfunkel

«La vida no para, no espera, no avisa».

*Inoportuna*  
Jorge Drexler

CUANDO UN CORAZÓN se rompe en pedazos, el silencio que acontece suscita ruido. Despierta cantos de sirena que no seducen, revive conversaciones que fueron marginadas.

El silencio provoca ruido: la página de un libro al pasar, el viento que agita la cortina o la aguja del tocadiscos al llegar a su fin. Hasta su propia onomatopeya emite ruido: «shhh».

El silencio abrume, corrompe al indiscreto, alivia al precavido, proclama certezas y barrunta engaños repentinos.

Llamaron al timbre.

Devolvió el libro a la estantería, cerró la ventana y guardó el disco en su funda.

Fuera estaba el ruido, el medio en el que se desenvolvía bien, el orden que había establecido para sus propios recuerdos. También el precio a pagar por no mantenerse callado.

Sería oro, pero prefería el ritmo.

«Me llaman traidor cuando hablo de la derrota del silencio».



*ODIABA LOS DOMINGOS. Sobre todo por la mañana, cuando, tras obligarme a darme un baño y comprobar que la mugre de detrás de las orejas había desaparecido, mi madre me vestía con aquel traje de color negro que me quedaba demasiado estrecho. Lo había heredado de mi hermano mayor. Menos mal que la niña que nació después no lo podría utilizar. Los pantalones me estrujaban la barriga y me quedaban cortos por los tobillos, pese a que mi madre había sacado todo el dobladillo. La americana me apretaba en las axilas y en los hombros. Abotonarla era una tarea imposible. La camisa blanca, amarillenta por el uso y los lavados continuos, era de mi talla, pero el nudo de la vieja corbata pegada al cuello dejaba a la vista una papada prominente. «Vestido así pareces un cerdo», decía uno de mis pocos amigos. Lo que opinaban aquellos con los que no guardaba tan estrecha amistad es mejor no recordarlo.*

*Mi padre se había largado de casa el mismo día en que el médico les comunicó que la pequeña Elena había nacido con parálisis cerebral. ¿Para qué estaba Dios allí arriba si no era capaz de curar a la niña? ¿Por qué papá nos pegaba cada vez que volvía a casa? ¿Por qué el párroco se hacía el tonto en cada ocasión en que mamá le pedía ayuda cristiana? Y ¿por qué decía que lo de ella era pecado y, lo de él, cosa de hombres?*

*Duraría solo una hora, pero me estaba meando y no podía contenerme. Daba pasitos nerviosos adelante y atrás, y a cada uno de ellos recibía un codazo, bien de mi madre, bien de mi hermano. Traté de desabrocharme el pantalón para que se relajara el vientre, pero me quedaba tan estrecho y el ojal era tan pequeño que no había forma de soltarlo. Al principio, cuando me meé encima, sentí alivio. Instantes después, cuando el pequeño reguero de orina llegó hasta los zapatos rotos de mi hermano y le mojó los calcetines, supe que la había cagado.*

*El cura seguía impertérrito con su monótono sermón.*

*¿Qué Dios era aquel que no nos quería?*

EL 21 DE mayo de 1981, Bob Marley fue enterrado junto a su guitarra Gibson, un balón de fútbol, un puñado de marihuana y una Biblia abierta por el Salmo 23.

«Jehová es mi pastor, nada me faltará».

Lunes, 7 de febrero de 2011

A LAS SEIS en punto de la tarde, el hombre entró en el local y, por alguna razón, casi todos los presentes se volvieron a mirarlo. Las conversaciones se apagaron y solo se oía una popular canción de estilo *reggae* que sonaba en aquel preciso instante: *No Woman No Cry*.

Estaba fuera de lugar, no había que ser demasiado perspicaz para darse cuenta de ello. Su aspecto, a no ser que supiera disimular a la perfección, eliminaba la posibilidad de que se tratara de un miembro de la Policía.

Tan solo había unos pocos hombres vestidos con traje y corbata sobando a mujeres vestidas con ropa provocativa. Olía a perfume empalagoso y a desinfectante. Había una pequeña pista de baile ocupada solo por un viejo que, a pesar de la llegada del extraño, continuaba bailando torpemente con una joven negra. Ella, que sujetaba un vaso de tubo en la mano, iba maquillada en exceso y se había subido la falda hasta los límites de lo racional.

El hombre que acababa de irrumpir en el local introdujo la mano derecha en el bolsillo del holgado abrigo. Extrajo un arma que parecía de juguete, pero que en realidad no lo era. Con los dientes apretados y el ceño fruncido, se dirigió deprisa hasta el viejo que se ceñía lascivamente a su pareja de baile agarrándola del trasero con una mano de dedos gruesos. De un empujón, apartó a la chica y clavó el cañón de la pistola en la panza de su acompañante. El viejo dirigió una mirada incrédula al lugar exacto donde le presionaba el metal. No dio tiempo a ningún otro gesto, ninguna palabra, tampoco intento alguno por defenderse. La detonación fue seguida de un violento esparcimiento de sangre y vísceras por el suelo de la pista de baile y los sillones cercanos; hasta la bola de espejos que pendía del techo quedó impregnada con los restos del pervertido. Un chorro de sangre encarnada brotaba de su vientre como un pequeño surtidor. El viejo

hizo un par de movimientos convulsos con las piernas y los brazos, una sacudida desesperada que cesó de golpe para dar paso a la muerte.

A continuación, se dirigió a la joven que lloraba y temblaba presa del pánico. Uno de los empleados del local se acercó corriendo, pero, cuando el hombre lo apuntó con el arma, se detuvo. Le quitó a la muchacha el vaso que todavía sujetaba en una mano y vertió el contenido sobre su cabeza, mojándole el pelo y la cara.

Masculló unas palabras en voz tan baja que nadie alcanzó a escucharlas.

Luego le disparó entre los ojos.

La tercera bala fue a parar a su propia sien.

## Horas antes, por la mañana

MONFORT TENÍA LOS pies subidos a la mesa del despacho que le había sido adjudicado en la nueva comisaría provincial de la Policía Nacional de Castellón de la Plana. Era su primera jornada tras unos días de descanso. Todavía había operarios que daban los últimos retoques al edificio; un sinfín de martillazos y otros ruidos de difícil identificación que amenizaban de pena una mañana que pretendía ser lluviosa, pero que, a buen seguro, no lo sería. El agua caída del cielo era un bien escaso en la provincia, a pesar del habitual paso de compactas nubes que viajaban impulsadas por el viento. Incluso con la puerta cerrada, llegaba a sus oídos la insufrible melodía de los porrazos. Olía a nuevo. Le habían instalado un moderno ordenador con una pantalla enorme; alguien había tenido misericordia. A cierta edad, las cosas se ven mucho peor. Sin embargo, habría sacrificado parte del tamaño del monitor a cambio de unos altavoces decentes y no los ubicados a los laterales de la pantalla, que carecían de graves y dejaban escapar unos agudos insoportables para un oído cultivado como el suyo.

Fuera habían caído cuatro gotas. Una lluvia de verdad habría sido recibida con los brazos abiertos por la tierra seca sembrada de campos de naranjos que podía contemplar desde la cristalera. En el horizonte se perfilaban las altas chimeneas de la refinería y una pálida línea de mar. De las innumerables diferencias entre aquel lugar y la antigua comisaría de la ronda de la Magdalena, la que más le molestaba de momento era el calor asfixiante que hacía en el nuevo despacho. Claro que lo otro era un frío que calaba los huesos y entumecía cualquier parte del cuerpo que no estuviera cubierta.

Fumar iba a convertirse en un problema. Los dos chismes anclados al techo, con su intimidatoria luz roja parpadeante, eran una señal de advertencia en toda regla.

Observó también la amplia mesa, apenas ocupada por un teléfono fijo de diseño sofisticado, con un montón de teclas que tardaría meses en aprender para qué servían; el teclado del ordenador, tan delgado que ofrecía una imagen de fragilidad; una libreta de tamaño folio en la que había hecho cuatro garabatos en la primera página y una taza conmemorativa de la reciente inauguración con cuatro o cinco bolígrafos en su interior. La silla era cómoda. «Ergonómica», le había indicado Romerales, que habría aprendido la palabreja para soltársela a todo aquel que ocupara un despacho.

A su espalda, había una fotografía del rey y una bandera española que pendía de un mástil cromado de tamaño considerable. «De lo más relajante», pensó. Faltaba el crucifijo. Tal vez los martillazos de los operarios se debían a que estaban clavando cruces por todos los despachos. Podía marcharse de allí y cerrar la puerta con llave. Quizá, si encontraban la puerta cerrada, pasarían de largo cuando les tocara el turno de clavar a Cristo en su pared.

En uno de los laterales de la habitación había un sofá que parecía confortable. Tal vez fuera útil para echar una cabezada si antes bajaba la cortinilla de la puerta acristalada.

Había movido el ratón sobre la mesa para que el ordenador saliera de su reposo. La pantalla se había iluminado dejando a la vista el logotipo del Cuerpo. «Apasionante imagen». Siempre se había mofado de la gente que utilizaba fotos familiares o paisajes bucólicos como salvapantallas. Tal vez era el momento de cambiar de opinión.

Se respiraba un tufo a pegamento. Salía por el conducto de ventilación y se mezclaba con el aire demasiado caliente. No, las obras no habían terminado. Podría tomarse unos cuantos días más de asueto mientras todo aquello se ensamblaba de una puñetera vez y asimilaba que el tugurio que era antes la comisaría nunca volvería a abrir sus puertas.

Se puso de pie y dio varias vueltas por el espacioso despacho. Miró por la ventana. No quedaba ni rastro de la miserable lluvia caída. Las nubes, debilitadas ya, dejaban paso a los primeros rayos de luz de la mañana. Sobre la mesa de cristal baja frente al sofá había varias revistas de la Policía y un ejemplar de *El Periódico Mediterráneo* del mes de enero, de cuando se inauguró el edificio. Se imaginó que alguien, orquestado por Romerales, los había repartido por todos los despachos y había ordenado que permanecieran como testigo del gran acontecimiento. Todavía

recordaba el tremendo cabreo que se había pillado el jefe por que no hubiera acudido a «este evento histórico para la Policía Nacional y para la ciudadanía de Castellón en general», según sus propias palabras. Más que gritarle, lo que había hecho era enfurruñarse, como un niño al que su padre olvida recoger a la salida del colegio porque se ha quedado en el bar tomando cañas con los amigos.

Abrió el periódico por la primera página.

«Castellón ya tiene una comisaría del siglo XXI», rezaba el titular. Y, a continuación, leyó lo mismo que había hecho tiempo atrás en algún bar, donde el periódico tenía las páginas manchadas de aceite y cerveza.

El vicepresidente primero del Gobierno y ministro del Interior, Alfredo Pérez Rubalcaba, ha inaugurado esta mañana la nueva comisaría provincial de la Policía Nacional en Castellón de la Plana. Rubalcaba ha estado acompañado en la inauguración por la delegada del Gobierno en la Comunitat Valenciana, Ana Botella; el subdelegado en Castellón, Antonio Lorenzo; el alcalde de la ciudad, Alberto Fabra, y miembros de la corporación municipal, representantes políticos y mandos de los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado. El vicepresidente ha agradecido al alcalde de Castellón la cesión de los terrenos para la construcción de la comisaría y lo ha calificado de magnífico ejercicio de colaboración.

Él no había estado presente, claro que no. Se había excusado diciendo que debía estar junto a su padre.

—¿Eso les has dicho?! —había protestado iracundo su progenitor cuando le preguntó qué demonios hacía allí en un día tan importante. Monfort había pensado que Romerales y él podían haber sido uña y carne.

Llamaron a la puerta del despacho. Monfort gritó «¡adelante!», y apareció al momento la cabeza de un joven agente.

—Disculpe, inspector. En la sala de descanso hay café, refrescos y algo para comer. Hoy es mi cumpleaños.

Cualquier cosa antes de quedarse allí encerrado con los pensamientos de su padre disertando en voz alta.

LA SALA ESTABA concurrida. También allí olía a pegamento. Buscó a Silvia Redó con la mirada, pero no estaba. Tampoco Romerales, para su satisfacción. Se acercó a los agentes Terreros y García, que bebían de sendas latas de refresco. Pusieron frente a él una bandeja con pedazos de

empanada, o coca, como allí llamaban a aquello. Tomó una porción y le dio un bocado.

Sus compañeros le dijeron que el nuevo agente era de Sant Joan de Moró, una población a escasos veinte minutos de la capital, en el epicentro de la actividad cerámica de la provincia. La coca que había llevado habría arrancado las lágrimas del más avezado sibarita gastronómico. Entre las dos capas de masa dorada al horno pudo distinguir los sabores de las patatas cortadas en láminas finas, del huevo cocido, del ajo y del perejil picado y, finalmente, del ingrediente que le pareció la estrella de la propuesta: el bacalao.

—¡Pallarés! —exclamó el agente García para captar la atención del que celebraba su onomástica—. ¿Por qué la llamáis *coca de pataca* cuando lo que manda aquí es el bacalao?

Monfort aceptó una segunda porción. Sus papilas gustativas brincaban de alegría por la profusión de la exquisita mezcla de sabores. Mientras masticaba, pensó en un buen vino, o en cualquier otra cosa que no fuera aquella lata de color rojo que sujetaba con la otra mano.

—Tiene razón —respondió el agente—. Pero es que no son todas iguales. Esta otra que hay aquí es de morcilla. Aunque patata llevan las dos, y por eso el nombre de *coca de pataca* —aclaró guiñándoles un ojo.

LA JUEZA ELVIRA Figuerola lo estaba esperando en el nuevo aparcamiento, apoyada en un lateral del Volvo. Al verlo llegar, dio unos golpecitos con el dedo índice de la mano derecha sobre la esfera de su reloj de pulsera. «¿Tanto me he demorado desde su llamada?», se preguntó Monfort. Habían quedado para comer, no para ir de compras por el centro.

—Hueles a ajo —le espetó Elvira.

Él pensó que mejor oler a ajo que a quinoa.

—Y tú a Chanel número 5 —respondió, acelerando para incorporarse a la calzada.

MONFORT PASÓ EL resto de la tarde en su habitación del Hotel Mindoro. Para no tener que excusarse con Romerales por su ausencia, había ignorado las dos llamadas, y a su extenso mensaje había respondido con un simple: «Luego te llamo». Elvira tenía una reunión en los juzgados de



Castellón. Monfort pensó que tras la botella y media de vino y las dos lubinas al horno que se habían metido entre pecho y espalda, lo que fuera que tuviera que discutir se le haría largo y soporífero. Pero la jueza estaba curtida en aquel tipo de envites, y por ello no había renunciado a un segundo chupito de licor de hierbas antes de salir del restaurante. Luego la había acompañado en el coche hasta los juzgados, donde se celebraba el concilio entre magistrados.

LA SUBINSPECTORA SILVIA Redó había destrozado a patadas una caja de cartón que contenía los recuerdos de su padre y de su hermano, ambos muertos a manos de ETA. Había pasado demasiado tiempo desde que ocurrió el fatal desenlace de la bomba trampa en la que los dos policías cayeron como unos ingenuos. Esparcidos por el suelo del pequeño salón de su piso frente al edificio de correos de Castellón, quedaban fotografías y algunos enseres de las víctimas, así como las condecoraciones, diplomas y el resto de mandanga con la que las instituciones enmascaraban la falta de empatía con los familiares de los muertos. Había accedido a asistir a demasiados actos vestida como una idiota. Siempre con el rostro hinchado por las lágrimas, sujetando a una madre deshecha por el dolor, por cuyas venas corría todo tipo de drogas permitidas: psicofármacos, hipnóticos o sedantes. Una sarta de venenos que convertían la sangre en barro.

Dio una última patada dirigida a la cruz de plata engarzada en una cinta con los colores de la bandera de España y luego se dejó caer en el sofá.

Sonaba a todo volumen una canción de Beck, el cantante californiano al que se llegó a asociar con la Cienciología, el sistema de prácticas y creencias religiosas que predicaba que los humanos son seres espiritualmente inmortales que han olvidado su verdadera naturaleza.

Soy un perdedor.

*I'm a loser, baby.*

¿Por qué no me matas de una vez?

Sobre la mesa del comedor estaba su teléfono móvil. Lo miró enojada. No había sabido determinar si el cabreo era por los trágicos recuerdos familiares, por lo sucedido con el agresor del agente Robert Calleja o tal

vez por aquel mensaje de Monfort, en el que le decía que se iba a comer con la jueza de las narices.

## Dos meses antes

Jueves, 16 de diciembre de 2010

DESDE EL PUERTO Deportivo de La Línea de la Concepción, Monfort había llamado por teléfono a Óscar Calleja, quien sabía dónde se escondía Ángel, el agresor de su hermano Robert. Tenía accionado el sistema de manos libres.

Desde aquella distancia, la imponente mole caliza del peñón de Gibraltar causaba respeto. Con sus cuatrocientos veintiséis metros sobre el nivel del mar, se encontraba justo en el lugar donde se unen el Atlántico y el Mediterráneo. Era un punto estratégico de las rutas marítimas y una codiciada plaza militar. Aunque en realidad lo que más impresionaba era su pared casi vertical.

—Dicen que hay monos allí arriba —había comentado Silvia mientras sonaban los tonos de llamada.

—Y abajo también debe de haberlos —resolvió Monfort con ironía.

Óscar había contestado al otro lado de la línea, en esa ocasión de la telefónica.

—¿Dónde está?

—En La Línea de la Concepción. ¿No quedamos así? Tampoco es que me dieras unas coordenadas tan exactas.

—No me joda, *picha*. No se haga el sabihondo.

Monfort había guardado silencio. Más de ochocientos kilómetros, casi diez horas de viaje en el viejo Volvo. Infinidad de canciones escuchadas de todos los estilos; sí, del gusto de Silvia también, aquel pop empalagoso en ocasiones. Bocadillos en decadentes bares de carretera. ¿Por qué les parecía tan mal untar el pan con tomate y rociarlo con aceite de oliva? Lavabos faltos de limpieza y sueño acumulado. Pese al esfuerzo que

habían hecho por llegar hasta allí, podía interrumpir la llamada, dar la vuelta y que le dieran por el saco al hermano gallito de Robert.

En aquel momento empezó a sonar el móvil de Silvia, que no había tenido la precaución de ponerlo en silencio.

—¿Quién más está con usted?! —preguntó Óscar alarmado—. ¡Le pedí que viniera solo! ¡No ha cumplido su palabra! ¡Voy a colgar y terminaré solo la faena!

—Deja de comportarte como un gilipollas —atajó Monfort—. Es la subinspectora Silvia Redó.

—¡Le dije que ni una palabra!

—¿Cómo iba a mantenerla al margen? Lo más inteligente habría sido que hubieras contado con ella desde el principio; bastante se jugó el pellejo en los primeros días de la búsqueda. ¿O tampoco recuerdas el tiempo que pasó en Sanlúcar de Barrameda cuando tu hermano ingresó en la UCI?

Silvia no necesitaba que Monfort la defendiera, ni que pusiera en valor lo que había hecho por Robert en Cádiz. No era una imposibilitada, ni sorda, ni muda tampoco.

—No seas imbécil, Óscar —soltó ella de repente—, piensa en tus padres. Si la cagas, perderán ellos. Si metes la pata, pagarán las consecuencias de tus bravuconadas.

—¿Gilipollas? ¿Imbécil? Pero bueno, ¿qué *bastinazo* es este? ¿Quién sabe dónde se esconde ese *hijoputa*, ustedes o yo?

## Lunes 7, por la tarde

HABÍA TANTA EXPECTACIÓN que parecía que alguien famoso hubiera ido a actuar al infecto local situado a las afueras de Castellón. Los agentes uniformados disolvieron a los curiosos, al principio con palabras amables y luego con órdenes intimidatorias. Evitar el cotilleo morboso era siempre una tarea difícil. Si había muertos de por medio, la cosa solía complicarse aún más. Y aquella tarde había tres.

La mujer asesinada de un disparo en la cabeza era muy joven. El homicida se había quitado la vida segundos después. El otro hombre, el viejo, al que había matado en primer lugar, tenía un agujero en el estómago, un redondel encarnado donde la sangre ya había dejado de brotar.

Había interés por parte de los trabajadores del local en dar su propia versión de los hechos; tal vez creían que así nadie los juzgaría por el ambiente de alterne del lugar. Por el contrario, los pocos clientes que se encontraban allí aquel lunes no tenían ningún afán en colaborar, y mucho en que sus nombres no aparecieran en los informes. El dueño del establecimiento, que se encontraba ausente en el momento del suceso, fue alertado inmediatamente. Según un camarero, no tardaría en llegar.

—Era de Mauritania —explicó la mujer que parecía ser la jefa de las chicas que estaban en el local. Mientras hablaba, fumaba de forma compulsiva—. Su madre estuvo con nosotras hasta que el cáncer se la llevó al otro barrio. —Guardó silencio un momento y luego gruñó en voz baja para sí misma—: El cáncer se las lleva. —A continuación, levantó la cabeza como si se hubiera recuperado y prosiguió—: No tenía familia, ni lugar a dónde ir. Aunque parecía una niña, acababa de cumplir los diecinueve. Era como una hija para nosotras. Pregunte si quiere a las compañeras —animó al policía señalando uno de los sofás del reservado, donde se apelotonaban las otras mujeres vestidas de forma indecorosa. En

aquellos momentos, las luces encendidas y los focos de la Científica iluminando el espacio de forma exagerada dejaban a la vista la miseria de la prostitución.

El que preguntaba era el inspector Monfort. Aunque era consciente de que se había dejado la libreta en el hotel, cada varios segundos se palpaba los bolsillos del abrigo como acto reflejo. A escasos metros, el forense Pablo Morata y su nueva ayudante estaban arrodillados junto a los tres cadáveres. Los restos de masa cerebral y la abundante sangre esparcida daban la nota desagradable a la escena. Los agentes de la Científica, junto a Silvia Redó, recomponían la imagen del terror y la muerte. Los agentes Terreros y García interrogaban a los cuatro trabajadores del local. Lo siguiente sería preguntar a las mujeres que aguardaban en el sofá. Algunas tenían los rostros endurecidos por una vida plagada de dolor y desencanto. Otras, simplemente lloraban y tiraban de sus faldas hacia abajo en un intento inútil por cubrirse las piernas.

—¿Había visto alguna vez al atacante?

—No, nunca. Entró y fue directo a la pista.

—¿Y sus compañeras?

—Tampoco.

—¿Cree que la joven podía conocerlo?

—No lo creo. Apenas tenía contacto con la gente de la calle. Vivía con nosotras. Si se hubiera estado viendo con alguien, lo habríamos sabido, así que ya le digo yo que no era el caso.

Monfort pensó en la posibilidad de que aquellas mujeres la tuvieran encerrada como a una esclava, y de que solo la sacaran para ejercer la falacia de lo que denominaban trabajo. Quizá el asunto del cáncer de la madre solo fuera una excusa para ablandar los corazones. Pero el del inspector estaba lo bastante habituado a mentiras y desazones.

—¿Quién es el viejo? ¿Por qué bailaba con ella?

—Es un cliente habitual... bueno, era —respondió azorada la mujer—. No le hacía nada malo. Le gustaba bailar con ella; tal vez se restregase un poco, pero a esa edad... —Levantó el dedo índice y luego lo dobló hacia abajo—. Ya me entiende. Venía casi cada noche. Pagaba algunas copas. No pedía nada a cambio, solo eso, poder bailar con ella.

—¿De cuántas noches estamos hablando para que se hubiera convertido en un cliente habitual? No sé, diga una cifra, más o menos. Una semana, un mes, un año.

—Puede que un mes. O igual más, no lo sé.

—¿Todas las noches?

—Ya le he dicho que casi cada noche. No llevo un control tan exacto. Puede que viniera tres o cuatro días por semana.

—Bien, preguntaremos a las demás. Por cierto, consígame el pasaporte de la joven; su documentación.

—¿Yo?

—Sí, claro, quién si no. Ha dicho que no tenía familia, que vivía con ustedes y que era como una hija, ¿no?

La mujer tragó saliva y dio un par de caladas seguidas a lo que le quedaba del cigarrillo. Monfort abrió las fosas nasales para que le llegara el aroma del tabaco rubio.

—¿Para qué lo necesita?

—Para comprobar su edad, el nombre de los padres, dónde nació... ese tipo de cosas que a los polis nos gusta saber para hacernos una idea de quién es la persona que ha muerto de un disparo entre los ojos.

—¿Es que no se fía de mi palabra?

Monfort se pasó una mano por la nuca y arqueó las cejas. Se sentía cansado. Le habían interrumpido una relajante noche en su habitación de hotel. Había comprado el último CD de Nick Cave, un disco publicado en 2008 en el que el australiano parecía haber vuelto a sus inicios con piezas de blues y rock apreciativamente rudas. El disco se titulaba: *Dig Lazarus, Dig!!!* Y justo en el lugar en el que se encontraba en aquellos momentos, no dejó de parecerle curioso que la estrofa de la canción que abría el álbum dijera: «Cávate a ti mismo, Lázaró. Cávate a ti mismo de vuelta a ese agujero».

—Puede que no del todo —respondió a la mujer.

Un hombre joven irrumpió en la sala acompañado por un agente que intercambió unas palabras con la subinspectora Redó. Ella hizo una señal a Monfort para que se acercara.

—Es el dueño del local —lo informó cuando estuvo junto a ella.

Monfort se lo había imaginado como alguien de mayor edad, tal vez menos en forma y para nada atractivo o bien vestido.

—He venido lo antes posible —se excusó. Parecía afectado por el suceso. Vestía americana y una camisa negra abierta con los tres primeros botones desabrochados, dejando entrever el pecho. Llevaba un pantalón

vaquero recién estrenado y botas camperas bien lustradas—. Me llamo David Prieto.

Tenía buena dicción, no había bebido. Tampoco parecía que hubiera consumido drogas. Tendió una mano a Monfort. El inspector estuvo tentado de preguntarle si su ausencia podía deberse a que estuviera entrevistando a nuevas mujeres que, una vez contratadas, venderían sus cuerpos a cualquier individuo dispuesto a mancillarlos.

—Aunque intente vendernos su santidad con cualquier burda excusa, ha de saber que lo que sucede aquí es del todo ilegal. —Lo reprendió para que tuviera claro desde un principio el rechazo que le producían aquel tipo de lugares y los indeseables que los regentaban.

—No se equivoque. —Era de menor estatura que Monfort, que le sacaba más de una cabeza, pero no parecía que eso lo amilanara lo más mínimo—. Tengo todos los papeles en regla. Cuando quiera se lo demuestro.

Monfort miró a las mujeres a las que en aquel momento estaban entrevistando los agentes Terreros y García. Luego volvió la vista al lugar donde reposaban los tres cadáveres. El forense y su ayudante seguían arrodillados, preparando los cuerpos para ser trasladados al Instituto de Medicina Legal de Castellón.

—Bien, veremos esos papeles. De todos modos —dijo, y señaló el charco de sangre que ocupaba gran parte de la pequeña pista de baile—, después de lo que ha pasado, aquí ya no va a venir ni Dios.

NINGUNO DE LOS presentes conocía al asesino, aunque sí al cliente asesinado. Uno de los parroquianos se ruborizó cuando le preguntaron por la joven fallecida, a la que conocía bien. De hecho, todos parecían una gran familia, según le dijo después el agente García al inspector. Las mujeres negaban de forma categórica que fueran allí para comerciar con sus cuerpos, lo cual era del todo imposible de creer a tenor de su aspecto y del decorado del local. Repetían como loros una serie de embustes bien aprendidos: «Venimos a pasar el rato. Somos solteras, podemos hacer lo que nos dé la gana». Los clientes argumentaban trabajar cerca y acudir al finalizar la jornada laboral. «Nada que no se haga en otros lugares. Cada uno elige dónde beberse un par de cervezas», replicó uno de ellos con desparpajo.



La ayudante del forense parecía muy joven y estaba pálida. Puede que la falta de color en la piel se debiera a que trabajaba mano a mano con Morata en el sótano del Hospital Provincial, aunque la infinidad de pecas que moteaban su rostro y el color rojizo de su pelo recogido indicaban que podía tratarse de su tono natural.

—¿Qué tal? —le preguntó Monfort mientras el forense departía algo importante con Silvia.

La joven levantó la cabeza. Llevaba puesta una mascarilla.

—Fantástico —dijo con sarcasmo. Su acento la delató.

—¿Inglesa?

—Irlandesa —lo corrigió. Cuán hartos estarán los irlandeses de que los confundan con sus vecinos.

—¿Del norte o del sur? —insistió Monfort. La joven se puso de pie. Era delgada en exceso. Se retiró la mascarilla. Llevaba las manos enfundadas en guantes de látex. Vestía vaqueros desgastados, zapatillas de deporte y una bata que ocultaba lo que llevara debajo. Gran parte del rostro lo ocupaban unos grandes ojos de color marrón claro, casi rojizo; como su pelo, y como sus pecas.

—Católica —fue su respuesta. Se subió la manga de la bata y le mostró un tatuaje que llevaba en la parte interna del antebrazo izquierdo, entre la flexura del codo y la muñeca. Era un mapa de Irlanda. Señaló un punto en el suroeste y antes de volver a lo que estaba haciendo dijo—: De Kerry. «El Reino».

El forense le dio una palmada a Monfort en la espalda a modo de saludo.

—Lina, ten cuidado con este, es perro viejo. —La joven volvió la cara y frunció el ceño. A bien seguro que todavía no entendía los chascarrillos y directes de su jefe—. Si lo ves a menudo, es mala señal.

La ayudante de Pablo Morata siguió a lo suyo.

—¿Una estudiante de prácticas?

—Nada más lejos de la realidad. Se llama Lina O'Brien y es una forense destacada en su país.

—¿Tan joven? —objetó Monfort.

—No te dejes engañar por su aspecto de no haber roto un plato.

Lina soltó un bufido. Tal vez no comprendía todo lo que estaban hablando a su espalda, pero no era difícil intuirlo.

—Entonces, ¿no es una becaria?

Morata negó con la cabeza.

—¿Y qué hace aquí?

—La han enviado para ver cómo nos desenvolvemos. Cuando regrese a Irlanda, hará todo lo contrario de lo que haya visto aquí.

Silvia se les acercó.

—Quizá no sea el mejor momento para charlar sobre la cultura social de la isla esmeralda. La llaman así, ¿verdad? —le preguntó a Lina. Esta miró a la subinspectora y le dedicó una amplia sonrisa.

—Ya ves —añadió el forense—, ellas ya son amigas. A ti te costará un poco más. Eres más..., no sé cómo decirlo..., ¿meridional?

Las dos mujeres sonrieron y se pusieron a hablar en inglés de lo que fuera que Lina tuviera entre manos. Algo viscoso, en cualquier caso.

Morata se llevó a Monfort a un lado.

—Menuda carnicería. Disparó al viejo a la altura del ombligo, con el cañón de la pistola presionándole en la barriga. Hay más vísceras repartidas por la sala que callos y asadura en un puesto de casquería. Luego le disparó a ella entre los ojos y, a continuación, se disparó a sí mismo en la sien derecha. En tres o cuatro segundos lio la barbarie que ves. No tardaría mucho más.

—¿Hay algo que hayas visto que pueda ser de ayuda?

—Que era demasiado joven —señaló el cuerpo de la mujer, que ya estaba tapado.

—Dice la que parece la jefa que tenía diecinueve años.

—Que te lo demuestre.

—También dice que era de Mauritania y que cuando su madre murió de cáncer, la chica se quedó con ellas.

—No te creas de la misa la mitad. Lo único cierto es que está muerta. Falta por ver quién la velará en el entierro.

*CON UNA MADRE beata y un padre fugado al que esta lloraba cada noche, poca libertad se podía respirar en aquella casa. Ella estaba convencida de que, a base de lágrimas y rezos, lo vería entrar de nuevo por la puerta, aunque en el fondo de su ser viciado por la religión supiera que, si lo hacía, sería para molerla a palos.*

*Mamá dejó de ir a pedir ayuda cristiana al párroco. Era él quien acudía a casa más a menudo de lo que me parecía habitual para un hombre de iglesia y una mujer a la que se podía tratar como a una viuda. Yo veía cómo la miraba, la sonrisa aviesa que aparecía en su cara, cómo aceptaba los cafés que ella le ofrecía, aunque no fuera la hora de tomar café. A veces pensaba cómo era posible que un hombre pudiera tomar tantos cafés. El párroco era un hombre joven, alto y fuerte, con el pelo muy negro y bien cortado. Su mirada intimidaba a cualquiera; al menos a mí, sobre todo cuando me escrutaba de arriba abajo como si deseara que me esfumara nada más hacer acto de presencia. Tenía las manos grandes y perfectas. Con las uñas limpias y bien arregladas, no como las mías, que siempre tenían una línea negra de suciedad. Olía a polvos de talco y nunca sudaba pese a que vestía pantalón largo y americana. Sus dientes eran blancos y estaban bien alineados, no como los de mi padre, que eran del color del barro y parecían una valla destartada.*

*A mi hermano lo habían enviado a un campamento de verano en algún lugar de las montañas. La estancia estaba financiada por la Iglesia para familias con escasos recursos, que eso era lo que debíamos de ser nosotros, porque el cura hablaba de ello en casa. Y mi madre, cuando él hablaba de eso, lloraba y se pasaba las manos por el pelo. Le hubiera ido bien ir a una peluquería, arreglarse un poco y comprarse un vestido nuevo, pues andaba todo el día por casa con una bata que le quedaba estrecha y cuyos botones, de tan tirantes, dejaban ver parte del sujetador que oprimía su generoso pecho, así como su cintura y sus muslos. Aquello parecía no molestar al cura, pues era el objeto de sus miradas. Y, cuando miraba hacia esas partes, parecía estar hipnotizado.*

A LAS NUEVE y media de la noche, todavía quedaba un considerable número de testigos por ser interrogados en la nueva comisaría. Si algo positivo tenía aquel lugar era el espacio, en el que se podía albergar a una cantidad ingente de malhechores y sospechosos.

—Tal vez el espacio sea el verdadero lujo —argumentó la subinspectora Redó tras comprobar que los tenían a todos a buen recaudo.

Ocupaban distintas salas por grupos: las mujeres que supuestamente ejercían la prostitución en el local, los trabajadores, los clientes que se encontraban en el momento de los asesinatos y, por último, el dueño del local, que aguardaba en el pasillo a que Monfort lo llamara a su despacho. El galimatías de voces y quejas era digno de un partido de fútbol regional.

Monfort había enviado un mensaje corto a la jueza Elvira Figueroa. Se habían quedado sin cenar y, a cambio, él tenía entre manos tres cadáveres a los que atribuirles una causa, si es que tal cosa era posible, que justificara sus muertes. Tras el mensaje, la jueza había decidido esperarlo en el hotel. Pero a la vista estaba que el inspector se iba a demorar más de lo previsto.

Se reunió con el comisario Romerales en su enorme y flamante despacho. El dueño del local debería esperar. Por él, pensó Monfort, como si esperaba hasta el día del juicio final. Ojalá que entonces lo juzgara un tribunal inquisidor que mandara al infierno a los que comerciaban con mujeres.

—¿Cómo puede ser que nadie conozca al hombre que irrumpió con el arma en el local? —preguntó Romerales visiblemente contrariado.

Monfort alzó los hombros.

—No llevaba documentación. Ni nada en los bolsillos que pueda aportar algún dato sobre su identidad —lo informó.

—¿Y el viejo?

—Ya está identificado.

—¿Cómo se llamaba?

—Tomás.

—¿Y su apellido?

—Tomás «Putero», diría yo.

—Venga, Monfort, no me toques los huevos.

—Campillo. Tomás Campillo. Setenta y ocho años. Viudo. Era el dueño de una fábrica de pinturas que regenta el mayor de sus tres hijos, que debe estar ahí, entre los tantos que pueblan la reunión de especímenes que hemos montado. Parecen los camerinos del circo de los horrores antes de salir a escena. Está muy afectado.

—No me extraña; un padre muerto de un tiro en la barriga...

—Puede que le afecte más saber que a su padre se le ponía tesa con jovencitas.

—Háblame de ella.

—No sabemos casi nada. Según la mujer que se ha erigido como la portavoz de las demás, es la hija de una compañera que, al morir de cáncer, quedó a su cuidado. Era mauritana. La mujer afirma que tenía diecinueve años, pero no sabe dónde tiene los papeles.

—¿Está indocumentada?

—Eso parece.

—Apriétale los tornillos, y a las otras también, por separado, aunque nos lleve todo el día. Ofrecedles algo..., no sé, protección, un lugar para vivir decentemente, sanidad... Seguro que alguna habla.

—¿Y si era menor? —aventuró Monfort.

—Pues entonces irán todos al trullo.

—¡Qué resolutivo, por Dios!

—¿Quién es el asesino? ¿Crees que el viejo lo conocía? ¿O tal vez la joven?

—No lo sé, no soy adivino. —Monfort especuló en voz alta mientras garabateaba en la pizarra de vinilo del despacho de Romerales—. Un tipo entra en el local, va directo hasta la pista de baile donde están la muchacha y el viejo. No hay nadie más bailando, ni siquiera sentado a pocos metros. El asesino clava el cañón de la pistola en la panza del hombre y dispara. Luego le descerraja un tiro a la muchacha entre las cejas y por último se vuela la tapa de los sesos. Hay un detalle en el que coinciden al menos dos de los trabajadores.

—¿Cuál?

—Antes de disparar a la chica, el hombre pronunció unas palabras. Pero nadie pudo escucharlas.

Romerales arrugó el entrecejo.

—¿Ese es el puto clavo ardiendo al que nos estamos aferrando?

Monfort hizo un mohín con los labios.

—Sonaba un disco de Bob Marley. Tal vez solo estuviera canturreando.

—¡INTENTEMOS ACABAR CON esto lo antes posible —le pidió a Monfort el dueño del local cuando accedió a su despacho acompañado de un agente.

—¿Acabar con qué? ¿Quiere que se acabe con alguien más? ¿Es que tres no es un número suficiente para usted?

Lo invitó a sentarse en el sofá para que pareciera una charla distendida.

—David Prieto, si no me equivoco —comenzó Monfort.

—Exacto —confirmó el hombre.

Monfort miró sus botas camperas.

—Una vez estuve en Valverde del Camino, en la provincia de Huelva. Me contaron que había más de trescientos cincuenta zapateros que fabricaban más de cuatrocientos mil pares de botas cada año. Sí, cuatrocientos mil; a mí también me parecen muchas botas, pero esa gente es capaz de todo. Imagínese lo que deben facturar anualmente. Mucho más que usted en el local —rio como si al dueño tuviera que hacerle una gracia que evidentemente no le hizo—. ¿Las tuyas son de Valverde del Camino? —Señaló las botas con la barbilla.

—No tengo ni idea —respondió el hombre—. Tampoco creo que tengamos que ponernos a charlar de la industria del calzado.

—No lo sé. Como ha dicho que intentemos acabar con esto lo antes posible, he pensado que, tal vez, si hablamos de otra cosa que no sea la muerte de un cliente y de una joven, además del suicidio del asesino, se sentiría usted mejor. Si quiere puedo pedir unas cervezas y algo de picar. Yo prisa no tengo. Cuando lo crea conveniente, le empezaré a preguntar sobre el tráfico de mujeres que se lleva a cabo en su local. También puedo informarle de lo que puede acarrear que una posible menor ejerza la prostitución en su propiedad. Y encima que le hayan volado la tapa de los sesos, que, por cierto, costará limpiar de la pista de baile.

—Tengo todos los papeles en regla.

—Sí, son esos que están encima de la mesa. —Miró de forma despreocupada la carpeta que estaba junto a la enorme pantalla de ordenador.

—Pues entonces ya está claro. ¿Y ahora qué pasará?

Monfort consultó su reloj de pulsera. A decir verdad, fue un acto reflejo, ni siquiera se fijó en la hora que era.

—Hombre... Claro, la verdad es que no hay nada, a menos que usted aporte datos sobre quién era el asesino. O sobre la joven, a la que tampoco podemos identificar de forma fehaciente porque sus papeles no aparecen. Y sobre qué pasará ahora, pues bueno, puede que en este momento alguna de las mujeres «que iban a pasar el rato a su local» haya accedido a alguna de las propuestas que mis compañeros le hayan ofrecido. Y, si a cambio de esos ofrecimientos, que son solo minucias para la mayoría de nosotros pero que para ellas suponen una mejor calidad de vida, han dicho que ejercían la prostitución en su local, su futuro inmediato está bastante resuelto.

—¿Qué dice?

Monfort dejó escapar un suspiro antes de volver a hablar.

—Ya lo dice mi padre: «Le das demasiadas vueltas a las cosas». Los circunloquios... ¿Sabe usted lo que son?

El hombre negó con la cabeza y cambió la postura en el sofá. Se sentía incómodo, era evidente.

—Perífrasis, ambages, figuras retóricas. Utilizar más palabras de las necesarias para decir lo que sea. Marear al personal, en definitiva.

Llamaron a la puerta.

—¡Pasa! —gritó Monfort.

Entraron dos agentes uniformados. Uno de ellos llevaba unas esposas en una mano.

LAS MUJERES ADMITIERON que ejercían la prostitución en el local del apuesto hombre de camisa negra y botas camperas. Allí captaban a los clientes y consumaban su actividad sexual en un inmueble propiedad del mismo personaje, quien las obligaba a pagar un alto precio por el arrendamiento. Extorsión en toda la amplia gama de definiciones de la palabra.

La joven mauritana habría cumplido dieciocho años en el mes de abril. La que llevaba la voz cantante escondía en el piso la documentación de ella y también la de su madre. No habían conseguido obtener la nacionalidad española, lo mismo que algunas de sus compañeras, que eran

de diversas procedencias. La subinspectora Silvia Redó y los agentes Terreros y García se encargaron de esclarecer los embustes. La mujer también asintió ante la pregunta de si tenía alguna relación con el dueño del local.

Sí, el futuro inmediato del tipo de las botas camperas estaba visto para sentencia antes de sentarse en el banquillo de los acusados.

Sin embargo, faltaba resolver las incógnitas, saber lo más importante, lo que no era tan evidente, aquello para lo que se habían hecho policías.

De cerca, nadie parecía tan inocente.

¿Quién era el asesino? ¿Qué demonios le dijo a la chica antes de dispararle entre los ojos? ¿Por qué se suicidó después?

LA RETAHÍLA DE gente retenida en la comisaría por fin iba menguando. Poco a poco, fueron quedándose tan solo aquellos a los que se había acusado de forma oficial y los sospechosos de estar relacionados.

Monfort no sabía por dónde empezar a buscar alguna pista que lo llevara hasta la identidad del asesino. Llamó al forense. Con el altavoz activado, le dijo que se trataba de un hombre de unos cuarenta y pocos años, y que era de Castellón. Aunque Monfort dudó en un principio sobre aquello, Morata se lo aclaró de una forma que él consideró categórica:

—Puede que no sea de Castellón, ya me entiendes. —Monfort no entendía nada—. Puede que hubiera nacido en algún pueblo de la provincia.

—También podría ser de Teruel, ¿no? —rebatió—. O de Cuenca, o de Albacete, o de cualquier otro lugar. ¿Tampoco podría ser de Valencia? —Trató de imprimir algo de humor, pero no causó efecto en el patólogo.

—¡No digas tonterías! —exclamó convencido.

Se oyó una risita al fondo.

—¿A quién le hace tanta gracia?

—A Lina —respondió el forense para referirse a su nueva ayudante.

—¿Y de qué se ríe?

—Dice que soy como un druida celta. Creo que piensa que estoy loco. O tal vez que consumo alguna sustancia alucinógena.

—Tal vez no vaya tan desencaminada.

—¿Por decir que el asesino es de aquí? —Monfort se pasó la mano por el pelo. Pablo Morata, a veces, era insufrible—. Está bien, te lo explicaré:



nuestro hombre tiene un material artificial en la rodilla izquierda que hacía que no existiera el contacto entre las superficies de hueso subcondral. De ese modo, se elimina el dolor en la articulación. Se trata de una intervención indicada para rodillas deformadas o con fracturas antiguas. Lo que hemos encontrado es una prótesis personalizada respecto a las convencionales, con la ventaja de una incisión menor y por lo tanto con menos agresión quirúrgica, menos sangrado y, en definitiva, menos dolor.

—¡Morata, joder! —bramó Monfort, y volvió a oír la risita de fondo y una voz aguda con acento extranjero que repetía en voz baja: «joder, joder, joder».

—El implante tiene un número de serie. Me he permitido llamar y preguntar.

—¡Por Dios!

¿Druida? ¿Loco? Lo que se merecía el forense era que Monfort lo agarrara por el cuello hasta que soltara lo que tenía que decir.

—Romerales no tardará en llamarte. Él te dirá su nombre y apellido. Son datos que a nosotros ya no nos importan, ¿verdad, Lina? —pronunció la pregunta final como si ya no hablara con él.

SE LLAMABA JORGE Abad. Tenía cuarenta y cuatro años, y era natural de L'Alcora. Actualmente vivía en Castellón. Estaba casado. Su esposa aseguró con profundo dolor que era un buen marido. La pareja no tenía hijos. Trabajaba en una oficina de seguros de la calle Mayor de la capital.

Tal como había descubierto el forense, a Jorge Abad lo habían operado de una rodilla por una deformación de nacimiento que con los años se había agravado. La prótesis se la había implantado el doctor Ortuño en el Hospital General de Castellón. Había sido una operación pionera que tuvo un rotundo éxito. El cirujano estuvo encantado de dar todos los detalles a Pablo Morata.

Silvia organizó las visitas a familiares, amigos y compañeros de la empresa donde trabajaba Jorge Abad. La esposa había sacado fuerzas de entre la flaqueza y dictó un listado de personas a la subinspectora. Monfort pidió entrevistarse personalmente con ella en las horas siguientes.

TENÍAN UN PISO moderno y amueblado con buen gusto situado en la plaza de La Farola. Desde la gran ventana del comedor, se veía el monumento modernista, símbolo inequívoco de la ciudad.

La popularmente llamada plaza de La Farola contenía un privilegiado escaparate modernista con algunos edificios de finales del siglo XIX y principios del XX, que cautivaba por la belleza de sus formas asimétricas, la cerámica utilizada y las vidrieras de colores que los arquitectos influenciados por Antoni Gaudí dejaron como un tesoro en la ciudad. Entre ellas destacaba, por sus formas y colorido, la conocida como Casa de las Cigüeñas, con bellos colores de la cerámica policromada, los balcones de hierro forjado y las pilastras que descansaban sobre pedestales ornados con cigüeñas y rematados con dobles columnas.

Monfort sabía poco de arquitectura modernista más allá de que le gustaban sus formas caprichosas. Y eso que sus padres habían permanecido toda la vida en un lujoso piso del Paseo de Gràcia de Barcelona, muy cerca de la Casa Batlló y La Pedrera. Él mismo poseía un inmueble similar en la cercana Rambla de Catalunya. Los conocimientos arquitectónicos de aquella plaza de la ciudad de Castellón que contemplaba desde el ventanal se debían a un libro de tapa dura y fotografías fabulosas que el matrimonio tenía sobre una mesilla alta, y que ahora Monfort sostenía entre sus manos para comprobar que lo que allí ponía era ciertamente lo que estaba observando a través del cristal.

Silvia carraspeó. La viuda entró en el salón acompañada por un matrimonio mayor que la mujer presentó como sus padres. Él se llamaba Paco Terrades y ella, Dolores Albalat. Los cinco tomaron asiento en los dos grandes sofás que enmarcaban una chimenea falsa.

Aunque la mujer de Jorge Abad también se llamaba Dolores, pidió que la llamaran Lola. Silvia tendió su libreta a Monfort, que barrió con la mirada la primera página antes de devolvérsela. Tenía la misma edad que su marido. La madre lloraba sin cesar mientras trataba de hacer el menor ruido posible apretándose un pañuelo de papel contra la boca y la nariz. El padre, un hombre de corta estatura con la cabeza redonda en exceso y sin más pelo que un rastro gris sobre las orejas, parecía mucho más entero, pero, para ser exactos, lo que realmente parecía era que estaba enfadado.

Silvia les dio el pésame y el padre tosió de forma ostensible.

—¿Quién nos ha abierto la puerta? —preguntó Monfort en referencia a un joven que, tras acompañarlos al salón, desapareció sin hacer ruido.

—Es nuestro otro hijo —respondió el padre.

—Entiendo —resolvió Monfort, que dirigió su mirada a la viuda—. Permítame excusarme si hemos sido demasiado explícitos a la hora de comunicarle el fatal desenlace. Las circunstancias son algo confusas y en las primeras horas se trabaja a contrarreloj.

Lola se echó a llorar y la madre trató de consolarla. El padre cambió de postura en el sofá.

—No nos explicamos qué ha podido pasar —argumentó el hombre—. Jorge era un yerno estupendo. Llevan años casados. Ella —dijo señalando a su hija— jamás ha notado nada raro.

—¿Es cierto? —preguntó Silvia a la mujer que parecía recuperarse poco a poco.

—Por supuesto —aseguró ella con la voz entrecortada.

Era muy delgada y no demasiado alta. Tenía cara de haberse pasado la vida sufriendo por los demás. Uno de esos rostros no castigados por el paso del tiempo, pero sí por las preocupaciones.

—¿A qué se dedica usted? —preguntó Monfort.

—Soy profesora en la Universidad de Castellón.

—Su marido mató a dos personas —soltó el inspector a bocajarro. Aunque no sabía cómo, le hubiera gustado haberlo dicho de otra forma, ya que se dio cuenta enseguida de la brusquedad de sus palabras. Sin embargo, continuó—: Fue un acto premeditado. Algo que debió preparar con todo detalle para que saliera bien. Pensamos que el anciano al que mató primero solo era un estorbo para él. Creemos que a quien en realidad buscaba era a la mujer mauritana. —Al escucharlo, la viuda dio un respingo—. ¿Qué hacía su marido en su tiempo libre?

A Lola se le endureció el gesto. El padre hizo una señal a su otro hijo, que acudió enseguida. Pidió que se llevara a la madre de allí. Fue una orden, no una petición, que el hijo acató de inmediato. Cuando ambos hubieron salido de la estancia, fue el padre quien tomó la palabra con tono autoritario.

—Oiga, inspector. Esto es muy duro para nosotros. Lo que ha pasado es inconcebible. El impacto ha sido demasiado fuerte. Somos una familia conocida, mi hija es profesora y yo también lo fui, primero en la Universidad de Valencia y luego aquí en...

—Su yerno ha cometido un acto desproporcionado —lo interrumpió—. Ha matado a dos personas y después se ha quitado la vida. La forma en la que ha ejecutado a sus víctimas arroja sospechas de que podríamos estar hablando de alguien habituado a las armas. Ya vemos que son ustedes personas normales. No hace falta que intente demostrarlo todo el tiempo. Este piso, ustedes, su hija... Nada indica que puedan estar involucrados, no es a eso a lo que hemos venido. No les estamos acusando de nada, pero entienda que debemos elaborar un perfil que nos tiene confundidos. Hablaremos con sus compañeros de trabajo, amistades y familiares, y suponemos que también para ellos era un hombre ejemplar, pero ya ve que no era así. Nadie mata de esa forma sin una preparación, sin un motivo, y puede que ni siquiera sea capaz de hacerlo sin un mandato concreto y muy estricto.

Lola clavó la barbilla en el pecho y su pequeño cuerpo menguó de tal manera que parecía que iba a desaparecer en el sofá. Lloraba en silencio. Estaba hundida, rota de dolor.

En ese momento, aparecieron de nuevo Dolores y el hermano de Lola, que dirigió la mirada al padre para que entendiera que no lo había podido evitar. La madre era un calco de la hija solo que con bastantes años más. A Monfort le recordó a la catequista que lo había preparado para la primera comunión.

El padre puso mala cara. Hubiera preferido que no irrumpieran en el salón para escuchar al policía. Monfort se dio cuenta e hizo un gesto a Silvia.

—Señora, por favor, ¿sería tan amable de mostrarme las estancias del piso? Es para hacernos una idea de cómo era su vida en casa.

Dolores miró a su hija, que levantó la cabeza un momento para asentir.

Silvia tomó del brazo a la señora y desaparecieron por el pasillo.

Monfort se quedó a solas con el padre y los dos hermanos. No había terminado aún.

—Era un local de alterne. Prostitutas. ¿Me entiende? Una de ellas, la que su yerno mató, era una joven de raza negra.

El hermano se puso colorado como un tomate. El padre rojo de ira. Y la hija se desplomó hacia un lado del sofá.

Faltaban cinco minutos para las doce de la noche.

## Dos meses antes

MONFORT CONOCÍA A un tipo en Gibraltar. Era un hombre que hablaba *llanito*, una variedad lingüística comparable al *espanglish*, aunque más complicado por el añadido del acento gaditano y su particular vocabulario.

Había conocido a Brian Santos en Barcelona, cuando, para conseguir impunidad tras cometer un delito, decidió hacerse confidente de la Policía. Era un personaje indigno, sin escrúpulos. Un delincuente que cambió de estrategia para salvar el pellejo y procurarse el sustento.

A pesar de que, en un principio, Monfort pensó que probablemente hubiera desaparecido del mapa o, incluso, que estuviera muerto, probó a llamarlo al número que aún tenía registrado en su móvil. Para su sorpresa, Santos respondió.

—*Oh, my God!*

Se oía música de fondo a un volumen considerable.

—¿Estás en una fiesta? —preguntó el inspector.

Se oyó una risotada.

—*Fucking cop!* ¿Cómo te va?

—Sigo vivo. Celebro poder decir lo mismo de ti. Hace un momento no hubiera dado un duro por ello. ¿Dónde estás?

—Digamos que de vuelta al *home*.

—Pues, por el volumen de la música, podría decir que has vuelto a la época en la que eras el rey de los garitos.

—*Good times!* Pero el tiempo no regresa, jefe...

—Bueno, bueno, no nos pongamos melancólicos.

—El poli y el *offender*. Siempre igual.

—¿Dónde estás? —lo apremió Monfort.

—Ya te lo he dicho. En Gibraltar. Ahora dirijo un *pub*, como si estuviera en el jodido Brixton.

—No creo que Gibraltar sea menos peligroso que Brixton. Por cierto, David Bowie nació allí, ¿verdad?

Otra carcajada.

—*Fuck off!* Menuda difusión le dio el *White Duke* a las calles del sur de *London*.

A Silvia Redó y a Óscar, que escuchaban atentamente, la conversación entre aquel tipo esperpéntico y Monfort los puso bastante nerviosos. Silvia había mirado de reojo al inspector y había movido la cabeza en una clara señal reprobatoria. Él había captado la afrenta.

—Tengo un amigo de aquí —abordó el inspector al fin—, al que debemos ayudar a solucionar un asunto.

—*Where is* de aquí?

—De Sanlúcar de Barrameda.

—¿Y quién es el otro que no es usted ni el sanluqueño de la frase «debemos ayudar»?

No se había caído de un árbol el *llanito*. Todo lo contrario, siempre había sabido agarrarse con uñas y dientes, como los monos de su querido peñón.

Monfort había relatado por encima el motivo del viaje. También, para sorpresa de Santos, desveló que se encontraban justo al otro lado de la frontera, en La Línea de la Concepción. Santos insistió en conocer el nombre de aquel a quien buscaba. Monfort se había negado, pero el de Gibraltar lo amenazó con cortar la llamada. Cuando por fin el inspector dio su brazo a torcer, Santos le pidió que aguardara un momento. La canción que sonaba se detuvo abruptamente y, tras varios segundos de silencio, comenzó otra. Santos gritó con entusiasmo a alguien de los suyos unas palabras que Monfort no comprendió del todo.

—*Pómpalo, brother!*

Al momento, la música subió hasta un volumen ensordecedor.

Monfort había repetido las palabras de Santos a Óscar, quien se encargó de darle la explicación.

—Le ha dicho que suba el volumen. Viene de la expresión inglesa «*to pump up the volume*». Los gibraltareños cambian *pump up* por *pómpalo*.

Finalmente, Brian Santos volvió al teléfono para decirle a Monfort unas palabras que comprendió bien pese al elevado sonido de la música.

—*Go to the border*. No digas quién eres ni lo que has venido a hacer. Ni una palabra. Iré a buscaros en menos de una hora. *Do you understand?*

Tras finalizar la llamada, Monfort se quedó pensativo. Silvia lo estaba mirando con el entrecejo fruncido. El inspector imaginaba cuáles eran sus dudas: ¿Cómo iba a ayudarlos? ¿Qué querría a cambio?

—¿Qué piensas? —le preguntó ella tras varios segundos de silencio.

—Que va a haber guerra.

—Pero se ha mostrado colaborador.

—El grupo que sonaba era The Clash. Y la canción *London Calling* —explicó él poniendo el Volvo en marcha para dirigirse a la frontera con Gibraltar—. ¿Necesitas que te traduzca la letra?

Llamando a Londres y a todas las ciudades.

Ahora que la guerra se ha declarado y la batalla se acerca.

Llamando a Londres para que salgan del inframundo.

Y salgan del armario las chicas y los chicos.

*TRAS REGRESAR DEL campamento de verano, el cura se las arregló para que mi hermano ingresara en un seminario que estaba en el quinto pino. A principios de septiembre, desapareció igual que la nube de humo que soltó el autobús al salir de la plaza. Un mes más tarde, le buscó un colegio para discapacitados a mi hermana. Mi madre, pese a que estuvo de acuerdo, lloró varios días seguidos y se negó a salir de la habitación. Yo le llevaba la comida y la cena en una bandeja: pan y algo de fiambre, y huevos cocidos que ella no probaba.*

*El cura venía a casa todos los días, pero yo no lo dejaba cruzar el umbral. Le decía que mi madre estaba indispuesta, que no quería verlo hasta que se encontrara mejor. El quinto día me cogió de una oreja y tiró de ella, amenazándome con que, si le mentía, iría directamente al infierno. El sexto me apretó demasiado en el brazo que utilizaba como barrera para que no pasara de la puerta. Y el séptimo fue mi madre quien abrió y lo dejó pasar.*

*Se ofreció para acompañarla a visitar a la pequeña Elena. Quise ir con ellos para ver a mi hermana, pero él me había buscado una tarea en la iglesia junto a los monaguillos. Dijo de mí que no iba por el buen camino, que debía purgarme y pedir perdón al Altísimo. Mi madre me miró como quien mira a un pajarillo indefenso mojado por la tormenta, incapaz de volar, convencida de que enmendaría lo que el cura proclamaba de mí.*

*Cuando se dieron la vuelta en dirección al coche negro, el cura la asía por la cintura. Dos pasos después, su mano descendió hasta los límites de sus nalgas. Luego se volvió y me miró de forma perversa.*

*Y el muy cabrón sonrió.*



## Martes 8

SE TRATABA DE un adolescente de rostro atezado. Tenía las piernas atadas a la altura de los tobillos y las muñecas anudadas a la espalda. Estaba tirado en el suelo de una desvencijada nave que se encontraba junto a la circunvalación, entre campos de naranjos abandonados y la ciudad.

Tenía la frente vendada. El disparo había quemado parte del vendaje y le había perforado el hueso frontal. Presentaba un orificio en el parietal, por donde debía de haber salido la bala que buscaban los de la Científica.

El forense, Pablo Morata, había retirado la venda de la frente. Lina, su ayudante, puso cara de asco cuando el patólogo acercó la nariz a la frente del joven, justo al lado del agujero por donde había penetrado el proyectil, y empezó a olisquear como si fuera un sabueso.

Fuera de la nave, Silvia y Monfort contemplaban, a través de las ventanillas, el cadáver de un hombre que se encontraba en el interior de un vehículo aparcado a escasos metros de la puerta oxidada de la nave.

—¿A qué esperas para que abran el coche y registren a ese tipo? —preguntó Monfort.

—En cuanto acaben dentro, se pondrán con este —respondió la subinspectora—. Solo disponemos de tres agentes.

Las puertas estaban cerradas, lo que para el inspector no suponía impedimento alguno, pero Silvia quería las cosas bien hechas. Monfort hubiera roto el cristal de una de las ventanillas de una pedrada, pero estaba convencido de que lo reprendería por ello.

—Aceite de oliva —informó Morata a su ayudante en el interior del almacén.

Lina lo miró extrañada. El forense se explicó.

—Le ha untado la frente con aceite de oliva, le ha puesto la venda y, a continuación, le ha disparado.

—¿Para alinear los sesos desparramados? —preguntó Monfort con sarcasmo. Había vuelto al interior tras dejar a Silvia junto al coche.

—El chaval estaba de rodillas cuando le dispararon —matizó el patólogo—. Primero le ataron los tobillos y las manos y lo obligaron a ponerse de rodillas. A continuación, untaron el aceite y colocaron la venda. Y luego, *pum*. Terminamos con los preliminares para trasladarlo al instituto y nos ponemos con el del coche. ¿Ya lo han abierto los de la Científica?

—Silvia no quiere que toquemos nada. Está quejica esta mañana. Por lo visto, anda falta de personal.

—Mucha comisaría nueva, pero pocos agentes al servicio de la ciudadanía.

—Habrá que ahorrar —terció Monfort—. Por mucho que aquí se trate de esconder la crisis, ha llegado con fuerza, como a cualquier otro lugar.

—Pues parece que Castellón está tomando tintes sicilianos. Entre lo de ayer y esto...

En el caso de que el hombre del interior del vehículo fuera el asesino, los dos ejecutores habrían acabado también con su propia vida. Para Monfort, todo apuntaba a que había sido así.

Y es que el segundo hombre tenía todavía la pistola en la mano. Se había disparado por debajo de la mandíbula y la bala le había reventado la cabeza. Su rostro era un amasijo irreconocible de carne y sangre.

—¿Aceite de oliva? —preguntó Silvia al forense cuando, tras intercambiar opiniones, ella lo advirtió de que los de la Científica ya habían abierto las puertas del coche donde estaba el segundo cadáver.

—Sí, yo tampoco lo entiendo. Bueno —dijo tras desechar los guantes de látex que llevaba puestos para ponerse otros que le tendió Lina—, a ver este pollo sin cabeza.

Lina seguía sin entender la mayoría de los sarcasmos del forense. Silvia alzó las cejas y negó con la cabeza. Los agentes de la Científica se echaron a un lado para que Morata toqueteara al cadáver.

—Supongo que os interesará su documentación —anunció a Silvia tendiéndole la cartera que el hombre tenía en un bolsillo—. Por lo menos la llevaba. No como el chaval. Ni un par de canicas, ni cromos de la Liga de fútbol siquiera.

A Monfort le sonó el teléfono móvil. Era la abuela Irene.

—Vuelvo a Peñíscola —anunció tras un breve saludo.

A su modo de ver, la abuela de Violeta, la esposa fallecida de Monfort, había permanecido demasiados días en la casa de Villafranca del Cid, donde el padre del inspector, aquejado de demencia, había decidido vivir lo que él designaba como sus últimos días. Hasta la población del interior de Castellón se había trasladado la propia Irene para estar con don Ignacio Monfort y Aniceta Buendía, la asistente de la familia. Vivir bajo el mismo techo con ellos era una prueba de fuego para cualquiera que no estuviera acostumbrado a los reproches continuos del viejo cascarrabias, tal como Irene lo llamaba; aunque, a decir verdad, la verborrea sin fin y el exceso de términos latinos de Aniceta tampoco invitaban demasiado a una convivencia sosegada y a un silencio reparador.

Anciano y asistenta solían enzarzarse en varias disputas al día sin importarles que pudieran molestar a quien conviviera con ellos. Él era testarudo como una mula y no consentía que ella le dijera lo que tenía que hacer. Aniceta Buendía llevaba más años en España con la familia Monfort Tena de los que había vivido en lo que tildaba como «mi tierra». Ignacio Monfort la reprendía cada vez que decía aquello y aseguraba que, si la mandaran de vuelta a su añorado país, sería la primera en echarse a llorar como una magdalena. Aniceta gritaba entonces que Yolanda, la esposa de don Ignacio, le había encomendado horas antes de su muerte que sacara adelante aquel hogar del Paseo de Gràcia de Barcelona. La asistenta le había jurado que se quedaría y que cuidaría de su marido.

A diferencia de aquellos dos, la abuela Irene era un remanso de paz. Sin embargo, no había aguantado todo lo que Monfort hubiera deseado y, a decir verdad, ya hacía semanas que esperaba aquella llamada.

—Necesito mis libros, despertar con el horizonte como único escenario... El silencio.

Cuando Violeta murió a manos de un conductor kamikaze, Irene decidió retirarse a una pequeña cala cercana a Peñíscola. A algunos les pareció que era un acto de huida, pero ella creía que era en aquella soledad y en los momentos íntimos de silencio cuando podía reencontrarse con su nieta. Irene se marchó de Barcelona, abandonó el ruido de una ciudad que la estaba ahogando. El dolor por la pérdida paralizó su mente. Peñíscola le había devuelto la cordura y el privilegio de perdonar al ser despreciable que había acabado con la vida de un alma libre en el momento álgido de su vida.

Para Monfort, Irene era su salvavidas, la tabla a la que agarrarse en los momentos difíciles, el consuelo y el espejo en el que veía reflejada a su esposa.

—Lo que necesitas es olvidarte por un tiempo de esos dos —zanjó Monfort.

Se la imaginó extendiendo las arrugas de su rostro en una sonrisa.

—Son fascinantes —dijo.

—Y agotadores también.

—Parecen un matrimonio bien avenido.

—Mal avenido, querrás decir.

—Qué va, se quieren mucho. Él pronto la confundirá con tu madre, y puede que a ella incluso le guste.

—¿Y si Aniceta decide marcharse?

—¿Y a dónde va a ir? ¿A su tierra? Aniceta no quiere ya otra tierra que la que pisa. Es una gran mujer. Su palabra es sagrada. Lo que dice va a misa. Le aseguró a tu madre que cuidaría de nosotros, y no dudes ni por un solo momento que lo cumplirá hasta que su idolatrado Santísimo decida llevársela para siempre. Aunque, a decir verdad, se persigna tantas veces al día que, si hay un Dios allá arriba, puede que le conceda el beneplácito de la inmortalidad.

—Al menos hasta que hayamos muerto los demás.

—Cuidará del viejo gruñón, no te preocupes, y lo hará mejor que nadie. Es un poco histriónica, ya sabes. —Irene inundó la línea telefónica con una risa de terciopelo—. Habla demasiado y no siempre tiene razón, impone esos platos incomibles de su país de nacimiento, llora por cualquier cosa y dice que todo lo que hace tu padre es inmoral; pero le brillan los ojos cuando él le da las gracias. No lo deja solo en todo el día, lo lleva a pasear, le pone la tele, lo avasalla constantemente con dimes y diretes, mueve los muebles, renueva la decoración de la casa, cambia las butacas de sitio. Y, cuando él se queja, ella le contesta con vehemencia: «Si quiere que algo se muera, déjelo quieto».

Guardaron silencio. Irene le daba sentido a la vida. Era mejor callar y escuchar su silencio. Tal vez fuera la única persona en el mundo con la que Monfort se sentía capaz de mantener un prolongado instante de sosiego.

—¿Te llevo a Peñíscola? —preguntó, quebrando la magia del momento.

—No es necesario —respondió ella—. Deja que vaya sola.

—Pero la combinación del transporte público hasta tu casa es complicada. Será un viaje largo —argumentó Monfort.

—Las cosas se aprecian mejor si se observan desde lejos —resolvió Irene antes de colgar.

Tal vez fuera buena idea alejarse; mirar desde cierta distancia para valorar mejor la situación. Aquellos dos hombres se habían quitado la vida después de los extraños asesinatos. Había más, claro. Estaba el horror de que las víctimas eran demasiado jóvenes.

DIJERON QUE EL ocupante del coche era un hombre respetable, pero qué podía decir su familia en un momento como aquel. Al conocer la noticia, su esposa, conocida en la ciudad por regentar una joyería que había sido de sus padres y antes de sus abuelos, había tenido que ser trasladada al Hospital General de Castellón por un ataque de ansiedad.

Diego Arrabal tenía cuarenta y dos años, trabajaba como arquitecto en su propio domicilio de la calle Mayor, en la que había sido la vivienda de los padres de ella, que era hija única. Él tenía un hermano en Barcelona con el que, según su esposa, apenas mantenía contacto. Sus padres habían muerto años atrás. La madre de ella también. Era el padre, suegro del fallecido y que se presentó como Miguel Torres, el que hablaba con Monfort en una sala de espera del hospital.

—No tenían hijos. No pudieron tenerlos en su día y ella no quiso enfrascarse en esos asuntos de la fecundación *in vitro*.

—¿Y él? ¿Qué opinaba él de dejar pasar la oportunidad?

—¿Quién? ¿Diego?

—Sí, su yerno —aseveró Monfort.

El hombre alzó los hombros. Era corpulento, tenía las manos grandes como palas de *ping-pong*. Un bofetón con aquellas raquetas abarcaría el rostro completo de una persona normal, especuló Monfort. Y, además, tenía malas pulgas, un genio que ardería tan solo con acercar una cerilla. Estaba muy enfadado; no era para menos.

—Diego no decía nada, hombre. Mi hija lo llevó siempre por el buen camino.

—¿Antes iba por el malo?

—Nunca dio motivo de queja.

—¿Quién de los dos no podía tener hijos? —preguntó Monfort a sabiendas que podía haber pulsado un resorte peligroso.

—No hablábamos de ello cuando estábamos juntos. No se habla de eso en el seno de una familia como la nuestra.

—¿Y cómo es una familia como la suya?

—Decente, hombre; una familia decente.

Hizo un mohín con el rostro para reponerse al instante e interpretar el papel que creía que debía desempeñar, aunque en realidad fuera el del suegro de un indeseable que había matado a un inocente.

Silvia tomó el relevo.

—¿Podría explicarme con todos los detalles que recuerde cómo era la vida de su yerno?

—Sí, claro —aceptó él—. Era un tipo sencillo, sin vicios, ahorrador, esposo solícito, un hombre educado.

Mientras el hombre daba detalles poco relevantes sobre la vida de Diego Arrabal, Silvia pensó en el joven muerto de un disparo en la cabeza. El forense dictaminaría si hubo agresión sexual. Una muerte despiadada a manos de un hombre educado. La viuda querría saber las razones, al igual que el suegro. La verdad de los hechos no alivia la tristeza por la pérdida de un familiar. Y menos en las circunstancias en las que el hombre había acabado con todo. No quería imaginarse cómo sería la existencia de la mujer a partir de aquel momento. Puede que quisiera prolongar el máximo tiempo posible la estancia en el hospital. O tal vez no salir nunca de allí.

—Háblenos de su hija —pidió con delicadeza la subinspectora.

El hombre suspiró con fuerza.

—Gema... Pobre hija mía. ¿Cómo va a superarlo? No tiene una madre que la pueda consolar, ni hermanos..., solo a mí. ¿Se le pasará?

—Sí, claro —aseguró Silvia—. El impacto ha sido muy fuerte, pero se recuperará, no tenga la menor duda.

—Gema trabaja todo el día —continuó el padre—. La joyería era cosa mía hasta que, dos años antes de jubilarme, le planteé quedarse con el negocio. Ella trabajaba en el Departamento de Exportación de una azulejera, pero no le gustaba estar encerrada en una oficina. Ella vale para estar de cara al público. Cuando era una niña, se pasaba los días en la tienda y los clientes quedaban prendados de su amabilidad. Decidió estudiar Filología Inglesa y no nos opusimos a ello, pese a que nos gustaba la idea de que continuara con el legado de la joyería, de que fuera la

tercera generación de joyeros en la familia. Al final, estudió un curso de Gemología. Sabía tanto del negocio como nosotros, que llevábamos toda la vida.

Hizo una pausa larga y, en el momento en que una enfermera salió al pasillo, la abordó. Pero la mujer no sabía nada de su hija y le recomendó que aguardara tranquilo en la sala. Monfort y Silvia no se movieron de las incómodas sillas de plástico. El hombre volvió a su asiento.

—Gema es una hija estupenda. Lo pasó muy mal cuando murió su madre. Cayó en una larga depresión, pero al final se sobrepuso. Ahora está siempre pendiente de mí; quizá demasiado..., entiéndame.

—Explíquese, si no le importa —lo instó Silvia.

—Nada anormal, ¿qué se cree?

—No se ponga nervioso. Ni siquiera la conocemos personalmente, no hemos podido ni ponerle cara, solo hemos hablado con ella por teléfono. Ya habrá tiempo. Ahora se trata de saber cómo era, qué relación tenía con su marido, con usted, etcétera.

—¿Pero no es de él de quien deberían preguntarme?

Monfort se revolvió en la silla. Tenía razón, pero Silvia era astuta como un zorro y sabía que, si ahondaba en la vida de la hija, saldría a flote lo que estuviera en el fondo.

—Nos preocupa su hija en este momento —argumentó con sutileza—. De él lo sabremos todo, no se preocupe por eso. Tenemos personal trabajando en ello. Pero quizá hubiera algún aspecto de la convivencia que fuera sospechoso. ¿No le hizo su hija ningún comentario sobre alguna conducta extraña que tuviera Diego?

—¿A mí? No, mujer, a mí qué me iba a contar de su relación como pareja.

Monfort decidió interrumpir. Estaba cansado y los olores habituales del hospital a medicamentos, flores marchitas, orina, ropa de cama y comida, flotaban en el ambiente.

—No le está preguntando si cumplía en la cama o si era un experto chef cuando solo quedaban cuatro cosas la nevera. Le pregunta si su yerno tenía un comportamiento extraño. Algo que pudiera hacer sospechar o parecer anormal a una esposa. Le está preguntando si sabe algo, o bien porque ella se lo dijo, o bien porque usted mismo vio alguna cosa en su yerno que no le gustara demasiado. ¿La comprende ahora o llamamos a un psicólogo argentino?

Un resoplido largo, un cambio de postura en la silla y una mirada perdida hacia un cartel de normas de comportamiento en la sala de espera dieron a entender que el hombre sí tenía algo que decir. Sin embargo, lo que respondió no era lo que esperaban.

—Yo no vivo con ellos. Mejor pregúntenle a mi hija cuando se recupere. A mí me parecía una persona sensata.

—NO HUBO VIOLACIÓN —le anunció el comisario Romerales a través del teléfono—. Ni siquiera hay signos de violencia, como si el muchacho no hubiera forcejeado con su agresor. Estaba atado por las muñecas y los tobillos, y luego la mierda esa de la venda con aceite. Los de la Científica están con eso. Ah, y dice Morata que probablemente sea marroquí. ¿Dónde está Silvia?

—Está con el padre de la esposa, esperando a que ella salga de observación. Le ha dado un ataque de ansiedad. No debería tardar mucho si no ha sido demasiado grave.

—Tú sabrás, que te dio uno de los buenos —bromeó el comisario, rememorando cuando a Monfort le dio un ataque de ansiedad en la carretera, antes de llegar a Peñíscola.

Fue un día en el que pensó que la abuela Irene estaba en peligro, y condujo a toda velocidad con la intención de ayudarla. Cuando empezó a sentirse mal, el inspector creyó que le estaba dando un infarto, puesto que algunos síntomas son similares. Por suerte, al final Irene estaba bien; todo fue a causa de un error en una noticia que Monfort había visto en la televisión, precisamente en el comedor del hospital.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó el comisario. Una de aquellas preguntas del todo previsibles en él, pero para las que casi nunca tenía una respuesta adecuada.

—¿Sabes rezar? —Y, sin esperar respuesta, Monfort pulsó el botón rojo del teléfono para finalizar la llamada.

Tiró la colilla y la pisó con la suela del zapato hasta asegurarse de que quedara apagada. A decir verdad, la llamada del comisario le había servido de excusa para ausentarse de la sala de espera donde el padre de Gema, la esposa del asesino, aguardaba noticias de su hija. Aspiró el aire fresco de la calle antes de regresar al viciado oxígeno del interior.



Una vez en la sala de espera, vio que Silvia ya no estaba allí, y que, en su lugar, había un jovencísimo enfermero abochornado por la recia voz del padre de la viuda, que no dejaba de recriminarle que debía de haber sido él y no la agente de policía quien accediera al lugar donde se encontraba su hija convaleciente.

—Váyase —le dijo Monfort al enfermero para gran alivio de este, que tenía las lágrimas a punto de brotar—. No se preocupe, yo me encargo.

El hombre de las manos como palas de *ping-pong* estaba rojo de ira.

—Cálmese o le va a dar algo peor que lo que le ha dado a su hija.

—¡Yo debería estar ahí dentro! ¡Yo soy su padre, y no ella! —señaló la puerta por la que había desaparecido Silvia.

Monfort lo invitó a sentarse, pero el hombre rehusó el ofrecimiento. En el fondo, al inspector le daba igual que lo hiciera o no, porque, de pie, desde la corta distancia a la que se encontraban, podía oler a la perfección el miedo que emanaba por cada uno de sus poros.

—Le aconsejo que se calme, esto no ha hecho más que empezar. Su hija está bien. De lo contrario, no habrían dejado entrar a la subinspectora, se lo aseguro. Es un hospital, no una cárcel. Y ni ella ni usted están acusados de nada.

—Pues entonces, ¡déjenos en paz! —bramó.

—No les vamos a dejar en paz, y, si continua con esa actitud, le aseguro que le vamos a tocar los cojones hasta que le queden más lisos que una pelota de *ping-pong*. —No lo pudo evitar.

—¿Me puede hablar así en un lugar como este?

Monfort miró a su alrededor; la sala de espera estaba vacía salvo por ellos dos.

—Yo no veo a nadie, ¿y usted?

El hombre no añadió más, tan solo apretó los puños y cerró la boca con fuerza.

Monfort volvió a la carga:

—¿Sabía realmente quién era su yerno? Le pegó un tiro en la frente a un muchacho. En la frente, ¿lo entiende? —Se llevó el dedo índice a la suya—. Puede que fuera de algún lugar del norte de África, no tardaremos en saberlo con exactitud. ¿Era racista el marido de su hija? ¿Tenía algo contra la gente de piel oscura? ¿Le gustaban los jovencitos? ¿Lo vio mirar o tocar de forma extraña a algún menor de la familia? —Hizo una pausa intencionada y prosiguió—: Un hombre que mata a un adolescente

después de atarlo de pies y manos y acto seguido se vuela la cabeza, no es un hombre..., es un asesino repugnante, un psicópata que no debería haber nacido jamás.

El hombre aflojó los hombros, que parecieron desmoronarse sobre su propio cuerpo. Dejó de apretar los puños y el tono púrpura de su rostro se convirtió en blanco. Destensó los dientes también. Pero fue Monfort quien siguió hablando:

—Y ahora, dígame lo que no le gustaba de él.

CUANDO SILVIA SALIÓ del hospital, Monfort la esperaba dentro del coche frente a la puerta de Urgencias. Ella se subió al asiento del copiloto, y el portazo que sonó al cerrar dio a entender a su compañero que o bien estaba enfadada, o bien la mujer del asesino había dicho poca cosa. Tal vez fueran las dos cosas a la vez.

—Vámonos. —Sonó como una orden.

Monfort dio un giro completo en la siguiente rotonda y se encaminó al centro de la ciudad.

—¿Vas a contarme cómo te ha ido?

Sin responder, se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. Hizo lo mismo hasta en tres ocasiones. No era la misma desde que regresaron de Cádiz, no había que ser muy listo para darse cuenta. Estaba nerviosa, más alterada de lo habitual, sobre todo teniendo en cuenta que, normalmente, parecía tener los nervios de acero. Pero lo que Monfort no soportaba era su repentino mutismo. Echaba de menos su carácter hablador, su continua verborrea que amenizaban a la perfección los prolongados momentos de silencio e introspección de él.

Silvia era una mujer fuerte, hecha a sí misma, modelada a su propio gusto durante aquellos años en los que se había convertido en una policía ejemplar que había ascendido en tiempo récord al puesto de subinspectora.

Sabía que jamás encontraría a nadie como ella. Era sagaz y muy inteligente. En más de una ocasión había resuelto el caso ella misma, y Monfort así se lo había transmitido a sus superiores. Su nivel de exigencia profesional era envidiable, y su insistencia y tenacidad eran capaces de desmontar la mejor de las coartadas. Veía más allá de la capa de piel de los malhechores y pocas veces se equivocaba en su dictamen tras permanecer

en la sala de interrogatorios. A Monfort le hubiera gustado ser tan valiente como ella.

La miró con el rabillo del ojo: sus orejas, casi siempre al descubierto por su manía de llevarse bucles de pelo por encima de ellas; su barbilla; sus labios prominentes, siempre pintados de rojo; sus pestañas y aquella fragancia peculiar que a veces creía que no se trataba tanto de un perfume como de su propia piel. Silvia era una gran mujer, y él, como tantas veces, un capullo.

—Pese a todo, estás muy guapa.

Ella lo fulminó con la mirada; subió el volumen de la radio y empezó a cabecear al ritmo de una disparatada canción de los B 52's titulada *Private Idaho*.

Mantente alejado del camino.

Ten cuidado con las señales que indican entradas ocultas.

No dejes que el cloro entre en tus ojos.

NO ES QUE le molestara comer solo. De hecho, hubo un tiempo no demasiado lejano en que lo prefería. Pero ya no era así. A veces agradecía la compañía, sobre todo si era Silvia quien se sentaba al otro lado de la mesa.

Fuera como fuese, el camarero solo ahondaba en la llaga.

—¿No va a venir su compañera?

Monfort se encogió de hombros sin mirarlo a los ojos, lo que provocó una sonrisilla pícara en el rostro del que le acababa de servir la cerveza. Tal vez en aquella ocasión hubiera agradecido que no se la sirviera en el vaso. Lo hacía de maravilla, por supuesto; era su trabajo, y sus muchos años al servicio le otorgaban un pedigrí valioso. Sin embargo, esa vez podría haber dejado la botella y haberse marchado en busca de los deliciosos platos que asomaban por la puerta de la cocina. En vez de eso, siguió pinchando.

—Es una mujer estupenda. ¿Hace mucho que trabajan juntos?

El vaso de cerveza, que había iniciado el camino entre la mesa y su boca, se detuvo en mitad del viaje. Y, entonces, sí que lo miró a los ojos.

—Venga, amigo, que es broma —restó seriedad el del restaurante.

Monfort esbozó cualquier cosa parecida a una falsa sonrisa.

Llamaron al camarero desde la puerta de la cocina. Cuando hubo dado un paso se volvió para decirle en voz baja, llevándose la mano al lado de la boca como si quisiera hacer pantalla:

—Me gusta para usted, qué quiere que le diga.

Y se marchó en busca de los platos calientes.

En el restaurante China I de Castellón, los comensales eran amigos de los propietarios y los propietarios, amigos de los comensales. La comunión entre los clientes y el personal del local era muy especial. Monfort no había visto en ningún lugar una suerte tal de abrazos y besos a la llegada y tras la opípara comida que dispensaban.

Le sirvieron directamente su comanda habitual, pues ya ni siquiera se molestaban en tomarle nota. Cuando lo veían entrar, lo acomodaban en la mejor mesa que hubiera libre y cantaban en la cocina «lo de siempre para el inspector», que consistía en rollitos de primavera, muslitos de pollo, arroz tres delicias y el célebre pato cantonés que tanto éxito tenía entre la clientela. Muy de vez en cuando, Monfort se atrevía con alguna de las otras fascinantes propuestas de la carta, pero eso solo sucedía cuando lo acompañaba Silvia. El camarero se encargó de recordárselo mientras dejaba sobre la mesa la bandeja con porciones de pato crujiente, tortitas, ensalada y la enigmática salsa de ciruelas que componían el afamado plato.

—Silvia se llama su compañera, ¿verdad?

El inspector estuvo tentado de darle un pellizco en la pierna, pero se contuvo por decoro.

—Sí, así se llama —respondió de cualquier modo.

—Le encantaron las gambas con setas y bambú. Recuerdo un día, hace no tanto, que las pidió y usted le hizo una broma sobre nuestra carta, y ella desplegó esa sonrisa...

—Tráeme otra cerveza, por favor —lo interrumpió Monfort.

TRAS EL ABRAZO fraternal y las últimas bromas de los propietarios del China I, salió a la calle convencido de que aquel era un lugar al que se podía entrar de mal humor, pero del que se salía satisfecho y de mejor talante.

Caminó en dirección al hotel, pasó junto a la puerta del Real Casino Antiguo y el pensamiento lo llevó de nuevo a las gambas con setas y

bambú; lo habían pedido uno de los días en que se ocupaban del caso del cuadro de Goya expuesto en el regio palacio. Un perro solitario encerrado en un marco. Todo lo contrario a los asesinos de los jóvenes, que no estaban solos porque alguien comandaba las acciones; de eso no le quedaba ninguna duda. Alguien estaba detrás de las muertes y los suicidios de los que los habían perpetrado. Alguien despiadado orquestaba la acción que unos desgraciados ejecutaban, quitándose la vida después. ¿Quién es capaz de semejante atrocidad? ¿Quién renuncia a vivir por un mandato?

Se detuvo un instante en la acera; a la derecha se abría la plaza de la Paz, con el vistoso kiosco modernista y la fachada bermellón del Teatro Principal al fondo; a su izquierda, el comienzo de la calle Mayor, de camino al Mercado Central, a los bares colindantes y a los comercios del centro de la ciudad. Decidió adentrarse en la calle y caminó con paso firme.

¿Quién?

¿Quién era capaz de cometer semejantes barbaridades?

Solo había una respuesta: un fanático y su cohorte de fervientes estúpidos.

HABÍA COINCIDENCIAS MÁS que evidentes para todos: los muertos eran jóvenes. Inmigrantes o hijos de inmigrantes. Los asesinos se habían suicidado de forma inmediata tras provocar las muertes. Habían utilizado armas de fuego para no errar el trabajo, para terminar rápido, para que no quedaran heridos: ni las víctimas ni sus ejecutores.

Era probable que hubiera más coincidencias que poco a poco irían saliendo a la luz, pero Monfort percibía una que parecían no haber visto los demás.

Sonó su teléfono móvil. Se detuvo en una esquina de la muy estrecha calle Isaac Peral. Un tufo a desinfectante llegó hasta sus fosas nasales. Era una de las calles donde se concentraban algunos de los bares de la popular zona de tascas, en aquel momento cerrados a la espera de la caída de la tarde, cuando una numerosa clientela se apostaría para beber y comer a sus puertas. Aunque el bullicio ensordecedor que provocaban tenía destrozados los nervios de los vecinos, componía una imagen de entretenimiento de los ciudadanos: charlas distendidas, brindis, risas y

besos. Era difícil luchar contra la alegría innata de los jóvenes, por mucha razón que tuviera el vecindario.

—Silvia se ha llevado a dos agentes para registrar a fondo el inmueble donde vivían las mujeres que cuidaban de la joven muerta —le informó el comisario Romerales—. Parece que no es solo un piso, hay otros repartidos por la ciudad en los que prestaban sus servicios. Creemos que es el mismo dueño del local quien maneja los hilos. Desde luego, se le va a caer el pelo a ese chulito. Terreros y García están haciendo una inspección detallada del local abandonado donde han matado al chico. ¿Te ha llamado Morata?

—No.

—Pues llámale tú. Anticípate. Puede que tenga algo más que decir de los cadáveres.

Monfort aprovechó el ofrecimiento entusiasta y se despidió deprisa. Marcó el número del forense. Estaba harto de estar de pie en aquella esquina.

—El muchacho era marroquí —despachó Morata tras un formal saludo de cortesía.

—¿Eso lo pone en sus tripas?

—No hace ninguna gracia.

—Es cierto —admitió Monfort un tanto extrañado por su tono de voz—. Pero ¿cómo lo puedes saber con exactitud?

—Sus padres están aquí.

Las coincidencias que había descubierto, y que creía ser el único en intuir las, tendrían que esperar.

## Dos meses antes

ÓSCAR AFIRMABA SABER dónde se escondía el agresor de su hermano. No es que su explicación fuera del todo fiable, y lo mismo pasaba con sus fuentes, pero su firmeza lo hacía fuerte en la convicción. El problema era cruzar la valla y pasearse por las calles gibraltareñas sin llamar la atención de las autoridades ni de aquel al que pretendían cazar. Por eso, Monfort había llamado a su viejo conocido. Cualquiera cosa antes que alertar a las autoridades británicas que custodiaban el peñón como una perla incrustada en su concha. Sin embargo, embutido en el asiento del copiloto, con Santos excitado al volante bajo los visibles efectos de algún estupefaciente, pensó que tal vez podía haberse ahorrado la llamada.

El gibraltareño era como una sanguijuela. Un personaje escuálido que se movía de forma frenética en las sombras. Tras recogerlos en la frontera, obligó a Monfort a dejar el Volvo en un aparcamiento cercano. Poco después, circulaba a toda velocidad en su Mercedes descapotable con el volante a la derecha. Silvia y Óscar iban encajados en un simbólico asiento trasero que, sin duda, no había sido diseñado para el uso de adultos. A Monfort apenas le cabían las piernas en el habitáculo delantero. Brian Santos dio un sinfín de rodeos por las calles de Gibraltar hasta que estuvo convencido de que sus acompañantes habían perdido toda noción de su ubicación real. Se había detenido, por fin, en un portal anodino. Antes de bajar del coche hizo una llamada e intercambió una sarta de órdenes en inglés. Al momento, dos hombres fornidos abrieron las puertas para que sus ocupantes se apearan. Entraron en el portal de una finca de pisos de tres plantas y se encaminaron hacia una planta inferior. Otro de aquellos gorilas los esperaba junto a la puerta de lo que debía de ser un sótano, y los invitó a que depositaran sus armas sobre una bandeja plateada.

Dentro había algo parecido a una bacanal de música, humo de tabaco y alcohol. Santos, sonriente, les flanqueó la entrada y le guiñó un ojo a

Monfort.

Con lo que no contaba el *llanito* era con que Óscar se conociera las calles del reducto inglés como la palma de su mano.

—Tranqui, sé dónde estamos. Tuve una novia *guachisnai*. Una chavala de aquí, para que me entiendas —le había susurrado a Silvia cuando cerraron la puerta a sus espaldas.



## Martes 8, por la tarde

HABLABAN DE FORMA atropellada. El padre casi a gritos. La madre, envuelta en un mar de lágrimas, tiraba de la manga de la americana de Monfort a la vez que repetía la misma palabra una y otra vez. No los entendía; aunque era sencillo descifrar lo que querían. Querían a su hijo vivo, jugando con sus amigos, emulando a sus ídolos de fútbol, rasgándose los pantalones en la tierra y descubriendo la vida por primera vez. Querían todo aquello que se había truncado, todo lo que ahora era tan solo un cuerpo inerte tumbado en una camilla, abierto en canal. Eso era Issam, porque aquella era la palabra que repetía la madre sin cesar: el nombre de su hijo asesinado por un malnacido. Ambos sabían hablar en español, pero la muerte les había nublado la mente y las palabras que brotaban desde el corazón eran en su propio idioma, y él no era nadie para interrumpir el dolor de unos padres que acababan de reconocer a su hijo. Dos enfermeras del hospital se llevaron a la madre casi a rastras. El padre aceptó una botella de agua que le tendió una de ellas. Monfort lo invitó a sentarse en la pequeña sala de espera.

—Él nació aquí —dijo de repente sin que nadie se lo preguntara. Jugueteaba con el tapón de plástico de la botella que al final abrió y se llevó a los labios para beber apenas un mísero trago. Luego levantó la vista. Tenía los antebrazos apoyados en las piernas—. Dos años antes de que naciera Issam llegamos a Castellón. Mi mujer y yo vinimos escondidos en un *ferry*, desde Tánger hasta Algeciras. —Guardó silencio un momento para añadir—: Tenemos papeles, no se preocupe por eso.

A Monfort, su situación legal le importaba poco en aquel momento. El hombre continuó hablando con su particular acento.

—Tenía familia en Castellón. Nos dijeron que viniéramos, que aquí se vivía bien.

«*La millor terreta del mon* y todas las monsergas que son aceptables siempre que se tenga algún billete en el bolsillo para llevar comida a una casa en la que poder caer rendido por la noche», pensó el inspector.

—En Algeciras no encontré a nadie que me contratara para trabajar. Un día llegó un hombre al descampado de chabolas donde vivíamos y dijo que en Almería había trabajo. Nos eligieron y, al día siguiente, vino en una furgoneta que nos llevó hasta El Ejido, para trabajar tres meses en un invernadero. Estuvimos un año. Cuando conseguí el dinero suficiente para irnos del piso que compartíamos con cuatro familias más, compré un billete de autobús a Valencia. Y luego vinimos a Castellón. La familia nos dejó pasar un tiempo en su piso y luego alquilamos uno nosotros. He trabajado en la naranja, en la obra... Y, mi mujer, limpiando casas. Luego nació Issam. Él es de aquí.

El hombre agachó la cabeza y escondió sus lágrimas. Ahora Issam ya no era de ningún sitio, pensó Monfort de forma cruel. La dolorosa realidad de la inmigración, la mala suerte tatuada en el corazón. Recordó a la joven mauritana, cuyo cuerpo reposaba en una de aquellas neveras. Issam y la muchacha negra. ¿Cómo se llamaba? ¿Tendría un nombre fácil de pronunciar? ¿Se lo habrían cambiado para que fuera más sencillo para los clientes? No lo pudo evitar y envió un mensaje a Silvia mientras el hombre dejaba vagar su dolor por el espacio sideral que en aquel momento era su cabeza.

«Marwa», escribió la subinspectora sin añadir más. Era un nombre hermoso, creyó Monfort. Marwa, que había conocido la parte más oscura de la vida, con una madre muerta, un padre que ni siquiera se había mencionado y su propio cuerpo inocente vendido al mejor postor noche tras noche.

—¿Su hijo se veía con alguien ajeno a su entorno habitual? —preguntó de repente.

El hombre se puso en pie e hizo varios movimientos como si quisiera desentumecer los músculos. Era alto, sin un gramo de grasa de más. A diferencia de su esposa, que vestía una túnica y el hijab, él llevaba un atuendo del todo occidental. No tendría más de cuarenta años pese a que su rostro reflejaba un sufrimiento extremo. Pareció meditar lo que quería decir.

—Todo el mundo nos mira mal.

Monfort miró al techo en un intento de, por fin, creer en algo. Pero era del todo imposible. El cielo, si es que existía tal lugar, estaba demasiado lejos y él se encontraba en un sótano donde la mayoría de los presentes estaban muertos.

MONFORT Y EL padre de Issam esperaron pacientes a que llegara la esposa y, durante el tiempo que permanecieron juntos en la pequeña sala, apenas hablaron. No había visto nada, no sabía casi nada de lo que hacía su hijo. «De eso se encarga la mujer», le había dicho. Monfort podría haberlo reprendido, pero no iba a solucionar nada con ello.

La mujer tomó asiento junto al marido y alargó una mano en busca de la suya. Titubeó él al principio, quizá por vergüenza debido a la presencia de un extraño, pero al final tomó la mano de la esposa y la apretó con fuerza.

—Le hemos dado un tranquilizante —le comunicó la enfermera al inspector—. No está en condiciones de que la atosiguen en estos momentos. No le haga muchas preguntas.

Monfort asintió con la cabeza y la enfermera se marchó por donde había venido. En cuanto el repiqueteo de sus zuecos pareció estar lejos, se dirigió a la mujer.

—¿Ha notado un comportamiento extraño en el chico en los últimos días?

Ella negó con la cabeza y se sonó los mocos con un pañuelo de papel.

—A la salida de clase, ¿regresaba solo a casa?

Hizo un gesto afirmativo. Ni una palabra.

—¿Quiénes son sus amigos? Necesito una lista de los que iban siempre con él. De sus mejores amigos.

La madre de Issam se lo quedó mirando. Tenía unos ojos oscuros y brillantes como el petróleo que solo reflejaban tristeza. Le dijo algo a su marido en su idioma. Él le respondió como si estuviera regañándola.

—¿Hay algo que deba saber? —preguntó Monfort un tanto molesto.

El hombre volvió a decirle a su esposa las mismas palabras. Y ella protestó con sollozos. Ambos se enzarzaron en algo que parecía una discusión, pero que, en realidad, no lo era, ya que él tenía el mando absoluto de todo lo que se estaba diciendo y ella tan solo parecía estar implorando.

Monfort se hartó.

—¡Basta ya! —exclamó más fuerte de lo necesario.

Un enfermero que pasaba por allí se asomó al interior de la sala de espera y le recomendó que bajara el tono.

—Díganme qué pasa. ¿Por qué no me dicen lo que saben? —insistió Monfort.

La mujer se llevó las manos a la cara y se puso a llorar haciendo un ruido insoportable. El marido siguió con sus reproches.

Hubiera dado cualquier cosa por un instante de silencio. Sin embargo, los lloros eran cada vez más escandalosos y la reprimenda del padre de Issam subía de tono, hasta que, de repente, irrumpió en la sala un hombre de corta estatura y evidente sobrepeso, marroquí como ellos a juzgar por su aspecto, que mandó callar a los padres con un par de palabras que Monfort, por supuesto, no comprendió. Ambos se quedaron mudos, como si aquella nueva presencia tuviera un poder extraordinario sobre ellos.

—¡Díselo! —ordenó en español el hombre al padre de Issam.

Primero negó con la cabeza. Luego miró a su esposa. Y finalmente dijo:

—Quería hacer la primera comunión.

ISSAM YA NO tenía la edad habitual para hacer la comunión, pero quería ser como sus compañeros, explicó el padre. Era el único marroquí de la clase. Había más en otros cursos, pero Issam no quería juntarse con ellos. Se avergonzaba de sus orígenes. Fátima, que así se llamaba la esposa, dijo que había tratado de quitarle la idea de la cabeza y el padre llegó a confesar que una vez le pegó por aquello que pretendía. Sin embargo, él seguía en su empeño por parecerse a los otros en todo lo que podía. Lo peor fue el día en que se presentó en casa diciendo que quería hacer la primera comunión, alegando que las familias colmaban de presentes a los que la hacían y que a muchos les regalaban teléfonos móviles y hasta viajes a Disneyland París.

Lo que quería saber Monfort era cómo había llegado a aquella determinación viniendo de la familia que venía, quién se lo había inculcado y si se estaba viendo con alguna persona para conseguir aquello que, por lo visto, tanto deseaba.

El hombre que había hecho que los padres confesaran las predilecciones religiosas del hijo era el primo que los había acogido en Castellón a su llegada de Almería. Por su aspecto, sus anillos dorados y su bigotillo intimidador, era evidente que se trataba de una especie de patriarca.

SILVIA ACCEDIÓ A regañadientes a reunirse con Monfort en su despacho de la nueva comisaría. Argumentó que tenía mucho trabajo con la revisión de las declaraciones de los implicados en la muerte de la joven mauritana y en el análisis de lo que los compañeros de la Científica habían recabado en el lugar donde se encontró el cadáver de Issam. Pero Monfort le dijo que dejara todo lo que tuviera entre manos y subiera a su despacho.

—¿Te pasa algo que no sepa?

Silvia sonrió de mala gana.

—¿Qué clase de pregunta es esa? —Monfort negó con la cabeza.

—He traído el mapa que me has pedido. —Enarboló un rollo de papel que llevaba en una mano. A continuación, lo desplegó sobre la mesa y puso objetos pesados en las puntas para que no se enrollara de nuevo.

—¿Cómo se llama la escuela donde iba Issam?

—Illes Columbres. Está aquí. —Tardó un poco, pero, al final, señaló con el dedo el lugar exacto en el plano.

—Mácalo, por favor.

Silvia buscó un lápiz en la mesa del inspector e hizo una cruz en el lugar del mapa donde se encontraba el centro.

—¿Qué buscamos? —preguntó a continuación.

—Una iglesia, un centro religioso, cualquier lugar donde haya curas.

—¿Curas? Pero el chaval sería musulmán, ¿no?

—Según los padres, quería hacer la primera comunión.

—¿Y eso?

—Decía que, a los que la hacían, los padres les regalaban viajes a Disneyland.

Silvia se echó a reír sin poder evitarlo. No era momento para ello, pero, después de tantos días en los que se había mostrado del todo malhumorada, verla de aquella forma lo alivió. Pero la risa se acabó tan de repente como había llegado y su rostro mutó en un gesto de preocupación.

—¿Crees que puede ser un caso de...? No hubo violación.

Monfort se encogió de hombros.

—No sé nada —admitió—. Lo del marroquí que quiere ser cristiano suena a broma, ya lo sé. Por eso te he llamado. Si llega a oídos de Romerales, le provocaremos una almorrana de tamaño extraordinario.

Silvia puso cara de asco y volvió la vista al mapa.

—Veamos si hay algún centro religioso cerca de la escuela.

Monfort recibió una llamada. Era Aniceta Buendía, la entrañable asistente que cuidaba de su padre enfermo.

—¡No funciona la calefacción! —gritó sin más preámbulos—. Estamos sin calefacción en este pueblo remoto donde en cualquier momento puede caer una nevada de tal calibre que nos quedemos más congelados que los pobres desgraciados de la tragedia de los Andes.

La oratoria de Aniceta podía aniquilar a cualquier interlocutor. Era una mujer que ignoraba las comas y los puntos. Podía hablar largo tiempo sin hacer pausas para tomar aire. Llevaba toda la vida con la familia y Monfort la recordaba igual que siempre. La madre de Monfort se convirtió en su gran amiga y ella, en alguien imprescindible para la familia. Ahora, don Ignacio Monfort se había empeñado en cambiar las ventajas de un lujoso piso en el centro de la ciudad por una casa antigua en un pueblo que a Aniceta le parecía perdido en los confines del mundo.

—¡Esto no son maneras de vivir! —bramó—. ¡Es inhumano!

Lo inhumano que Aniceta proclamaba era la casa familiar de su padre, situada en la calle Mayor de la población, de aspecto modernista, completamente reformada hacía pocos años y con todas las comodidades a la orden del día. En definitiva, una de las mejores casas del pueblo en la que el viejo Monfort no había reparado en gastos cada vez que la vivienda lo necesitaba.

—¿Has llamado a un técnico? —le preguntó cerrando los ojos a la espera de la respuesta.

—Pero bueno, ni que yo fuera la mujer para todo: que si hacer compañía al señor, que por otra parte está insoportable; que si encargarme de la limpieza; la comida... ¿Sabe usted lo que cuesta contentar a don Ignacio a la hora de comer?

Lo que sabía Monfort era que Aniceta llevaba años experimentando con la cocina de su país, y los habitantes de la casa se convertían en bancos de prueba de las especias más picantes habidas en el planeta. Estuvo tentado a decirle que le hiciera dos huevos fritos con patatas si

quería ver a su padre disfrutar en la mesa, pero la cosa se habría subido por las nubes y Aniceta habría comenzado a hablarle de los beneficios del cilantro, la yuca y el ñame, por poner algunos ejemplos.

—No has llamado.

—No —admitió ella en un tono más calmado.

—Está bien, llamaré yo.

—Y mientras viene, ¿qué hacemos?

La casa tenía varias chimeneas, de manera que, en un caso como aquel, sería suficiente con encender la leña seca que se apilaba junto a cada hogar y el sistema de conductos que recorría la vivienda paliaría el problema del frío mientras un técnico reparaba lo que fuera que le pasara a la caldera.

—No te atreves a encender el fuego, ¿verdad?

Hubo un corto silencio en el que oyó a Aniceta tragar saliva.

—Atreverme, ¿yo?, pues claro que me atrevo. Lo que pasa es que no puedo dejar a su padre solo ni un momento porque es capaz de salir de la casa y desorientarse por las calles de este pueblo ignoto.

«Ignoto». Habría buscado la palabra en algún diccionario o tal vez la había leído en alguno de los libros que poblaban la biblioteca de la planta baja. El caso es que la pronunció con fuerza para que no quedara resto de duda de que sabía de lo que hablaba. Vaya, que se lo había estudiado.

—Te da miedo el fuego. Me hago cargo. La gente de ciudad no estáis acostumbrados a los ritos ancestrales —pinchó Monfort—. Llamaré a alguien para que vaya a echarle una mano con eso. No sufras. Esa misma persona se encargará de que reparen la avería. Y ahora, si me lo permites, tengo trabajo, ya hablaremos en otro momento. Ten paciencia.

A Aniceta le ponía histérica que le dijeran que tuviera paciencia. Empezó a hablar a toda velocidad, pero Monfort cortó la llamada y buscó el número de Jaime Vives. Este tenía un comercio centenario en la misma calle, donde vendía un sinfín de artículos para el hogar. Lo que no se encontraba allí, no estaba en ninguna parte. También era una fuente de sabiduría local y la persona adecuada cuando se tenía un problema como al que Aniceta se enfrentaba en aquellos momentos. La única pega era el discurso prolongado que la mujer le daría mientras prendía los fuegos.

—Hola, Jaime, soy el inspector Monfort, ¿puedes hacerme un favor? Bueno, son dos en realidad, tres si hablamos de que tendrás que lidiar con la mujer que cuida de mi padre.

—No sé cómo serán los otros dos favores que me vas a pedir, pero, si se parecen al tercero, quizá me santifiquen —respondió Jaime Vives con su particular sentido del humor.

Al finalizar la llamada, volvió a sonar el teléfono; el nombre de Aniceta volvió a aparecer reflejado en la pantalla.

—¿Y ahora qué se ha roto? —preguntó el inspector.

—¡Los huesos me va a romper esta como siga así!

Era Ignacio Monfort, el viejo cascarrabias que volvía a la carga.

—Va por la casa tapada con un poncho que dice que era de su abuela, y no para de bailar de forma extraña. Dice que así combate el frío, pero lo malo es que quiere que yo haga lo mismo. ¿Sabes qué he desayunado hoy? —Algunos momentos de lucidez del hombre eran del todo quijotescos.

—No lo puedo saber, papá, no estoy allí.

—¿Te suenan de algo la uchuva o el tomate de árbol?

—No sé de qué me hablas.

—¡Exacto! ¡Yo tampoco! Pero me lo he tenido que tragar para no escuchar todos los beneficios, su cultivo y posterior recolección. ¿Sabes el dineral que cuesta traer esas malditas frutas desde su país? ¿Quién paga eso, yo? Y...

Monfort iba a responder, pero el padre se quedó callado de repente. Se hizo un silencio duro de gestionar cuando un instante antes las exclamaciones llenaban por completo la línea telefónica.

—¿Papá? ¿Estás ahí?

No respondió, pero podía escuchar su lenta respiración. Estaba allí, pero seguramente había olvidado la razón por la que tenía el aparato pegado a la oreja.

—¿Papá? ¿Me escuchas?

Monfort contó mentalmente los segundos que tardaría en obtener una respuesta: 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9...

—¡Váyase a la mierda, no queremos nada! ¡Estoy harto de vendedores!

Y cortó la comunicación.

En otras ocasiones, había sonreído con aquel tipo de reacciones. Era lo que solía hacer la gente con los enfermos de demencias, con los pacientes de alzhéimer: reír lo que pueden parecer bromas, aunque sean de mal gusto. Sin embargo, se le hizo un nudo en la garganta y estuvo a punto de



estrellar el teléfono contra la pared, salir corriendo de allí y llorar en alguna parte donde nadie lo viera.

Pensó en lo injusta que era la vida, en la posibilidad de que le sucediera algo parecido con el paso de los años, que contrajera la misma enfermedad, si es que había cualquier resquicio hereditario que pudiera morderle. Pensó en cómo sería si no reconociera a los suyos, en cómo sería querer hablar y no encontrar las palabras adecuadas, querer caminar y que la orden del cerebro no llegara a unas piernas que se niegan a ponerse en marcha. ¿Cómo sería depender de alguien día y noche hasta para los detalles más íntimos? Se le ocurrían respuestas que se amontonaban en la casilla de salida con la intención de salir disparadas, pero había una definición en concreto que lo machacaba a todas horas, como en aquella canción trasnochada del mexicano Juan Gabriel:

Te fuiste para no volver, me dejaste muerto en vida.

—Cerca, lo que se dice cerca, no veo ninguna iglesia ni nada parecido. — Silvia interrumpió a Monfort, que hacía rato había olvidado que seguía allí, y cuyos pensamientos se debatían entre aquella canción que había oído cantar a Aniceta Buendía mientras hacía las tareas domésticas y la impotencia de no poder hacer algo más por la enfermedad que aniquilaba lentamente a su padre.

—Coge tu chaqueta —la apremió Monfort al tiempo que abría la puerta del despacho.

—¿Adónde vamos? ¿Qué se te ha ocurrido?

—A cenar. Tú y yo tenemos que hablar.

NO QUISO QUE la acompañara hasta su casa. Él había bebido demasiado. Ella se decantó por agua durante la cena; más que nada para fastidiarlo después de que Monfort pidiera aquel vino tan caro y se hiciera el entendido con la añada concreta y la bodega en particular. A Silvia le importaba un rábano aquel tipo de tonterías cuando no estaba de buen humor. Él apenas probó bocado y se limitó a jugar con el tenedor separando por colores lo que había en el plato. Ella se zampó la ensalada César pese a que la lechuga estaba pasada, el queso no era más que un sucedáneo de Parmesano, la salsa no estaba acertada y los picatostes no

crujían. Sin embargo, comió con avidez para no tener que responder a sus largos silencios. El restaurante lo había elegido ella a petición de él. Un local moderno sin interés alguno y con la música demasiado alta y horrorosa para su gusto. A decir verdad, se lo había tomado como un triunfo tras ver las ganas de marcharse que tenía el inspector en cuanto terminó la cena. No había dejado ni un céntimo de propina, señal evidente de que el lugar le había parecido un espanto.

—Iré andando, si no te importa —dijo ella al segundo intento de él por reconducir la velada y el ofrecimiento a llevarla en el coche.

—Silvia...

—¿Sí? —inquirió con tono impertinente.

—Nada, déjalo. —No encontró nada más que decir.

—Jefe... —lo llamó Silvia cuando ya se habían dado la espalda. Monfort se volvió con un cigarrillo atrapado entre los labios—. El restaurante era ridículo, lo sé, pero gracias por la cena. Nos veremos mañana temprano en la comisaría, ¿vale?

—Deberías...

—No me digas lo que debería —sentenció ella, y cruzó la calle con el semáforo de peatones en color rojo, pese a que había un tráfico denso para ser un martes cualquiera en una ciudad tranquila como aquella.

Monfort caminó en dirección opuesta. Puede que hubiera bebido demasiado, pero ¿qué narices? ¿Cómo iba a dejar algo de vino en la botella en un antro como aquel? Seguro que se habría bebido el resto los camareros y la panda de ineptos que se hacían pasar por cocineros.

Silvia se equivocaba al no querer escucharlo.

Sonó una llamada en su teléfono. Era Elvira Figueroa. No había pensado en ella. No había recordado que se encontraba en Castellón.

—Demasiados «no había», querido —anticipó ella como si le hubiera leído la mente.

—¿Dónde estás? —preguntó él tratando de imprimir normalidad a sus palabras.

—En un lugar en el que no sirven ni una gota de alcohol; no como tú, que por la voz que tienes parece que alguien ha hecho buena caja esta noche.

Monfort pensó en lo mal que lo debían pasar las mujeres de su vida al estar pendientes de él.

—Las juntas de jueces se pueden alargar más de lo esperado —prosiguió Elvira—. Pero bueno, qué le voy a contar yo al hombre que vive por y para su trabajo.

El cielo estaba cubierto por una capa de nubes que no amenazaban lluvia alguna; puede que las tormentas se cernieran sobre el interior de algunos hogares de matrimonios mal avenidos, pero en la calle no caería ni una gota. Dos jóvenes se detuvieron a su lado y se lo quedaron mirando.

—Espera, Elvira. ¿Qué pasa? ¿Qué queréis? —les preguntó en tono enojado.

—Un cigarrillo —respondió uno de ellos. Ambos vestían igual: *jeans* holgados, caídos por el culo, zapatillas de deporte llamativas, sudaderas con grandes capuchas y chaquetas de camuflaje del ejército—. Bueno, mejor dos —señaló a su amigo.

—Joder —exclamó Monfort casi sin levantar la voz—. Pensaba que me ibais a atracar.

Sacó el paquete de cigarrillos. El que no había dicho nada, agarró uno. El que había hablado hizo lo propio, pero luego se permitió coger otro.

—Este para la oreja —añadió tras encajar el tercer cigarrillo sobre el pabellón auditivo.

—¿Va a durar mucho la fiesta? —se oyó decir a Elvira al fondo, que aún estaba al otro lado del teléfono.

—Hablando de fiestas... —se le ocurrió a Monfort entonces, y, dirigiéndose a los dos chavales, les preguntó—: ¿A qué discotecas suele ir la gente de fuera?

—¿De fuera? —preguntó en tono jocosos el más hablador—. ¿De Marte? ¿De Melilla? ¿A qué lugar *de fuera* se refiere? —Y los dos se arrancaron a reír.

—Los inmigrantes —resolvió Monfort muy serio.

Los jóvenes comprendieron que aquel tipo podía ser cualquier cosa menos un atontado que pululaba de noche.

—Hay varias, pero los martes están cerradas. La gente sale a partir del jueves, que es cuando hay fiestas universitarias. Hasta entonces, todo está bastante muerto.

—Está bien. Eso es todo —resolvió Monfort—. Y ahora que ya tenéis los cigarrillos, largaos por donde habéis venido.

Los de la indumentaria rapera siguieron su camino sin añadir palabra alguna. Parecían clones, dos gotas de agua: la misma forma de moverse, la

misma ropa, la misma insolencia y el mismo anagrama rudimentario en la espalda de las chaquetas militares.

—Disculpa, Elvira. Si no les doy tabaco, me siento mal, y si se lo doy, también. Nunca sé qué hacer en estos casos.

—Ni Clint Eastwood lo hubiera hecho mejor. Se habrán quedado impresionados —bromeó la jueza—. Bueno, tengo que regresar al cónclave, que esto era solo un receso para que los obispos de la ley pudieran fumar y llamar a las mártires de sus esposas. Seguiremos hasta que haya fumata blanca.

—Entonces, ¿nos vemos después?

—Puede que no encienda la luz al entrar.

DE CAMINO AL hotel, Monfort pasó por delante de un bar concurrido. Sonaba buena música. Puede que la clientela tuviera en su mayoría menos años que él, pero eso tampoco le importaba tanto. Entró y se acomodó en la barra. Una camarera se ofreció a servirle.

—¿Si pido whisky de malta quedaré como un viejo pedante?

La camarera se echó a reír. Tenía rasgos asiáticos. Él nunca había sido espabilado para distinguir los de unos países u otros. Era delgada. Quizá no tan alta, pero su delgadez le hacía parecerlo. Vestía toda de negro salvo por un pañuelo rojo anudado al cuello.

—Yo no opino sobre la edad de los clientes, pero de whisky entiendo un poco. La jefa nos apuntó a un cursillo intensivo. —Su acento era más local que de cualquier otro lugar del mundo. Seguramente comían paella los domingos en su casa. Se volvió a medias y, moviendo el brazo y la mano como si fuera un torero que saluda al público, hizo un paseíllo aéreo por una estantería iluminada mientras recitaba las marcas disponibles—: *Laphroaig, Dalmore, Glenrothes, Macallan, Talisker*. Y un par de maltas japonesas que son la joya de la corona: *Yamazaki 12 años* y *Yamazaki Reserva*.

Tal vez la camarera hubiera preferido que probara alguna de aquellas joyas, pero Monfort era un tipo chapado a la antigua y prefería comer pepinos de Murcia, naranjas de Castellón y anchoas del Cantábrico. Y, para él, el whisky solo podía ser escocés.

—*Talisker*, por favor.

—Ajá —asintió ella de manera casi imperceptible. Tomó un vaso adecuado y lo puso sobre un posavasos de madera. Tenía los dedos largos y las uñas muy bien cuidadas. Tampoco parecía decepcionada porque el inspector no hubiera optado por la propuesta nipona. Prosiguió la ceremonia manipulando la botella con delicadeza, vertiendo despacio el licor ambarino en el vaso tallado. Luego, sujetándola con ambas manos de manera que la etiqueta quedara visible para él, añadió—: Se caracteriza por su potente aroma a humo de turba con un ligero toque de sal marina. Frutos secos en el paladar, nubes de humo, fuerte sabor a malta de cebada, cálido e intenso. Le recomiendo tomarlo solo, sin hielo ni agua, para poder apreciar su gran variedad de matices. ¿Le parece bien?

¿Que sí le parecía bien? Si tuviera un hijo, le habría aconsejado que la cortejara.

—Me parece perfecto. Muchas gracias —respondió a la vez que levantaba el vaso para brindar por ella antes de llevárselo a los labios.

Otros clientes la reclamaron desde el fondo de la barra. Era un grupo de cinco o seis hombres trajeados con las corbatas aflojadas y los vasos vacíos a la espera de ser rellenados. Tras ellos, el local se ensanchaba para crear una pequeña pista de baile donde se arremolinaban jóvenes al son de la música, que sonaba a mayor volumen que donde estaba él.

Bebió con parsimonia; saboreó el whisky y buscó los matices que la reina de las maltas acababa de pronunciar como una sacerdotisa alquimista. Hizo cábalas sobre lo que le rondaba en la cabeza acerca de los jóvenes asesinados. La prensa se despacharía a gusto. En una ciudad como aquella, los periodistas encontrarían un filón que intentarían alargar al máximo. Ojalá que cuando sus plumas empezaran a derramar tinta sobre el papel, fuera el rigor y la cordura lo que prevaleciera como norma principal.

Sinéad O'Connor sonaba como una caricia a través de los altavoces. Su voz inigualable impregnaba de melancolía cada recoveco del local. El que ponía la música había subido el volumen de forma intencionada. Algunas parejas bailaban extasiadas por la cadencia musical. Un borracho apoyó la frente en la pared y se dio pequeños cabezazos sin aparente intención de lastimarse.

La camarera se acercó de nuevo a Monfort.

—¿Le gusta? —preguntó, señalando el vaso.

—Me encanta —respondió Monfort, pero no se refería solo al whisky.

Como un pájaro sin una canción  
Nada puede quitarme esta tristeza  
Porque nada se compara a ti

Pagó la malta escocesa y se despidió de la elegante camarera, que le correspondió con una breve reverencia. Ya en la calle, encendió un cigarrillo y dejó que la nicotina se mezclara con el aroma de la turba y la cebada. Una pareja salió del local en cuanto la O'Connor dejó paso a otra cantante mucho menos apropiada para los arrumacos. Ella tenía el pelo tan rojo como Maureen O'Hara en *El hombre tranquilo*.

—¡Inspector! —exclamó Lina, la ayudante del forense, con su acento característico—. Como dicen ustedes: qué pequeño es el mundo.

El que la acompañaba debía ser de Castellón, pues saludó a un grupo de gente que, como Monfort, fumaba en la acera.

—Pequeño es Castellón —matizó él.

—Me gusta. Es *cool* —estimó ella con una amplia sonrisa que encendió las pecas de su rostro.

—¿Qué tal con Morata?

—Es un gran profesor.

—Extraña dedicación la vuestra.

—La suya tampoco está mal. ¿Me da un cigarrillo? —preguntó mirando el de Monfort prácticamente consumido.

Este le tendió la cajetilla y ella se sirvió, y luego le acercó el encendedor.

—¿Está trabajando?

—Me disponía a retirarme a mi hotel.

—¿Vive en un hotel?

—¿Por qué todo el mundo me pregunta lo mismo?

Ella se encogió de hombros.

—Yo prefiero salir después de un día difícil como el de hoy.

Monfort no estaba seguro de que quisiera hablar de trabajo, pero se equivocaba.

—Si no salgo y me divierto un poco, todos esos cadáveres aguardan a los pies de la cama. Dos adolescentes, un anciano y sus respectivos asesinos en solo dos días es mucho más de lo que me esperaba de su país.

Pese a su acento delatador, tenía un buen dominio del vocabulario español.

—¿Qué opinas al respecto? —se atrevió a preguntarle.

—Eso es asunto suyo, que es de la *Garda* —dijo para referirse a la institución de Policía Nacional de la República de Irlanda—. Pero...

—Creemos que pueden ser crímenes racistas. Los dos eran inmigrantes africanos.

—¿Gente que mata negros y luego se suicida? ¿Qué locura es esa? El infierno está vacío y todos los demonios están aquí.

Su acompañante masculino reclamó su presencia con la intención de presentarle a sus amigos. Lina se despidió alegre. Alzó la mano con la que sujetaba el cigarrillo.

—*Thank you!*

La cita sobre el infierno y los demonios era de William Shakespeare en *La Tempestad*, aunque Lina la había pronunciado como si fuera suya. Se notaba que la irlandesa había aprovechado el tiempo. Su amigo, un hombre de aspecto atlético que regalaba sonrisas por doquier, parecía dispuesto a mostrarle todo aquello que Castellón podía brindarles. Sin duda, aquella expresión jovial de su acompañante daba luz a toda la oscuridad que Lina experimentaba después de convivir con la muerte.

*PARA MÍ QUE Dios estaba dormido, o cansado de hacer el bien. O, tal vez, que era una mala persona. Mi hermana murió demasiado pronto. Lo que hubiera de malo en el interior de su cerebro se comió lo bueno y se la llevó directa al cielo, según palabras de mi madre. A mí, el cielo que ella proclamaba me parecía una mentira tan grande como las que soltaba Genaro, que, entre otras cosas, contaba que la mujer del bar lo hizo entrar en el almacén y, una vez allí, se quitó el vestido para que la viera desnuda. Genaro siempre se inventaba historias, casi todas relacionadas con mujeres que le hacían esto y lo otro.*

*Mi madre estaba siempre hablando del cielo y del infierno, como si fuera una competición entre equipos rivales. Al final, se salió con la suya y, gracias a su amigo el cura, me metió a monaguillo. Tenía que ir a la iglesia cada dos por tres, y, cuánto más festivo era, más tenía que estar allí, tieso como un palo y moviendo la boca cada vez que al clérigo le daba la gana. El día en el que me escuchó cantar, le cambió la cara. Dijo que lo hacía muy bien, que tenía buena voz para cantar en misa. ¿Qué sabría el cuervo aquel de cómo tenía yo la voz? Me apartó de monaguillo y me puso en el coro. Mi madre estaba encantada, se le caía la baba cuando entonaba el Ángelus. Me miraba a mí y luego miraba al cura, que asentía complacido. Supuse que había sido para ganarse su estima, porque yo sabía que mi voz no era ningún portento, y así me lo hacía saber el viejo profesor que tocaba el órgano de la iglesia.*

*Los ensayos eran por las tardes, desde que salía de clase hasta pasadas las ocho. Don Froilán, que así se llamaba el organista, nos hacía repetir todos los pasajes hasta que quedaban «niquelados», como solía decir.*

*De tanto acudir a los ensayos y repetir en las misas lo que el viejo nos había enseñado, llegué a cogerle gusto a cantar en el coro. Dejé de quejarme por tener que separarme de mis compañeros a la salida de la escuela. Ellos dejaron de llamarme gordo mariquita porque veían que algunas chicas se me acercaban los domingos a la salida de la iglesia.*



*Empecé a pavonearme de aquello que otros decían que hacía bien, y hasta don Froilán comentó que había dado grandes pasos en el arte del canto.*

*Mi voz no cambió tan pronto como todos esperaban y me convertí en el solista del coro, lo cual me granjeó la amistad de personas que, hasta entonces, me habían mirado por encima del hombro, entre ellas algunas chicas por las que yo bebía los vientos de la candente pubertad.*

*Un miércoles, don Froilán no acudió al ensayo, y doña Pura, la beata que tenía la iglesia limpia como una patena, nos dijo que nos podíamos marchar, que el profesor estaba enfermo. Regresé a casa. Entré y llamé a mamá, pero no contestó. Subí las escaleras y, antes de entrar a su habitación, me detuvo lo que escuché. Ella gemía. Otro sonido, sin lugar a duda masculino, suspiraba en tono grave de forma acompasada, despacio al principio y más deprisa después, a lo que ella respondía con una voz aguda y suplicante que pedía más. Pegué el oído a la puerta y escuché cómo el hombre soltaba un gruñido y ella imploraba complacida. Ella era mi madre, no había duda, pero ¿quién era él? Me mantuve en silencio un buen rato tratando de comprender algo de lo que hablaban en voz baja. «Vístete», dijo ella al fin. «No tengas tanta prisa, mujer», respondió él. «Me da apuro que pueda venir el niño», objetó mi madre. «Eso no va a pasar, para eso lo apunté al coro».*

*«¿Pueden los curas y las madres ir al infierno?», me pregunté tras atar cabos.*

*Tal vez tuviera que mandarlos yo mismo a que ardieran en la caldera de Pedro Botero.*

*¿El infierno es una metáfora o un lugar real?*

## Miércoles 9

LA CHICA DE las trenzas corría como alma que lleva el diablo. Pero él era más rápido y fuerte, y a ella le fallarían las piernas o tropezaría con algo, y caería sin remedio.

Después de obligarla a subir al coche tras haberse quedado sola en el camino que llevaba hasta su casa, la chica logró abrir la puerta y saltar con el vehículo aún en marcha. Podría haberse matado, pero consiguió ponerse en pie y salir corriendo.

Se llamaba Caridad; se lo había escuchado decir a una de sus amigas cuando charlaban en el parque cercano al instituto. Habría sido mejor no saberlo, pero ahora ya estaba hecho. A aquella hora de la tarde, la luz del sol había desaparecido y las farolas eran escasas. Si no conseguía darle alcance, podría llegar hasta el grupo de casas y ponerse a gritar que un extraño la perseguía. Pero no pasó: como suponía, tropezó y cayó de bruces sin poder remediarlo. Se quedó quieta en el suelo, barruntando su mala suerte.

Con una mano, el hombre la agarró con fuerza por el cuello y con la otra le tapó la boca para que no pudiera gritar. Sacó el pañuelo impregnado de cloroformo y la durmió en un santiamén. La llevó en brazos hasta el coche y la metió en el maletero, no sin antes atarle los pies y las manos con cuerdas y sellarle la boca con una tira de cinta americana. Iba a cumplir con su cometido, por fin llegaría a lo más alto de su propósito de vida: matar y morir.

En el trayecto, la muchacha se despertó. Daba patadas en el maletero pese a tener los pies atados. Por suerte, no podía gritar. Tampoco nadie iba a oírla.

No le costó encontrar la vieja barraca, estaba bien señalizada. Se encontraba en un campo de almendros abandonado, en una urbanización de la carretera que llevaba hasta la población de l'Alcora. Abrió la puerta.

Olía a humedad, a orines, tal vez a algún animal muerto y putrefacto. La sacó del maletero. Se había roto varias uñas al arañar el habitáculo. Tenía la cara descompuesta y su mirada inocente, ciega de terror. Cogió una potente linterna, la tomó en brazos y la llevó al interior, donde había un par de sillas viejas. La sentó inmovilizándole los tobillos con una brida grande. Rodeó sus brazos en la parte trasera del respaldo y le ató las muñecas con otra brida. Sus quejas, amortiguadas por la cinta que sellaba sus labios, le perforaban los tímpanos. Debía acabar cuanto antes.

Regresó al coche y rebuscó en el maletero con nerviosismo hasta encontrar lo que necesitaba para insuflarse valor. Agarró la botella de vodka y la llevó de vuelta a la barraca. Bebió un trago largo que, en vez de reconfortarlo, le quemó por dentro.

Para lograr su cometido, debía empezar por desatar a la chica, pero esta no dejaba de moverse y gimotear, así que le propinó un puñetazo en el estómago que la dejó paralizada. Los movimientos espasmódicos cesaron y los sollozos dieron paso a un silencio sepulcral.

Cortó la brida de los tobillos y de las muñecas y obligó a Caridad a ponerse de rodillas en el suelo. Reforzó la cinta que sellaba su boca para que no pudiera emitir sonido alguno. Los ojos ya no soltaban lágrimas; se cerraron despacio antes de implorar perdón, antes de acordarse de sus padres, de su hermano, de sus amigas, de Dios, tal como le habría enseñado su madre que debía hacer en los momentos difíciles que le depararía la vida.

Posó la mano derecha sobre la cabeza de rizos morenos. Susurró palabras que la joven comprendió bien, pues abrió los ojos de par en par, como un animalillo indefenso en un bosque iluminado por la luna llena que se sabe blanco fácil de su depredador.

Introdujo la mano que tenía libre en el bolsillo interior de su abrigo y extrajo una pistola resplandeciente. Sin dejar de recitar lo que fuera en voz baja, retiró la mano que se posaba sobre la cabeza de la chica y, en su lugar, puso el cañón del arma.

A continuación, pronunció unas últimas palabras y apretó el gatillo.

## Horas antes, por la mañana

APENAS SE INMUTÓ cuando la camarera se acercó a la mesa y dejó a su alcance un periódico con el titular bien visible, tanto como alarmante era la noticia. El festín de los buitres estaba servido. Los reporteros habrían obtenido el botín de cualquier forma, legal o ilegal. El instinto primario era dar la noticia con tintes terroríficos. Sembrar el pánico, originar caos y crear confusión: eso era lo que iban a conseguir con titulares como aquel. Tal vez, el mayor logro al que aspiraban fuera que los padres no dejaran salir de casa a sus hijos bajo ningún concepto.

Apartó el periódico y dio buena cuenta del bocadillo de fuet, cuyo pan había sido generosamente untado con tomate y rociado con el exquisito aceite de oliva del interior de la provincia. Los sucesivos mordiscos sonaron crujientes. Zumo de naranja, una taza de té *English Breakfast* y el recuerdo de las palabras de Lina acompañaron el delicioso desayuno del hotel Mindoro. Y no se refería a la cita de Shakespeare que la pelirroja había hecho suya, sino al par de preguntas del todo elocuentes que había soltado antes: «¿Gente que mata negros y luego se suicida? ¿Qué locura es esa?».

Había decidido desayunar sin prisas después del torrente de reproches que el comisario le había regalado cuando todavía se le marcaban las sábanas en el rostro. Elvira había desaparecido por arte de magia, y había dejado tras ella su fragancia vampirizando la habitación. Su nota sobre la mesilla era escueta, no como el sermón de Romerales.

Para Monfort, el informe de balística del comisario no era ni claro ni conciso, pero despejaba una gran duda:

«... en ambos casos, los elementos balísticos corresponden a armas semiautomáticas SIG-SAUER P226. La empresa fabricante es: SCHWELZERISCHE INDUSTRIE GESELLSCHAFT, con sede en Suiza. Calibre 9 × 19 milímetros...»

Quien estuviera detrás de los crímenes había adquirido pistolas como el que compra plátanos en el supermercado. Se lo imaginó haciendo la transacción: «Póngame media docena». Porque eso era lo que faltaba saber ahora: ¿cuántas armas como aquellas había preparadas para matar?

Salió a la calle y encendió el primer cigarrillo del día. Debía rebajar el consumo de una vez por todas; cada vez sentía más remordimientos, pero, demonios, qué bien sentaba el de después del desayuno.

Rodeó el Teatro Principal y atravesó la plaza de la Paz. Observó el kiosco modernista reconvertido en cafetería, y el espacio destinado a terraza de sillas blancas. Se adentró en la calle Mayor con su bullicio habitual y la cola de coches para entrar en el aparcamiento subterráneo al que popularmente se conocía como «parking de la pescadería». Ocupaba el subsuelo de la plaza Santa Clara y del Mercado Central, y la primera planta estaba destinada a la carga y descarga de mercancías. El mercado tenía otros muchos productos además de aquellos procedentes del mar, pero era cierto que, si no se mantenían las ventanillas subidas mientras se circulaba por el subsuelo, el aroma con el que se abandonaba el lugar era el del pescado con el que trajinaban los comerciantes y mayoristas.

Monfort se desvió de la calle Mayor por un momento y entró en el acogedor mercado. A mitad de semana, los preciados productos de la lonja del Grao eran insuperables, y así lo serían hasta el sábado al mediodía. Había un único puesto donde despachaban casquería, pero era de los más solicitados. Callos, manitas de cerdo, asadura, corazón, pulmón, lengua... Le recordó sus años de juventud en algunos bares del Raval de Barcelona, donde solía ir a tapear los domingos por la mañana, si bien en el caso de los callos, jamás se había atrevido a comerlos en ningún otro lugar que no fuera su casa; nadie los hacía como su madre, que los compraba en su carnicería de confianza. Ni siquiera cuando su padre los llevaba al Mercat de la Boquería para sentarlos en un taburete del Bar Pinotxo optaba por pedirlos.

Abstraído por la nostalgia de una madre que ya no estaba, salió del mercado por la fachada que daba a la plaza Mayor, donde se encontraban el ayuntamiento y la catedral, con su campanario separado del templo, apodado Fadri, que en valenciano significa «soltero». Atravesó la bella plaza y, sin entrar en la iglesia, se detuvo para admirar la Lonja del Cànamo en la confluencia de las calles Colón y Caballeros. Un edificio de estilo barroco gestionado por la Universitat Jaume I.

Recordó entonces que la esposa del primer homicida era profesora de la universidad, igual que lo había sido su padre años atrás. También recordó que su marido, el asesino de la joven, trabajaba en una compañía aseguradora en la calle Mayor. Tirando del hilo, se acordó de que el verdugo del adolescente marroquí y su esposa vivían casualmente en la misma calle. Tal vez las reservas de memoria no eran todavía alarmantes, lo cual hizo que pensara en su padre y en que debía hacerle una visita. A él y a la incombustible Aniceta Buendía. ¿Cómo habría sido el viaje de la abuela Irene desde Villafranca del Cid hasta Peñíscola? ¿Habían acordado que hablarían cuando ella llegara a la casa de la playa? Sacó el teléfono del bolsillo y la llamó.

—Un viaje iniciático —aclaró Irene con agudeza tras un intercambio de afectos—. Me pareció ver a Paco Martínez Soria en el autobús —bromeó—. Una experiencia inolvidable, sin duda.

Irene ya estaba en su casa. Haría frío y el viento azotaría con fuerza cualquier parte expuesta de la vivienda. Pero ella había acondicionado el interior y la chimenea quemaría leña de día y de noche, y las paredes forradas de estanterías repletas de libros darían calor al hogar; por no hablar de lo que fuera que se cociera a fuego lento en la diminuta cocina, donde no faltaba ni un ingrediente, preferiblemente los venidos del mar, para preparar succulentos guisos.

—¿Puedes olerlo?

Monfort estaba convencido de que Irene sabía leer el pensamiento.

—Dime qué es.

—Bullabesa.

Una de sus tantas especialidades. Un guiso marinero que parecía tener su origen en Marsella. Era, en realidad, un plato que preparaban los pescadores con las capturas que no podían vender. La particularidad de la propuesta eran las rebanadas de pan tostado untadas con la salsa *rouille* que acompañaba al plato. Esta tenía tantas versiones como personas la preparasen, pero la fórmula más frecuente se ceñía a una mayonesa con ajo, azafrán y guindilla, ya que en lo que todos coincidían era que la salsa *rouille* debía de ser endiabladamente picante.

—¿Me darás la receta?

—Ni hablar —respondió Irene dejando que su risa escapara hasta llegar a los acantilados del promontorio que en su día había cobijado al Papa Luna.

LAS DIRECCIONES QUE lo habían llevado a la calle Mayor eran la coincidencia que no había contado todavía a los demás. Tal vez se tratara de una simple coyuntura sin mayor importancia, pero el mero hecho de no haberlo compartido le daba un punto extra de sospecha. Caminó por la calle Colón hasta llegar de nuevo a la calle Mayor, giró a la izquierda y buscó los dos números que llevaba anotados en su libreta de bolsillo. Revisó lo que había escrito:

Jorge Abad. Cuarenta y cuatro años. Casado. Esposa: Lola Terrades. Sin hijos. Trabajaba en una compañía de seguros de la calle Mayor. Diego Arrabal. Cuarenta y dos años. Casado. Esposa: Gema Torres. Sin hijos. Arquitecto. Domicilio en calle Mayor.

Ambos números estaban separados por unos escasos cien metros.

La joven recepcionista de la agencia aseguradora se quedó lívida cuando Monfort le mostró su acreditación. Miró por encima de su hombro a los cuatro o cinco empleados que tecleaban absortos frente a las pantallas de sus ordenadores. Al fondo, había un despacho separado del resto por paredes prefabricadas de aluminio y cristal opaco.

—Baltasar ha salido a tomar un café, no tardará.

Con aquel nombre, que a Monfort le hizo pensar cuál de los Reyes Magos era el que se llamaba igual, se refirió al jefe por el que el inspector había preguntado.

Lo invitó a tomar asiento en una silla de diseño del todo incómoda. Hizo como si ojeara una revista, pero trató de memorizar los rostros de los trabajadores. Posiblemente, los olvidaría diez minutos después de salir de allí. A decir verdad, parecían todos cortados con el mismo patrón. Coincidían hasta en la forma de vestir. Tal vez era la moda actual de los de cuarenta y pocos años.

—¿Solo trabajan hombres?

—Sí —respondió la secretaria con la mejor sonrisa que fue capaz de ofrecer—. Yo soy la única chica.

—La tratarán como a una reina —frivolizó Monfort. Ella se ruborizó y trató de esconder su rostro detrás de una carpeta—. Disculpe —añadió entonces—. He dicho una tontería.

—No se preocupe. En realidad, no me hacen mucho caso —rio—. Mírelos, no apartan la vista de las pantallas. A veces me da la sensación de que ni siquiera pestañean.

—Deben de haber sentido mucho la muerte de su compañero, el señor Abad.

—Es que hace solo dos días que pasó toda esa barbaridad.

—Supongo que lo conocía.

—Pues no. Llevo aquí muy pocos días. Estoy sustituyendo a Marga, que hace poco dio a luz a gemelos.

—¿Quién es Marga?

—La mujer de Baltasar. —Pareció extrañarle que no la conociera—. Somos amigas y... como me había quedado sin trabajo, me propuso sustituirla.

—¿No tiene relación con sus compañeros?

—¿Quién, yo?

—Sí.

—¡Qué va!

—Me imagino que, con su jefe, Baltasar... —Entonces recordó: era el rey negro. Cuando era pequeño, su madre decía que Baltasar era el que llevaba las bicicletas a los niños—. Con él sí que tendrá más afinidad.

—Claro, ya se lo he dicho: soy amiga de su mujer.

—Entonces, ¿no hay nada que sepa acerca del señor Abad en el poco tiempo que lleva aquí?

—Nada, de verdad, lo siento. Ya se lo dije ayer a sus compañeros.

Terreros y García se habían entrevistado con los trabajadores, pero no había servido para nada.

Sonó el teléfono de la mesa de recepción y la joven se abalanzó hacia él presa de los nervios. Sí, estaba claro que era nueva. Intercambió unas palabras. Las últimas frases iban dirigidas a él.

—Está aquí un inspector de la Policía. (...) Quería verte. (...) Está esperando. (...) Vale, no te preocupes, se lo digo. (...) Sí, claro, descuida. Hasta luego.

—¿Y bien? —preguntó Monfort antes de que colgara el auricular.

—Dice que le ha llamado Marga y que se marcha a casa. Uno de los gemelos tiene fiebre y la madre de ella no está demasiado fina esta mañana; así que Marga está sola... Y con dos bebés recién nacidos debe de ser terrible.



—Sí, terrible —repitió Monfort poniéndose en pie. Le tendió una tarjeta con su nombre y su número de teléfono—. Dígale que me llame cuando a la criatura se le haya pasado la fiebre. Me gustaría hablar con él, aunque ya lo haya hecho con los otros agentes.

—Si quiere, puedo decirle a algún compañero que hable con usted.

—No quiero molestarlos —bromeó—. Parecen realmente ocupados en lo que sea que se proyecte en sus pantallas.

La joven captó la broma y sonrió.

—Una cosa más —retomó el inspector antes de salir—. ¿Le suena de algo el nombre de Diego Arrabal?

—Ni idea —respondió ella cruzando las piernas en la silla que en realidad era de la tal Marga, la mujer del rey del despacho.

Era temprano. Tenía que salir de Castellón, pero, si se daba prisa, podía estar de vuelta a la hora de comer.

SOBRE EL TEJADO del Bar Moderno se concentraba un cúmulo de nubes negras que no auguraba nada bueno. La fachada de tonos amarillentos refulgía como por encanto entre tanta negrura. En algún punto del cielo se abría un claro por el que una línea de sol alumbraba el pueblo. Faltaban el rayo y el trueno, que no tardarían en llegar; a continuación, las primeras gotas, gordas como puños, y el aguacero en todo su esplendor instantes después. La fuente y las farolas de la plaza eran los únicos testigos de lo que estaba a punto de suceder. Un hombre cruzó la plaza deprisa y se adentró en el bar. En Villafranca del Cid las tormentas eran cosa seria. La excusa perfecta para ponerse a cubierto. La población ostentaba el cargo de ser el lugar con una mayor intensidad de descargas eléctricas del país. Monfort miró el cielo tras aparcar el Volvo en la plaza; no le hubiera extrañado que alguno de aquellos rayos cayera en cualquier momento y lo partiera por la mitad.

Antes de llegar a la casa de su padre, notó el relámpago por encima de los tejados y, casi a la vez, el estruendo del primer trueno. El diluvio había comenzado. Abrió el portón con su propia llave. Escuchó voces que procedían del piso superior. Dentro de la casa también caían chuzos de punta.

DURANTE LA HORA y cuarto que se tardaba en volver desde el pueblo hasta Castellón, el inspector no paró de darle vueltas a la cabeza. Las ideas iban y venían de forma disparatada entre la discusión con su padre por su cabezonería y las súplicas a Aniceta para que tuviera un poco más de paciencia. «¡Qué vaina de paciencia! —había exclamado la mujer—. ¡Quédese usted con él si le parece que no tengo la suficiente paciencia para aguantarlo!»

Aniceta no tenía pelos en la lengua ni reparo alguno para soltar lo que brotaba de aquel cerebro prodigioso. Llevaba tantos años en la familia que la línea entre el decoro por parte de alguien que prestaba sus servicios y la más absoluta confianza se había hecho añicos muchos años atrás.

«No me dore la píldora, prepárese la valija y véngase a vivir aquí. Entonces comprenderá la razón de que una servidora esté hasta la coronilla».

No le faltaba razón, por supuesto; el carácter de su padre, ya de por sí imponente, se tornaba día a día menos respetuoso con los que tenía cerca. Y ahora que Irene había regresado a Peñíscola, la carga física y emocional de Aniceta estaba haciendo aguas.

Al llegar a Castellón, llamó a Silvia para decirle que quería entrevistarse con la mujer que decía haber cuidado de la joven mauritana que había sido asesinada. Esta seguía en comisaría, detenida por la supuesta colaboración con David Prieto, el dueño del local de alterne, que también permanecía bajo custodia a la espera de que algún juez dictaminara qué hacer con ellos. Monfort temía cualquier cosa en aquella materia. Si los ponían en libertad sin cargos, ambos volverían a sus trapicheos habituales de forma inmediata. «¿Qué otra cosa van a hacer? —pensó—. ¿Buscar un trabajo decente y convertirse en unos santos?»

Con la cara lavada y los ojos hinchados de llorar, la mujer parecía completamente indefensa; nada que ver a lo que Monfort vio en ella cuando acudió al local.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el inspector, pese a que Silvia le había pasado una libreta con anotaciones donde también estaba escrito su nombre.

—Gladys.

—Pero eso será un apodo, ¿no? ¿Cuál es tu verdadero nombre?

—Gladys, ya se lo he dicho. Pregúntele al mamarracho que me ha confiscado la documentación. Es uno de esos que anda por ahí afuera y

que me mira las tetas cada vez que se asoma para comprobar que no me he colgado con los cordones de las zapatillas.

—Vale, Gladys, me da igual si es tu nombre de verdad o no.

—¡Ay que joderse! ¿No se lo cree?

—Que sí, mujer.

—Allá, en mi tierra, es un nombre de lo más normal. Soy cubana pese a que mi piel es tan blanca como la suya. Bueno, no tanto, a usted le hace falta tomar el sol. Parece un cadáver.

—Muchas gracias, Gladys, eres muy amable. Puede que me tome unas vacaciones mientras estés encerrada. Quizá, entonces, tome el sol.

—Yo no hice nada, no tengo nada que ver con todo esto. Es David el que dirige el cotarro. Ya lo he dicho mil veces, pero nadie me hace caso.

—A David Prieto le vamos a dar lo suyo, no sufras por eso. De todas formas, según confesaste a los compañeros, tenías algo más en común con él, además del trabajo.

La mujer bajó la cabeza, pero enseguida se repuso.

—Me obligaba. ¿Qué podía hacer? Él manda. Cuando le daba la gana, venía y... «venga».

—Pero era a cambio de que fueras su mano derecha en el negocio de la prostitución, ¿no?

—Y dale con las putas. Qué manía tienen los hombres con el rollo de las putas. Nosotras vamos allí a pasar el rato y ya está. Cuántas veces tenemos que decirles que nos acostamos con quien nos da la gana.

—A cambio de unos billetes. Pero no quiero hablar de eso ahora. He venido porque quiero saber más de la joven y de su madre.

—Ya le conté todo. La madre murió de cáncer y ella se quedó con nosotras.

—Y la pusiste a trabajar como las demás. El problema es que eso te puede acarrear una pena mayor. Supongo que valoras esa posibilidad.

—Eso ya lo veremos —replicó ella endureciendo la voz.

—Está visto —sentenció Monfort.

La mujer miraba de soslayo a la subinspectora, que permanecía en silencio de pie, junto a la puerta, como si esperara algo de ella. Se estaba haciendo la fuerte, pero estaba a punto de derrumbarse.

—¿Y usted no dice nada? —preguntó a Silvia entre sollozos.

—Era muy joven. Y vosotras sabíais perfectamente en lo que la estabais convirtiendo —dijo Redó sin apenas levantar la voz.

—En un despojo humano —resolvió Monfort.

Gladys relató las vicisitudes de la madre mauritana. Al parecer, invirtió todo su dinero para llegar hasta las costas de Marruecos y pagar un pasaje en una barca en la que un centenar de personas se hacinaban en busca de un lugar llamado libertad, pero que resultó ser todo lo contrario.

—No sé cómo llegó hasta Castellón —continuó la cubana—. No recuerdo que contara eso. Trabajaba bajo las órdenes de unos cabrones que la traían a primera hora de la mañana desde Vinaroz y la recogían entrada la noche. Un día, llamó a la puerta del piso. Llevaba un papel en la mano. Una nota de alguien que yo conocía. Le habían pegado a base de bien. Tenía los ojos morados y la nariz rota. La habían molido a palos y apenas se sostenía en pie. En la nota me pedían que la acogiera unos días, hasta que se recuperara. Y en la última línea ponía que estaba embarazada.

—¿De quién era la nota?

—De una compatriota. Una que trabaja cerca de Benicarló. Digamos que le debía un favor.

—Ya. Y en vez de procurar que fuera a algún lugar decente, se la entregaste a David Prieto.

La mujer bajó la cabeza.

—Seguro que el jefe le recompensó por ello —prosiguió Monfort—. Una mujer negra que no tenía donde caerse muerta, asustada por las palizas que había recibido. Apuesto lo que sea a que la puso a trabajar antes de que se le curaran las heridas visibles, porque las del corazón no debieron sanar jamás. ¿No le importó que estuviera embarazada? ¿Qué hizo cuándo la barriga se empezó a notar?

Gladys volvió a bajar la cabeza, pero esa vez no la levantó.

Silvia carraspeó ligeramente.

—Hay clientes que pagan más por eso —aportó la subinspectora.

Monfort salió del cuarto irritado. Ni siquiera recordaba lo que pretendía con aquella visita. En ese momento, habría agarrado a David Prieto por los huevos y se los habría estrujado.

Silvia lo alcanzó en el pasillo y se puso delante de él.

—¿Qué querías de ella, en realidad?

—No lo sé —reconoció el inspector—. Tal vez esperaba que admitiera conocer al asesino, y que fuera un putero cualquiera, un asiduo de ese local o de otros en los que ella pudiera tener contactos. Que tuviera algo

pendiente con él. —Guardó silencio un instante—. ¡Joder, era solo una niña!

—Una muchacha negra a la que esos dos prostituían. Una adolescente sola a la que vendían cada noche. Una cría esclavizada que había perdido a su madre y que lo único que conocía era aquello para lo que la sacaban del piso cada tarde. Lo sé, pero no te hagas mala sangre. Esos dos no dirán más de lo que ya han dicho. No es aquí donde están las respuestas que buscamos. Son el proxeneta y su mujer de confianza. Todo lo demás es miseria en estado puro, vejación. La vida llevada al extremo.

Monfort empezó a recorrer el largo pasillo. Los primeros pasos sonaron como una plegaria. De repente, se detuvo y se dio la vuelta.

—¿Hasta cuándo vas a estar enfadada con el mundo?

—¿Con el mundo? —Silvia dejó escapar algo parecido a una risa que no albergaba humor alguno—. Y tú, ¿de qué te arrepientes?

Parecía que Monfort iba a pensar la respuesta, pero no lo hizo.

—Solo se arrepienten los cobardes.

La sucesión de pasos volvió a coger ritmo. Cuando llegó al final del corredor, se volvió, pero Silvia ya no estaba allí. Quedaba el rastro de un silbido, un estribillo pegadizo, una melodía bien ejecutada. El *charme français* de Marie Flore. *Mon coeur y va bien*.

Solo tengo dos, tres arañazos; no es nada.

No necesito primeros auxilios.

Puedes conservar tu veneno.

Soy yo quien está en el escenario.

Y tú en las gradas.

Hasta parece que cantas mis estribillos.

o deberías haberlo hecho.

## Dos meses antes

BRIAN SANTOS EXIGIRÍA dinero a cambio de soltar la lengua. Era algo con lo que Monfort contaba desde que buscó su condenando nombre en la agenda del teléfono móvil. La cuestión era saber cuán alta sería la cifra exigida por una sabandija que se había vendido por cuatro chavos en los tiempos en los que imploraba amparo a un policía afectado por el whisky y la sed de venganza. Ahora, Santos era otro. Tal vez Monfort se había equivocado al pensar que el *llanito* podría echar una mano. No todo era romanticismo y recuerdos. La media docena de matones que se arremolinaba a su alrededor daba fe de ello. Había alcohol a raudales, mujeres despampanantes, música cojonuda sonando a través de un envidiable equipo de música. Santos se había convertido en el puto amo. Cada movimiento de sus pupilas era seguido por sus lacayos; cada gesto de manos era interpretado a la perfección por sus entrenados esbirros. Se había atrincherado en aquel lujoso cuartel. La llamada le había proporcionado carne fresca, billetes sin manchar y una dosis de crueldad que sin duda le costaba encontrar en el reducto británico controlado de forma exhaustiva por las autoridades de un país que, en realidad, se encontraba a tomar por saco de allí. Santos vivía encerrado en el Peñón, y Monfort le había provisto de un poco de diversión. Ahora, las tornas habían cambiado. Por primera vez, el inglés tenía la sartén por el mango.

—Sabemos dónde se esconde el hombre que buscas —pronunció en un español más correcto que el mostrado hasta entonces, pese a que su acento era imborrable. Se dirigía únicamente a Monfort. Los otros dos que lo acompañaban le importaban poco. Podía cargárselos con hacer una señal a los suyos—. Te llevaré hasta él, como en los viejos tiempos. Solo deberás satisfacer un pequeño peaje, un impuesto. Tómatelo como una inversión. Pagas y te lo llevas. Igual que antes. ¿No es eso lo que siempre has querido de mí, *my old friend*?

## Miércoles 9, última hora de la tarde

—PALLARÉS, ¿QUÉ ES este jaleo? —Monfort recordaba el nombre del agente que lo había invitado a la coca de patata con bacalao típica de su pueblo. Imposible de olvidar.

En la comisaría, una mujer sudamericana lloraba desconsolada y gritaba sin que se le entendiera del todo; tan pronto se abrazaba al agente que la atendía como le propinaba golpes en el pecho con los puños. El policía en cuestión la llevó casi a la fuerza hasta el interior de un despacho.

—Asegura que su hija ha desaparecido —explicó Pallarés—. Que no ha vuelto del instituto. Ha dicho que solía quedarse un ratito con las amigas en un banco frente a la escuela, pero que regresaba a casa enseguida. Ha preguntado a las amigas y también en el instituto. Nadie sabe nada. Lo único que dicen las otras chicas es que se marchó a casa cuando ellas se fueron.

Silvia pasó a su lado y tiró de la manga de Monfort.

—Vamos —le indicó—. Ven conmigo. Me temo lo peor.

Lo peor que se temía Silvia revoloteaba por el despacho como un pájaro atrapado. La mujer seguía llorando, pero estaba algo más calmada gracias a las palabras de la subinspectora, que, a decir verdad, eran casi todo lo contrario de lo que pensaba.

Se trataba de una familia ecuatoriana afincada en Castellón desde hacía cinco años. El marido estaba trabajando en un barco de pesca y no regresaría hasta el día siguiente. Ella no había querido llamarlo.

—Se lanzaría por la borda. Se volvería loco —dijo entre sollozos la mujer con su marcado acento.

—¿Cómo se llama usted? —Silvia se puso en marcha. Monfort se mantuvo en silencio, de pie, junto a la puerta. Las dos mujeres ocupaban las dos únicas sillas.

—Gloria Flores —respondió.

—¿Y su hija?

—Caridad.

—¿Vuelve siempre sola a casa?

—Pero si vivimos cerca... —Se echó las manos a la cara. El sentimiento de culpa la estaba haciendo añicos.

—Pero las amigas vuelven en coche. Va a buscarlas una madre. Se turnan para ello, según ha comentado usted misma —puntualizó Silvia.

—Viven más lejos —susurró, como si con ello quisiera mitigar un ápice del dolor que sentía por dentro.

—¿Tienen ustedes familia en Castellón, o alguien con quien haya podido quedar y haya olvidado decírselo?

La mujer tenía la piel de color canela. Era de corta estatura, con el pelo recogido en una larga trenza que le caía por la espalda y una pronunciada nariz aguileña.

—No, señora —negó apesadumbrada.

De repente, Gloria Flores se levantó de la silla, rodeó la mesa deprisa y se abrazó a Silvia.

—Con la ayuda de Dios encontrarán a Caridad, ¿verdad?

Silvia no pudo evitar lanzar un suspiro. Ya estaba Dios allí. Ojalá pudiera aparecerse por la comisaria con la actitud y el compromiso de echar una mano para detener a todos los maleantes del planeta.

—Dios es misericordioso —prosiguió la mujer sin dejar de abrazarla. Parecía que hubiera sentido la poca fe que Silvia dispensaba al Altísimo. Cuando por fin aflojó el abrazo, le tomó las manos—. Recemos. Recemos juntas —repitió insistente, casi entusiasmada. Y la paciencia de la subinspectora se consumió.

—Rece usted si le apetece. Nosotros saldremos a la calle a buscar a su hija. Dios puede orientarnos si quiere, mostrarnos el camino, mandarnos una señal. Lo que sea que crea conveniente para que demos con ella antes de que... —Tenía que haberse mordido la lengua. Mantener la boca cerrada se estaba convirtiendo en un serio problema.

Monfort tosió. No era una tos seca, ni de las que producen expectoración, ni tampoco crónica o aguda. Era una señal para que Silvia se callara de una vez, y dejara a Dios en paz y a la mujer con las esperanzas intactas. Pero con el rosario de reproches, consiguió el efecto contrario. Gloria Flores se hincó de rodillas en el suelo y empezó a darse



cabezazos contra el suelo de parqué recién instalado. Parecía que lo iba a romper y Silvia no conseguía levantarla del suelo. Sería bajita, pero tenía la fuerza de alguien que la doblaba en estatura y peso.

Monfort trató de terminar con aquel desaguisado captando la atención de la madre.

—¿Cómo se llama su marido?

La mujer dejó de golpearse y permitió que Silvia la ayudara a ponerse en pie. Después se sentó en la silla. Tenía la frente enrojecida por los testarazos. Miraba a la subinspectora con rencor; pensaría que era una hereje que se quemaría en el infierno. Si Monfort tenía algo claro, es que a Silvia le daba igual lo que opinara de ella la mujer ecuatoriana, por mucho que hubiera estudiado en una escuela de monjas de Massalfassar.

—Kevin Zambrano —respondió Gloria.

—¿Tienen otros hijos?

—Sí, un niño de nueve años que se llama Liam José.

«Vaya nombrecitos se gastan los chicos de la casa», pensó Monfort. Menos mal que las mujeres conservaban la cordura en ese aspecto. Era una elección que debía acompañarlos durante toda la vida. Monfort recordó que unos parientes de Aniceta Buendía habían decidido bautizar a una de sus hijas con el nombre de Iloveny, que dicho así no parecía tan grave; el problema venía cuando explicaban que el nombre procedía del famoso logotipo *I Love N.Y.*, que fue la imagen de una campaña publicitaria de mediados de 1970 para promover el turismo en la ciudad de Nueva York.

—¿Y dónde está Liam José ahora?

—Con una vecina.

Monfort asintió con la cabeza.

—Ha dicho que su marido trabaja en un barco de pesca. ¿De qué puerto?

—Del Grao.

—¿Qué hace Kevin en su tiempo libre?

La mujer se mesó la trenza antes de contestar.

—Nosotros no tenemos tiempo libre. El pobre pasa tanto tiempo en el mar que cuando vuelve a casa no hace otra cosa que dormir. Mientras los niños están en los estudios, yo limpio casas... —Se interrumpió bruscamente. Con total seguridad trabajaba sin contrato.

—¿Por eso no fue a buscar a su hija, porque estaba trabajando?

La mujer asintió con la cabeza. Si aquello no terminaba bien, iba a torturarla durante el resto de sus días.

—Caridad acaba a las cinco. Yo termino de limpiar la última casa también a las cinco, pero tengo que tomar el bus desde el centro hasta el barrio, y nunca tarda menos de media hora. Por eso tengo hablado con Caridad que, cuando salga, se quede treinta minutos con sus amigas. Es el tiempo que tardan en llegar para recoger a sus hijas. Cuando Caridad regresa, yo ya suelo estar en casa.

Silvia no pudo aguantarse y lanzó una pregunta:

—¿Y no podría pedir a alguna de esas madres que acompañaran también a su hija hasta casa?

Gloria se cubrió la cara con las palmas de ambas manos y dio rienda suelta a un concierto de lágrimas y sollozos.

—Conteste, por favor —la apremió Silvia. La paciencia de la que solía hacer gala había desaparecido en los últimos días.

—Me da vergüenza —respondió tajante—. Tengo miedo de que se rían de ella. Eso no lo podría soportar. Somos pobres, pero Caridad viste bien para que no se metan con ella; bastante lo hicieron cuando llegó al colegio.

A Monfort le parecía que exageraba un poco. Se imaginó a la adolescente tocando la zampoña y vistiendo un poncho de colores tejido a mano, pero seguro que no se trataba de eso.

—¿Qué pasó en la escuela? —Silvia continuó con el interrogatorio.

—Digamos que Caridad tiene un poco de sobrepeso; que está gordita, ya me entiende. También le decían que su padre pertenecía a una banda latina peligrosa.

—¡Pero si son unas mocosas! —clamó la subinspectora.

—Debieron escuchárselo a sus padres. Una vez Caridad me preguntó quiénes eran los Trinitarios y los Latin Kings. Le habían dicho que su papá tenía que ser de los unos o de los otros. Eso lo habían oído en sus casas, no me digan ustedes que no.

Gloria Flores tenía razón.

—Pero eso terminó pronto, ¿no?

—Sí, con la ayuda de Dios.

—Y dale con Dios —renegó la subinspectora por lo bajo, aunque Gloria lo captó con claridad—. En fin, buscaremos a su hija. Le ruego que regrese a su casa, que intente estar tranquila. Vamos a hacer todo lo que esté en nuestras manos por encontrarla. —Aunque estuvo a punto, al final

se abstuvo de hacer un chiste repitiendo lo de «con la ayuda de Dios»—. Las primeras horas de una desaparición son decisivas —añadió, en cambio—. Puede estar en cualquier lugar, sana y salva, creyendo que no pasa nada. Unos agentes la acompañarán hasta su casa y hablarán con los vecinos.

Levantó el auricular del teléfono de mesa, marcó un número y dio una orden concisa.

—Pero eso me da mucho apuro. Hablarán de nosotros, y si se arma revuelo puede que quieran que nos vayamos del barrio por molestar —protestó la madre.

—¡No diga más tonterías! —La lengua suelta de Silvia, una vez más—. Haga lo que le digan mis compañeros y se acabó.

—Pero...

—¿Quiere que encontremos a su hija o no?!

Monfort abrió la puerta del despacho y se marchó sin despedirse. No había más que hacer allí. Decidió salir a la calle para fumar, pero se encontró con los agentes Terreros y García, a los que Silvia había llamado para que hicieran el trabajo.

—Está de un humor excelente —ironizó Monfort.

—¡Joder! —masculló el agente Terreros—. Dice Pallarés que la chica es ecuatoriana.

—Así es.

—Ha dicho que interrumpamos lo que estábamos haciendo con los casos de la mauritana y el marroquí.

—¿Los ecuatorianos también tienen la piel oscura? —preguntó el agente García, pese a que sabía la respuesta.

—Sí, ¿y qué? —arguyó Terreros.

—Pues nada, que blanco y en botella —soltó Terreros, y su compañero le dio un codazo en el costado.

CUANDO SILVIA LLAMÓ a Monfort, este pensó que escuchar el tono de llamada y ver su nombre en la pantalla era como una bendición.

Estaba con Elvira Figueroa en la barra del restaurante Eleazar. La decisión de no sentarse a una mesa no era por falta de apetito. Habían llegado hasta allí acompañados por una sutil lluvia de reproches por parte de la jueza. Monfort decidió acodarse en la barra, pedir un par de cervezas

y algo para picar. Confiaba en que la incomodidad del taburete y el trasiego de clientes y camareros aceleraran el proceso de una cena que no parecía tener una buena predicción final; no por la comida, sino por el humor de Elvira.

Monfort se preguntaba qué estaba pasando con las mujeres que ocupaban su vida. Silvia se había distanciado de él. Y, en cuanto a Aniceta, ¿cuánto tiempo soportaría la vida en el pueblo? ¿Cuál era la verdadera razón de la repentina marcha de la abuela Irene? Y ahora, Elvira, que cada vez le reclamaba más atención. La magistrada pasó a descargar su ira contra sus colegas de profesión.

—¡Como son tíos se creen que están por encima de las mujeres! ¡Soy jueza igual que ellos! ¡Es más, muchos de esos engreídos todavía estaban en el instituto cuando yo ya había mandado a un buen puñado de gilipollas al talego!

Bebió de un trago la media caña que le quedaba y pidió dos más sin reparar en que la de Monfort todavía estaba casi llena.

—¿Puedes calentar la sepia? —increpó a un camarero.

—Pero si sale humo —opinó Monfort.

—¡Que la caliente! —sentenció la jueza.

Poco tiempo después, el mismo camarero regresó con el plato de sepia tan humeante como una chimenea industrial. Elvira pinchó varios trozos a la vez y se los llevó a la boca.

—¡Coño!

Monfort alzó las cejas, pero desistió de hacer ningún comentario, y mucho menos de reírse.

Ella siguió con su despliegue verbal de impropiedades hacia la clase dominante: los machitos, como ella misma solía decir. Los imitaba con la voz, reproducía sus gestos con las manos y daba golpes con el puño contra la barra sin percatarse de que estaba siendo el punto de mira de otros clientes y del personal del restaurante.

Tal vez su mal talante no era del todo culpa de los jueces masculinos y su hegemonía vigente desde hacía tantos y tantos años; quizá el cabreo se debía a que Monfort estaba hierático, sumido en sus cavilaciones por las muertes de los dos jóvenes y por su incapacidad para encontrar una pista que los ayudara a resolver los casos. Él sabía que, cuando eso sucedía, era mejor estar solo, y así se lo había manifestado a Elvira. Quizá hubiera sido mejor no haber dicho nada. La jueza quería que se implicara más en la

relación, y él era incapaz de apartar los casos de su mente para dejar paso a lo sentimental.

—Dime, Silvia —respondió a la llamada.

—La hemos encontrado.

—¿QUIÉN HA DADO con ella? —preguntó Monfort a Silvia cuando llegó al lugar indicado.

—Un hombre que paseaba a su perro. Dice que el animal se puso a ladrar junto a la puerta de la barraca. Como ya era de noche, encendió un mechero y vio a la niña en el suelo, sobre un charco de sangre. Está ahí. — Señaló una furgoneta de la policía con la puerta lateral corredera abierta y el hombre sentado en su interior. Tenía la cabeza echada hacia atrás y estaba tapado parcialmente con una manta. Se le veía bastante afectado.

Era una urbanización con casas construidas, en su mayoría, cincuenta años atrás. Viviendas unifamiliares con amplias parcelas de terreno pobladas de altos pinos. Estaba muy cerca de la ciudad, a un lado de la autovía que llevaba hasta la población de l'Alcora, conocida por su intensa actividad cerámica. Las más importantes empresas del país se encontraban en aquella vía, a ambos lados de la carretera de doble circulación. En una de aquellas parcelas, sembrada de almendros abandonados, se encontraba la caseta de aperos donde el hombre había dado con la joven muerta.

Antes de hablar con él, Monfort se acercó hasta la construcción destartada. En su interior, los compañeros de la Científica habían instalado dos potentes focos que iluminaban la macabra escena del crimen.

El forense Pablo Morata lo saludó con la cabeza. Tenía las manos enfundadas en unos guantes de látex manchados de sangre.

—Me ha dicho Silvia que sabéis quién es —dijo el forense a modo de saludo.

—Falta que la identifiquen sus familiares, pero Silvia tiene una foto. No creo que se haya equivocado, además, sus rasgos...

—Un disparo en la cabeza —lo interrumpió Morata. Se le veía preocupado más que cansado. No era para menos, se trataba de la tercera víctima—. Tiene varias uñas rotas, sin duda ha forcejeado con su agresor. Y un hematoma en el estómago. Debió golpearla con el puño antes de matarla.

—Todo esto es un disparate —añadió Monfort, más para sí mismo que para sus compañeros.

—La obligó a ponerse de rodillas. Tiene restos de tierra en ellas. Luego le disparó.

En ese momento, Silvia y un compañero de la Científica se personaron en la barraca.

—¿Crees que puede estar relacionado con los otros dos? —preguntó Monfort a Silvia.

—No lo sé. La diferencia es que el agresor no está aquí, muerto, como en los otros casos. —Hizo una pausa que todos respetaron—. Aunque el tono de su piel hace evidente la conexión entre las víctimas.

—Que busquen por la zona, por si el agresor ha decidido volarse la tapa de los sesos en los alrededores. Tal vez esté por ahí oculto en la maleza del terreno abandonado.

—Ya hemos comenzado a rastrear el área, inspector —respondió el agente que acompañaba a la subinspectora.

Monfort se dirigió a Silvia.

—¿Y el arma? ¿Habéis encontrado algo? ¿Podría ser el mismo tipo de pistola?

Fue Morata quien respondió.

—La marca del orificio de entrada es igual que los otros y el daño provocado, muy similar. No me extrañaría que fuera más de lo mismo.

Lina O'Brien, la ayudante del forense, se acercó a Morata con una cajita transparente y algo brillante en su interior. Habló con su peculiar entonación, intercalando algunas palabras en su idioma.

—En sus *nails* hay restos metálicos. No es tierra, ni nada que se encuentre *inside* de la... ¿Cómo se dice?

—Barraca, caseta, chamizo, cabaña. Puedes decirlo de todas esas formas; hay incluso más.

Lina alzó las cejas, dejó en las manos de Morata la cajita de plástico con los restos en su interior y regresó al cadáver.

—Si no me equivoco, es pintura de la chapa de un coche —resolvió el forense cuando su ayudante se hubo puesto manos a la obra de nuevo. No obstante, volvió la cabeza al escuchar lo que su jefe había dictaminado—. La trajo en coche hasta aquí. Puede que, a la desesperada, rascara alguna puerta y por eso se rompió las uñas.

—O la trajo dentro del maletero y ella trató de abrirlo a golpes — valoró Silvia.

Bajo el haz de luz de los focos, el aspecto de Caridad era dantesco. El disparo había dejado casi intacta la zona de los ojos, la nariz y la boca; sin embargo, las partes superior y posterior de la cabeza eran un amasijo de sangre y masa inerte. Pensó en Gloria, la madre, y en su padre, Kevin; debían mandar un mensaje al barco de pesca para que regresara lo antes posible. Unos padres no deberían pasar por un trance como aquel. Ver a su hija en aquel estado les reportaría un dolor infinito imposible de reparar. No sería suficiente con atrapar al causante y darle su justo merecido, incluso si se trataba de darle el mismo final. Nada en el mundo podría contrarrestar el dolor de una hija muerta a manos de un malnacido. Nada.

Un coche de la Policía llegó al lugar con un estruendo de sirena y una nube de polvo adherida a la carrocería. De la parte trasera, se apeó el comisario Romerales. Encorvado por el frío, caminó deprisa hacia el lugar donde se encontraban los demás. Con las manos en los bolsillos de su abrigo, apenas se le veía el cuello, que a buen seguro tendría las venas hinchadas por la mala leche acumulada.

—Ahora se arreglará todo —bromeó Monfort.

Mientras el forense y Silvia ponían al día al comisario, el inspector aprovechó para acercarse a la furgoneta donde aguardaba el hombre que había encontrado a Caridad.

—¿Puedo marcharme ya? —preguntó cuando Monfort le mostró la acreditación. Un perrillo de raza *beagle* estaba echado a sus pies. Alguien le había puesto un recipiente con agua. Levantó la cabeza alerta cuando el inspector le acarició el lomo. Tenía las orejas largas y caídas, y una mirada curiosa a través de los ojos oscuros.

—No tardará mucho en poder hacerlo, pero, dígame, ¿cómo la encontró?

El hombre resopló. Era evidente que había respondido lo mismo a todos los que se le habían acercado con alguna acreditación policial.

—Paseaba a *Charly*. —Acarició la cabeza del perro, que estiró la cola como una antena de coche—. Necesita correr y jugar, es muy activo y en casa no para quieto ni un momento.

—Pero estaba oscuro —objetó Monfort—. Lo normal es que lo hubiera paseado por algún lugar más iluminado. ¿Dónde vive usted?

—En una de las casas de la urbanización. A diferencia de la mayoría de los propietarios, mi mujer y yo vivimos aquí durante todo el año.

—¿Cómo llegó hasta la cabaña?

—Es un sabueso extraordinario. —Esbozó una primera sonrisa mientras manoseaba una de las orejas de *Charly*—. Cuando detecta un olor y quiere seguir su rastro, no hay quien lo pare. Lo llevaba suelto. La cuestión es que salió corriendo en dirección al terreno abandonado y tuve que ir tras él a oscuras. Luego se detuvo frente a la puerta rota de la caseta y se puso a ladrar como un loco. Me acerqué y le até la cadena al collar para comenzar la vuelta a casa, pero él insistía una y otra vez con sus ladridos; así que me asomé, prendí el mechero y vi el cuerpo en el suelo.

Se quedó callado. La visión del cadáver le había afectado.

—¿Ha hablado con su esposa?

Movió la cabeza afirmativamente.

—Ella quería venir, pero me dijo uno de sus compañeros que no podía ser. Está en casa, esperándonos. Debe de estar muy preocupada.

—¿Hay algo que crea que debemos saber? ¿Alguna cosa que le llamara la atención antes de que el bueno de *Charly* saliera disparado tras el rastro? ¿Algún coche que no pudo identificar?

El hombre negó con la cabeza.

Monfort le tendió una tarjeta con su nombre y el número de teléfono.

—Por si acaso recuerda algo que pudiera ser relevante.

Hizo una señal a un agente, que se personó enseguida.

—¿Ha rellenado la documentación?

—Sí, inspector.

—Pues acompañadle hasta su casa. Gracias por llamarnos —se despidió, y *Charly* movió el rabo alegremente como si hubiera entendido que ya podía regresar al calor de su mantita—. Buen perro —dijo señalando al can.

El inspector se reunió con Silvia, que tomaba notas junto a la caseta, donde el forense y su ayudante seguían trabajando, al igual que los dos compañeros de la Científica. El comisario Romerales departía en voz baja con el forense.

—Vamos a trasladarla —le anunció Silvia—. El furgón está en camino, también el juez que ordenará el levantamiento del cadáver.

—¿No hay rastro de un suicida arrepentido?



—No. Se ha peinado el perímetro y no han encontrado nada. Seguiremos, no temas. Por la mañana, con la luz del día, puede que encontremos algo.

Monfort no dejaba de pensar en aquel detalle: los otros dos asesinos habían terminado con su vida como si estuvieran bajo el influjo de un mandato, pero, en esa ocasión, el agresor podría haberse echado atrás a última hora; podría haber resuelto no morir junto a su víctima.

—Puede que haya decidido matarse en otro lugar. —Silvia le leyó el pensamiento.

—O puede que se haya acojonado. Yo lo estaría.

—La cuestión es que, si pudiéramos encontrarlo con vida, sería la clave para esclarecer las muertes —rumió la subinspectora en voz alta.

Romerales salió del chamizo tosiendo; se cubría el rostro con un pañuelo de tela.

—¡Me cago en la madre que lo parió! ¡Qué tufo hay ahí adentro! Silvia dice que no hay duda de que es la joven ecuatoriana —se dirigió a Monfort—. Que alguien llame al patrón del barco y que el padre regrese en una lancha que enviaremos desde aquí. Tiene que reconocerla.

—¿Y no puede hacerlo la madre? —preguntó Silvia.

—Quiero que lo hagan los dos. Y que estéis presentes para ver sus reacciones. Quiero que vayáis al puerto y que estéis allí antes de que llegue. Que seáis los primeros en hablar con él. Lo haremos venir con cualquier excusa. Le daréis la noticia en cuanto llegue. Los llevaremos al tanatorio por separado, para que no puedan hablar. Ya sabéis que, en la mayoría de los casos de asesinato, el entorno familiar es el más sospechoso.

—Pues no has hecho lo mismo con los otros dos cadáveres. Lo que pasa es que tres impresiona lo suyo, ¿verdad? ¿Te han llamado ya de las altas esferas?

—¡Déjame en paz y haz lo que te digo! —gritó dirigiéndose al coche en el que había llegado—. ¡Estaré en comisaría! ¡Quiero estar informado en todo momento!

Monfort echó un vistazo a los alrededores de la caseta abandonada. Había algo que se le escapaba, pero no sabía qué era. Lina le dedicó una sonrisa mientras Morata dialogaba con el juez que había llegado para el levantamiento del cadáver. Una furgoneta de servicios funerarios de color verde oscuro aguardaba a escasos metros de la construcción. Los de la

Científica empezaron a desmontar sus bártulos. Silvia hablaba con alguien por teléfono. Al patrón del barco no le haría ninguna gracia que, en mitad de la noche, llegara una lancha de la Policía para que un tripulante abandonara la embarcación. Todo serían preguntas que deberían contestarse a medias. O ni siquiera eso.

Nada, no tenían nada, pensó Monfort. Mucho personal deambulando por allí, enfrascados en sus tareas, pero la verdad era que no tenían nada.

Ni todo el dinero del mundo les devolvería la vida.

Regresó al coche. Abrió la puerta y sacó un paquete de cigarrillos de la guantera. Se sentó con la puerta abierta y prendió uno. A continuación, puso la radio y aspiró una profunda calada. *Money*, de Pink Floyd. Tarareó parte de la letra.

Dinero.

Es un crimen.

Repártelo justamente pero no toques mi parte.

Dinero.

Es la raíz de todo mal hoy en día.

*DIOS NO EXISTE. De hacerlo, no hubiera permitido que la vida nos diera otra patada en el culo. No, no existe; ¿de qué otra forma podía entenderse debido a la repentina muerte de mamá aquel doce de agosto sin que supiéramos que estaba enferma? Lo de la enfermedad lo había dicho el hombre de negro, que era la forma en la que yo había decidido llamar al cura. Dijeron que había sido un cáncer terminal, pero yo había visto a la madre de Marquitos, la de la tienda, que tuvo cáncer de pecho y se le cayó el pelo. Se quedó tan delgada que era difícil reconocerla. Y luego se le veía un bulto menos en el pecho. Al final se murió, pero pasó mucho tiempo; yo vi al marido llorar una tarde detrás de la tienda y liarse a patadas con los cubos de basura a la vez que gritaba que Dios era un cabrón y que no les había ayudado nada de nada.*

*El médico dijo que mamá había muerto de cáncer de hígado, que según sus palabras era uno de los peores que existían porque el paciente no notaba ningún síntoma hasta que ya no había nada que hacer.*

*Vino mi hermano desde el seminario. Se había hecho muy mayor. Le pregunté si le gustaba estar allí. Me contó que por las noches se escapaba y se iba al pueblo para ver a las chicas. También me dijo que había aprendido a tocar la guitarra y a cantar canciones de misa, pero que en la habitación tocaba temas de Elvis Presley y movía las caderas provocativamente. Lo hizo delante de mí como si estuviera burlándose, y me dio un poco de vergüenza. A mi hermano le dolía menos que a mí la muerte de mamá.*

*Tras el entierro, unos tíos que vivían muy lejos quisieron hacerse cargo de mí. A mi hermano no le importó. Él pensaba seguir en el seminario, donde debía de haber aprendido a fumar y cosas peores, o eso le escuché una noche mientras hablaba.*

*A última hora de la tarde, cuando apenas quedaban bocadillos ni bebidas sobre la mesa del comedor y los pocos familiares que teníamos se habían marchado, el hombre de negro me dijo que quería hablar conmigo. Para no hacerlo dentro de casa, me invitó a dar un paseo. No llevábamos*

*ni cien metros andados cuando me dijo que Dios se había llevado primero a mi hermana y luego a mamá. ¿Por qué la llamaba mamá si no era su madre? También me dijo que se las había llevado porque eran muy buenas personas y quería tenerlas a su lado. Empezó a dolerme el estómago y las lágrimas se agolparon detrás de mis ojos. El cura se detuvo y se puso frente a mí; posó su mano sobre mi cabeza y susurró algún tipo de rezo de aquellos a los que tan aficionado era. Yo creía que él era el responsable de su muerte y que lo del médico era una farsa. Ella jamás se hubiera ido dejándome solo.*

*Lo que no sabía aquel pájaro de mal agüero era que yo había intentado matarlo a él el mismo día en el que los escuché tras la puerta.*

*La segunda vez no iba a fallar.*

*—Sí, me parece bien ir al seminario con mi hermano —le contesté cuando me preguntó. Y me dijo que él mismo me llevaría.*

## Jueves 10

EN EL PUERTO pesquero del Grao había poca actividad. Eran las cinco de la mañana y hacía frío. Los pocos barcos amarrados oscilaban a merced de un viento desangelado que removía las oscuras aguas. En el interior de la lonja, algunos hombres amontonaban cajas de plástico vacías después de haberles pasado agua con una manguera. Había una luz amarillenta que apenas iluminaba el recinto. Olía a pescado y a gasoil. Un guardia de seguridad montado en un ciclomotor pasó dos veces por delante de ellos. A la segunda, se detuvo y les preguntó qué hacían allí. Silvia podía haber sido un poco más amable, mostrarle la acreditación y comentarle con buenas palabras el motivo de su presencia. La verdad era que habían discutido por el camino, pero también era cierto que era muy temprano para todo el mundo, no solo para ella, y a buen seguro que el hombre paseaba su rollizo cuerpo por la humedad del puerto desde primera hora de la noche. Podía haber sido amable, pero no lo fue. Monfort terció entre ambos.

—Está preocupada —le dijo en voz baja al guardia, aunque no era del todo cierto—. No es buen trago para nadie tener que dar malas noticias.

—Ya, pero bastaba con identificarse y decir qué hacen aquí. Entienda que no son horas ni lugar para andar de paseo. Huele de lejos que son de la policía; era tan sencillo como confirmarlo. ¿A quién están esperando?

—A un tripulante del *Esperanza*.

El hombre se llevó una mano a la frente y se echó la gorra de plato hacia atrás. Vestía un grueso tres cuartos abrochado hasta el cuello y una bufanda enrollada como una serpiente pitón. Se bajó de la moto y le puso la pata de cabra. Era bajito. Pesaría lo suyo. Tenía profundas ojeras y el aliento le olía a una mezcla inequívoca de café y tabaco. Extrajo un paquete del bolsillo y le ofreció un cigarrillo a Monfort, que este aceptó encantado. Luego le pasó un mechero para que lo encendiera.

—¿Tiene algo que ver con la patrullera de la Policía Marítima que ha zarpado hace unas horas?

—Así es.

—No sabía a dónde iba. —Miró a los hombres que preparaban las cajas para el pescado. Luego a Monfort directamente a los ojos—. Nadie me ha informado.

—Es una misión secreta —masculló Silvia, que acababa de acercarse—. Bueno, ya no lo es. Ahora podrá colgar carteles con la noticia —miró a Monfort con desmán.

—Vamos, Silvia, qué más da. Se van a enterar de todas formas —argumentó él, conciliador.

—¿Les apetece un café? —propuso el guardia—. Es de máquina, no demasiado bueno, pero calienta el estómago.

—Me parece bien —accedió el inspector.

—Tendrá que ser en otro momento —arguyó Silvia señalando una luz que entraba en la bocana del puerto a toda velocidad—. Deben de ser ellos.

AL CONTRARIO QUE su esposa, Kevin Zambrano no hizo ninguna mención de la misericordia de Dios cuando Silvia le comunicó el fatal desenlace de su hija. Blasfemó en una mezcla de idiomas en la que prevaleció el dialecto de su pueblo natal. Tuvieron que sujetarlo entre los tres agentes que tripulaban la patrullera; de otra forma, se habría tirado al mar o se habría golpeado la cabeza contra el pantalán hasta que esta reventara. Lo suyo eran más que lágrimas de dolor; era pura rabia. Apretaba los dientes y los puños, y parecía que los ojos fueran a salirse de las cuencas.

Monfort pidió al guardia de seguridad del puerto que llamara a un médico. Para cuando el facultativo llegó, Kevin Zambrano había dado buena cuenta de una botella de coñac que los trabajadores de la lonja atesoraban junto a la cafetera.

Silvia aprovechó el difícil momento para hacer un primer interrogatorio sin que el hombre apenas se percatara. Las palabras del pescador coincidían con las de su esposa. No había allí más que un par de emigrantes con la intención de sacar adelante a sus dos hijos. La cruda realidad era que ahora tendrían una boca menos que alimentar. La triste verdad era que no estaba muy claro que lo pudieran soportar.

—Llévenme con mi esposa —imploró Zambrano.

Monfort consultó la hora en su reloj de pulsera. Había acordado con Morata en verse en el Instituto de Medicina Legal. Allí estaría Gloria, la esposa de Kevin; también la hija muerta sobre la camilla de reluciente aluminio. Esperaba que Lina hubiera reconstruido parte de su rostro; el *rigor mortis* era algo que los padres podrían no olvidar jamás. El reencuentro de la pareja sería también una nueva página de dolor y sufrimiento.

El hombre estaba sentado en el suelo, con la cabeza hundida en los brazos cruzados sobre las rodillas. Monfort lo ayudó a ponerse de pie.

No mediría mucho más de un metro sesenta. Olía fuerte y tenía restos de grasa en las manos y en la cara. Vestía un buzo impermeable de color amarillo y un grueso jersey negro de lana que asomaba por el pecho y el cuello. En los pies, llevaba botas de goma del mismo color que el buzo. Su rostro tenía unos rasgos difíciles de clasificar. Era como una mixtura perfecta de distintos grupos étnicos. Monfort no sabía nada de ecuatorianos. Lo ayudó a subir en la parte trasera del Volvo. Silvia hizo lo propio en el asiento del copiloto y partieron deprisa hacia las entrañas del Hospital Provincial de Castellón, el lugar en el que Kevin Zambrano vería con sus propios ojos la despiadada crueldad de la muerte. Tampoco durante el trayecto mencionó a Dios. Monfort trató de establecer conversación con Silvia, pero ella apenas le dirigió la palabra.

## Dos meses antes

—SABEMOS DÓNDE ESTÁ —repitió Brian Santos—. Tú decides si quieres que te lleve hasta él. —Extendió la mano derecha con la palma hacia arriba.

—Primero llévanos al lugar en el que se encuentra —lo retó Monfort—. Y luego hablaremos de la compensación por el chivatazo.

—¡Somos policías! —exclamó Silvia—. No pagamos a cambio de información.

Brian Santos se echó a reír y la comparsa que lo acompañaba lo imitó al momento.

—Pregúntale al *boss, darling* —pronunció en tono jocosos al tiempo que señalaba a Monfort—. Todas esas «medallas» que ganó gracias a mí le costaron su dinero. Claro que estamos hablando de un tipo que se hizo poli con la única intención de volcar su mala leche en la calle. La vía de escape perfecta para un niño rico.

Monfort contuvo la respiración y apretó los puños. Darle una paliza a Brian Santos por ser un bocazas no era la mejor de las ideas.

—Cállate, Silvia —ordenó a su pesar—. Que nos lleve hasta Ángel. Luego hablaremos de lo único que le interesa a este.

Brian Santos mostró su sonrisa más canalla. Seguro que la había ensayado miles de veces frente al espejo.

Chasqueó los dedos y, al momento, apareció un tipo escuálido con pinta de haberse pasado de la raya con las drogas portando una bandeja con vasos de chupito que contenían un líquido ambarino. Brian Santos tomó uno de ellos y lo alzó en dirección a Silvia.

—*Cheers!*

La comitiva de sicarios repitió la palabra al unísono, aunque no hubiera bebida para ellos. Monfort tomó su vaso y lo bebió de un solo



trago. Miró a Óscar y a Silvia invitándolos a no despreciar el ofrecimiento del mafioso. Óscar bebió también. Silvia lo rechazó contrariada.

—La gatita es rebelde —observó Santos a la vez que ordenaba que se llenaran de nuevo los vasos—. Ella se lo pierde.

Silvia se puso roja como un tomate y comenzó a repetir aquel gesto tan suyo de llevarse un mechón de pelo tras la oreja. En aquel momento estaba arrepentida de haberse apuntado al viaje.

Santos, Óscar y Monfort bebieron de una segunda ronda. El *llanito* desplegó un mapa de Gibraltar sobre la mesa; alguien le tendió un bolígrafo y marcó una equis para señalar el lugar en el que se encontraban. A continuación, miró con detalle una zona alejada y señaló de nuevo un punto en el mapa. Monfort le hizo un gesto a Silvia para que mirara el plano, aprovechando su memoria fotográfica. Cuando Santos cerrara el mapa, sería difícil para alguien que no fuera ella recordar el lugar. Sin embargo, Silvia, que se mantenía a un par de metros de distancia, se negó a mirarlo. Monfort resopló; la terquedad de la subinspectora sobrepasaba los límites de lo racional. Volvió a mirarla una vez más y entonces se percató del gesto rápido que le hacía a Óscar con la barbilla, el cual escrudiñaba con atención la marca que acababa de hacer Brian Santos.

—Está aquí —afirmó Santos en español mientras hacía un círculo de tinta alrededor de la segunda zona señalada.

Monfort miró a Silvia y a Óscar. Había, por primera vez, complicidad entre ellos; los dos tramaban algo que él desconocía.

—Entonces, no perdamos más tiempo —lo animó el inspector.

Se hizo un silencio. Solo la música llenaba el espacio.

—La cifra es *fifty thousand pounds*.

—¿Cómo?! —exclamó Silvia.

Brian Santos se echó a reír de nuevo. Tenía facilidad; era un gracioso, sin duda.

—Cincuenta mil libras —aclaró Monfort—. Unos sesenta mil euros, más o menos.

—*Exactly* —afirmó el *llanito*.

—Con dos condiciones.

—Los clásicos jueguecitos del *corrupt police*.

—Lo que tú quieras. También podemos irnos por donde hemos venido.

¿Qué vas a hacer si nos largamos? ¿Matarnos?

—Suelta la primera condición.

—Te pagamos cuando hayamos detenido al hombre que buscamos.

Brian Santos se llevó la mano derecha de forma mecánica hasta el mentón y lo acarició pausadamente. Se podía escuchar el sonido de las yemas de los dedos en contacto con la barba rasposa.

—*And the fucking second question?*

—Tú y yo. Solos. Nadie más.

Óscar dio un paso al frente, pero el inspector lo detuvo con un gesto de la mano. Una rabia inmensa creció en el interior de la subinspectora. Sonaba una canción de Alanis Morissette. Silvia pensó que la letra le iba que ni pintada al irresponsable de Monfort.

Era realmente irónico.

Como un atasco cuando llegas tarde.

Como un cartel de prohibido fumar en la pausa para fumar.

Como diez mil cucharas cuando lo que necesitas es un cuchillo.

Igual que conocer al hombre de mis sueños y que me presente a su bella esposa.

## Lina O'Brien

NO, LINA O'BRIEN no era una mujer feliz, pese a que intentara disimularlo. Atrás habían quedado las interminables sesiones de terapia y la enorme fuerza de voluntad que solo habían servido para tapiar un muro de silencio que ocultara la verdad de su pasado. Su familia estuvo a su lado, pero no podían entenderlo del todo; ella lo sabía y tampoco los culpaba por ello. Se había enamorado de un hombre mayor que ella, tal cosa no era ningún pecado; sin embargo, a los ojos de Dios, no estaba bien que esa persona hubiera dado anteriormente su voto de castidad a la iglesia. En aquella pequeña población del llamado Anillo de Kerry, en el suroeste de Irlanda, el revuelo fue tan grande que la familia tuvo que mudarse al no poder soportar las miradas de conmiseración de los vecinos.

Peter Burke era un sacerdote de Dublín al que habían trasladado a Kerry por algunos asuntos turbios que Lina no descubrió hasta mucho tiempo después, cuando el amor que se desencadenó entre ellos parecía capaz de soportar cualquier mancha del pasado. Pero el padre Burke tenía mucho que esconder, y a Lina le bastó con sus dotes informáticas y un poco de suerte para dar con la contraseña que abría la maldita carpeta llamada *Crum-dubh*, el nombre de un dios de la mitología céltica, y que también significaba «negro y torcido» en gaélico irlandés. Tardó días en encontrar la existencia de un refrán escocés referido a la pascua que decía: «negro y torcido domingo, descascaré el huevo». Pero, cuando lo hizo, lo escribió todo junto, sin respetar los espacios, y quitó la coma que estaba en medio. Pulsó con rabia la tecla *Enter* y el archivo se abrió para mostrar un catálogo de perversión.

Lina denunció al padre Burke en la ciudad de Cork, pero en la comisaría del centro la miraron con escepticismo.

La enviaron a una escuela privada de Limerick, en el centro del país, donde volcó su cólera e impotencia en los estudios hasta que se trasladó a

la capital, donde terminó con éxito la carrera de Medicina Forense.

No, Lina no era feliz; ni siquiera lo fue cuando, en el más prestigioso hospital de Dublín, la contrataron como ayudante del doctor Beaumont, el especialista más destacado de la capital. Ni cuando su compañero Vincent le propuso matrimonio; ni cuando Ronnie, el camello que le regalaba el hachís, le dijo que le importaba una mierda que se hubiera acostado con un cura cuando apenas era una cría; ni cuando Arnaldo, el atractivo dominicano que regentaba una academia de baile en la zona de los Docklands, le propuso venderlo todo y marcharse con ella a Santo Domingo para tener un montón de niños mitad mulatos mitad pelirrojos.

Ni todos los triunfos profesionales ni las proposiciones de amor eterno paliaban ni un ápice aquel corazón roto.

## Jueves 10, mediodía

MONFORT Y SILVIA abandonaron el Instituto de Medicina Legal de Castellón.

No hubo sorpresas. Gloria Flores y Kevin Zambrano certificaron que el cuerpo que yacía en la camilla pertenecía a su hija Caridad. Fue muy desagradable, tal como cabía esperar de una situación como aquella. Los padres se encogieron y se transformaron en uno solo. No era un abrazo de cariño, ni siquiera reconfortante; era un abrazo de terror, la forma de esconderse el uno dentro del otro, un intento por desaparecer de la faz de la tierra. Juntos, en aquella postura, habrían sido capaces de lanzarse al vacío desde un edificio de veinte plantas. Pero estaban en el subsuelo del Hospital Provincial de Castellón, rodeados por algunos miembros del personal sanitario que intentaban rescatarlos de la amargura de ver a su hija sin aliento.

Siempre queda una brizna de esperanza para quien va a reconocer un cadáver, siempre cabe la posibilidad de que alguien se haya equivocado; pero casi nunca sucede de tal manera. El inmenso dolor, justo en el instante en el que alguien levanta la sábana y deja el rostro al descubierto, es un momento alejado de toda regla humanitaria. En apenas un par de segundos, el ser querido queda a merced del foco que lo alumbra, y entonces no hay marcha atrás. El cuerpo se rompe, el corazón se desgarrar y la voluntad se anula. A continuación, viene un «sí», o un simple movimiento afirmativo con la cabeza; pero lo que certifica de verdad el resultado es el mazazo emocional que recibe aquel que ha cruzado el umbral del edificio con un grave temblor de piernas.

—QUÉ SITUACIÓN MÁS triste —convino Monfort cuando salieron a la calle y el tráfico de la avenida Doctor Clarà le hizo levantar el tono de voz.

—Ya veremos si son capaces de recomponer su vida —respondió Silvia mientras pulsaba el botón en el semáforo para que cambiara a verde para los peatones.

—Has estado muy entera ahí abajo.

—Y tú muy callado.

—¿Cómo lo haces para aguantar?

Silvia guardó silencio unos segundos antes de responder. Tenía la mirada fija en algún punto al otro lado de la calle, como si estuviera mirando un río infranqueable.

—Finjo que todo está bien. Que la vida es mejor de lo que es. Intento hacer sencillo lo que en realidad no lo es. No se me dan mal ese tipo de cosas. Los que tenemos el corazón roto somos buenos adornando las penas.

Monfort se la quedó mirando, pero el semáforo cambió a verde y Silvia se adentró en el paso de cebra. Cuando ambos llegaron a la acera opuesta, el teléfono del inspector comenzó a sonar. Las palabras de Silvia seguían percutiendo en su cerebro. Era Elvira Figueroa. «Un tanto inoportuna», pensó. Respondió y se echó a un lado, como si quisiera que la conversación no llegara a oídos de su compañera. ¿Desde cuándo procedía de tal manera?

—Hola, Elvira. Salimos ahora mismo de la morgue.

La jueza tardó unos segundos en contestar. Monfort pensó que tal vez le había molestado que utilizara la palabra «salimos». No, aquello no iba por buen camino. Se detuvo un momento para sacar, con una sola mano, un cigarrillo del paquete que tenía metido en el bolsillo de la americana mientras Elvira planeaba el lugar más adecuado para comer y tener una charla. ¿Charla? Se preguntó. No sonaba nada bien lo de la charla.

Silvia se había adelantado. Monfort trató de tapar el micrófono del teléfono con una mano para llamarla, pero la maniobra del cigarrillo y el encendedor se lo impedían. Aun así, gritó su nombre, tal vez demasiado alto.

—¡Nos vemos en la comisaría! —respondió ella con evidente desdén. Y luego añadió con cierto tono de sorna—: ¡Después de comer!

La vio alejarse de prisa, allí donde la avenida Doctor Clarà se cruzaba con la ronda Mijares y se convertía en la estrecha calle Navarra, que llevaba al meollo de la ciudad, desgastado por el tráfico y teñido por el dióxido de carbono de los tubos de escape. Apenas había prestado atención

a lo que Elvira le decía. La melena corta y rubia de Silvia desapareció entre los portales de las tiendas y los bares. Sin reparar en que tenía el teléfono en la oreja, repitió la última parte de aquello que instantes antes acababa de decir la subinspectora: «Los que tenemos el corazón roto somos buenos adornando las penas».

—¿Qué dices? —inquirió la jueza.

CON LA ESCASEZ de pistas a las que poder agarrarse en los dos primeros casos, la no aparición del asesino de Caridad en el lugar de los hechos espoleó al equipo comandado por un iracundo comisario Romerales.

—Hay que encontrarlo. Si lo pillamos, resolveremos el caso en un santiamén.

Finalmente, Monfort había accedido a comer con Elvira. Su tono de voz, la querencia a mantener una «charla» y la seguridad de que la conversación iría acompañada de más de una copa de vino habrían sido motivos suficientes para justificarse hasta la hora de cenar. Ya pensaría algo, en caso de que fuera necesario.

Por el momento se encontraba en la nueva sala de reuniones, un espacio amplio y moderno con una de las paredes, la que estaba orientada al sur, recubierta de cristal oscuro y aluminio. El sol daba de pleno, pero la opacidad del vidrio le confería a la estancia una luz agradable y un calorcito nada despreciable. Desde allí se alcanzaba a ver una gran extensión de campos de naranjos que llegaba hasta la cercana población de Almassora. También el mar, de color grisáceo, la petrolera y un sinfín de carreteras que unían el extrarradio y las poblaciones limítrofes.

Romerales hablaba de forma categórica desde su lado de la mesa, en pie y gesticulando ostentosamente con sus cortos brazos. Sentados a su alrededor se encontraban la subinspectora Silvia Redó, los agentes Terreros y García y la nueva adquisición en el grupo: el joven agente Pallarés. Una pizarra blanca, de algo más de dos metros de ancho, estaba abarrotada de anotaciones y fotografías. Un cúmulo de datos que, por el momento, eran inservibles.

Monfort interrumpió a Romerales y le hizo un gesto con la mano para que se sentara.

—No hay que ser muy listo para darse cuenta de que lo que necesitamos ahora es conectar el asesinato de Caridad con los dos

anteriores que por sí solos dejan claro que estamos ante un grupo organizado por alguien que ordena matar y que los asesinos acaben con su vida después.

—¿Una secta? —preguntó el agente Terreros.

Monfort siguió con lo que estaba diciendo sin responder a la pregunta.

—Una joven mauritana y un chaval marroquí. Dos asesinos que se vuelan la cabeza tras perpetrar el crimen. Y sí —dijo tras dirigir la mirada al agente Terreros—, una secta podría ser una hipótesis. Dirigida por alguien que quiere matar a gente de color, pero ¿por qué? Hay demasiadas incógnitas y el tiempo corre en nuestra contra, para variar. Si hubiera alguna sospecha de que los asesinos que se han suicidado pudieran formar parte de alguna cédula radical, podríamos avanzar, pero, como veis, son dos tipos de lo más normal; o al menos eso es lo que parece de momento —añadió mientras señalaba la pizarra.

—Hemos indagado entre los conocidos y familiares de los dos asesinos —intercedió el agente García—. Todo el mundo habla bien de ellos.

—Algunos los toman por santos —añadió con guasa el agente Pallarés.

Silvia intervino por primera vez evitando la mirada escrutadora de Monfort.

—Tiene que haber algo en ellos que los vincule, alguna mancha en sus ejemplares vidas, algún desliz, un detalle que los baje a la tierra y que, tras su apariencia de personas ejemplares, los convierta en lo que realmente eran antes de morir con los deberes hechos.

—¡Por eso debemos centrarnos en dar con el asesino de Caridad! —terció el comisario, que acompañó sus palabras con un manotazo encima de la mesa.

—¿Y a quién se supone que debemos buscar? —preguntó Terreros.

Silvia tomó la palabra de nuevo.

—Si nos fijamos en los dos asesinos muertos y creemos que puede ser alguien parecido, debemos buscar a un hombre de unos cuarenta años, aproximadamente. Casado, sin hijos, de buena familia, con un buen trabajo...

—Yo creo que las esposas de los asesinos podrían aportar algo más —interrumpió el agente García.

—Las interrogaremos de nuevo —afirmó la subinspectora—. Traigámoslas aquí, puede que les intimide el lugar.



—La intimidación del lugar se quedó en la vieja comisaría de la ronda de la Magdalena, querida —aportó, resignado, el comisario—. Aquí todo huele a nuevo menos nosotros.

Mientras sus compañeros se acuciaban los unos a los otros en busca de la forma de dar con el hilo que llevara hasta el centro de la madeja, Monfort pensó en los empleados de la agencia de seguros donde trabajaba Jorge Abad, el asesino de Marwa, la joven mauritana. Aquellos tipos parecían todos iguales, vestidos casi de la misma forma, de características muy similares. Y luego estaba la desconfianza de la secretaria eventual, la amiga de la esposa de Baltasar, el jefe. Por un momento, se los imaginó sacados de alguna novela de Ira Levin, el autor de *La semilla del diablo*, *Los niños del Brasil* o *Las mujeres perfectas*. Recordaba a Nicole Kidman, que había protagonizado un *remake* de la película basada en ese último título. Los personajes de Levin daban miedo y asco a partes iguales. Menudo lío se iba a montar en la apacible Castellón si se descubría la existencia de una secta que mataba inmigrantes, y cuyos ejecutores se quitaban la vida después. «Demasiado peliculero», pensó mientras Romerales daba rienda suelta a su verborrea, tan prolífica como ineficaz, vistas las caras de abatimiento de sus subordinados. Monfort ponderó que, con un equipo tan minúsculo, tendrían que trabajar de día y de noche para cubrir todo lo que era necesario en un complejo caso como aquel.

—Pide refuerzos. Hace falta más gente —salió de la boca de Monfort, que interrumpió al comisario—. Si quieres encontrar al asesino de Caridad y seguir investigando las otras muertes, tendrás que echarnos una mano. Y no me refiero a que conduzcas un coche o prepares el café. Si no puedes reclutar agentes cualificados, ponte el mono de faena y sal a la calle con nosotros. Mi teoría es que se trata de un grupo encabezado por alguien que ha convencido a unos tipos normales y corrientes de que maten y luego se suiciden. Sí, lo sé, es una verdadera aberración. Puede que la muerte de Caridad no tenga nada que ver con las otras dos, pero algo me dice que sí, y que el asesino se echó atrás cuando llegó la hora de ponerse la pistola en la cabeza y apretar el gatillo. Eso es lo que me parece, y estoy harto de darle vueltas y de que tú no le des ninguna. Esto es una salvajada. Llevamos tres días y tres muertos. Es decir, que, por si no te has dado cuenta, hoy es el cuarto día desde que empezó todo, y en cualquier momento puede sonar el teléfono para hacernos saber que hay una nueva víctima sin que nosotros hayamos avanzado lo más mínimo. ¿Te parece

que voy bien encaminado o que estoy loco de atar? Yo voy a salir a la calle con estos a partirme la camisa en busca de unos cabrones que matan chavales. ¿Qué vas a hacer tú?

TRAS LA TENSA salida de Monfort y el consiguiente pataleo de Romerales, del todo innecesario y estéril, Silvia se encargó de asignar parte del trabajo. Terreros y García se entrevistarían de nuevo con las esposas de Jorge Abad y Diego Arrabal, así como con los otros miembros de las respectivas familias. Ella tenía que pensar la forma en la que debían acometer la búsqueda del asesino de Caridad; no disponían de tiempo para dar palos de ciego. Era necesario centrarse en la familia ecuatoriana por si hubiera un motivo, una razón tan grande como para que alguien fuera capaz de acabar con su hija. Personalmente, lo dudaba, pero no podía pasar por alto que a veces las personas normales esconden grandes secretos que jamás deberían salir a la luz. La única forma de encontrar una pista era abriéndose camino por sendas desconocidas.

—¿Qué tal te manejas con los ordenadores? —le preguntó al agente Pallarés.

—Soy un hacha jugando al *World of Warcraft*.

Silvia no tenía la más remota idea de videojuegos, pero la frescura del novato le iría bien a la hora de encerrarse detrás de la pantalla en busca de alguna puñetera cosa que vinculara los casos. Tenían nombres y apellidos, puestos de trabajo, conocidos y familiares. Algo tendrían en común. Y estaba demasiado enojada con su entorno. No estaba mal quedarse con alguien que supiera sonreír.

—Pues recoge tus cosas y ven a mi oficina. Por cierto, trae café, tal vez se alargue el asunto.

—A sus órdenes, jefa.

«No, no estaba mal», pensó Silvia cuando ya le daba la espalda.

A TRAVÉS DE la cristalera, Monfort constató que la secretaria eventual no estaba en su silla. En su lugar, se sentaba un hombre de unos cuarenta años, con el pelo muy corto y una barba de pocos días muy arreglada. Vestía una camisa blanca ajustada a sus anchos hombros. Con una mano sostenía el auricular del teléfono de sobremesa y con la otra jugueteaba

con el cable elástico de espiral. Monfort entró sin llamar. El hombre bajó el tono de voz y tapó el micrófono con la mano que momentos antes se entretenía con el cable. En vez de hablar, lo señaló con el mentón de forma interrogativa y frunció el ceño.

—Soy el inspector Monfort, de la Policía Nacional de Castellón —se presentó casi en un susurro, mientras dejaba sobre la mesa, a su alcance visual, una tarjeta de visita—. Ya le dejé ayer una igual a su secretaria. Puede que no le diera el recado de llamarme o que se le olvidara decírselo; posiblemente no le dio importancia al hecho de que un poli preguntara por usted. Uno no puede fiarse demasiado de alguien que está cubriendo una plaza durante un corto periodo de tiempo; es normal que se olvide de algunas cosas. Tampoco creo que se tome muy en serio el trabajo; total, para lo que le va a durar el puesto. O tal vez no se trata de nada de eso, y es que no le ha bajado la fiebre a su hijo y ha estado muy ocupado de médicos, todo el día para arriba y para abajo. También se me ocurre, por el tono que imprimió ella cuando hablaba con usted, que cuando se hayan visto, no fuera precisamente mi visita el tema que quisieran tratar. El caso es que yo esperaba con impaciencia su llamada, como podrá imaginar. Supongo que no todos los días le sucede que uno de sus empleados se quita la vida después de haber cometido un crimen.

Baltasar era un hombre, y, como tal, era incapaz de atender más de un asunto a la vez. La conversación de quien fuera que estuviera al otro lado de la línea telefónica, que no había dejado de hablar, y el martilleo constante e intencionado de Monfort, lo sacaron de sus casillas; pero se había equivocado si pensaba que el inspector se iba a asustar por su trato intimidatorio.

Tapó de nuevo el auricular antes de gritar:

—¿Qué coño quiere?! —Y fue el último grito que daría aquella tarde, al menos en su presencia.

Monfort agarró el cable del teléfono que lo conectaba a la cajetilla pegada a la pared y, de un certero tirón, lo arrancó de cuajo.

—Cállese —le recomendó en el tono de voz más neutro que supo imprimir, pese a que le hubiera gustado enrollarle el cable alrededor del cuello y apretar con fuerza—. Y ahora vamos a un lugar donde podamos hablar tranquilamente. Los dos solos. —Miró a los clones parapetados tras sus pantallas y, después, al par de puertas del fondo cerradas a cal y canto

—. Supongo que, siendo el rey, perdón, el jefe, tendrá un despacho más tranquilo y mucho menos concurrido.

Eran un grupo de viejos amigos, una pandilla de camaradas aficionados al deporte; al pádel concretamente, que tan de moda se estaba poniendo. Baltasar Muñoz era el emprendedor del grupo y los otros, su cohorte de seguidores desde los tiempos universitarios. Jorge Abad era, además de uno de sus principales empleados, el mejor amigo que tenía de entre todos aquellos que lo imitaban hasta en la forma de vestir. Baltasar había propuesto a Abad invertir capital en la empresa y convertirse en socio, pero su amigo era un hombre que prefería no correr riesgos ni asumir responsabilidades. Dijo que era un tipo plano al que no le gustaba destacar en nada; que su vida transcurría entre su esposa y el trabajo. Jamás lo había visto beber de más, ni decir una palabra en detrimento de los compañeros. En las pocas salidas que hacían juntos, era el primero en retirarse a su casa, y cada vez que su esposa lo llamaba por teléfono, mutaba el rostro y ponía el de bobalicón casado, según sus propias palabras. El dueño de la compañía aseguradora manifestó estar roto por dentro por la pérdida de su amigo, pero Monfort lo dudaba.

—Mató a un anciano, le pegó un tiro en la cabeza a una joven y luego se voló la cocorota. Muy normalito no sería. Yo creo que más bien era un psicópata. Un asesino de manual. Un chalado con un arma a su disposición. Y usted dice que eran amigos. El que más de entre todos esos que tiene ahí. También es casualidad.

Baltasar tomó una bola de metacrilato alisada por uno de sus lados que servía como pisapapeles. Grabados en láser, estaban todos los países del mundo. Era un globo terráqueo al que le habían amputado la base para que se sostuviera sobre el montón de papeles que tenía sobre la mesa. El polo sur había desaparecido de la Tierra. El hombre la mesó con delicadeza, lanzándola de vez en cuando diez centímetros hacia arriba para que volviera a caer en la palma de su mano ausente de durezas.

Era un despacho minimalista, como mandaba la moda en aquel tipo de personajes. Paredes blancas, un gran sofá de cuero blanco, dos butacas a juego, una mesa de despacho enorme y blanca casi vacía, salvo por el fajo de papeles que soportaban la presión de la bola del mundo; un moderno ordenador con una gran pantalla y un teclado minúsculo, parecido al que Romerales había instalado en el habitáculo de Monfort en la nueva comisaría. Una de las paredes estaba completamente forrada por puertas

de armario donde seguramente escondían todo aquello que era normal en una oficina. Un solo cuadro pendía en otra de las paredes. Era un dibujo extraño; parecía un campo con el trigo alto y espigado, pintado de forma abstracta. Al fondo, se veía un tractor en marcha que perfilaba una silueta lograda tras segar el cereal, dejando en su lugar espacios negros en los que era imposible vislumbrar el fondo, como un abismo insondable. Contrastaba el luminoso amarillo pajizo del trigo con un cielo tristón de color plúmbeo. Pero lo más destacado era el negro abisal de la silueta que el tractor había transformado tras la siega selectiva. Monfort entornó los ojos y ladeo un poco la cabeza.

—Jorge era un tío normal y corriente —repitió Baltasar, imperturbable—. Nadie de los que lo conocíamos se hubiera imaginado que podría cometer semejante barbaridad. ¿Están seguros de que no se trata de un error? ¿Podrían haberle tendido una trampa?

Monfort estiró el brazo con rapidez con la intención de interceptar la bola en una de las ocasiones en que la lanzó al aire. Aunque llegó a tocarla con la punta de los dedos, no consiguió atraparla y cayó sobre la mesa, precipitándose después hacia el suelo con gran estrépito. Una sucesión de golpes contra la tarima de parqué a la que siguió un silencio perturbador.

—No me gusta su actitud —lo advirtió Monfort—. Es usted un prepotente. Ya veo que sus muchachos bailan al son de sus órdenes y que posiblemente tiene una aventura con la recepcionista eventual. Dígame, ¿me equivoco?

—¿Qué quiere, una medalla? —lo desafió Baltasar con una burda sonrisa.

—Quiero que me diga si conoce a este hombre. —Puso sobre la mesa una fotografía de Diego Arrabal. El ligero titubeo del jefe no le pasó por alto.

—Me suena —admitió al verse sorprendido. No era idiota del todo.

—Haga memoria, ¿de qué lo conoce?

—Yo no le he dicho que lo conozco. Me quiere sonar, pero ahora mismo no caigo. —Quiso enmendar la flaqueza, pero fue peor.

—Mató a un adolescente marroquí —expuso Monfort lentamente, para que sus palabras causaran mayor efecto—. Se llamaba Issam. —Sacó del bolsillo una foto del chaval y la puso sobre la mesa, luego la arrastró con las yemas de los dedos hasta que quedó al lado de la de su ejecutor—. Lo mató de un disparo en la cabeza, igual que hizo su amigo del alma con la

chica mauritana. Y luego se pegó un tiro. Igualito que su monacal compañero de fatigas.

El hombre se estaba poniendo nervioso, era evidente. Se levantó de la silla y recogió la bola pisapapeles. Monfort pensó que en su mente debía estar sopesando la posibilidad de abrirle la cabeza con ella de un golpe. Pero no, no era idiota del todo, tal como acababa de dilucidar un momento antes.

—Siéntese, haga el favor. Observe las fotografías con calma. Son copias. Se las voy a dejar para que le vaya dando vueltas. Tal vez su querido amigo y el otro asesino se conocían. —Obvió comentar que Diego Arrabal vivía a cuatro pasos de allí, ya que hubiera sido la excusa perfecta para que Baltasar se aferrara a una salida que en ese momento no veía clara—. La del chaval marroquí es para que sepa que esa sonrisa de dientes blancos no volverá a lucir jamás. Por cierto, ¿sabía que su pulcro e intachable camarada cometió los asesinatos en un prostíbulo?

Baltasar hizo un movimiento afirmativo con la cabeza. Acababa de sentarse y había dejado la bola sobre el montón de papeles. Apoyó los codos sobre la mesa y unió las manos como si fuera a rezar. Luego puso la barbilla sobre las puntas de los dedos de ambas manos.

Monfort extrajo una tercera fotografía y se la mostró como un árbitro que saca una tarjeta a un jugador para amonestarlo.

—Se llama David Prieto y es el dueño del local donde fueron asesinadas las víctimas a las que su amigo disparó.

—No entiendo dónde quiere ir a parar con todo esto. Aunque me pueda sonar de algo, no sé quién es ese tal Arrabal, ni tampoco ese otro del puticlub. ¿Qué es lo que quiere?

Monfort lanzó un suspiro y se puso en pie. Se dirigió a la puerta y la abrió. Ahí estaban los trabajadores, ensimismados en sus quehaceres.

—Se parecen mucho. Usted, Jorge Abad y también esos —señaló a los empleados.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Diego Arrabal y David Prieto podrían encajar a la perfección en su grupito de clones.

Baltasar frunció el ceño. Lo había entendido a la primera, no hacía falta que pareciera que pensara.

—Nos volveremos a ver —se despidió Monfort, no sin antes echar un último vistazo a la desconcertante pintura que pendía de la pared. Desde

aquella posición, comprendió qué era aquella negrura que había perfilado el tractor en el campo de trigo—. No se prepare nada para entonces. Será una sorpresa. Salude de mi parte a... Qué mala memoria, he olvidado su nombre.

—¿El nombre de quién?

—De la mujer que ocupa la silla de recepción mientras su esposa cría a sus hijos.

—¿Susana?

—Eso es, Susana. Muchas gracias.

Ahora ya conocía su nombre. Puede que Baltasar Muñoz sí fuera un poco idiota.

Y, POR FIN, cambió su menú habitual por unos tallarines con curry y unas gambas acompañadas de setas y bambú. Los propietarios estuvieron tentados de hacerle la ola y gritarlo a los cuatro vientos, pero se contuvieron por respeto al resto de comensales, que, como cada día, abarrotaba el famoso restaurante asiático de la plaza del Real. Elvira Figueroa no era habitual allí, y por ello uno de los hermanos que los atendía se sintió atraído por su despampanante presencia.

—¿Le han dicho alguna vez que se parece a Elizabeth Taylor en *Quién teme a Virginia Woolf*?

«¿De dónde habrá sacado este tanta sabiduría cinematográfica?», se preguntó Monfort.

Elvira sonrió complacida y guiñó un ojo al inspector.

—¿Lo ves? Todavía quedan caballeros.

Lo que ella parecía desconocer era que el argumento de la película versaba sobre la vida de Martha y George, un matrimonio maduro que, tras veinte años de convivencia, discute todo el tiempo porque es su única forma de relacionarse. Una noche invitan a una joven pareja a cenar, que presencia con perplejidad la tormenta de recriminaciones y odios internos que evidencia la enorme soledad de sus anfitriones. Eso sí, la Taylor exhibía en la película una belleza irresistible fruto de una privilegiada madurez. No era de extrañar que la sensualidad de Elvira hubiera hipnotizado al restaurador y la hubiera confundido por un momento con la de la protagonista de *Cleopatra*. Sí, era del todo posible que tuvieran algún

rasgo de semejanza. Tal vez el hombre fuera un entendido en la obra de aquella actriz que deslumbró al mundo y él no lo supiera.

Ella bebió más de la cuenta y él menos de lo habitual; estaba ensimismado, y ella trataba de extraerlo de aquel inframundo en el que se hallaba atrapado. Monfort dejó medio plato de tallarines que Elvira se terminó sin pudor. Lo mismo ocurrió con las gambas y con la pirámide de nata y nueces caramelizadas sobre una copa plana de acero inoxidable. Él negó con la cabeza cuando el camarero les ofreció café, pero ella dijo que, si era necesario, tomaría por los dos.

—Temes una llamada en la que alguien de los tuyos te informe de que otro joven ha sido asesinado. Es eso, ¿verdad? —aventuró Elvira mientras alargaba la mano hacia uno de los chupitos de licor de arroz servidos por cortesía de la casa.

Él no era Richard Burton, el esposo de Elizabeth Taylor en la película que el del restaurante había citado. Aquella era una relación ficticia, un amor con broncas y alcoholismo, pero tan parecida a la que se contaba a voces que ocurría en la vida real. Ella coleccionó amores. Se casó ocho veces, dos de ellas con Burton, al que defendía como su verdadero amor. Ganó tres premios Oscar de los seis a los que estuvo nominada. Uno de ellos por *¿Quién teme a Virginia Woolf?* Elizabeth Taylor tenía una mirada violácea, un extraño tono que se evidenciaba en la pantalla gracias a la enigmática combinación del azul de sus ojos y el negro de su cabello.

Monfort tomó una mano de Elvira y le acarició los dedos; jugueteó despacio con su grueso anillo de plata, recorrió algunas falanges, desde los músculos palmares hasta las cuidadas uñas pintadas de rojo. Y, aunque cualquiera hubiera pensado lo contrario, ella no esperaba nada bueno de aquella reacción de afecto.

—¿Cuándo regresas a Teruel?

Podía haber formulado cualquier pregunta con la intención de quedar bien, de ser amable o indulgente. También Elvira podía haber puesto en marcha una batería de reproches y puñaladas verbales. Pero no lo hizo. Fue mucho más sutil.

—En cuánto sueltes mi mano —respondió. ABORDÓ A LA secretaria sustituta cuando a esta apenas le faltaban cien metros para llegar a la oficina. Monfort había memorizado el horario que rezaba en la placa dorada que había junto a la puerta. Faltaban tres minutos para las cinco de la tarde.



—¡Vaya, qué casualidad! —mintió cuando pasó por delante de ella y giró la cabeza—. Susana, ¿verdad? —dijo tendiéndole la mano.

La mujer arrugó la frente.

—Hola, buenas tardes... No recuerdo haberle dicho mi nombre.

Debía de ser más joven que Baltasar Muñoz. Vestía de forma elegante con un pantalón vaquero de perneras acampanadas, botines y una chaqueta de cuero *Schott* de color rojo brillante con gruesas cremalleras. Debajo, llevaba un jersey blanco de cuello de pico que dejaba a la vista una cadena dorada de la que pendía una cruz.

—¿Le apetece tomar un café? —preguntó Monfort.

Susana consultó la hora en su moderno reloj de pulsera.

—Tengo que abrir, no puedo retrasarme.

—En ese caso, si no le molesta, la acompañaré.

—Pero si está aquí mismo.

—No es tanto lo que tengo que decirle —sonrió Monfort, y ella le secundó mostrándole unos dientes blancos y bien alineados alrededor de sus sensuales labios.

Caminaron hasta la puerta de la oficina y, en el trayecto, Monfort le habló del tiempo. Cuando Susana se disponía a introducir la llave en el mando para que la persiana subiera de forma automática, se detuvo.

—¿Qué quiere? —preguntó con gesto serio.

—Sé que tiene una aventura con Baltasar —arriesgó Monfort, que no tenía pruebas de lo que acababa de decir.

Susana bajó el brazo y la puerta se quedó sin abrir.

—¡Eso es mentira! —se defendió

—Usted sabe que no lo es. Pero también es cierto que a mí me importa poco lo que haga usted con el rey.

Susana sacudió la cabeza en una señal de no comprender lo que decía. Él no le dio explicación alguna sobre el rey mago que llevaba las bicicletas.

—Tengo que abrir. Diga lo que quiera y márchese.

—¿Están a punto de llegar?

—Exacto.

—Son todos hombres los que trabajan aquí.

—Sí, y qué.

—Y son todos iguales. Incluso el jefe.

—No sé a dónde quiere ir a parar.

—Yo tampoco lo tengo claro del todo, pero era por si usted podía aportar algún dato.

—¿Y para eso se ha inventado eso de que Baltasar y yo tenemos un rollo?

—Puede. Pero yo creo que no me lo he inventado.

El leve rubor, la caída de pestañas, la mano llevada al bolso para finalmente no sacar nada. Aquellos eran los detalles que delataban al mentiroso.

—¿Qué quiere? —insistió nerviosa.

—Que me ayude.

—¿Ayudarle yo? ¿A qué?

—A decirme qué hacen, además de pólizas de seguros, todos esos machotes de hombros anchos y camisas apretadas. Incluido su jefe, claro está.

—Usted no está bien de la cabeza.

Monfort sonrió y se dio la vuelta. Habló cuando ya le había dado la espalda.

—Hablaré con Marga.

Un instante de silencio.

—Espere... —lo frenó Susana. Metió la llave en el mando anclado en la pared y le dio media vuelta. El motor de la persiana se accionó con un molesto ruido metálico.

—No le diga nada. Somos amigas...

—Ayúdeme a estar callado.

—No tengo ni idea de si se llevan algo entre manos, pero es verdad que parecen extraterrestres sacados de una película de serie B.

—LOS RASTROS EN internet de Jorge Abad y Diego Arrabal son más aburridos que el trabajo de un cajero de peaje de autopista.

El agente Pallarés resultó ser un chistoso. A Silvia no le entusiasmaban los hombres que hacían chistes de todo. Pero Manolo, tal era su nombre de pila, era tan espontáneo que incluso le quedaba bien el punto ocurrente.

—Cállate ya, que me duelen los carrillos de reírme —lo reprendió Silvia de forma afable.

—Lo que más me extraña es que sus esposas no se olieran que en casa tenían al mismísimo demonio metido entre las sábanas —aportó el agente.

—Sí, a mí también. Les hemos hecho muchas preguntas, y no siempre hemos sido los mismos, pero aseguran una y otra vez que no se lo podían imaginar de ninguna de las maneras.

—¿Ellas se conocen?

Silvia guardó silencio. Proyectó la mirada hacia un lugar inconcreto de la pared. Les habían preguntado si conocían al asesino que no era su marido, al otro, pero no recordaba haber pedido que preguntaran si se conocían entre ellas. No es que no se acordara, es que no lo habían hecho. Pensó. Pallarés se dio cuenta y sirvió más café en las tazas conmemorativas de la inauguración de la comisaría.

—Dos de azúcar y una nube de leche —susurró el agente para no molestar, como si hablara para él. A continuación, removi6 el café con una cucharilla y tendió la taza a Silvia, que volvió de su ensimismamiento.

—Se supone que deberíamos estar buscando al asesino de Caridad. Pero aparecen tantas dudas desde el principio, que es imposible avanzar. Quiero centrarme en el asesino huido, deseo que no tenga nada que ver con los otros dos casos, aunque son tan complejos que me olvido de los detalles; incluso de los nombres y de las situaciones.

—Tenemos tres *joves morts* —intervino el agente mezclando los dos idiomas con su particular acento de los pueblos del interior de la provincia, que solían ser distintos unos de otros aunque las poblaciones fueran cercanas—. En los dos primeros asesinatos, los causantes se han quitado la vida. En el tercero, el homicida mató a la *xiqueta* y luego, a la hora de apretar el gatillo en su propia cabeza, *va fugir com cagalló per séquia*<sup>[1]</sup>. Yo no veo tanta diferencia, si me lo permite.

Silvia pensó en que Monfort tenía una teoría similar.

—*Monfort pensa igual* —aseveró Pallarés en valenciano, como si le hubiera leído el pensamiento.

Silvia se llevó un mechón de pelo detrás de la oreja izquierda y luego repitió el mismo movimiento en la derecha.

—Odio lo de los asesinatos en serie.

Manolo Pallarés no tenía un chiste que contuviera la palabra odio, ni asesinato, ni tampoco serie.

ACABABAN DE ABRIR. Estaba limpio y olía bien. Sonaba a un volumen moderado una canción de Serge Gainsbourg, el mítico cantante parisino, el

poeta maldito, compositor, pintor, director de cine, escritor, guionista... La figura más importante del pop francés. Uno de los músicos más populares e influyentes del mundo; una leyenda para sus compatriotas. Gainsbourg escribió cerca de seiscientos canciones. Fue el compositor de *Je t'aime... moi non plus* que interpretó con Jane Birkin, aunque apenas un año antes lo había hecho con Brigitte Bardot. La canción se convirtió en un éxito mundial pese a que fue prohibida en varios países por su contenido altamente explícito. El disco llevaba un envoltorio con la leyenda «Prohibido para menores de 21 años». En 1969, vendió más de tres millones de copias solo en Europa.

El amor físico es un callejón sin salida.

Pidió *Laphroaig* 10 años. Era la misma camarera de rasgos asiáticos. No le aconsejó en esa ocasión que probara otras procedencias, bastante trabajo tenía con preparar la barra para la noche. Hizo un comentario banal sobre que no se podía llegar tarde porque entonces se acumulaba la tarea. La misma sensación tenía Monfort. Se le acumulaba el trabajo. Y llegaba tarde a todas partes. La joven sirvió el whisky de malta con estilo en un vaso adecuado. Le ofreció almendras saladas que Monfort aceptó encantado. Ella dijo que posiblemente sonara a sacrilegio acompañar el espirituoso escocés con almendras, pero que le encontraba un punto de maridaje original. Mientras regulaba la temperatura de la vinoteca, le comentó que los frutos secos eran de La Poblá Tornesa; el padre de la jefa tenía allí un campo de almendros. Y añadió que, cuando los árboles florecían, era todo un espectáculo de color. Monfort conocía a alguien en la población: un escritor al que, a su parecer, siempre le faltaba un puñado de horas de sueño. También tenía almendros el escritor; quizá todo el mundo allí los tenía. Lo que no poseía era una bodega bien surtida y, por ello, cada vez que le hacía una visita, lo obsequiaba con una botella de buen vino. A cambio, él le recomendaba lecturas e incluso le prestaba libros. No era un mal tipo el escritor, tal vez un poco gruñón, pero quién no lo es en los tiempos que corren.

Terminó por fin la canción entre gemidos lascivos de la extravagante pareja y dio paso a otro de los éxitos del provocador cantante que revolucionó para siempre la música francesa. Ahora era el turno para *Bonnie and Clyde*.

Dicen que matamos a sangre fría.  
No es gracioso, pero tenemos que hacerlo.

Ese día, la camarera había invertido los colores de su atuendo. Si el martes vestía toda de negro y la nota de color era el pañuelo rojo que rodeaba su estilizado cuello, ahora lucía un mono rojo ajustado y un pañuelo negro. La barra se pobló en pocos minutos de clientes que pedían cervezas que ella tiraba del grifo como la experta que era.

—Ahora todo el mundo quiere ser cocinero —dijo cuando uno de aquellos encorbatados recién salidos de alguna oficina cercana le dijo que nadie servía la cerveza como ella—. Yo paso de mancharme de grasa y oler a fritanga.

Todos secundaron la ocurrencia, unos con vítores y otros con palmadas.

Mencionó que se llamaba Agnès y que había nacido en Vietnam. No sabía casi nada acerca de su pasado. Tampoco parecía preocupada por ello, más bien todo lo contrario. Lo importante, dijo, es que cuando la mujer que ahora era su madre la tomó en brazos en el orfanato de Quang Chau, su vida cambió para siempre. Apenas tenía seis meses. Y aunque por sus facciones siempre sería extranjera, ahí conoció la felicidad de un hogar.

Tras la presentación y las palabras con las que la acompañó, brindó con Monfort. Se había servido cerveza en una copa de balón y le había añadido un chorrito de Campari. Estaba sentada de lado sobre la nevera metálica de debajo de la barra con las piernas cruzadas. Cuando se incorporó, le sirvió tres dedos de malta por cuenta de la casa y renovó el platillo de almendras.

—Creo que la pelirroja lo está mirando —lo advirtió antes de marcharse a servir bebidas a la parroquia congregada.

—Le gusta la noche —saludó Lina O'Brien tras acercarse hasta la barra.

—Menos lo que en realidad busco, todo lo puedo encontrar de noche.

Ella analizó sus palabras. Las debió traducir para hacerse una idea de su significado. «A saber lo que busca», pensó finalmente.

—A mí me gustan los bares. Supongo que no hace falta que le diga que en Irlanda los pubs son el centro de la vida social. El lugar de reunión para las cuestiones importantes y también para las que no lo son tanto. Se parecen más al salón de un hogar confortable que a un local. Los dueños

pueden dar indicaciones turísticas o hablar de cualquier cosa que acontezca. Eso sí, después de servir una Guinness o un whiskey Jameson. No hay tarde ni noche completa sin una visita al pub.

—No has venido acompañada.

—¿Lo dice por el chico del otro día?

Monfort se encogió de hombros.

—Apenas lo recuerdo ya —admitió ella con sentido del humor.

—¿Te apetece tomar algo?

—Lo mismo que toma usted me parece bien.

Agnès captó la mirada de Monfort y, al llegar junto a ellos, este le pidió lo mismo para Lina.

—Es escocés —matizó él mientras la camarera se esmeraba en el ritual de servir la bebida.

—Los pueblos celtas nos llevamos bien.

—Tu dominio del español debe ser la envidia de tus compatriotas.

—No se crea que soy la única. Ya le dije que era de Kerry. Sentimos cierta afinidad por lo español allí.

—No me digas.

—Cerca de nuestra costa naufragó parte de la Armada Invencible de Felipe II, ya sabe, la que fue enviada por los españoles para invadir Inglaterra. Muchos de los supervivientes del naufragio se refugiaron en las casas de la zona huyendo de los soldados ingleses. —Hizo una pausa para beber un trago de whisky. No mutó ni un ápice el semblante mientras el licor descendía por su garganta—. De haber ganado, nos habrían liberado de los bastardos ingleses. Por eso les tenemos en alta estima. Bueno, por eso y porque algunos marineros se quedaron allí para siempre. —Volvió a beber, esa vez más despacio—. En algunos pueblos de la zona se tiene la certeza de que hay más cantidad de morenos que en cualquier otra parte del país. Por lo visto, sus compatriotas fueron auxiliados con amor por parte de las mujeres irlandesas.

—¿Te queda alguna amistad inglesa?

Lina se echó a reír sin tapujos. Se le encendió el rostro y las pecas que lo adornaban salieron a relucir.

—¡Por supuesto! Es solo romanticismo irlandés. Y también un poco de rencor a los vecinos —volvió a reír.

Él quería preguntarle sobre Caridad; pensaba que Lina debía poseer un sexto sentido.

—Ha sido una autopsia complicada. Su amigo, el doctor Morata, le pone humor para que sea más llevadero, pero aun así...

—Cuando las víctimas son tan jóvenes, todo se lleva peor.

Monfort giró el vaso con los dedos sobre la barra antes de beber.

—La gente de la ciudad debe estar aterrorizada.

—Aquí, a veces, se mira para otro lado cuando lo que se muestra causa aprensión.

—Ya —dijo ella—. Me suena. Una mezcla entre cautela y temor.

—No creo que haya mucha diferencia entre Irlanda y España en ese tipo de asuntos.

—Ustedes tienen un pasado en el que mandaba un dictador. Nosotros en ese pasado no tan lejano fuimos un país ultracatólico.

—Ambas cosas son mal asunto para el porvenir de la población.

—Yo pensaba más en el tema de los jóvenes. Irlanda fue un país con un peligroso fanatismo católico. Se convirtió en un estado cerrado, totalmente sumiso a las congregaciones católicas. Ello comportó que mucha juventud fuera víctima de esa exaltación.

—¿Por qué decidiste venir a España?

—Acepté la oferta del *Department Of Health*. Antes de partir, me documenté sobre España. No había estado nunca aquí. Solo soy una mujer que nació en el sur del país.

—¿Y qué descubriste en esa documentación detallada?

—Que hace años, los paralelismos de mi país con la España franquista eran evidentes; aunque, por muy fanática que fuese Irlanda en cuanto a la religión, seguía siendo un sistema democrático, mientras que aquí mandaba un tirano.

—Ya veo que la imagen que proyectamos al exterior no es ninguna maravilla. De todas formas, habrás podido comprobar que la cosa ha cambiado para bien.

Lina apuró el whisky.

Monfort la miró con detalle. Tenía la vista clavada en el vaso vacío. Las manos sobre la barra, el pelo como llamaradas de fuego, los labios apretados y la mandíbula tensa.

—Discúlpeme, desvarío. Debe ser que echo de menos volver a casa con los míos.

Se puso de pie y le dio dos besos en las mejillas.

—Lo hacen así, ¿verdad?

—Sí, cuando se siente aprecio —matizó él.

Tras una breve despedida, la patóloga salió del bar a toda prisa. Calzaba botas doctor Martens, vestía pantalón vaquero ancho y un jersey de lana gruesa, del color de las ovejas de su tierra. Por encima llevaba una trenca azul desabrochada, como la del oso Paddington. Tampoco tendría tanta manía a lo inglés.

En el bar sonaban unos compatriotas de la ayudante del forense. Era la segunda vez que escuchaba música interpretada por mujeres irlandesas en aquel lugar. Dolores O’Riordan, la cantante de Cranberries, hacía que Agnès moviera las caderas al ritmo de sus sueños. *Dreams*.

Eres lo que no pude encontrar.  
Una mente totalmente asombrosa.

EL AGENTE PALLARÉS y Silvia Redó conversaban por teléfono con las esposas de los asesinos suicidas. El policía dialogaba con Lola, la viuda de Jorge Abad. Silvia hacía lo propio con Gema, la de Diego Arrabal. Ambas coincidieron en que no se conocían entre sí, pero Gema dijo algo y Silvia se agarró a ello con fuerza. Era obstinada, analizaba una a una las palabras sin necesidad de tomar notas ni grabarlas. Se le había escapado un detalle. Escribió lo que ella había dicho con letras grandes en una hoja en blanco de su libreta y la levantó para que Pallarés pudiera leerla desde el otro extremo del despacho. Mientras que Gema continuaba hablando y Silvia planeaba la mejor forma de aprovechar su descuido, recibió otra llamada entrante. Se apartó el móvil de la oreja para ver quién llamaba. Era el agente Terreros. No tenía buenas noticias; o tal vez sí lo fueran, al fin y al cabo.

EN SOLO SIETE minutos llegó al lugar acompañada por el agente Pallarés, que conducía como un verdadero temerario. Casi al mismo tiempo lo hacían el forense Pablo Morata y su ayudante irlandesa.

El cuerpo del hombre colgaba de la rama de un pino. A sus pies había un pedazo de tronco cortado que le habría servido como apoyo para colocar la cuerda alrededor de la rama y luego en su cuello; después, lo



habría movido de una patada para que su cuerpo quedara a merced de la ley de la gravedad. Estaba a escasos trescientos metros del lugar donde fue hallado el cuerpo de Caridad. Cualquier duda de que se tratara del asesino de la ecuatoriana quedó despejada cuando el agente Pallarés encontró el arma a un par de metros de la base del tronco del árbol en el que el hombre se había quitado la vida. Junto a la pistola había una cartera a la que le había prendido fuego con la intención de destruir cualquier rastro de su identidad. Silvia examinó con cuidado los restos calcinados. No sería difícil reconstruir parte de alguno de aquellos documentos para dar con su nombre y apellidos. También pensó que Castellón no era tan grande, y que seguramente sería suficiente con publicar su foto en los medios para que alguien lo reconociera. Tratándose del asesino de una joven, no tardarían en llover las llamadas.

Morata examinó el arma. Para cuando llegó el coche con dos compañeros de la Científica, el forense ya le había asegurado a Silvia que se trataba del arma con la que había asesinado a Caridad. Tras descolgarlo y dejarlo en el suelo sobre una manta térmica, Lina examinó las marcas del cuello producidas por la cuerda, así como los posibles restos de materia en las manos y las uñas. A continuación, fueron los dos agentes de la Científica y Silvia los que se afanaron en escudriñar el cadáver antes de que los patólogos se lo llevaran a su propia caverna para indagar en las acciones que había llevado a cabo aquel hombre en las últimas horas, qué había ingerido y hasta qué había pensado instantes antes de suicidarse. Aunque las primeras valoraciones fueron mucho más mundanas.

—El hijo de puta no tuvo huevos a matarse de un disparo después de acabar con ella. Vagaría como un fantasma por el bosque mientras nosotros estábamos un poco más allá, con su víctima. Mira si estaría acojonado, que ni siquiera fue capaz de huir como alma que lleva el diablo. Se quedaría paralizado, muerto de miedo.

—Pero ahorcarse... —planteó Silvia— con toda la parafernalia de la cuerda, el árbol y demás. No sé qué es peor.

—Cualquiera sabe lo que les pasa por la cabeza a estos descerebrados.

Lina, callada hasta el momento, intervino:

—Apretar el gatillo contra uno mismo es siempre la opción más complicada. El miedo a ver su propia sangre y pensar en su cabeza destrozada debió asustarlo. Piensen que vio lo que le había hecho a la chica.

Monfort llegó en el Volvo. Saludó a los presentes, miró el cadáver postrado en el suelo y luego dirigió una mirada a Lina. Un rato antes, bebían juntos en el bar en el que reinaba Agnès.

—Apareció el cobarde. —Morata le señaló el cadáver para que no hubiera equívoco de a quién se refería.

—Alguien dijo que los cobardes se rinden antes de que comience la batalla.

—Pues yo no veo mucha acción, la verdad.

—Ya hablas como los medios de comunicación.

—O como los familiares de las víctimas. O incluso como Romerales.

Monfort se sintió tocado. El patólogo tenía razón. Se sentía atado de pies y manos, como si una pesada manta de apatía cubriera su cuerpo.

Silvia le mostró la cartera calcinada que había guardado en una bolsa de pruebas.

—¿Sacaréis algo de eso?

—No me preocupa mucho, la verdad. Una cara sin mutilar será reconocida en breve, no me cabe duda —aseguró mientras un agente de la Científica fotografiaba el rostro del muerto.

—Se la pasaremos a la prensa para que la publique a gran tamaño en las portadas.

—¿Esa arma era suya? —El inspector señaló otra bolsa para evidencias que estaba en el suelo.

—Mía seguro que no —intervino Morata.

Monfort recogió la bolsa del suelo y miró su contenido.

—Es de la misma marca que las otras.

—Ha vuelto Sherlock Holmes —bromeó el forense—. Se cagó de miedo y se escondió en el bosque. Menos mal que tus hombres no han desistido y al final han dado con él. Lo teníamos cerca.

—Hizo el trabajo a medias. Las represalias por haber fallado, eso es lo que de verdad le daba miedo.

—Lo fuerte es que estuviera aquí escondido todo este tiempo.

—Quedarse paralizado por el miedo es una reacción involuntaria muy común. Correr parecería lo más sensato; sin embargo, tal respuesta cerebral es plausible y tiene un nombre, pero no me acuerdo.

—Inmovilidad tónica —resolvió Morata.

—¿Qué sería de Holmes sin la sabiduría infinita del doctor Watson?

ELVIRA FIGUEROA HABÍA decidido regresar a Teruel en taxi. Pasaría la factura al juzgado y santas pascuas. No pensaba aguantar en Castellón ni un minuto más de lo necesario. Ella se valía de sobra para saber cuándo estaba de más en un lugar. El hombre en el que había puesto sus esperanzas tenía una curiosa escala de prioridades, y ella ocupaba un lugar bastante relegado en la misma. Tampoco tenía ganas de arriesgarse para adelantar posiciones. Ni que fuera Fernando Alonso, pensó. Era una estúpida si creía que Monfort iba a ponerla a ella por delante del trabajo. El caso que llevaba entre manos estaba atascado como una ficha de parchís que está en casa y cuyo jugador tiene la mala suerte de cara y no consigue sacar un cinco.

Era noche cerrada; pero qué demonios esperaba si a las seis de la tarde ya había desaparecido todo atisbo de luz. Una vez ascendido el puerto de Ragudo, la nada se hacía presente. Una especie de inexistencia que se alojaba entre la tierra baldía y un cielo cuajado de más puntos de luz que en cualquier otro lugar. La dichosa España vaciada, el maldito término para decir que la gente con dos dedos de frente se larga de los lugares en los que es imposible vivir. Sonrojaba saber que los que acuñaron el sobrenombre no hicieran nada por remediarlo, como el que se queja de cierto dolor pero que huye de los médicos. Elvira miró el móvil; sin cobertura. Pasaron frente a un antiguo restaurante de carretera que estaba cerrado y en proceso de destrucción por el abandono. Sus paredes estaban colmadas de grafitis. La emisora de Onda Cero que el taxista llevaba sintonizada desde la salida de Castellón se perdió en un barullo de fritura sonora. La España vaciada.

—Hasta que estemos a punto de llegar a Teruel, no vamos a pillar nada. Aquí todo está en silencio, hasta las emisoras —se excusó el conductor por la estática de la radio.

—Lo que conocemos como silencio no existe —puntualizó Elvira—. Si saliéramos, oiríamos un sinfín de ruidos. En la soledad de la noche existe una vida densa y compleja. Gemidos, oscilaciones, palpitaciones, jadeos..., vida en general. ¿Sabe lo que es el conticinio?

—Ni idea —respondió el taxista.

Era un hombre joven, tal vez no había cumplido los cuarenta. Era fuerte de hombros y tan alto que su cabeza rozaba el techo del coche. Olía

bien. Puede que se hubiera perfumado o que tuviera buen gusto para elegir los insoportables ambientadores para vehículos.

—Es la hora de la noche en que todo está en silencio.

—¡Vaya! No lo sabía.

—Es normal —dijo Elvira—. Porque en el fondo también es mentira. Tampoco hay silencio total entonces.

Ambos continuaron el viaje sin decir nada más.

La jueza se puso unos auriculares y pulsó sobre una canción de la lista de reproducción de su teléfono móvil. Tal vez la elección fuera adrede. *Smooth Operator*. Sade.

No hay un lugar para terminar, sino un lugar para comenzar.

MONFORT OBSERVÓ LA maniobra para introducir el cadáver en el furgón forense, que se marchó rápidamente del lugar. Morata se despidió de él y, con un gesto de cabeza, invitó a Lina a montar en el asiento del copiloto de su viejo Mercedes. Para la irlandesa, el augurio de una noche trepidante se había truncado. Morata estaba acostumbrado a vivir en el lado oscuro. Su esposa debía de ser una santa mártir y él una especie de conde Drácula. La tendría vampirizada, pocas explicaciones más se le ocurrían a Monfort.

Lina se había marchado de forma súbita del bar. Tal vez había dicho algo que la había incomodado, aunque, por más que trataba de recordar qué podía ser, no daba con ello. Recordaba, eso sí, el par de besos afectuosos.

Silvia y sus compañeros de la Científica buscaban pruebas. El agente Pallarés departía con los agentes Terreros y García. Tenía un mapa en la mano y los tres señalaban lo que fuera en él. Descubrir la identidad del cuerpo del hombre que ahora iba de camino a la morgue de Morata era la prioridad. La subinspectora daba órdenes a uno de sus compañeros. Demasiado enérgicas, a juzgar por su tono de voz. Estaba enfadada y cualquiera podía pagar el caro precio de su hosquedad.

Monfort encendió un cigarrillo. ¿Qué puede provocar un suicidio como aquel? Todos estaban convencidos de que era el asesino de Caridad; la pistola era la prueba definitiva. Pero ¿quién había detrás pulsando el resorte que los llevaba hasta la muerte?

Sonó el teléfono móvil. Era el comisario Romerales. Cualquier sermón que se hubiera preparado estaba a punto de ser ejecutado.

—Venid enseguida —ordenó sin preámbulos—. Silvia y tú, ahora mismo. Dejadlo todo y regresad a la comisaria.

—¿Qué pasa?

Pero Romerales ya había cortado la comunicación para que no replicara a su mandato.

ERA UN NIÑO asiático el que estaba sentado en una silla en mitad del despacho del comisario Romerales. Tenía los ojos tan achinados que parecía que los tenía casi cerrados. Hablaba en castellano con acento valenciano. Vestía pantalón vaquero y jersey de color verde con un dragón de cómic bordado en el pecho. Se llamaba Yinuo y tenía doce años. Los que estaban en el sofá eran sus padres, así se los presentó el comisario a Monfort y Silvia. Juntos regentaban un restaurante chino cerca de la vieja comisaría de la ronda de la Magdalena. Romerales ya los conocía. Monfort se lo quedó mirando y se imaginó al jefe llevando a comer allí a su mujer, seguramente porque sería económico. Arrugó un poco la nariz al imaginar rollitos de primavera grasientos y nada crujientes, o arroz tres delicias pasado de cocción y convertido en plastilina pegajosa. Nada que ver con el que él frecuentaba, donde precisamente lo que le había diferenciado del resto era todo aquello que los occidentales detestaban de los restaurantes chinos. Monfort miró la hora en su reloj. Todavía no había cenado, aunque intuyó que iba a perder el apetito.

Silvia se mantuvo en un extremo de la estancia y guardó silencio. Por el camino, apenas habían hablado de otra cosa que del tipo aquel que había estirado la pata colgándose del pino; ella creía tener la responsabilidad de descubrir quién era. No es que el asunto fuera solo cosa de la subinspectora, pero Silvia era así y no iba a parar ni un momento hasta desentrañar aquella incógnita. No hubo bromas ni consejos musicales o gastronómicos durante el trayecto, la prueba inequívoca de que, entre los dos, las cosas no andaban demasiado finas.

Romerales tomó la palabra; para algo era el jefe y estaban en su despacho.

—Un hombre le ha agredido en un descampado que hay cerca de su restaurante.

Monfort miró al niño y luego a Silvia, que le sostuvo la mirada. Cogió una silla y se sentó a un par de metros de él para no intimidarlo con su altura.

—Dile lo que te ha hecho —lo animó el comisario impostando una voz infantil que no hacía más que coartar al chiquillo.

—Estaba con la bici —comenzó Yinuo—. Hay muchos gatos en el solar, están dentro de una caseta que es de los obreros. Hay pequeñitos... bebés de gato.

Sonó un mensaje entrante en el móvil de Silvia que interrumpió al niño de forma momentánea. Le habían enviado las fotografías del ahorcado. Tenía cierta amistad con una periodista de un periódico local. Le escribió un mensaje rápido: «Si te envío la foto de un tipo, ¿la publicarías para ver si alguien lo reconoce?». La respuesta llegó de forma inmediata. «Soy la que buscas». Silvia contestó con un escueto «OK» y le adjuntó las tres imágenes que creyó más adecuadas. Era un rostro anodino, sin detalles reseñables: barba de cuatro días, cabello moreno corto y fuerte, nariz ni grande ni pequeña, ojos marrones... Alguien lo estaría echando de menos, por muy asesino que fuera. Y cobarde.

—¿Estamos a lo que estamos? —inquirió Romerales visiblemente contrariado.

—Perdón —respondió ella.

—Yinuo, sigue, por favor —volvió a poner aquel tono de voz digno de una serie de dibujos animados barata en la que el mismo doblador interpreta a todos los personajes con un resultado deplorable.

—Voy por las tardes al solar —reanudó—. Me gusta ver a los gatitos. Yo quiero tener uno, pero mi padre no quiere gatos en casa. Cuando he llegado he visto al hombre; estaba en un lado de la caseta. Al verme, ha saltado encima de mí y me ha cogido por el cuello así. —Hizo el gesto de rodearse ambas manos en la garganta y sacó la lengua como si se ahogara. La madre se echó a llorar, pero el padre no hizo nada por consolarla; le dijo algo en su idioma y ella se calló de forma inmediata—. Me ha pegado una patada aquí. —Se señaló un lugar entre el tobillo y la rodilla de la pierna derecha—. Y me ha tirado al suelo. Se ha sentado encima de mí y yo no podía respirar porque pesaba mucho. Luego se ha metido la mano en el bolsillo del abrigo y ha sacado un trozo de pan.

—¿Un trozo de pan? —Monfort no pudo contener la pregunta.

—Dile lo que ha hecho con el pan —lo instó Romerales.

—Me lo ha metido en la boca. Yo no podía tragármelo porque era muy grande. Y entonces se ha enfadado y ha sacado una pistola y me la ha puesto aquí. —Se señaló la frente—. Pero los gatos me han salvado la vida. ¡Son superhéroes!

Pese al miedo que había debido de pasar Yinuo, esbozó una enorme sonrisa que mostró una fila de dientes perfectos. Los ojos se cerraron por completo por el estiramiento de sus músculos faciales. Monfort pensó en Agnès y en su sonrisa peculiar. Yinuo miró a sus padres. Tal vez ahora sí que le dejaran tener un gato. Eso era lo que más le importaba.

—¿Qué han hecho los gatos? —le preguntó Monfort.

—Al hombre le daban miedo. —La sonrisa se convirtió en una risa sonora tan inocente como infantil—. Los más grandes han empezado a rodearlo y a maullar con fuerza estirando la cola. Lo hacen cuando van otros niños a la caseta. No les gusta que molesten a los bebés de gato. A mí no me lo hacen, pero a los otros sí. Son mis amigos.

—¿Y qué ha pasado?

—Que el hombre le ha pegado con la mano a un gato gris enorme que estaba a su lado. Es uno que tiene la cabeza muy grande y que parece el padre de todos. Entonces, los demás gatos han empezado a chillar y a pegar saltos a su alrededor. Y el hombre ha salido corriendo.

—¿Podrías explicarme cómo era ese hombre?

Yinuo se encogió de hombros. Era lo que tenía tratar con niños. Para él lo más importante eran los gatos; por eso iba allí todas las tardes al salir del colegio. Todo lo demás, era secundario.

—Si tus padres te dejan tener un gato, ¿te acordarás, aunque solo sea un poco?

La posibilidad de un trato animó a Yinuo.

El padre parecía enojado por el extraño proceder del policía. La madre había dejado de llorar e incluso se le intuía en el rostro un atisbo de sonrisa. Silvia se acercó al niño, le tendió la mano y lo felicitó por ser tan valiente.

Romerales auguró otra noche sin acostarse pronto. Envío un mensaje torpe a su esposa, quien contaba los días para que se jubilara de una vez por todas.

*LE PEDÍ QUE parara en el arcén de la vieja carretera comarcal. No había ni un alma. Le dije que estaba mareado, que iba a vomitar. Se detuvo de mala gana. Paró el motor y echó el freno de mano. Aproveché el momento en el que buscaba el paquete de tabaco en la guantera para enrollarle el cinturón de seguridad alrededor del cuello. Apreté con todas mis fuerzas. Era fuerte el muy cabrón. Tenía las manos grandes y los brazos musculosos. Con los dedos de una de sus manotas se aferraba a un resquicio entre su cuello y la cinta, mientras que con la otra buscaba mi cara a la desesperada. Apreté. Pensé en mi hermana muerta, en mamá, en los gemidos tras la puerta de la habitación, en sus sermones de mierda. Apreté cada vez más fuerte. El cura era valiente y logró agarrarme del pelo. Parecía que me lo iba a arrancar de la cabeza. Los ojos se le salían de las cuencas y su mandíbula estaba tan apretada que creí que los dientes saltarían en pedazos. El corazón le latía fuerte y su aliento era pestilente. Me llevé una mano al bolsillo trasero del pantalón, palpé las cachas de la navaja cerrada. Era lo único que conservaba de papá, al que no descartaba buscar hasta encontrarlo y darle su merecido. Saqué la navaja del bolsillo y, con el pulgar, presioné el botón que abría de forma automática la hoja afilada y puntiaguda. La primera asestada fue en el estómago; la punta le atravesó con facilidad la camisa negra y la camiseta interior.*

*Luego noté la resistencia del grueso de su piel; apenas fueron unos segundos de presión y la hoja se introdujo con naturalidad hasta que mi puño hizo tope con su camisa. Brotaba sangre sin parar. Su semblante se convirtió en una mueca de terror. Se miraba el lugar donde permanecía clavada la navaja y luego me miraba a mí. La saqué de un tirón certero y la sangre comenzó a salir con más fuerza. Era un cerdo malo, un cerdo que debía morir sin recibir piedad alguna. Solté por fin el cinturón que le rodeaba el cuello y, de un salto, me senté a horcajadas sobre sus piernas. De un tirón le arranqué los botones de la camisa y después rasqué la camiseta. Frente a mí quedó aquel cuerpo velludo: la barriga, el pecho, el*



*cuello. Hundí la navaja de nuevo a la altura del ombligo, con la hoja afilada hacia arriba. Y lo abrí en canal como a una res en el matadero. Nunca más iba a mancillar a una mujer inocente, por muy beata que fuera y por mucho que él la hubiera convencido de los beneficios de fornicar con un enviado de Dios.*

## Viernes 11

CASI ESCONDIDA ENTRE las viviendas y los comercios de la peatonal calle Alloza de Castellón, había una pequeña puerta de madera y cristal. Al empujarla, se accedía a un estrecho pasillo, que unos pocos metros después desembocaba en el obrador de un horno de pan de lo más tradicional. Se podían contemplar allí los antiguos utensilios del oficio: palas de horno, amasadoras, mesas de trabajo o balanzas rústicas. Dos hombres y una mujer, sentados a una mesa, elaboraban las famosas *rosquilletas* con la pericia del que lleva toda la vida con las manos en la masa. El olor era de los que recuerdan al invierno, a manta de cuadros y taza humeante entre las manos. A chocolate y a pan crujiente.

La mujer se puso en pie.

—¿Qué desea? —preguntó sonriente.

—Ando en busca de la mejor coca de tomate de Castellón —respondió Monfort.

—Pues ya no tendrá que buscar más —intervino el mayor de los dos hombres mientras seguía con la labor.

La mujer volvió a sonreír.

—¿Le pongo un trozo?

—Por favor.

—¿Le gusta que tenga canto?

El mordisco de la coca de tomate era uno de los mayores placeres. La mezcla de masa perfecta con los ingredientes precisos en su interior era un bocado delicioso. Pero a Monfort le gustaba más aún si el pedazo era de la parte exterior y los cantos estaban crujientes.

—Sí, mejor si tiene canto.

La mujer envolvió un pedazo generoso en papel y lo puso en una bolsita para que lo llevara con comodidad.

Monfort pagó el importe.

—Hasta otra —se despidió con amabilidad.

—Si vuelve, será porque hemos ganado —aventuró la mujer.

—Volverá, no lo dudes —añadió el hombre mayor. Seguía estirando pedacitos de masa hasta convertirla en aquello que en Castellón llamaban *rosquilletas* y que, sin embargo, son bastoncitos rectos como palos.

Tras salir a la calle por el angosto pasillo y darse de bruces con el frío matinal de una mañana de principios de febrero, el inspector desenvolvió el preciado paquetito y mordió la coca con gusto. Masticó despacio y deglutió. Un poco más adelante, se detuvo frente a una librería a contemplar las novedades del escaparate. No había acidez. La justa mezcla del tomate con los demás ingredientes, los bordes crujientes, la masa dorada. Sí, tal vez había dado con la coca que buscaba. El horno se llamaba Adell y, a menos que los viandantes lo conocieran, era complicado dar con el lugar. Él no lo iba a olvidar.

Se evadió por un momento frente al aparador.

YINUO HABÍA TERMINADO pronto su declaración y todos pudieron retirarse a descansar antes de lo esperado. El retrato robot que el especialista había hecho en el ordenador siguiendo las indicaciones del pequeño podía ser de un vecino cualquiera, de un cliente asiduo del restaurante de sus padres; pero también podría tratarse del personaje principal de alguna serie que el niño viera todos los días.

—Se parece a ti —había argumentado Romerales con cierto pesar en el tono de voz por el tiempo que, creía, habían perdido.

Monfort había estado a punto de acordarse de los familiares directos del comisario, pero se contuvo.

—Esto parece un anuncio de Benetton —había tratado de bromear, sin éxito alguno, el agente Pallarés al contemplar la pizarra del despacho de Romerales con las fotografías y los nombres de las víctimas de los ataques —. La primera de Mauritania, el segundo de Marruecos, la tercera de Ecuador y ahora un niño de China.

—Yinuo es más de Castellón que tú —lo había reprendido Monfort.

—Lo importante es que está vivo —había recalcado Silvia, todavía mosqueada por el retrato robot fallido.

—El único de los cuatro —había bostezado el comisario mientras consultaba su reloj de pulsera—. Habrá que vigilarlo a todas horas. Tal vez

alguien tema que nuestro retratista sea capaz de algo mejor.

EN EL ESCAPARTE de la librería quedaban todavía los éxitos de la pasada Navidad. *El paciente inglés*, de Michael Ondaatje; *El mundo*, de Juan José Millás; *La ruta prohibida*, de Javier Sierra; *El viaje al amor*, de Eduardo Punset; *De todo lo visible y lo invisible*, de Lucía Etxebarria y una reedición de *Historias de Obaba*, de Bernardo Atxaga, en cuyas primeras páginas se incluía una cita del autor vasco que el inspector casi recordaba de memoria:

Cuando una serpiente le mira fijamente, el pájaro levanta un poco la cabeza y luego se queda ciego, ciego por completo; tan ciego que ya no puede ver los tejados de las casas cercanas, ni los árboles que rodean su propio árbol, ni los caminos que, subiendo y bajando las montañas, atraviesan los campos de hierba verde y acaban perdiéndose en la lejanía.

El sonido del móvil lo sacó del trance en el que se hallaba frente al escaparate, sosteniendo aún con la mano el envoltorio de la coca de tomate manchado de aceite que ahora impregnaba sus dedos. Era Aniceta Buendía.

—Hola, señor. —Por tantos cientos de veces que le dijera que no lo llamara señor, ella volvía una y otra vez. Mejor eso que llamarlo *papito*, como la había escuchado alguna vez dirigirse a su padre—. Pues don Ignacio no anda nada bien; balbucea y apenas entiendo lo que dice. No quiere levantarse de la cama y no puedo convencerlo para que tome su medicación, por no decir que apenas come porque su cabeza le ordena que no abra la boca.

—¿Lo ves muy mal?

—Ay, no es eso, es solo que de repente ya no parece él. Hace dos días que camina de manera muy torpe y el bastón apenas le sirve de apoyo. Anda despistado por la casa y no atina a arreglarse frente al espejo como hacía antes. —Aniceta guardó un extraño silencio.

—¿Qué más, Aniceta?

—Se embarra cuando va al excusado y lo pasa muy mal cuando lo limpio ahí. Creo que siente mucha vergüenza.

—¿Y eso es desde hace dos días?

Aniceta guardó silencio de nuevo. Su voz, habitualmente enérgica y alegre, estaba apagada.

—Hace más, señor, pero usted tiene su trabajo y una no quiere molestar. Me he permitido la libertad de contratar a una mujer del pueblo; es una vecina con la que... diría que hemos entablado cierta amistad. — Monfort sabía que a Aniceta le debía de costar reconocer que en el pueblo había buenas personas que podrían ayudarla. No todo estaba en Barcelona, ni tampoco en su añoradísima tierra natal—. Viene por las mañanas y me ayuda a levantarlo de la cama y a darle el desayuno. También a ducharlo y vestirlo. Y está un rato con él mientras preparo la comida. Hay días que pasa la jornada completa aquí. Así me siento mejor. Sinceramente, tengo miedo a que el señor se caiga y que me arrastre en su caída. Una está fuerte, eso ya lo sabe usted, pero no tengo ganas de quebrarme un hueso a estas alturas de la vida. —Otro silencio.

—¿Qué más?

—Esta mañana me ha confundido con su difunta madre. Me ha llamado Yolanda. Y no es la primera vez.

MONFORT TIRÓ EL papel manchado de aceite en una papelera y desanduvo el camino hasta llegar al aparcamiento del hotel. Puso en marcha el Volvo y, antes de salir de la ciudad, llamó a Silvia Redó.

—Buenos días —respondió ella. Su tono de voz era seco y cortante. Un día más, seguía en sus trece.

—Voy de camino a Villafranca del Cid. Mi padre está peor.

—Lo entiendo, pero la cosa aquí está que arde. ¿A qué le doy prioridad? ¿A la identificación del ahorcado? ¿A buscar al tipo del trozo de pan, aunque el retrato robot no sirva para nada? ¿O echamos atrás y nos centramos en las dos primeras muertes, cuyos asesinos tenemos identificados?

Monfort se había perdido en la última pregunta por culpa de un hombre que, a toda costa, quería limpiarle el parabrisas a cambio de alguna moneda. Cuando el semáforo se puso en verde y, a través de la ventanilla, le dio los dos euros sin que el cristal estuviera limpio, quiso preguntarle a Silvia hasta cuándo iba a estar de aquel mal humor. Sin embargo, lo que hizo fue dar órdenes.

—La identidad del ahorcado y encontrar al hombre que atacó a Yinuo nos llevarán a la resolución del caso. Eso es lo prioritario ahora. Transmítelo al equipo.

Ni siquiera un por favor.

—¿Equipo? ¿Por equipo te refieres a Terreros, García y yo? ¿Has hablado con Romerales de que esto no puede seguir así? ¿Has leído la prensa en los últimos días? Ineptos es la palabra más suave que nos dedican, y me temo que esta vez tienen toda la razón.

—También está el nuevo, el agente Pallarés.

—Recién llegado del Servicio Secreto de Su Majestad —ironizó.

—Dos manos, un par de piernas y una cabeza siempre son de ayuda.

Monfort no podía verla, aunque se la imaginó frunciendo los labios y llevándose mechones de pelo tras las orejas.

—Deberíamos hablar de lo que te está machacando por dentro —introdujo Monfort de repente.

—No quiero hablar de eso.

—Todo irá bien —espetó Monfort—. Ten fe.

—¿Fe? ¿Desde cuándo tú tienes fe?

—Tal vez ahora mi fe esté en que podamos volver a hablar de una forma racional.

«Y en verte sonreír de nuevo», pensó. Pero no se lo dijo.

EL CONTACTO DE Silvia en la prensa se llamaba Mónica. Había publicado la fotografía del ahorcado en la primera página del periódico más leído de la provincia, con una pregunta que no dejaría indiferente a nadie: «¿Alguien conoce a este hombre?». En la página cuatro se daban los detalles pertinentes sobre la manera de proceder en el caso de que la respuesta a la misma fuera afirmativa.

Tras finalizar la llamada con Monfort, cuya conversación quedó suspendida en un silencio tan insondable como incómodo, a la subinspectora le volvió a sonar el teléfono; descolgó enseguida.

—Hola, Mónica. Gracias por publicar la foto —saludó antes de que su interlocutora pudiera decir algo.

—Mi jefe me quiere matar. No dejan de llamar a la redacción.

—Pero si habías puesto un número de contacto de la Policía, ¿no?

—Dice que llaman al periódico porque así pueden pedir una indemnización a cambio de la información del tipo de la foto.

—Claro —entendió Silvia—. Y, si nos llaman a nosotros y nos piden pasta, igual los detenemos por estafadores.

—Caldo de cultivo para espabilados —opinó la periodista—. Eso ya lo sabíamos.

—No te preocupes, hablaré con tu jefe. ¿Me lo puedes pasar?

—Qué va, yo estoy en mi casa, en Nules. Por cierto, me dijiste que me invitarías a comer.

—¿Hacen buenos arroces en Nules?

—Como para quedarse a vivir eternamente —garantizó Mónica.

MONFORT ESTABA EN la carretera, cerca del puerto de Ares; una vez lo coronara, el descenso lo dejaría en Villafranca del Cid. Disminuyó la velocidad y bajó el volumen de la radio. Era un lugar desgarrador que el viento y el frío habían modelado a su antojo; un páramo solitario de una belleza extraordinaria. Analizó mentalmente la cita del libro de Bernardo Atxaga. Alguien había cegado las mentes de los asesinos hasta conseguir que se inmolaran tras los crímenes perpetrados. Pero no estaban en el Estado Islámico; conseguir que una serie de hombres se quitara la vida tras sesgar la de los inmigrantes, debía de ser una tarea difícil de acometer. Tal convencimiento atroz solo tenía cabida dentro de un grupo específico, y la única idea que a Monfort le acudía a la cabeza era la de una secta. La dificultad sería encontrar la respuesta en el hecho de que todas las víctimas fueran extranjeras y de rasgos muy concretos. Los crímenes raciales estaban a la orden del día; el odio hacia los inmigrantes, la intolerancia y la creencia de la raza blanca como superior a las demás existía desde tiempos inmemoriales. Sin embargo, se le hacía rarísimo que algo así pudiera suceder en una provincia como Castellón.

Alguien estaba nublando las mentes de unos incondicionales, tomando la voluntad de personas aparentemente normales, como aseguraban serlo las familias de Jorge Abad o de Diego Arrabal. Se trataba de algo de carácter fanático, fervientes seguidores de algún gurú que se estaba aprovechando de ellos, probablemente sacándoles todo lo que tenían. Se le ocurrió que debían volver a hablar con los familiares de los dos asesinos muertos, esta vez para abordar el estado de sus cuentas bancarias. Una

serpiente había mirado fijamente a sus fieles seguidores y los había vuelto tan ciegos que habían perdido hasta el control de su propia vida. ¿Qué podía haberles ofrecido la serpiente a cambio para que todo desapareciera por completo de sus horizontes? Solo se le ocurría una cosa. Una verdadera estupidez, en todo caso.

Aparcó en la plaza Blasco de Alagón y caminó deprisa la distancia que lo separaba de la casa de su padre. Aniceta abrió la puerta cuando a Monfort todavía le faltaban varios metros para llegar y se abalanzó hacia él antes de que este pudiera cruzar el umbral. Lloraba y estaba muy nerviosa. Lo acompañó a la primera planta, al pequeño salón junto a la cocina, donde el fuego del hogar ardía llenando la casa de calor y olores familiares. Don Ignacio Monfort dormía plácidamente en su sillón. Roncaba de forma poco acompasada, como un tractor viejo que sigue en marcha por el milagro de una mecánica antigua a prueba de bombas.

La mujer lo puso al día sobre lo que había empezado a contarle por teléfono y otros detalles que había preferido decirle cuando estuviera presente. Hablaba bajito porque decía que don Ignacio se enteraba de todo lo que se hablaba y se entristecía si escuchaba penurias a su alrededor. Un grifo se abrió en la cocina y ella se excusó porque su amiga, la que ahora echaba una mano en la casa, estuviera presente. A Monfort no le importaba lo más mínimo que la asistenta hubiera contratado los servicios de una vecina del pueblo, más bien todo lo contrario, pero tuvo que repetírselo varias veces para que ella se quedara convencida. Finalmente, la mujer apareció en el salón y Aniceta aprovechó para hacer las presentaciones. Monfort las animó a que salieran para despejarse de las muchas horas encerradas en la casa. La cuidadora se mostró reticente, pero él insistió hasta que las dos mujeres se pusieron el abrigo y se decidieron a salir por la puerta.

—Aprovecharemos para ir a misa.

—Perfecto —aprobo Monfort. Estuvo tentado de pedirles que rezaran por los jóvenes muertos—. Y luego, tranquilas, os vais a tomar algo. Yo me encargaré del viejo cascarrabias.

—Dios le bendiga —recitó Aniceta con más énfasis del necesario—. Rezaremos por don Ignacio. No hay que perder la fe.

—Su fe no está en tu Dios —intervino Monfort, aunque tras decirlo hubiera preferido morderse la lengua.

La señora del pueblo se lo quedó mirando extrañada.



—Aniceta quiere que mi padre tenga fe —trató de aclarar el inspector —, algo que a él nunca se le ha dado bien, y menos desde que murió mi madre. No es que no quiera tenerla, incluso creo que siente cierta envidia de los creyentes porque tienen un lugar espiritual en el que refugiarse. Estoy seguro de que, en su interior, se produce cierto debate. A mí me sucede algo parecido.

Las mujeres salieron agarradas del brazo mientras Aniceta cuchicheaba palabras al oído de su amiga. Tal vez le estuviera explicando partes de la agitada vida del hijo de don Ignacio, para que no tuviera demasiado en cuenta sus escépticas palabras hacia la religión.

Cuando se hubieron marchado, Monfort avivó el fuego y se recostó en el sillón contiguo.

Al despertar, su padre lo confundió primero con un compañero del servicio militar y luego con un encargado de la fábrica. En un chasquido de lucidez, reconoció su rostro y lo llamó por su nombre; a continuación, el peso de su propia desazón, causada por la enfermedad, cayó sobre la pobre Aniceta.

Ya no se podía levantar del sillón ni caminar sin ayuda, pues perdía el equilibrio constantemente; ni sostener la cuchara para sorber la sopa, ni sentarse en el inodoro sin dejarse caer, ni subir escaleras, ni escribir con la letra firme de la que siempre había hecho gala. La velocidad a la que avanzaba su deterioro cognitivo era sorprendente; el cerebro había dejado de dar órdenes a distintas partes de su organismo, se había negado a ejecutar aquellas acciones que meses antes eran habituales y a las que nadie da importancia mientras se conservan. Había adelgazado considerablemente en el último mes y sus brazos parecían ahora de alambre, con la musculatura atrofiada y el innegable encogimiento de su cuerpo. Las facciones de su rostro habían envejecido y sus ojos tenían un no sé qué de mirada perdida. Era algo que Bartolomé sabía que podía ocurrir; sin embargo, no esperaba que la progresión fuera tan rápida y cruel. Pensó que Aniceta estaría pasando unos días terribles a su lado.

Consultó la libreta de notas de esta y comprobó que la próxima visita al hospital era dentro de pocos días. Nuevas pruebas, cambios en la medicación y unas dosis de consuelo que siempre eran bienvenidas. Pero poca cosa más se podía hacer frente a una enfermedad que, en realidad, era poco conocida.

LAS DOS MUJERES regresaron a la hora de comer y se afanaron en la cocina para que todo estuviera dispuesto a la hora habitual. La vecina se retiró con la promesa de regresar en cuanto su marido se bajara al Bar Moderno a echar la habitual partida de dominó. Antes de marcharse, Monfort le dio las gracias y comprobó que la prestación económica que Aniceta le había propuesto fuera la conveniente. La llegada de aquella mujer había supuesto una bendición para todos.

Tras la comida, una vez su padre se hubo dormido de nuevo en la butaca, emprendió el regreso a Castellón. Aniceta se hizo la valiente y no lloró en la puerta, como cabía esperar.

Era el de su padre un cuerpo encerrado en otro que ya no parecía el suyo; una vida dentro de una no vida. La vida y la muerte a partes iguales, librando una batalla contra un pronóstico poco alentador.

Por el camino, Monfort recordó lo sucedido en Gibraltar. Tal vez, simplemente, había sido una forma como otra cualquiera de dejar de pensar en su padre y en la devastadora enfermedad que se les venía encima.

## Dos meses antes

GIBRALTAR TENÍA UN área de apenas siete kilómetros cuadrados. Con semejante extensión, se llegaba enseguida a cualquier parte del territorio. Aun así, Monfort no pudo memorizar la ruta que el *llanito* había utilizado para llegar al concurrido lugar donde se encontraban. Era una calle atestada de gente, de bares y de comercios, con palacetes de diferentes estilos, una mezcla entre lo español y lo inglés. Los dos hombres se adentraron en ella y doblaron a la derecha por una callejuela para después girar a la izquierda y encontrarse en una calle aún más estrecha. Esta estaba llena de puertas de garajes y salidas de emergencia de los locales que daban a la calle principal, así que, sin duda, debían encontrarse en la paralela.

Santos aparcó junto a una fila de contenedores de basura. A Monfort le dolían las rodillas por la estrechez del habitáculo del coche descapotable. El gibraltareño detuvo el motor y encendió un pitillo. Luego lanzó una pregunta:

—¿Por qué te enredas en esto?

—Casi mata a un compañero.

Santos lo miró con escepticismo y expulsó el humo del cigarrillo hacia arriba.

—¿Desde cuándo te han importado los colegas?

—Puede que haya cambiado.

—Debe de haber algo más. ¿La gatita, tal vez?

—La gatita sabe cuidarse por sí misma. Podría haber venido sin consultármelo.

—Pero has venido con ella.

—Es demasiado joven, si es que es eso lo que estás pensando.

Santos soltó una risotada y su escuálido cuerpo se convulsionó.

—*Better!* Mucho mejor.

—Dime dónde está el tipo al que busco.  
—Antes, necesito algo más.  
—Conseguirás el dinero cuando haya detenido al hombre.  
—No se trata solo de eso.  
—¿De qué si no? Una serpiente como tú solo piensa en sus intereses.  
—De eso estoy hablando, de mis intereses.  
—Suéltalo de una vez y dime dónde se esconde.  
—Quiero al chico.  
—¿Qué chico?  
—El que os acompaña a ti y a la gatita.  
Monfort trató de asimilar sus palabras, de darles sentido.  
—¿Qué quieres de él?  
—De momento, que se quede conmigo. Luego, ya veremos.  
—¿Por qué?

—Sabe demasiado. Vosotros os marcharéis. Tú no desvelarás lo que has visto, y procurarás que la gatita mantenga la boca *closed*. Pero él es de por aquí. De la misma forma que supo dónde se escondía ese al que buscas, podría irse de la lengua si alguien le ofrece algo por conocer mi paradero.

—No puedo hacer eso —protestó Monfort—. Dispararía todas las alarmas. Es el hermano del policía al que hirió el que buscamos.

Santos se encogió de hombros y puso el Mercedes en marcha.

Fue como un destello, una imagen fugaz que hizo que Monfort desviara por un segundo la mirada al retrovisor del lado del conductor.

—Pues entonces no hay trato. *Time is over* —sentenció el *llanito* antes de que ocurriera lo que no debería haber pasado.

## Viernes 11, por la tarde

MÓNICA TENÍA LA identidad del ahorcado. Un aluvión de llamadas con mensajes erróneos no impidió que diera con el nombre y apellido del sujeto.

Para cuando la subinspectora llegó al restaurante, la paella esperaba en una mesa auxiliar. Mónica le mostró su reloj de pulsera para dejarle claro que llegaba tarde.

—Si se pasa el arroz, no vale nada —argumentó a modo de saludo.

—Lo siento, estaba tratando de separar los mensajes de oportunistas de los de aquellos que se inculpan, y también de los que quizá, de verdad, sepan quién es nuestro hombre. He dejado a un compañero haciendo montones de notas con comentarios disparatados acerca de la posible identidad del individuo.

—Será algún novato —ironizó Mónica, sacando la botella de vino blanco de la cubitera llena de hielo. Había hecho una señal con la mano a un camarero que diligentemente se acercó a la mesa y empezó a servir el arroz en los platos. Las dos mujeres brindaron una vez el camarero se hubo retirado y el arroz brillaba untuoso en los platos—. Le va un catalán bien fresco —le dijo un segundo antes de beber.

—¿Y a quién no? —bromeó Silvia secundando el trago.

Tras la deliciosa paella, optaron por no tomar postre y pasaron directamente al café, momento que la periodista aprovechó para mostrarle su libreta de notas con cierre de goma.

—Lo tengo aquí —anunció con una sonrisa triunfal.

—¿A quién tienes ahí?

—Al que buscas. Tu novato, el que apunta montones de notas acerca de las llamadas, puede dejar de hacerlo de una vez.

—Vamos, dime quién es.

—Despacio, señora policía.

—No me fastidies.

—Quiero algo a cambio.

—Todos quieren algo a cambio. Llevo toda la mañana escuchando lo mismo.

—Pero yo no soy todos.

—Está bien, dime qué quieres.

—Ser la primera en poder dar la noticia. Este caso es colosal, pese a que la provincia intenta siempre empuqueñecer las cosas para que no adquieran ámbito nacional; para que no salgamos demasiado en los periódicos de tirada patria. Eso lo hace muy bien tu jefe, el comisario Romerales, que lleva años regateándolos como si fuera Ronaldinho.

—¿Te gusta el fútbol?

—Menos que la paella y el vino. Tampoco me gusta que no me hagan caso.

Silvia resopló. Mónica alargó el brazo por encima de las copas y le tendió la mano abierta.

—¿Seré la primera en saber los detalles del caso?

La subinspectora estrechó la mano de la periodista con la mirada clavada en la pequeña libreta.

ELVIRA FIGUEROA OBSERVABA la fotografía del ahorcado, que también había sido publicada por el Diario de Teruel, mientras tomaba un té en la cafetería del Hotel El Mudayyan. La tarde era muy fría. Los termómetros se habían desplomado por debajo de cero grados. La imagen estaba en la parte final del periódico, con las noticias de fuera de la provincia. Le sonaba aquella cara. La periodista que firmaba el artículo tenía arrestos. Se imaginaba que mucha gente habría llamado a la redacción y a la policía. Los oportunistas habrían pedido una compensación a cambio de una información que, seguramente, sería poco fiable, o del todo falsa en la mayoría de los casos; pero a ella sí que le sonaba ese rostro. Hizo una foto con el móvil y la envió a uno de los contactos de su agenda. Debajo escribió: «¿De qué me puede sonar?». El mensaje de respuesta no tardó en llegar: «¿De alguna juerga?». Tendría que haber calculado que el colega del juzgado iría ya por la cuarta cerveza.

Pero ella creía conocerlo, y no iba a parar hasta descubrir de qué.

Permaneció un rato en silencio, removiendo el poso del té en la taza.

A continuación, entró un nuevo mensaje del compañero y Elvira dio un respingo.

—«¿Quedamos? Podría ir a tu casa».

—«¿Estás borracho?» —escribió Elvira.

—«Eso espero» —respondió el otro al instante.

La dueña del hotel, buena amiga de la jueza, se acercó a la mesa con una nueva tetera plateada.

—Parece que estés haciendo algo al margen de la ley. Llevas un buen rato con la misma página del periódico abierta, sin dejar de mirarla. ¿Buscas justicia para ese hombre? —preguntó mientras señalaba la fotografía.

A través del ventanal que daba a pie de calle, vieron a un grupo de turistas detenerse delante del hotel. Iban encogidos en sus abrigo, ataviados con gorros de lana y guantes, en su gran mayoría. El guía los repartió entre las dos aceras antes de situarse en mitad de la estrecha calle para dar su explicación. Desde allí se podía admirar una de las dos torres de la famosa Escalinata, que sobresalía por encima del paseo del Óvalo; era una obra de arte de estilo neomudéjar, una construcción de base rectangular, alta y estrecha, que destacaba, entre otras cosas, por su llamativo tejado de color verde.

—¿Y bien? —cuestionó la del hotel.

—La ley y la justicia son cosas bien distintas. Las leyes son un procedimiento que nos hemos inventado porque la verdadera justicia es imposible de alcanzar.

—SE LLAMABA ARCADIO ROS —anunció Silvia a Monfort cuando se reunieron en la comisaría.

Estaban en el despacho de ella. El inspector trataba de tragar un café que no hacía gala de llamarse de tal forma. Los agentes Terreros y García, el novato Pallarés y el comisario Romerales también estaban presentes. Las seis personas que ocupaban el despacho le conferían un sentido claustrofóbico al habitáculo.

—¿Qué habéis podido descubrir de él en tan poco tiempo?

—Que era soltero. Nacido en Castellón, cuarenta años. Vivía desde hacía dos en un piso de alquiler en la calle Prim, enfrente del Espacio de Arte Contemporáneo. Los vecinos apenas sabían de él; en escasas

ocasiones se lo habían cruzado en el portal o habían compartido ascensor. Dicen que era normal y corriente, poco hablador pero educado. El propietario del inmueble no tenía queja. Los recibos mensuales gestionados por el banco no habían sido devueltos en ninguna ocasión. Tiene una hermana que vive y trabaja en Requena, en una bodega; es enóloga. La hemos llamado. Debe de estar en camino. Sus padres murieron hace años. No sabemos aún si tiene más familia.

—¿De qué trabajaba?

Antes de que Silvia respondiera a su pregunta, sonó el teléfono móvil de Monfort. Era Elvira Figueroa. Hizo ademán de no atender la llamada, pero Silvia lo invitó a hacerlo con un gesto irreverente.

—Elvira, estoy reunido —respondió a la jueza.

—Y yo también —replicó ella con el vaso labrado de té en la mano—. Pero esto te puede interesar.

—Soy todo oídos. —Se excusó ante sus compañeros con la mirada y salió del despacho.

—El hombre de la foto, el ahorcado...

—¿También lo has visto?

—Sí, claro, a la España profunda también llegan los periódicos. El caso es que hace años tuvo un follón en Requena.

Monfort recordó las recientes palabras de Silvia sobre el lugar de residencia de la hermana.

—¿Qué pasó?

—Un problema en una discoteca. Trató de agredir al propietario con una navaja.

—¡Joder! ¿Le sirvieron licor de garrafón?

—Fue un juicio rápido al que asistí como mera espectadora; no era un procedimiento habitual y fui con algunos compañeros por curiosar. El detenido manifestó que el dueño del local no quería pagarle, y que, cuando le reclamó el dinero, lo amenazó con un arma. La cuestión es que no se encontró esta supuesta arma y el hombre quedó en libertad sin cargos. No había por donde agarrarlo.

—¿El dueño no quería pagarle? ¿Trabajaba allí?

—No.

—Sácame del trance, mujer.

—Era el mánager de un grupo que actuaba esa noche. No fue ni Dios al concierto y el propietario dijo que no tenía dinero para pagarles.



—¿El mánager?

Monfort volvió a entrar en el despacho de Silvia. Todos los presentes estaban callados, esperando a que terminara de hablar con la jueza.

—Sí, de un grupo muy extraño —continuó Elvira—. Era un grupo de rap, como los que se estilan ahora, con un nombre del todo estrafalario que no consigo recordar.

El despacho de Silvia era mucho más pequeño de lo que cabía esperar. Tendrían nuevas instalaciones con los más modernos sistemas de trabajo, pero la discriminación entre hombres y mujeres seguía vigente. Con la numerosa presencia, la oficina parecía minúscula. Silvia hizo un gesto para que se apartaran de delante de la pizarra blanca que ocultaban con sus cuerpos. Cuando quedó al descubierto, y sin que hubiera finalizado la conversación con la jueza, Monfort pudo leer lo que había escrito con rotulador Velleda de color rojo:

Arcadio Ros Mánager del grupo de rap: APÓSTOLES DE LA MUERTE

EL GRUPO YA no existía como tal. Monfort y Silvia se quedaron solos en el despacho de ella para investigar en internet lo que apareciera de la banda. Los agentes Terreros y García fueron a esperar a la hermana de Arcadio Ros, que llegaba en tren desde Valencia. Romerales decidió dejarlos con sus quehaceres. Se llevó con él al agente Pallarés con la excusa de que su ordenador le daba problemas, aunque todos sabían que en realidad se refería a su torpeza en el manejo informático.

El grupo no tenía página web y tampoco se había dado de alta en la nueva red social llamada Facebook, que desde el año 2006 se había empezado a utilizar en España.

Habían publicado un vinilo en formato EP, financiado por ellos mismos, que incluía dos temas por cada cara. Por suerte, alguien se había encargado de colgarlas en internet y estaban disponibles. Las empezaron a escuchar con atención. Los nombres de los tres componentes eran alias relacionados con la jerga habitual de su estilo: MC Apóstol, DJ Sequiol y El Niño Funk.

—No aparecen fotografías de los tipos en ninguna parte —apuntó Monfort.

—Hay muy buenos grupos de este estilo —observó Silvia—, pero esto...

—Yo me acuerdo de los Sugarhill Gang y su *Rapper's Delight*.

—Qué antiguo eres. A mí me gustaban los RUN DMC, que hicieron aquella canción con Aerosmith. ¿Te acuerdas?

—Sí, claro. *Walk This Way*.

Silvia simuló con la boca el sonido de la técnica del *scratch*, lo que los *disc jockeys* lograban moviendo el disco de vinilo con la mano hacia delante y hacía atrás sobre el plato del tocadiscos.

—Ya veo que estás puesta en el tema.

—Vicios adquiridos en los recreos del colegio de monjas. Otras hacían pulseras.

—Bueno, ya que eres una entendida, ¿qué me dices de los Apóstoles?

—Que son un rollazo. Con toda esa cantidad de referencias religiosas en las letras: redención, Dios y perdón. Si los escuchara Kase-O, los pondría a caldo en alguna canción.

—¿Quién?

Silvia se refería al rapero zaragozano que fue integrante de la banda Violadores del Verso; con seguridad, el más importante y diferenciador interprete en su estilo dentro del panorama español. Idolatrado por sus fans por su originalidad, sus letras punzantes y una total ausencia de pelos en la lengua a la hora de soltar verdades como puños.

—Nadie, es igual, déjalo.

De la misma forma que un momento antes había recuperado su buen humor habitual, Silvia regresó al ostracismo que llevaba días mostrando.

—«MC» quiere decir maestro de ceremonias, o sea, el cantante; el «DJ» es el que pone los discos, eso también está claro; pero ¿cómo se llama la función que desempeña ese que parece hacer los coros? —preguntó Monfort.

Silvia, taciturna, se encogió de hombros.

—No lo sé —respondió escueta.

—No hace otra cosa que repetir las últimas sílabas de algunas de las palabras que dice el otro. Es como si le diera la razón todo el tiempo. Yo le llamaría «el simpatías».

—Bueno, ya vale de tontadas —profirió Silvia a la vez que interrumpía la música en el ordenador—. Por las tardes hay chavales bailando *breakdance* en la esquina de las calles Colón y Enmedio, en los bajos del

edificio Quatre Cantons. Iremos a preguntarles sobre el mánager y los tres componentes del grupo ese del demonio.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Vivo casi al lado, ¿o ya lo has olvidado?

Monfort trató de ocultar un suspiro que a Silvia no le pasó desapercibido. Entonces, ella susurró unas palabras, más para sí que para nadie más.

—Tardas en contestar. No te gusta esta ciudad, pero te haces el fuerte.

El inspector no quiso dar réplica a sus palabras; se parecía más a la letra de una canción que a un comentario. Ella tal vez no se diera cuenta, pero, por muy enojada que estuviera con él, cada día tenían más cosas en común.

—¿Vamos? —preguntó Monfort.

—¿Adónde? —replicó ella, haciéndose la sorprendida.

—A ver a los *hiphoperos* esos, ¿no?

—¿Contigo? —Esbozó una sonrisa maquiavélica—. En cuanto te vean saldrán corriendo a esconderse en cualquier lugar.

—¿Y con quién piensas ir?

Silvia señaló la puerta de su despacho, que en ese mismo momento se abría tras unos leves golpecitos de cortesía.

—¡Ah! Pallarés, claro —reconoció Monfort.

—Inspector —advirtió el joven policía—. Dice el comisario que vaya a su oficina, que acaba de llegar la hermana del ahorcado.

—¿Ha dicho algo ya?

El agente Pallarés ahogó una risa de las que cuesta trabajo aguantarse.

—¿Qué pasa?

Soltó un preámbulo de carcajada antes de hablar.

—Lo primero que ha dicho es que la vida de su hermano... pendía de un hilo.

Monfort salió al pasillo. Lo último que necesitaba era un experto en chistes de colgados.

LA HERMANA DE Arcadio Ros se llamaba Marta y era tres años mayor que él. Estaba sentada en el despacho del comisario Romerales. Vestía un chándal caro de color caramelo y calzaba zapatillas de diseño. De la percha que había junto a la puerta colgaban un abrigo largo y un bolso que

poco tenían que ver con la actividad destinada a la prenda deportiva que llevaba puesta. Era alta, con el cabello teñido de rubio en una melena que caía lacia por debajo de los hombros. Tenía un perfil anguloso que marcaba todas las facciones de su rostro de manera notoria. De ojos grandes, de color marrón, su mirada tenía un tanto de esquiva; pero quién no se encuentra a disgusto cuando de repente se ve envuelto en un envite como aquel.

El comisario Romerales la puso al corriente del asesinato que presuntamente se le atribuía a su hermano y con qué tipo de asesinos se le relacionaba.

Monfort llamó a la puerta y entró sin esperar respuesta.

—Buenas tardes. —Tendió la mano derecha a la mujer, mientras que con la otra señalaba que no era necesario que se pusiera en pie, ya que Marta Ros había hecho el amago de levantarse.

Monfort apoyó el trasero en la mesa del comisario y se cruzó de brazos. Marta tenía la cabeza agachada.

—Es enóloga, me han dicho.

La mujer levantó la mirada y trató de imprimir dignidad a sus palabras.

—Así es. Trabajo desde hace años en una conocida bodega de la Denominación de Origen Utiel-Requena.

—Un trabajo apasionante —apuntó Monfort.

—Bueno —interpeló ella—, hay quien se cree que estamos todo el día empinando el codo.

Monfort esbozó una sonrisa que ella secundó a medias.

—Yo no lo creo.

—Menos mal. ¿Dónde está mi hermano?

—En el Instituto de Medicina Legal. Más tarde la acompañaremos hasta allí.

—Antes de hablar de algo que ni siquiera sé si es cierto, debería saber con certeza si es mi hermano.

—Es su hermano el que aguarda en el Servicio de Patología Forense, no le quepa duda.

—Eso dicen ustedes.

—Antes de que lo reconozca, de profundizar en el asunto del presunto asesinato de la joven y de que se convenza de que le decimos la verdad, hay un detalle que me ha sorprendido.

—Si es solo uno...

—Arcadio Ros tuvo un altercado en una discoteca de Requena cuando era mánager de un grupo de rap. Usted trabaja allí y, según tenemos entendido, también reside en esa población junto a su familia. ¿Es casualidad que el incidente fuera en Requena?

—La discoteca era de un amigo. Yo le pedí que los contratara. Mi hermano atravesaba un bache..., bueno, en realidad el bache lo estaba pasando el grupo, que repercutía en la economía de Arcadio. Andaba desesperado, la banda no tenía el éxito que él había supuesto que tendría, no conseguían fichar por una discográfica como Dios manda... En fin, que debía poner dinero de su bolsillo una y otra vez para que pareciera que la cosa funcionaba. Mi amigo me debía algunos favores, muchos, en realidad, y le pedí que los contratara para una actuación. Se gastó un buen pico en hacer la promoción, ya sabe: carteles, cuñas de radio y esas cosas. La cuestión es que fue muy poca gente al concierto. Imposible sufragar los gastos del caché que entonces pedía Arcadio para su mierda de grupo.

—Intuyo que no era su estilo preferido para escuchar en el coche.

—¿Quién? ¿Los dichosos Apóstoles? ¡Qué va! No me gustaba nada el rollo que se llevaban.

—¿Estaba usted en la discoteca?

—Me fui nada más empezar el concierto. Los acompañé hasta allí y me quedé a cenar con ellos, pero mi amigo es un macarra inaguantable, un misógino de libro. La cena fue insoportable. Aguanté las tonterías típicas del camerino antes de comenzar y a la segunda canción me largué a la francesa, sin despedirme. Luego, tres o cuatro horas después, me llamaron con la historia de que Arcadio lo había amenazado porque no quería pagarles.

—¿Y qué hizo?

—Nada. Los dos eran mayorcitos ya por aquel entonces. ¿Qué hubiera hecho usted?

Monfort se quedó callado. Tal vez Silvia tenía razón con aquello de que tardaba en contestar. Así que dijo lo primero que le pasó por la cabeza.

—Con semejante panorama, abrir una buena botella de vino.

—Es usted como todos. Y ahora llévenme a ver si es mi hermano ese de quien hablan.

El comisario Romerales hizo el gesto de levantar el auricular de su teléfono de sobremesa, pero Monfort lo interrumpió.

—Yo la llevaré. Así por el camino podrá contarme cómo era su hermano antes de que decidiera matar a una adolescente.

Marta Ros apretó los dientes, pero no dijo nada más.

EL AGENTE PALLARÉS y Silvia Redó aparcaron el coche a escasos metros de los soportales del edificio Quatre Cantons, en el centro de la ciudad. Una decena de jóvenes vitoreaba al que bailaba *breakdance* en el resbaladizo suelo de baldosas pulidas, que servía a la perfección para las piruetas típicas de aquel tipo de danza urbana. La música la proporcionaba un radiocasete enorme que escupía graves propiciados por el ritmo de un bajo y de una batería electrónica. Los bailarines se turnaban para exhibirse con sus cabriolas. Un grupo de transeúntes se arremolinaba cerca de ellos y aplaudía sin demasiado entusiasmo. Silvia llamó la atención de una joven que vestía pantalón vaquero ancho y un top blanco que dejaba su ombligo al aire. Llevaba gafas redondas y el pelo recogido en dos coletas.

—¿Sois un grupo de baile?

La chica se encogió de hombros.

—Nos juntamos aquí por las tardes. Ponemos música y bailamos. No tenemos otro sitio donde hacerlo. Y a la gente le gusta, ya ve. —Señaló al público eventual.

No todos eran tan jóvenes. Algunos de los que bailaban ya tendrían la treintena.

La de las gafas redondas no dejaba de contornearse al son de la música repetitiva. Silvia decidió ir al grano.

—¿Has oído hablar de un grupo que se llamaba Apóstoles de la Muerte?

—¡Claro! —exclamó—. Eran muy buenos, pero estaban un poco colgados.

—¿A qué te refieres?

De repente, se acercó hasta ellas uno de los que Silvia había presumido que no eran tan jóvenes y agarró a la chica por la muñeca, tirando de ella.

—Vamos, te toca —dijo casi como si fuera una orden.

La chica aceptó lo que fuera aquello y se lanzó en mitad de la pista de baile improvisada haciendo rodar su trasero en el suelo bajo una oleada de aplausos de sus compañeros.

—No hacemos nada malo —soltó el *breaker* a Silvia.

—Nadie ha dicho lo contrario.

—Y entonces, ¿a qué viene tanta preguntita?

—Preguntar también está permitido.

—Ya, pero ustedes son polis, y los polis no preguntan si no hay algo turbio detrás.

El agente Pallarés inició el acercamiento, pero Silvia lo detuvo con una señal de la mano.

—¿Cómo te llamas?

—Eso da igual.

—No tanto. Puedo pedirte la documentación, o parar la fiesta, o mandaros a todos a declarar a la comisaría, por mucho que seáis inocentes de todo mal.

—Puede llamarme Jota Beatmaker.

—Me haré la idea de que eso es un nombre si contestas a cuatro preguntas.

—Depende.

—No me gusta nada tu *flow*.

—Ja, ja, ja —rio el joven—. No se haga la guay y pregunte rápido, que me toca pronto. —Señaló a los compañeros.

MARTA ROS RECONOCIÓ a su hermano. Entonces empezó a llorar y su fisonomía, que hasta el momento parecía inquebrantable, se desgarró por completo.

—Nuestros padres murieron demasiado pronto —empezó a decir—. Nos quedamos solos. A mí no me faltó nunca el trabajo, pero Arcadio no lograba encontrar su sitio. Tonteó con las drogas cuando murieron los papás. —Se detuvo en seco. Tardó varios segundos en dar con un pañuelo de papel en su bolso de marca y, tras sonarse los mocos sin hacer apenas ruido, continuó—: Es que se murieron casi seguidos. Ella murió de un cáncer que la castigó severamente durante varios años. A los seis meses de su muerte, el corazón de nuestro padre no soportó el dolor y dejó de latir de repente. Supongo que para encontrarse con ella allí arriba. —Miró el techo del sótano de la sala forense.

Monfort dudaba que se hubieran encontrado en otro lugar que no fuera el nicho donde compartirían lo poco que quedara de ellos. Tal vez se estuviera convirtiendo en un hereje.

El inspector la animó a salir de la sala, donde Morata y Lina trabajaban acompañados por un grupo de estudiantes de Medicina.

—Y ahora ¿qué hay que hacer? —preguntó Marta Ros tras aceptar la botellita de agua que Monfort acababa de sacar de una máquina expendedora.

—Esperar órdenes del juez que lleva el caso.

—¿Puedo volver a Requena?

—Me temo que no. Mañana deberá declarar.

—Pero tengo un trabajo..., una vida que atender.

Una vida, como mínimo, era lo que Arcadio Ros había sesgado. La vida de Caridad, pero también el futuro y la esperanza de unos padres desolados por la muerte de su hija. Monfort se acordó de ellos: Gloria Flores y Kevin Zambrano. Y también del pequeño Liam, que con solo seis años había perdido a la persona que debería haberlo acompañado durante toda su vida. Su única hermana había muerto a manos de aquel hombre que Marta Ros pintaba como un buen tipo con una pizca de mala suerte.

Sabía que podría haberlo dicho de otra forma. Pero no lo hizo.

—Su hermano era un asesino despiadado. Un ser despreciable que disparó en la cabeza a una joven. Antes la había secuestrado, atado y llevado hasta una barraca abandonada en una urbanización. Se llamaba Caridad, era ecuatoriana, y la historia de sus padres es la de millones de desplazados que huyen de sus países de origen en busca de una vida mejor, pero que, cuando llegan al destino soñado, se dan de bruces contra cualquier sanguinario que decide que su vida no vale nada por el mero hecho de ser extranjeros. ¿Sabe realmente quién era su hermano?

Marta Ros estaba sentada en un banco del pasillo, junto a la puerta de la sala forense. Le temblaba una rodilla y trataba de contener el temblor con una mano sin lograrlo. Monfort aguardaba de pie junto a ella.

—¿Sabe quién era su hermano?! —repitió este levantando la voz.

Marta no respondió.

—¿Sabe que al asesinato de Caridad le preceden los de Marwa, una muchacha mauritana, y el de un chico marroquí que se llamaba Issam?!

—A los otros no los mató mi hermano.

—Pero el procedimiento fue el mismo. Las armas eran de la misma marca y modelo.

—¿Cómo puede estar tan seguro de que mi hermano mató a esa chica?



Monfort señaló la puerta de la sala donde Morata hacía las veces de maestro de ceremonias.

—Esos de ahí adentro se encargan de remover las entrañas de las pobres víctimas para encontrar algo que nos sirva para meter a desgraciados como su hermano en la cárcel. Ellos tienen las pruebas halladas en el cuerpo de Caridad, y coinciden al cien por cien con las de su hermano.

—¿La violó?

Monfort dio un golpe con la palma de la mano en la pared.

—¡No, no la violó! ¡Tan solo le reventó el cerebro con una bala capaz de agujerear una pared!

El forense se asomó a la puerta.

—No te ensañes con ella.

Luego se dirigió a la hermana de Arcadio.

—Comprenda la situación —le pidió.

—Quizá deberían de comprenderme ustedes a mí. Acabo de reconocer a mi hermano muerto.

Morata se sentó a su lado y guardó silencio por unos segundos. Luego trató de ser amable.

—Cuéntele lo que crea que pueda ser de utilidad. Se lo digo en confianza. Ese que está en la camilla de aluminio es su hermano, por supuesto, pero, en sus últimos días de vida, ya no lo era. Se había convertido en el mismísimo Satanás.

AL FINAL, FUE el agente Pallarés, con su marcado acento valenciano y una prosa convincente, el que consiguió que Jota Beatmaker se sincerara. Quizá la sutileza no se encontraba entre sus virtudes.

—Déjate de fantasmadas. Sé quién eres. También sé que pasas hachís a tus colegas. Así que haz el favor de contestar a las preguntas de la subinspectora o te pongo del revés a ver qué cae de los bolsillos.

En una cafetería cercana, sin el amparo de los graves excesivos del radiocasete gigante y el influjo de los aplausos de los transeúntes, Jota Beatmaker les contó que Apóstoles de la Muerte había sido un grupo de referencia para todos los castellonenses que gustaban del rap y el hiphop. El problema había sido que sus letras se habían decantado por temas

relacionados con una doctrina extrema y un odio visceral hacia las razas no blancas, por decirlo de alguna forma.

—MC Apóstol se creía un dios. Por suerte, se largó a Los Ángeles, y parece que allí sigue. Decía que aquí nadie entendía su arte. Lo cierto es que no consiguió fichar por ninguna discográfica decente. Cada vez que iba a Madrid con sus maquetas, volvía con las manos vacías de contratos.

—¿Y los otros dos? —Preguntó Silvia.

—Nada, unos títeres que bailaban al son del jefecito.

—DJ Sequiol y El Niño Funk, ¿es así?

—Puede que tenga algo de *flow* —bromeó.

—Y tenían un mánager —dejó caer Silvia pasando de la broma.

—Hostia sí, el Arcadio, menuda perla.

—¿Y eso?

—Un vendedor de humo. Un mentiroso en toda regla. A todos los que hacíamos rap por aquí nos contaba movidas sobre que tenía contactos en la CBS o en la EMI, pero en realidad no conocía a nadie. Hace mucho tiempo que no se le ha visto el pelo.

Silvia dirigió una mirada al agente Pallarés, que sacó del bolsillo una hoja de periódico con la portada donde aparecía el conocido mánager. La desdobló y se la tendió a Jota.

—¡Su puta madre! ¡No me jodas!

—Dices que hace tiempo que no sabes de él. ¿Nos lo creemos o le digo a este que te ponga patas arriba?

—Se lo juro, no tenía ni idea de por dónde andaba.

—Pero sabrás con quién se juntaba, a qué lugares solía ir..., esas cosas.

—Antes estaba siempre por donde íbamos los colegas, a los bares y eso, en los bajos del Quatre Cantons; pero ya le he dicho que hace tiempo que no sé nada de él. Puedo preguntar al resto, pero la mayoría son más jóvenes y ni siquiera llegaron a conocerlo. Quedamos pocos de los de antes.

—Qué nostálgico. ¿Y quieres que creamos que estás con los jovencitos por amor al hiphop? Yo creo que más bien es por devoción a tu propio negocio.

—¿Puedo marcharme ya?

—¿Dónde podemos encontrar a los otros dos «apóstoles»?

—El Niño Funk dejó de hacer coros. Ahora lo suyo es el grafiti. —Se rio un poco por lo bajo.

—¿De qué te ríes?

—De nada.

—¿Te ríes por nada? Venga ya.

—Es un pijo. Sus viejos tienen pasta para empapelar todo lo que él cubre de aerosol. Sus pintadas se han hecho tan famosas como los estribillos de los Beatles.

—¿Y el otro?

—¿DJ Sequiol? Pues en su barrio. Creo que trabaja en la tienda de sus padres. Cambió los platos y el *scratch* por los tomates y las cebollas.

—¿Qué barrio?

El agente Pallarés y Jota Beatmaker cruzaron una mirada.

—Mujer, el barrio de Sequiol, por la avenida Valencia. Lo sabe todo el mundo —aclaró el policía.

MONFORT TRATÓ DE ponerse en contacto con Silvia Redó, pero su teléfono móvil estaba apagado o fuera de cobertura; la cantinela de siempre cuando uno no quiere atender llamadas.

Marta Ros se alojaba en casa de una amiga que vivía en El Grao. Monfort la acompañó tras la visita al Instituto de Medicina Legal. Según sus palabras, nada podía haberle hecho sospechar que su hermano fuera un asesino. Lo pintó como un santurrón del que los demás solían aprovecharse. Monfort no se quitaba de la cabeza el aspecto de Caridad en la barraca cercana a la urbanización. Si aquello era obra de un santo, el cielo era el infierno y viceversa.

Volvió a marcar el número de Silvia con la misma suerte. Seguía de mala leche, de eso no le cabía la menor duda. Llamó a Elvira y estuvo un buen rato hablando con ella. Continuaba aparcado junto a la entrada del bloque de pisos donde se alojaría temporalmente la hermana del ahorcado, en la calle Serrano Lloberes, con el puerto comercial al fondo y un sinfín de grúas y contenedores a la vista. Bajó la ventanilla cuatro dedos y prendió un cigarrillo.

Al principio fue una conversación casi profesional, en la que Monfort le contó a la jueza que Silvia y los suyos habían descubierto la identidad del asesino. Ella le preguntó el nombre porque seguía sin recordarlo y él se

lo dijo. Ella exclamó que vaya memoria tan mala tenía, y en broma hizo alguna referencia al alzhéimer, la cual sentó mal a Monfort, que no dijo nada. Mientras Elvira seguía hablando, él se acordó de su padre y se preguntó qué estaría haciendo en aquel momento. Esperaba que estuviera dormido y que Aniceta también pudiera descansar. Miró la hora en el reloj del coche, pero ya era tarde para llamadas que pudieran alarmarla. Al final se despidieron, no sin que la jueza consultara la agenda para ver qué día podía ir ella a Castellón o él a Teruel. Se le había olvidado ya el comentario de mal gusto que él le había hecho en el restaurante y la áspera contestación de ella. Era una mujer práctica, una mujer que iba de frente, que no tenía rencor y que solo daba valor a la verdad. Tal vez por eso se llevaban bien, porque ninguno de los dos se censuraba nunca a la hora de expresar sus sentimientos, fueran los que fueran. El caso era que, por muy idílico que pudiera parecer aquel punto de vista, era como una lija sobre un taco de madera que la desgasta poco a poco.

Apagó la colilla en el cenicero del coche, encendió el contacto y se dispuso a regresar a la ciudad. Atrás quedaba el olor a salitre del distrito marítimo de la ciudad. Por una u otra razón, Monfort regresaba siempre allí. También Marta Ros se había refugiado en aquel lugar. ¿Escondería algo aquella mujer? ¿Era su hermano tal como lo pintaba? La lástima era que no podía agarrar al hombre del cuello para que hablara, para que contara por qué razón había acabado con la vida de Caridad, para que confesara quiénes eran en realidad los otros dos que lo habían precedido asesinando. Y, sobre todo, preguntarle dónde se escondía el desgraciado que le había metido el trozo de pan en la boca al niño asiático, del que no era capaz de recordar su nombre de ninguna manera. Pensó en Elvira, en su desafortunada chanza sobre el alzhéimer. También en su padre, al que un día, hablando sobre el diagnóstico de su enfermedad, le dijo que habían tenido mala suerte. Ignacio Monfort, sin embargo, había respondido: «¿Mala suerte? Qué va, hijo; la vida es una mierda».

Ya salía del Grao por una rotonda que conectaba con la avenida del Mar cuando sonó su teléfono móvil. Lo primero que pensó era que se trataba de Silvia, que le devolvía las llamadas, pero se equivocaba. Detuvo el coche a un lado de la glorieta y puso los intermitentes.

—Hola, Lina, qué sorpresa.

*PASÉ LOS SIGUIENTES años encerrado en un centro de internamiento para menores infractores. Permanecí allí hasta que cumplí veintitrés años; luego me soltaron como se abandona a un perro que ha crecido y con el que los niños se han cansado de jugar.*

*En mi ingenuidad, pensé que el asesinato del cura sería imposible de descubrir. Sin embargo, me detuvieron al día siguiente, cuando las luces del alba alumbraban una ciudad lacerada por el viento y el frío. El hombre de la gasolinera desconfió nada más verme. En vez de cobijarme, de ofrecirme algo caliente que recompusiera mi maltrecho estado, llamó a la policía.*

*El cura había muerto. Ya no podría hacer daño a beatas recalcitrantes, adoradoras de Dios por encima de todo y de todos. Cuando se pone por delante a alguien que no se puede ver ni oír, las consecuencias son devastadoras.*

*En el seno de aquel cuartucho compartido con cinco insurrectos como yo, ideé qué haría cuando saliera de allí. A medida que los compañeros cumplían años, tramaban su propio plan, que siempre pasaba por volver a delinquir. La sociedad, fuera de aquellas rejas juveniles, no entendía que tener encerrados a niños como nosotros solo comportaba forjar nuevos delincuentes, gracias al entrenamiento que otorgan el odio, el rencor y las horas muertas en las que pensar era la única actividad plausible.*

*Sí, podría crear algo parecido a una nueva religión; una secta en el sentido contrario al acto de venerar a un dios que nos había abandonado. La idea la sugirió de forma fortuita el padre Guzmán, un cura demasiado joven que se lucraba vendiendo benzodiazepinas a los internos.*

*Fue una tarde cualquiera, en el cuarto de la lavandería, que solo estaba activo por las mañanas. Me enviaron a buscar una partida de ropa que se había quedado olvidada. Olí la marihuana nada más abrir la puerta. El padre Guzmán, al fondo del cuarto, le hablaba a un descascarillado espejo de pared. Le susurraba palabras que no pude comprender. Tenía los ojos enrojecidos y las mejillas encendidas. Se volvió*

*alertado al escuchar el ruido que hice al tropezar con un balde para la ropa. Con un gesto de la mano, me invitó a que me acercara. Al contrario que la mayoría de mis compañeros, yo nunca había fumado hierba, pero lo hice aquel primer día, que no sería el último en que me encontrara con él en el cuarto de lavandería. Primero me habló del beneficio de tomar benzos, que era como llamaba a las pastillas que se había sacado del bolsillo. Ingirió un buen puñado. Me ofreció, pero no quise ingerirlas. Nada lo incomodaba. Parecía impasible. Luego me habló de Dios. Su idea del Altísimo era muy distinta a lo que había escuchado hasta entonces. Él creía, al igual que yo, que el de arriba se había olvidado de nosotros, que no nos quería.*

*El padre Guzmán penaba en aquel lugar, como el resto, por algo que había sucedido en el pasado, pero que nunca me quiso contar.*

*«Algún día surgirá una nueva religión en contra de todo lo que, por los siglos de los siglos, hemos idolatrado».*

*Y mi mente se puso a funcionar.*

*En los siguientes encuentros, me expuso lo que pensaba hacer y cómo llevarlo a término.*

*Poco tiempo después, se llevaron al padre Guzmán sin decirnos qué había pasado.*

*Para entonces, yo había tenido tiempo de comprobar los efectos de las benzos en los internos, y lo que podía lograr con ellas. También cómo conseguirlas.*

*Ocupé todo mi tiempo en planear cómo tomar el relevo de lo que pensaba hacer el padre Guzmán.*

*Lo que más teníamos era tiempo.*

AL TERMINAR LA conversación telefónica con Lina, Monfort meditó sobre lo que habían hablado.

Frente a él se levantaba un edificio en obras que había sido abandonado por la empresa constructora, arruinado por la crisis, detenido en el tiempo, corroído por las deudas, abocado al embargo y la demolición. Pese al deterioro, todavía colgaba una enorme pancarta en la que se podían ver imágenes de cómo habría sido si la burbuja inmobiliaria no se hubiera pinchado como un globo infantil. Se anunciaban treinta viviendas con acabados de lujo, dotadas de dos y tres habitaciones, con plazas de garaje y zonas comunes para el disfrute de unos pequeños que jamás jugarían allí a juzgar por el aspecto del conjunto. En el cartel se podían leer varios números de teléfono que probablemente ya habrían sido dados de baja por impago. Lo mismo con una página web que aparecía, que, seguramente, habría quedado obsoleta incluso antes de ponerse en marcha.

Un enorme grafiti surcaba el inmueble abandonado de arriba abajo. Habían pintado con destreza una letra enorme en cada planta, con sombras y juegos de colores que les daban profundidad y viveza. Cuatro pisos de altura, cuatro letras mayúsculas.

En la oscuridad de la noche, se intuía el resplandor de una pequeña hoguera dentro de uno de los pisos. Una cabeza se asomó a la ventana, un mero agujero de ladrillos en mitad del esqueleto urbano. El colosal grafiti, con sus intencionados relieves, brillaba al amparo ambarino de las farolas. A la primera cabeza se sumó otra y luego otra más. Luego le profirieron insultos que no entendió debido a la distancia. Puso en marcha el Volvo y se marchó.

La noche, en lugares como El Grao, proporcionaba más oscuridad que en otras partes.

Podría haber regresado al calor del céntrico hotel que había convertido en su mentira de hogar. Sin embargo, eligió el primer bar que vio abierto para dar al traste con una velada apacible.

EL SEGUNDO *GIN-TONIC* contenía más ginebra que el primero. No había hielo en el congelador ni limón en la nevera; tampoco le importaba demasiado, solo buscaba el efecto narcótico del combinado. La música sonaba a escaso volumen. Silvia colocó la butaca frente al ventanal que daba al edificio de Correos, estratégicamente iluminado para que la fachada de ladrillo refulgiera en la engañosa oscuridad de la ciudad. Ella cantaba cada estrofa entre sollozos. Lloraba si lograba llegar hasta el estribillo. Últimamente se le daba bien llorar.

Había contestado a Monfort con un fragmento de aquella letra. «Tardas tiempo en contestar. No te gusta esta ciudad y te haces el fuerte». Él no se había dado cuenta, o puede que sí. Se podía esperar cualquier cosa de aquel que pasaba por ser la persona más hermética de la tierra. En el equipo de música sonaba Quique González, cantante y compositor madrileño que pronunciaba con una voz tan áspera como reconfortante.

A Silvia le temblaban las piernas. Creía que daba todo lo que tenía, pero sabía que no era suficiente. Se esforzaba por mantenerse fría, pese a que cada vez le resultaba más difícil.

Cada mañana, al cruzar el umbral de la comisaría, pensaba que debía sincerarse de una vez por todas.

Dejó el vaso casi lleno en la pila de la cocina y decidió salir del piso. Sentía que se ahogaba allí adentro. Dormir se le iba a hacer imposible en aquellas circunstancias, y el descanso era algo que había dejado de formar parte de su vida.

Era una experta en ansiolíticos. Tal vez por esa razón salió tan deprisa a la calle.

Veinte minutos más tarde, estaba en la comisaría. La imagen inesperada del agente Pallarés delante de la pantalla del ordenador la tranquilizó.

No pueden destrozar mi amor,  
convertir aquella euforia en ira.  
Orquídeas en el tráfico  
y la piel de tu maleta herida.  
Sabes hacía dónde vas.  
No te gusta esta ciudad,  
herida de muerte.



## Dos meses antes

EL CAÑÓN DE una pistola se clavó en la nuca de Brian Santos. Era un coche descapotable, no había hecho falta ni abrir la puerta. Detrás del arma estaban los dedos, la mano, el brazo y, por último, el cuerpo de Silvia Redó. «Maldita sea», masculló Monfort mientras trataba de encontrar la acción exacta para resolver el problema que se les venía encima.

El *llanito* pisó a fondo el acelerador del coche, que permanecía en marcha tras el ultimátum lanzado al inspector. Poco parecía importarle que la subinspectora pudiera apretar el gatillo. O tal vez estaba convencido de que no iba a hacerlo. En el acelerón, Silvia quedó atrapada entre la puerta del coche y un contenedor de basura. Tras el alarido por el golpe, el arma voló por los aires.

Monfort detuvo la iniciativa de Santos agarrando con fuerza el volante y asestándole un codazo en el rostro que hizo que la nariz del escurridizo gibraltareño se convirtiera en un caño de sangre. El estruendo del morro del vehículo al incrustarse contra la persiana metálica de un local cerrado alertó a los vecinos. La frente de Santos quedó sobre el volante. Había perdido el conocimiento. Monfort aprovechó para salir del coche y auxiliar a Silvia, que estaba cubierta por la basura del contenedor volcado.

—¿Estás bien? —le preguntó Monfort tras levantar la pistola del suelo.

—He probado mejores fragancias para el cuerpo.

Restos de pescado y de verduras en descomposición cubrían a Silvia casi por completo. Los trabajadores de la cocina de un restaurante se habían acercado por si necesitaban ayuda, aunque Monfort solo se había fijado en el que estaba junto a la puerta de servicio, que teléfono en mano hablaba con alguien sin dejar de señalar el coche accidentado.

—Vámonos de aquí —alertó el inspector a Silvia—. No tardarán en venir a preguntar si queremos mesa para dos.

—¡Espera! ¿Dónde está Óscar?

Monfort se temió lo peor.

—¿Ha venido contigo?

—Claro, él sabía cómo llegar hasta aquí.

—¿Cómo habéis logrado salir de la guarida de Santos?

—Alguien llamó y se fueron todos menos dos, que se quedaron para vigilarnos. Pero, en un descuido, Óscar le quitó la pistola a uno. Estaban un poco bebidos, la verdad. Acabaron con el licor que no se habían bebido en presencia de la sabandija de su jefe. Los hemos encerrado con llave en una habitación. Óscar encontró las armas que nos habían requisado.

—¡Joder con el sanluqueño!

—Quiere ser como su hermano.

—¿Un policía moribundo? ¿Eso quiere ser?

Silvia se encogió de hombros.

—Hemos tomado prestado uno de sus coches. Tenía las llaves puestas.

—Supongo que habrás traído mi pistola.

—Está en la guantera del coche. —Señaló la esquina donde habían aparcado un momento antes, aunque, a decir verdad, allí no había ni rastro del vehículo—. ¡La madre que lo parió! —exclamó mientras se retiraba del hombro una monda de patata.

## Sábado 12

«UNA CIUDAD HERIDA de muerte». El título del artículo que firmaba Mónica en el periódico era apocalíptico; aunque los asesinatos que habían ocurrido en Castellón no eran para menos. La periodista estaba bien informada; debía de tener una fuente precisa que le había proporcionado algunos detalles que, tal vez, hubiera sido mejor no mostrar a una población temerosa. La ciudad se mantenía en vilo y los medios debían estar frotándose las manos a la espera de que la cosa fuera a peor.

Monfort había regresado al Grao a primera hora de la mañana. Aguardaba en el interior del coche, en un lugar discreto desde el que podía ver la entrada al bloque de pisos donde vivía la amiga de Marta Ros, la hermana del asesino ahorcado. Había sido bastante temerario por parte de todos no informarse de la identidad de la amiga. Eran las ocho y cuarto de la mañana, y el inspector no sabía a ciencia cierta si lo que martilleaba su cerebro era la resaca o que todavía seguía ebrio.

No era habitual que el juez la citara en sábado, pero suponía que el magistrado querría acabar con aquello cuanto antes. Si se alargaba el caso, saltarían chispas por todas partes que podrían quemar el culo de hasta los mejor posicionados.

Tenía la radio sintonizada en Onda Cero. Isabel Gemio conducía *Te doy mi palabra*, un programa que respondía al formato de magacín matinal de fin de semana, donde se anunciaba que entre las ocho y las doce habría grandes entrevistas, mucho humor, salud y consejos para el ocio. Cambió de emisora. En Radio 3 hablaban de la segunda edición de *Paz sin fronteras*, el concierto que se celebraría en La Habana el próximo 20 de septiembre. Las actuaciones estarían lideradas por el cantante colombiano Juanes y otros reconocidos artistas. El presentador hablaba demasiado despacio y a Monfort le entró sueño. Pulsó el botón del CD que tenía

puesto y empezó a sonar *Breathe* de Pink Floyd. «Respirar». Eso pensaba hacer para intentar vencer el dolor de cabeza.

A las ocho y media, un vehículo de color negro, tan limpio y elegante que solo podía ser de algún estamento oficial, se detuvo frente al portal. Apenas un par de minutos más tarde, apareció Marta Ros y se introdujo en la parte trasera del coche, que se incorporó de forma inmediata a la avenida Serrano Lloberes, en dirección a Castellón.

La mañana era gris; las nubes bajas deberían descargar algo de lluvia, pero la provincia no era muy agraciada en materia pluvial y la amenaza podía quedarse solo en eso.

Salió del Volvo. Cuando llegó al portal del edificio, empujó la puerta. Alguien había reventado la cerradura. Subió al piso que Marta Ros había dejado por escrito como lugar de vivienda temporal en la comisaría. Llamó al timbre. Una voz masculina se oyó rezongar por el pasillo.

—¿Qué te has dejado? Vas a llegar tarde, cariño.

Cuando el hombre abrió la puerta, vio que no era Marta Ros quien pisaba el felpudo. Monfort también se percató de que no era una amiga la que estaba al otro lado de la puerta.

—¿Cariño? —preguntó el inspector.

—¿Quién es usted? —inquirió el inquilino.

Era un hombre negro como el azabache. Los dientes blancos y la esclerótica de los globos oculares parecían perlas brillantes entre tanta negrura. En el silencio que otorgó el inesperado encuentro, se escuchó música rap con base *funk*. Olía a algún tipo de hierba; faltaba saber si era para hacer infusiones o para fumar.

Monfort le mostró sus credenciales y pasó al interior del inmueble, pese a que el otro no lo había invitado a entrar.

—Supongo que ha venido a ver a Marta —especuló el hombre mientras caminaban por el pasillo.

—Sí —mintió Monfort.

—Acaba de marcharse en este mismo momento..., de ahí la confusión.

—Ya. Lo del cariño, quiere decir.

—Es una forma de hablar. Somos amigos.

—Marta Ros está casada y tiene a su familia en Requena.

—Ya lo sé.

El hombre le ofreció asiento en un sofá cubierto por una colcha blanca. Había libros por todas partes y un buen equipo de música sobre una mesa.

Pareció no extrañarle la visita de un policía. Dijo que se llamaba Claude, que había nacido en Senegal y que hacía más de veinticinco años que vivía en El Grao. Su breve historia no era la de los que se jugaban la vida cruzando el Estrecho. Claude Bata era cirujano en el Hospital General de Castellón.

—¿Le apetece una infusión de jengibre?

—No, gracias —respondió Monfort a la vez que le volvía al paladar el exceso de whisky de la noche anterior.

—Es un superalimento. Lo rallo y hago infusiones, nada de comprar esas bolsitas del Mercadona.

—Ya —se conformó Monfort.

Claude tomó su taza y le dio un sorbo al contenido.

—Actúa como antiinflamatorio, antioxidante y analgésico contra distintos dolores, como los musculares, las migrañas y las artritis. Además, funciona de maravilla contra los resfriados, los procesos gripales, la fiebre y las molestias en la garganta.

—Vaya, que es milagroso.

Claude sonrió; sabía que el poli se lo estaba tomando a guasa.

—Tómese una taza —insistió—, tal vez le desenrede el nudo ese que tiene en el entrecejo.

Monfort trató de estirar los músculos de la frente. Tal vez se le notaran los recientes excesos. Al fin y al cabo, era doctor.

—Bueno —aceptó en voz baja—. Si dice que actúa como analgésico...

Claude volvió a sonreír y fue a la cocina en busca de una taza.

La infusión tenía un sabor intenso, amargo y algo picante, pero notó que en la bajada hacia las tripas arrastraba obstáculos. Puede que no fuera apto para todos los paladares, pero supo que le iba a sentar bien. Podría hasta llegar a gustarle.

—Hábleme de Marta Ros.

Bata se aclaró la garganta en un acto reflejo.

—¿Ha venido a verla a ella o ha aprovechado que no está?

—Tómeselo como quiera.

—¿Puede hacer esto?

—¿Preferiría que habláramos en otro lugar?

—No, da igual. ¿Qué quiere?

—Ya se lo he dicho, que me hable de su tan amiga Marta.

Era un rapero francés el que sonaba en el equipo de música. No uno de aquellos que parecían un martillo vocal repetitivo, más bien todo lo contrario.

—En Senegal hablamos francés —aclaró Claude como si le hubiera leído el pensamiento.

—No está nada mal —admitió Monfort.

—A usted le debe ir más el rock.

—Depende del momento.

—Si entendiera las letras se daría cuenta de que es uno de los grandes poetas contemporáneos.

¿Por qué razón habría interpretado aquello?

—Marta Ros —insistió Monfort para terminar con la cháchara. La infusión estaba bien, pero no iba a acabar con su dolor de cabeza.

—Tuvimos una relación —admitió—. Fue antes de marcharse a la bodega de Requena. —Lo dijo con cierto pesar.

—Relación que siguen avivando cada vez que ella viene a Castellón. Claude se encogió de hombros.

—Eso no es nada malo.

—Salvo porque ella nos ha dicho que estaba en casa de una amiga.

—A lo mejor dijo «un amigo» y ustedes la entendieron mal.

—Lo comprobaremos. También podemos llamar a su marido y preguntarle por esa amiga del Grao. Seguro que la conoce.

—¡Joder! Ya está bien.

Se puso en pie, tomó el mando a distancia y bajó el volumen de la música hasta hacerla casi imperceptible.

—Pregunte de una vez lo que de verdad quiere saber.

Monfort dio un trago a la infusión y miró a Claude por encima del borde de la taza.

—Todo lo que sepa sobre Arcadio Ros me irá bien.

SILVIA REDÓ Y el agente Pallarés habían dado con una posible pista que quizá los condujera a la identificación del hombre que había atacado a Yinuo.

Pallarés era como un niño grande. Tenía la mesa atestada de todo tipo de golosinas: ositos de goma de Haribo, chuches azucaradas con forma de plátano, varios huevos Kinder, dos o tres KitKat; además de dos latas de

refresco de cola y una bolsa de las famosas *papas* García, de las que aseguraba eran las mejores patatas fritas del mundo mundial. Obviamente, Silvia le había ocultado la ingesta del par de *gintronics* que había hecho justo antes de personarse en la comisaría.

Tras una madrugada con las pestañas pegadas a la pantalla del ordenador, observando las imágenes de varias cámaras instaladas en las inmediaciones del lugar donde había sucedido el ataque, visionaron un vehículo que había aparcado junto a la obra a la hora que el menor había indicado. Pese a la imagen borrosa, el hombre que salió del coche podría coincidir con la descripción del pequeño. La matrícula era del todo ilegible, pero no tanto la marca y el modelo del coche.

Decidieron aplazar por el momento las visitas a los dos componentes de Apóstoles de la Muerte y se pusieron manos a la obra en busca de aquella sombra. Podría haberle encargado el trabajo a Terreros y García, pero, por alguna razón, prefería hacerlo ella misma. Tal vez fuera cierto aquello de que todo lo malo se pega y la influencia negativa de Monfort estuviera sorbiéndole el cerebro.

—ARCADIO Y YO éramos amigos —comenzó Claude Bata—. De hecho, fue él quien me presentó a su hermana. Le encantaban los raperos franceses de principios de los años noventa: Lunatic, Oxmo Puccino, o el que está sonando desde que ha llegado —explicó antes de señalar el equipo de música—: Mc Solaar. La mayoría eran africanos o hijos de africanos; franceses, claro, pero procedentes de África en todo caso. Como yo procedía de Senegal y coincidía con Arcadio en los pocos bares donde se pinchaba rap en Castellón, creía que tenía dotes para la música urbana. —Sonrió con cierta amargura y guardó un instante de silencio, como si recordara momentos divertidos que jamás volverían a repetirse.

»Frecuentábamos los mismos garitos y empezamos a vernos casi a diario. Su hermana lo acompañaba muchas veces. Era una chica preciosa. Bueno, ahora también lo es —rectificó con torpeza—. Reconozco que aguanté muchas de las paranoias de Arcadio solo por estar con ella.

—¿Qué tipo de paranoias?

—Era un lunático. Se inventaba historias complejas que hasta él mismo se creía.

—Póngame un ejemplo.

—Como no tenía ni idea de *hacer* música, se hizo *mánager*, que para él debía ser la forma más cercana de subirse a un escenario, que era lo que realmente le hubiera gustado. Decía que conocía a todos los peces gordos de la industria musical.

»Recuerdo que una vez vino a casa con un texto que él mismo había escrito. Era una rayada de las suyas. Me pidió que lo tradujera al francés para ver cómo sonaba. No rimaba de ninguna forma. Le dije que en español tampoco era muy bueno. Comentó que en francés se podría disimular, así que le seguí la corriente. Modifiqué el texto en mi idioma hasta que rimó. Se empeñó en incluirlo en una canción de su grupo. La sesión de grabación fue penosa porque su acento francés no había por donde pillarlo. Al final, el técnico puso mi voz en primer plano y la suya por detrás. No es que la mía fuera la de un cantante en toda regla, pero al menos el acento era real. A los Apóstoles no les hizo ninguna gracia aquella tontería de colaboración con un tipo como yo, que en realidad no sabía nada de música. El grupo decidió prescindir del rapeado en francés en la canción final. A mí me dio igual, pero Arcadio se lo tomó muy mal. Poco tiempo después, dejamos de vernos. Por alguna razón, evitaba los lugares a los que yo iba y no contestaba a mis llamadas. Marta y yo ya salíamos juntos, así que su hermano dejó de importarme lo más mínimo.

—Cuando se refiere a Arcadio, habla de él como un loco. ¿Por qué?

—Era un mentiroso. Hacía creer a todo el mundo que era una persona de éxito, cuando en realidad era un fracasado. Estaba enganchado a muchas sustancias, pero por encima de todas se encontraba el Valium. Las benzodiacepinas, vaya, supongo que habrá escuchado hablar de ellas.

Él era el doctor. No tardaría en largarle los múltiples efectos secundarios. Sin embargo, fue más mundano que teórico, cosa terminó por agradecer.

—La cuestión es que las benzodiacepinas son medicamentos muy habituales, más fáciles de conseguir que la cocaína, y también más económicas. El problema es que son igual de letales cuando se toman de forma descontrolada. Arcadio empezó a consumir setas alucinógenas que un pirado que decía ser su amigo cultivaba en su casa de la montaña. Llegó el momento en que se metía de todo: marihuana, éxtasis, coca, *speed*... Todo ello bien regado con alcohol, por supuesto, y después las *benzos*, para amansar el colocón inhumano y poder dormir.

—¿Quién se las recetaba? —preguntó Monfort a bocajarro.



—¡Y yo qué sé! —respondió Claude a la defensiva.

—Usted es médico, y eran buenos amigos.

—¿Qué insinúa?

—Que tal vez le echaba mano al talonario de recetas. —Hizo un gesto como si rubricara una nota—. Entonces todavía se harían a mano, ¿no?

—¡No diga sandeces!

—Entre amigos y colegas raperos...

—Si sigue por ahí, terminaremos enseguida la conversación. Ya le he dicho que lo de la música no tiene nada que ver conmigo; fue solo un capricho suyo. No volvió a repetirse. Y, sobre las drogas, no le consiento que haga un juicio de valor totalmente erróneo.

—No se lo tome a mal, hombre —apeló a la calma Monfort.

—Pues no juegue con mi profesionalidad.

—Está bien. Le pido disculpas.

Claude Bata bajó la vista y se frotó las manos despacio. Le había pinchado el hueso. Así que el inspector volvió a la carga.

—Sobre la rayada de Arcadio que ha comentado antes...

—¿Qué?

—El texto que le pidió que tradujera. ¿De qué iba? ¿Lo conserva?

El hombre se puso en pie. El derrotero de la conversación no le estaba gustando lo más mínimo.

—¿Cómo quiere que lo conserve? Ni siquiera me acuerdo ya. No sé para qué le he dicho nada.

Monfort se encogió de hombros. Pero Claude creyó que debía seguir explicándose, lo cual solo demostraba que sabía más.

—Pues eso, era una rayada, gilipolleces sin sentido. Arcadio estaba tocado de aquí. —Se llevó un dedo índice a la sien.

—Ya, pero me gustaría saber sobre qué le gustaba escribir. ¿Sexo, drogas y *rock and roll*?

—No era nada de eso —resolvió Claude, que se volvió a sentar, resignado.

—Ah, ¿no?

—No.

—Pues entonces sí que se acuerda.

El médico dejó escapar la bocanada de aire que lo oprimía.

—Es usted perseverante.

—El clásico pelmazo —admitió.

Bata cerró los ojos, negó con la cabeza un par de veces y luego habló.

—Era un texto corto, un folio por una cara, más o menos. Se refería a un dios; pero a un dios distinto al que los católicos veneran. Era algo como de una nueva religión a la que un montón de gente se había apuntado para limpiar el mundo.

—¿Para limpiar el mundo de qué?

—No lo sé. Me importaba bien poco, la verdad.

—Yo creo que sí lo sabe.

—Le digo que no.

—¿Querían limpiar el mundo de gente como usted? ¿De gente de color? ¿De inmigrantes?

—No me importaba una mierda lo que su mente enferma quisiera limpiar. Yo estaba en otros temas.

—Ya me ha dejado claro antes que lo que le importaba era la silueta de la hermana.

—Es usted increíble. Lo siento, deberíamos dejarlo aquí. Le diré a Marta que ha venido a verla. Y ahora, si no tiene inconveniente, tengo cosas mejores que hacer un sábado por la mañana. Hoy tengo descanso, cosa poco habitual en mi profesión.

—Lo comprendo —dijo Monfort poniéndose en pie y siguiendo al hombre por el pasillo hacia la salida—. Pero, dígame una última cosa. ¿El texto podría referirse a algo parecido a una secta?

Claude Bata sostenía en una mano el mando a distancia del equipo de música y con la otra asía el pomo de la puerta, en un gesto que indicaba que quería que la visita finalizara. Cuando Monfort pasó por delante de él, subió el volumen de la música. Aunque no tanto como para no escuchar el último monosílabo del senegalés.

—Sí.

Tras el portazo, flotó en la escalera una melodía cadenciosa. Música poética alejada del rap agresivo. Monfort hablaba francés. No le costó traducir aquello que sonaba. *Armand est mort.*

Es demasiado tarde para preocuparse por su triste destino.  
El pobre Armand está muerto.

SI LINA ESTABA en lo cierto con sus extrañas conjeturas, los homicidas llevaban dos días sin perpetrar ningún asesinato. A menos que lo hubieran hecho y los cadáveres aún no hubieran aparecido. También cabía la posibilidad de que estuviera del todo equivocada, cosa que *a priori* le parecía poco razonable. Ella le había hecho prometer que no hablaría de la llamada telefónica con su jefe, el doctor Morata. Al principio de la conversación se mostró entusiasmada con sus sospechas; sin embargo, a medida que le contaba lo que pensaba, su voz se fue apagando, como si se arrepintiera de haberse puesto en contacto con él. Las muertes de Marwa, Issam y Caridad se habían producido en días continuados. Tres días, tres muertes. La sorprendente teoría de la irlandesa era que los asesinos debían sacrificar a siete inocentes en siete días seguidos. Según ella, en el cuarto día habían fallado con el niño chino. «Descabellado», había pensado Monfort entonces. Pero ahora, tras la conversación con el amigo de la hermana de Arcadio Ros, las palabras de Lina le retumbaban en el cerebro. Tal vez, gracias a ello, se le había pasado el dolor de cabeza. Aunque también podía haber sido la jarra de cerveza de medio litro que tenía delante y que había mediado de un trago. Se encontraba en el Bar Trafalgar, en el número 57 de la calle Juan de Austria del Grao. Tomó un pedazo de pan en una mano y el tenedor en la otra, y empezó a dar cuenta del guiso de raya con sepia y patatas que el camarero acababa de llevarle a la mesa.

Las hipótesis, con el estómago satisfecho, se zanjaban con mayor destreza.

En la provincia de Castellón, la costumbre popular del almuerzo a media mañana era algo a tener muy en cuenta. Con más motivo si uno se encontraba en el barrio marítimo y podía degustar los productos de su afamada lonja.

Tras el típico *esmorzar*, que culminó con un carajillo de ron quemado y un dedo de café, con la crema incluida coronando el vaso tradicional, Monfort salió a la calle y encendió un cigarrillo. Sí, tal vez aquello de que «un clavo saca otro clavo» era una gran verdad. La expresión procedía de un proverbio grecolatino que habían utilizado Aristóteles y Cicerón, en el sentido de que «un nuevo amor saca al viejo amor, como un clavo a otro clavo». Aunque también podía aplicarse a una situación compleja, en la que la aparición de un nuevo problema hacía olvidar al primero. Para amores no andaba dispuesto, por mucho que Elvira se mantuviera firme

sobre que había algo más bajo la coraza que, según ella, él mantenía. Y, en cuanto a las situaciones conflictivas, tenía tantos frentes abiertos que se le estaban amontonando. No, en su caso se refería a algo más vulgar, como que la ebriedad de la noche anterior se le había pasado con una nueva.

Enredado en sus cavilaciones, algunas con más sentido que otras, caminó por una calle que llevaba el mismo nombre que el bar en el que había sucumbido a los placeres de una barra atestada de delicias. Llegó al paseo Buenavista, que cruzó para situarse frente al puerto. Una serie de diques contruidos de forma estratégica convertían aquel trozo de mar en un remanso de aguas tranquilas en las que fondeaban un buen número de embarcaciones. Un fuerte olor a mar, el chirriar de las gaviotas y el ruidoso trajín en el contiguo puerto industrial lo transportaron a un mundo lejano. Observó un carguero repleto de contenedores que iniciaba la maniobra de salida de la bocana principal. Una sirena grave y prolongada anunció su partida. Algo tenían los puertos que marcaban el devenir de los habitantes de sus ciudades. Junto a él pasaron varios hombres negros enfundados en monos de trabajo de color azul y botas de seguridad. Hablaban en un idioma que no supo identificar, se reían de las chanzas que uno de ellos proclamaba casi a gritos. Su voz se confundía con la actividad portuaria, con el ruido de las aves que se lanzaban de cabeza al mar en busca de su captura. «El Grao», dijo entonces en voz alta. Siempre volvía al Grao. ¿De dónde serían aquellos hombres cuyo rastro de voces todavía se escuchaba a lo lejos? ¿Cómo sería vivir en uno de aquellos enormes buques? ¿Cuánto tiempo llevarían lejos de sus casas, de sus familias? Pensó en los padres de Issam, también en los de Caridad, y en la madre de Marwa, obligada a prostituirse para acabar muriendo de cáncer. La de aquella gente no había sido una vida fácil. Debía ser complejo integrarse en una sociedad que, de entrada, examina de reojo a todo el que llega de fuera. A Claude Bata no le habría ido mal tras llegar a España con una carrera de Medicina debajo del brazo, como si esa fuera una credencial salvadora de todos los prejuicios y recelos.

Matar inmigrantes. ¿Quién era capaz de semejante atrocidad? El hecho de que los ejecutores se hubieran quitado la vida le otorgaba al caso un halo de incredulidad absoluto. La verdad es que no tenía nada a lo que agarrarse. A nada salvo a la suposición de Lina O'Brien.

Sonó el teléfono móvil en el momento en el que prendía un nuevo cigarrillo. Un cúmulo de nubes grises y oscuras avanzaba deprisa desde el

mar hacia el interior. Eran lo suficientemente grandes y espesas como para esconder el sol. De repente, el cielo y el agua habían adquirido el mismo color plumizo.

Era Aniceta Buendía.

Y empezó a llover.

*LAS ADMINISTRACIONES JUDICIALES tardaron más de lo que esperaba en olvidarse de mí. Pasé dos años en un piso tutelado, realizando infinidad de trabajos sociales. Por aquel entonces ya había aprendido el «oficio» de la venta de benzos y otros tipos de medicamentos. Me ofrecieron hacer lo mismo con drogas más duras, pero temí engancharme y caer en el agujero, como muchos de mis compañeros en el centro de menores. En cambio, las pastillas no me suponían ningún temor, pues sus efectos no me parecían placenteros. Eran fáciles de conseguir a través de algunos distribuidores de farmacias que las robaban para después venderlas a gente como yo.*

*Acepté un trabajo de electricista, oficio que había aprendido en el centro a través de la formación profesional. Finalmente, las autoridades aceptaron mi solicitud para poder alquilar un piso y vivir solo. Entonces me largué y no volvieron a verme el pelo. Mantuve el contacto con los que me vendían las pastillas para poder costearme la comida y las estancias en hostales de mala muerte, donde las únicas preguntas eran si podía pagar el precio de la habitación. No había nada mejor para cerrar bocas que sacar un fajo de billetes del bolsillo.*

*El negocio de los psicotrópicos iba cada vez mejor y me reportaba lo suficiente para vivir bien, aunque temía alquilar un piso a mi nombre. Si me pillaban vendiendo drogas iría de cabeza a la cárcel, y el miedo a ser detenido era lo que me mantenía alerta y con vida.*

*Entablé cierta amistad con un exconvicto que vendía cocaína y ansiolíticos a ejecutivos y gente de la alta sociedad. Lo suyo eran las oficinas importantes, los bares caros, los proxenetas y las personas mayores que estaban enganchedas hasta la médula y necesitaban las pastillas para poder dormir. Era un temerario, un tipo sin escrúpulos que vestía ropa elegante para pasar desapercibido. De no haber sido porque la coca estaba entre sus predilecciones, habría sido un modelo a seguir. Era astuto, y sus contactos, que se negaba a revelarme, eran garantía absoluta de dinero fácil. Pero hablaba demasiado.*

*Fue una noche, en una discoteca de las afueras, ciego de cocaína y con el forro del abrigo atestado de blísteres de benzodiacepinas y opioides, cuando me habló del cura prófugo de la Iglesia. Uno de sus mejores clientes.*

NO ERA SENCILLO descender el puerto de Ares del Maestrat con el asfalto mojado y los bordes de la carretera cuajados de charcos helados. La lluvia caía inmisericorde y constante; brotaba de unas nubes tan bajas que la luna delantera parecía romperlas en pedazos en cada una de las curvas. No era fácil para un vehículo normal a una velocidad prudente; menos aún para la ambulancia que descendía a toda la velocidad que el experto conductor era capaz de alcanzar.

Era don Ignacio Monfort el que ocupaba la camilla de la parte trasera, aquejado de una insuficiencia respiratoria o lo que fuera aquello que impedía que el aire le llegara a los pulmones. Aniceta Buendía iba a su lado. La cuidadora se persignaba una y otra vez mientras rogaba a Dios misericordia para el anciano.

Habían tenido suerte, pues una ambulancia que regresaba de la cercana población de La Iglesuela del Cid fue alertada de la urgencia, justo cuando cruzaba el pueblo en dirección a Castellón.

En la entrada de urgencias del Hospital General, aguardaba Monfort.

Aniceta se echó en sus brazos nada más bajarse de la ambulancia y, acto seguido, corrió como alma que lleva el diablo en dirección a un lavabo.

—Está más mareada que si hubiera subido al Dragon Khan de Port Aventura cuatro veces seguidas —comentó el conductor de la ambulancia al pasar a su lado.

La técnico, una mujer joven de espaldas anchas y piernas fuertes, le tendió la mano y se presentó.

—Usted debe de ser su hijo, ¿verdad?

—Sí —respondió Monfort mientras observaba la maniobra de bajada de la camilla en la que iba su padre.

—Nos ha llamado porque cree que tiene una insuficiencia respiratoria. Las constantes vitales están bien. Le he dicho a su asistente que debería comprar un pulsioxímetro para comprobar su estado regularmente. Ahora le harán una serie de pruebas y lo mantendrán en observación. Será el



neurólogo el que les informe de lo que en realidad le sucede. Yo no veo nada raro. Respirar, respira, y ese aire que la señora dice que no expulsa, sí que lo hace. Basta con ponerle la mano debajo de la nariz para notar que, cada vez que emite ese ruido tan raro, lo que en realidad hace es expulsar el aire. Su padre sufre una demencia; su cerebro se comporta de manera caprichosa. Parece ser que esta noche le ha dado por ordenar que no expela correctamente el aire. Es normal que la mujer se haya puesto muy nerviosa y nos haya llamado. —Hizo una pequeña pausa para ver la reacción de Monfort—. Ya le digo, el neurólogo dictaminará un resultado; pero, créame, todo es cosa de aquí. —Se tocó la cabeza con dos dedos de la mano derecha.

Habían alojado a su padre en un pequeño espacio cerrado por los lados con cortinas que no llegaban al suelo. Había muchos pacientes, y también familiares que los acompañaban. El ir y venir del personal de enfermería ponía una nota vital al lugar. También sus voces que parecían reconfortantes, salvo cuando hablaban con alguien duro de oído y tenían que alzar demasiado la voz para hacerse entender.

—Hola, papá. Todo va a salir bien —le dijo con voz pausada—. Puedes respirar, solo que parece que has olvidado cómo hacerlo.

Don Ignacio Monfort echó la cara a un lado de la almohada y miró a su hijo con aflicción.

—Vaya mierda de vida —balbuceó.

Aunque en las últimas semanas había perdido la facultad de pronunciar de manera entendible, en esa ocasión se le entendió perfectamente.

—No te preocupes —trató de tranquilizarlo—. Aquí estarás bien. Te van a hacer unas pruebas y luego nos vamos para casa.

—Estamos en Barcelona, ¿verdad? En el Hospital de Sant Pau. Ayúdame a vestirme que iremos a visitar a tu madre. Ella ahora vive aquí. ¿Lo sabías?

El hijo tuvo que contener el aliento. Los comentarios propiciados por la enfermedad habían dejado de mover su compasión. Tampoco era dolor lo que sentía, ni siquiera ternura. Era rabia lo que nacía en su interior. Una incomprensión brutal, una injusticia sin paliativos que lo rompía por dentro.

—Estamos en Castellón, papá.

Nunca sabía si era mejor darle la razón o tratar de convencerlo de la realidad. No había un maldito manual válido para familiares de los

enfermos de demencia. Mucha tinta impresa, eso sí, fácil de leer e imposible de asimilar cuando es la mente de un ser querido la que falla como una escopeta de feria.

Para acabar de arreglar las cosas, se abrió la cortina y tras ella apareció Aniceta Buendía con síntomas evidentes de haberse hartado a llorar.

MONFORT HABÍA SALIDO a fumar. Aniceta no hacía otra cosa que sollozar, persignarse, mirar al techo de la sala de Urgencias en busca de algo sobrenatural y llamarles «mi amor» a todas las enfermeras que pasaban por delante de la cama donde descansaba plácidamente Ignacio Monfort. Enfurruñada, tras un ligero reproche, le había dicho a Monfort hijo: «Hay que ser más amable con la gente que custodia la vida de los enfermos acá en la tierra».

Marta Ros lo llamó al móvil. La bronca pretendía ser de órdago, pero él no tenía el cuerpo para regañinas. Ella había empezado a gritar nada más pulsar el botón verde. Le dijo que no tenía derecho a irrumpir en su vida privada y otra serie de milongas que habría aprendido más en series de televisión que en la bodega en la que trabajaba. Monfort miró a su alrededor. Tenía dos opciones: interrumpir la llamada o interrumpirla a ella. Hizo lo segundo.

—¡Cállese de una vez!

La mujer se calló. Pero su silencio fue tan corto, que el inspector supuso que apenas le había dado tiempo a inspirar el aire que necesitaba para volver a arremeter contra él.

—¡Podría denunciarlo por...!

Monfort cambió de táctica. Se apartó el teléfono de la oreja y dejó que la mujer se explayara mientras aprovechaba para cruzar la calle y pedir un café muy corto en un bar que había frente al hospital.

—¡¿Está ahí?! —la escuchó rabiar.

Pagó el café que había bebido de un trago y salió a la calle. La tentación de un nuevo cigarrillo atenazó su mano derecha. Harto, tomó la iniciativa.

—Puedo hacer que la detengan ahora mismo por obstruir una investigación abierta, y por ocultar y falsear datos antes de declarar ante el juez. ¿Le ha explicado a su señoría que nos ha mentado? ¿Puede

explicarme por qué ha omitido que su hermano tenía un serio problema con las drogas? ¿Acaso necesita encubrir algo?

Estuvo a punto de decirle aquello de: «No responda ahora, hágalo después de la publicidad»; la mítica frase que popularizó Julián Lago en su programa *La máquina de la verdad*, en el que un personaje público se sometía a un interrogatorio que el controvertido polígrafo debía resolver. Pero no hubiera quedado serio.

—Esté atenta al teléfono —le ordenó, sin embargo—. Le llamaremos para un nuevo encuentro, que esta vez tendrá más de interrogatorio que de entrevista.

—Pero... —El tono de cabreo había desaparecido—. Debo regresar a Requena cuanto antes.

—Le recomiendo que se quede. Al fin y al cabo, tiene un lugar donde permanecer aquí. Su amigo, que no amiga, tiene un buen piso, música agradable. Y prepara infusiones curativas. No se enfade por lo que me ha contado. Él no tiene la culpa. Toda la responsabilidad es de usted y de nadie más.

—¿Y si, de todas formas, me voy?

—Iremos hasta allí. Entraremos en la bodega en la que trabaja, haremos mucho ruido, a la policía se nos da bien ese tipo de escándalos, y la detendremos como si fuera una vulgar delincuente. Puede que toda su reputación y sus años de dedicación a la labor vitivinícola se vayan al garete. ¿Entiende lo que quiero decir o prefiere comprobar hasta qué punto estoy hablando por hablar?

Monfort interrumpió la llamada para causar mayor efecto a sus palabras. Se podía imaginar a Marta Ros sentada en el sofá de su amigo íntimo, descompuesto por haber contado demasiado al poli intruso que se había presentado en su casa aprovechando que ella había salido para su cita en el juzgado. Posiblemente, ella habría rechazado la infusión que él le hubiera ofrecido como calmante para los nervios. Tal vez, incluso le hubiera ordenado quitar la música con tal de no soportar el mantra vocal del rapero de turno. Sí, se la podía imaginar.

Antes de regresar a la sala de Urgencias del hospital, revisó las llamadas en el teléfono móvil. Silvia lo había llamado mientras mantenía la entretenida conversación con la hermana del asesino ahorcado. Pulsó el botón de rellamada tratando de no pensar en fumar. No llegó a sonar ni el primer tono completo.

—¡Lo tenemos! —exclamó la subinspectora con impetuosa satisfacción.

## Dos meses antes

ENTRE LOS DOS, movieron a Brian Santos hasta el asiento trasero. Seguía inconsciente, aunque por sus jadeos y el movimiento de los párpados no tardaría en despertar; entonces, tendrían un serio problema.

Óscar había huido en el coche en el que habían llegado hasta allí. Los esbirros del *llanito*, a los que habían burlado y robado el vehículo, no podían andar muy lejos. Era cuestión de minutos que dieran con ellos. Otro problema serio: no había duda de que el hermano de Robert Calleja pensaba tomarse la justicia por su cuenta. Con la ayuda de unos y otros había conseguido localizar con exactitud el lugar en el que debía esconderse Ángel, el agresor de su hermano. Se había aprovechado de todos para terminar un trabajo que siempre había querido hacer por sí mismo.

—¿Óscar sabe exactamente dónde está Ángel? —preguntó Monfort mientras enfilaba una calle estrecha y poco iluminada.

—No me lo ha dicho. Ha conducido hasta aquí sin abrir la boca.

Monfort miró por el retrovisor. Brian Santos parecía dormido.

—¿En qué coche habéis venido?

—Un Opel Astra de color verde oscuro —respondió Silvia fijándose en los coches aparcados cuando salieron a una calle más amplia.

Monfort vio el reflejo en el retrovisor y pisó el freno bruscamente. En ese momento, Brian Santos agarró del cuello a Silvia con la flexura del codo del brazo derecho, ayudándose del reposacabezas para ejercer la presión necesaria.

—Para y baja del coche o la mataré —lo amenazó. Su voz sonaba aturdida. Todavía no se había recuperado del golpe, pero era un tipo sin escrúpulos y podía cometer cualquier barbaridad. Se creía más allá del bien y del mal. Un personaje endiosado.

Monfort se detuvo en doble fila sin apagar el motor.

—¿Y ahora qué?

—Ya te lo he dicho. *Get out of the car!*

—¿Y vas a conducir desde ahí detrás, estrangulándola, o es que esperas visita?

En realidad, Monfort temía que sus hombres llegaran en cualquier momento. La sonrisa del gibraltareño lo delató. No había tiempo que perder.

En menos de lo que dura un segundo, metió primera y pisó el acelerador a fondo. El otro apretó con más fuerza el cuello de Silvia, cuyo rostro enrojeció de forma preocupante. Dobló por una calle a tal velocidad que la inercia hizo que el *llanito* se precipitara contra un lateral del coche, dejando de ejercer presión sobre la subinspectora, momento que ella aprovechó para zafarse de su atacante. Brian Santos, acorralado, hizo lo impensable: saltó en marcha del descapotable. Lo vieron rodar sobre sí mismo hasta que quedó debajo de un coche aparcado junto a la acera. Dos vehículos se detuvieron al instante. De uno de ellos salieron cuatro hombres que trataron de auxiliar a Santos. El otro vehículo fue a toda velocidad tras ellos.

Los hombres de Brian Santos habían llegado, y parecía que se habían multiplicado por dos.

## Sábado 12, por la mañana

ERA UN HOMBRE de aspecto sano que iba bien vestido. Según su documento nacional de identidad, era español y se llamaba Daniel Manchón Albella. El domicilio que allí aparecía se ubicaba en la calle Aparisi Guijarro, número 15, de la capital de La Plana.

Parecía tranquilo y aseguró en repetidas ocasiones que no tenía ni idea del motivo de su detención. Luego dejó de hablar y no volvió a abrir la boca. El abogado de oficio estaba en camino. Silvia salió del cuarto de interrogatorios. Monfort no tardaría en llegar. El agente Pallarés, que había colaborado en la detención, se quedó con el arrestado.

—*Ets un fill de puta* —le soltó con voz casi inaudible, pero que el otro sin duda escuchó bien a juzgar por el ligero movimiento de sus cejas—. *Qué volies fer-li al xiquet?*

El agente se puso en pie, apoyó las manos sobre la mesa y acercó su boca a la oreja derecha del hombre.

—En la cárcel te van a llover los pepinos de todos los tamaños. Y no precisamente para hacer gazpacho. ¿Me entiendes mejor en castellano?

Daniel Manchón pestañeó varias veces seguidas. A continuación, tragó saliva ruidosamente.

—Yo no he hecho nada —manifestó, impasible.

—Ya, eso dicen todos cuando están sentados ahí. Ahora vendrá un tío menos protocolario. Puede que te arranque los huevos aquí mismo. A él le dará igual tu postura de formalito.

Monfort caminaba deprisa por el pasillo. La subinspectora aguardaba con el rostro serio.

—Hola, Silvia —la saludó—. ¿Cómo habéis dado con él?

—Por una cámara de tráfico cercana a la obra. Nos hemos pasado casi toda la noche visionando imágenes hasta que hemos detectado un coche que aparcó y del que se bajaba un hombre que caminaba hacia allí. El

retrato robot ha sido bastante útil, al final. La matrícula no se veía muy bien, pero con el modelo, el color y la marca del coche hemos investigado hasta dar con ese tipo. —Señaló la puerta de la sala de interrogatorios donde permanecían el arrestado y el agente Pallarés.

—¿Quién está con él?

—Pallarés.

—¿Le ha ofrecido coca de patata con bacalao para que hable?

Silvia se llevó un mechón de pelo tras la oreja y movió la cabeza para negar. Ni un atisbo de sonrisa afloró a su rostro.

—¿Estás segura de que es él?

—Tengo la corazonada de que sí.

—A Romerales las corazonadas le suenan a infarto.

—No ha puesto objeción por el momento.

—Habrá pedido un abogado, supongo.

—Sí, y no tardará en llegar.

—Pues, entonces, no hay tiempo que perder —resolvió Monfort, y se dirigió a la sala. Luego se volvió—: Buen trabajo, subinspectora.

Tampoco en esa ocasión hubo una sonrisa por parte de ella.

Cuando se abrió la puerta, el agente Pallarés estaba detrás del detenido, con las manos apoyadas en sus hombros.

—Soy el inspector Monfort —se presentó, y tomó asiento en la silla que un momento antes ocupaba el joven agente—. Estoy al mando de la investigación. A ver si colaboras con esto para que nos podamos ir a comer antes de que cierren las cocinas de todos los restaurantes de la ciudad.

—No tengo nada que decir.

—¿No tienes nada que decir porque mis compañeros se han equivocado de persona o porque eres culpable y prefieres guardar silencio?

—Yo no soy culpable de nada.

La cámara reglamentaria seguía grabando. A Monfort le daba igual.

—No seas tozudo y cuéntame qué hacías allí.

—No sé de qué me habla.

—Mis compañeros han visto tu coche en una grabación. Te bajabas de él a la hora del ataque. Luego se te ve caminando en dirección a la obra.

—No sé de qué me habla.

—Si se trata de repetir como un loro, en eso soy el mejor, así que no seas terco y cuéntame qué hacías allí.



—No sé de qué me habla.

—Todo esto juega en tú contra, no sé si eres consciente.

El hombre se encogió de hombros.

El agente Pallarés estaba nervioso; se retorció los dedos y no dejaba de moverse de un lado para otro. Monfort pidió a Silvia que salieran un momento del cuarto y lo dejaran solo con el sospechoso. Su intención era intimidarlo, pero, sobre todo, que entretuvieran al abogado de oficio en cuanto este llegara. Silvia sabía lo que quería, no hacían falta las palabras. Podía estar disgustada, pero era capaz de leer sus pensamientos cuando se trataba de trabajo.

Monfort se quedó solo frente a Daniel Manchón. Guardó un silencio aterrador que duró unos cinco minutos; algo impensable en la actualidad vertiginosa de cualquiera, más aún para un detenido y el policía al mando.

Finalmente, consciente de que el tiempo corría en su contra, habló.

—Es solo un niño. Debió asustarse mucho al ver un hombre como tú invadiendo un espacio que creía suyo en aquel momento. Fue muy valiente. De no haberlo sido, ahora sus padres llorarían su muerte. ¿Tiene algo que ver el hecho de que sea extranjero? ¿Te ha salido bien en otras ocasiones? Ya sé que no me vas a contestar, pero tengo a ese niño metido aquí. —Se señaló la frente—. Podrías ayudarte a ti mismo si me dijeras quién te ordenó que fueras allí. Tampoco es tan complicado: tú me cuentas quién mueve los hilos y yo le digo al juez que, en realidad, no eres un pederasta.

El hombre cambió su actitud altiva y bajó la cabeza.

«Falta poco», pensó Monfort.

—¿Quién hay detrás de todo esto?

Pero se terminó el tiempo. En ese momento, se abrió la puerta. El comisario accedió al interior; detrás de él estaban Silvia y un abogado que resultó no ser el de oficio, y sí un profesional entrado en años. No iba solo, se hacía acompañar por dos asistentes legales.

—¡Basta! —bramó a modo de saludo—. No puede interrogar a mi cliente sin que estemos presentes.

—Lo sé, lo sé —se disculpó Monfort tras ponerse en pie—. Solo estábamos hablando de animales de compañía; de gatos concretamente, que a veces sacan las uñas para defenderse.

Como en un acto reflejo, Daniel Manchón se llevó una mano por debajo del mentón izquierdo, donde tenía un arañazo tan reciente que

todavía debía de escocerle.

Monfort buscó a Silvia con la mirada. Esa vez sonrió fugazmente. Su corazonada tenía las uñas afiladas.

LA COMIDA CONSISTIÓ en unos tristes bocadillos de tortilla de patatas hecha muchas horas antes, y que alguien con escaso gusto trajo de un bar cercano. Una combinación capaz de espantar al estómago menos exigente.

—El que ha ido a buscar esto, nos odia —comentó Silvia en uno de los recesos del interrogatorio.

—El odio gastronómico es lo peor —se burló Monfort.

Romerales se acercó a donde estaban.

—¿Cómo va?

Monfort tragó un bocado con hastío.

—No va. Ni tampoco irá cuando volvamos. No hay nada que hacer.

Romerales miró a Silvia, que secundó con un gesto de cabeza las palabras del inspector.

—No hay ninguna prueba de que el hombre se dirigiera a la obra donde estaba Yinuo con los gatos —aseveró la subinspectora—. Solo se le ve bajarse del coche y caminar hacia un lugar. Nosotros hemos interpretado que va camino de la obra, pero podría ir a cualquier otro sitio. Y el arañazo dice que fue afeitándose.

—Ni siquiera podemos asegurar que es él —añadió Monfort—. Se le parece y el coche es igual, pero la matrícula es casi ilegible. Apenas vemos un número, y es verdad que coincide, pero no es suficiente.

—El juez nos mandará a freír espárragos —trató de concluir Romerales con pesar.

—Espárragos calentitos que no le irían mal a esta birria de tortilla —farfulló Monfort después de tirar la mitad del engrudo en una papelera cercana.

El abogado asomó la cabeza desde la sala de interrogatorios.

—¡No tenemos todo el día! —exclamó—. Mi cliente tiene cosas que hacer. No sé ustedes, pero el tiempo corre, ¡y siempre a nuestro favor! Interpondremos una denuncia por detención ilegal y comportamiento inadecuado.

El inspector subió a la primera planta para salir a la calle y encender un pitillo. No es que echara de menos la época en que se podía fumar ahí

dentro, pero con una esposa y una madre muertas, cualquier tiempo pasado era mejor.

Antes de tirar la colilla, vibró en su bolsillo el teléfono móvil. Era Irene. Descolgó con el corazón encogido.

—Bartolomé.

Aquella voz aterciopelada era capaz de acariciar los sentimientos más castigados por la soledad y, su tono, cadencia musical. Ritmo para el corazón.

—¡Irene! —respondió Monfort, feliz por escuchar la voz de la abuela de su esposa, pero afligido al darse cuenta de que no se había acordado de llamarla para informarle que su padre estaba en el hospital.

—Tranquilo, ya estoy aquí —dijo ella, que sabía leer sus pensamientos—. Me ha llamado Aniceta. Creo que esa mujer está enamorada. No deja de llorar y de decir que no sabe para qué diantres llamó al 112. Por lo visto, hay un neurólogo que le repite constantemente que no pueden hacer nada con eso de que tu padre cree que no puede respirar bien. Lo van a dejar en observación un día más, pero mañana lo enviarán a casa.

—Se llaman estereotipias —trató de pronunciar Monfort correctamente—. Son movimientos involuntarios que se realizan de forma idéntica con cada repetición. Una especie de tic, para que nos entendamos mejor.

—Sí, lo sé. Como las personas que balancean su cuerpo o se frotan las manos sin cesar, o las que no dejan de cruzar y descruzar las piernas cuando están sentadas.

—¿Cómo has venido desde Peñíscola?

—En un taxi. ¿O es que te crees que vivo en una isla? He llamado, me han venido a buscar y en menos de una hora he llegado hasta aquí. Sencillo. Ojalá todo fuera igual de fácil. Por cierto, mañana me llevaré a estos dos a la casa de la playa.

—Pero...

—No hay peros que valgan. El sol y la brisa del mar le sentarán bien al viejo gruñón. Puede que hasta se sienta más cerca de Yolanda.

La madre de Monfort, cuyas cenizas arrojaron al mar junto a la casa de la abuela Irene. Una construcción aislada a orillas de una costa limpia como pocas veces se puede ver por esas latitudes.

—¿Y Aniceta?

—Qué cocine *sancocho* y se suelte el pelo de una vez, que está más tensa que la soga de un ahorcado. ¡Huy, perdón!

—¿Sigues el caso?

—No me pierdo ni una.

—Pero los medios no acaban de saber la realidad de los hechos. Rascan la capa exterior, pero el fondo no lo conocen, y se vislumbra fuera de lo normal.

—No sigo la prensa.

—Ah, ¿no?

—No.

—¿Y entonces?

Silvia Redó salió al exterior de la comisaría y lo llamó en voz alta para advertirlo de que regresara enseguida.

—Ya hablaremos —dijo Irene para concluir la llamada.

TERREROS Y GARCÍA habían descubierto imágenes religiosas en casa de Daniel Manchón. Nada extraordinario en realidad, salvo porque las representaciones de vírgenes y crucifijos estaban mezcladas con simbología nazi.

—¿Los has mandado tú? —preguntó el inspector a Silvia.

—Sí.

—Pero eso es del todo ilegal. Si se entera su abogado, se nos caerá el pelo.

—Ahora mismo, te pareces a mí. No te preocupes, no se enterará.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Se han llevado a Pallarés. Según me dijo Terreros, es un maestro abriendo puertas sin dañar la cerradura. Todos tenemos un pasado, ya me entiendes. Les ha dado tiempo a hacer un buen puñado de fotografías. Y lo han dejado todo tal y como estaba. Nadie tiene que enterarse salvo que se lo cuentes a Romerales y se arme la de Dios es Cristo.

Monfort negó con la cabeza y resopló. Antes de entrar en la sala de interrogatorios, donde las voces del letrado dirigidas al comisario hacían saltar la pintura de las paredes, le lanzó la pregunta que llevaba dentro.

—¿Tú hablas con la abuela Irene?

—¿Yo? —Volvió a sonreír brevemente. Y ya iban dos veces en el mismo día.

TRAS UNA SERIE de llamadas telefónicas por parte de su abogado y la visita relámpago del juez, Daniel Manchón fue puesto en libertad. El experto letrado selló con un apretón de manos, y alguna cosa más que no llegó a oídos del resto, que la amenaza de denuncia quedaría únicamente en eso. Manchón, su abogado y los dos asistentes legales, caminaron por el pasillo rumbo a las escaleras. Silvia y Monfort observaron sus espaldas como una oportunidad perdida. Romerales les dio una palmada cuando los otros ya estaban fuera de la vista.

—Si estáis tan seguros de que es él, adelante. No tengo hombres ni presupuesto. Espero que os baste con esos tres. —Señaló con la barbilla el banco en el que aguardaban órdenes los agentes Terreros y García, y la nueva incorporación del agente Pallarés.

Monfort alzó las cejas y Silvia se llevó un mechón de pelo tras la oreja. Si aquello lo había dicho el jefe, había que ponerse manos a la obra antes de que se arrepintiera de la muestra de generosidad a la que no estaban acostumbrados.

—¿Qué le has prometido al abogado? —cuestionó el inspector.

—Que os mantendréis alejados de su cliente en todo momento.

A aquel hombre no había quien lo entendiera. Tal vez se trataba de la preocupación por lo que haría tras la jubilación lo que hacía que dijera sandeces. O quizá era que se le estaban pegando las malas costumbres ahora que le quedaba poco tiempo en el servicio.

—Has pactado con su abogado que no nos acerquemos y ahora nos dices que vayamos a por él. Ya me dirás cómo lo hacemos.

Romerales se lo quedó mirando. Sonrisa aviesa de zorro viejo.

—Que le den por el culo al picapleitos.

LA CALLE APARISI Guijarro era estrecha, una vía tranquila con pocos números que comunicaba las concurridas ronda Mijares y República Argentina, conocida por albergar la nueva entrada del Hospital Provincial. Terreros aparcó el coche encima de la acera en la ronda, junto al hotel Jaime I. Él mismo se apostó en la esquina, García hizo lo propio junto a República Argentina, y Pallarés se dedicó a caminar la calle arriba y abajo

como un transeúnte más, pese a que por allí apenas pasaban más que los pocos vecinos de los inmuebles, algunos de ellos abandonados.

En el número 15 no había indicios de que hubiera alguien en su interior. A Pallarés no se le ocurrió otra cosa que tocar el timbre y esconderse detrás de un coche para saber si Daniel Manchón estaba en casa. Nadie abrió la puerta. Tampoco se veía ninguna luz. Terreros llamó a García por teléfono.

—El colega está chalado. ¿Has visto lo que ha hecho?

—Eso no lo habrá aprendido de la serie CSI.

—Más bien son reminiscencias de las calles de Sant Joan de Moró cuando era crío.

—O sea, de anteayer.

—Pues qué quieres que te diga. Tampoco me ha parecido tan mala idea.

—Rudimentaria, eso sí.

—Primitiva, más bien.

—De todas formas, toma nota. Igual lo ponemos en práctica alguna vez.

—Mientras luego no lo cuentes en el bar.

—¡Aquí está! —exclamó García desde la esquina de República Argentina al reconocer el vehículo de Daniel Manchón. La calle era de una sola dirección y el sentido era hacia la ronda Mijares—. Está buscando aparcamiento. Su casa es vieja y no tiene garaje. La calle está a tope de coches.

Sin embargo, Daniel Manchón aparcó con tranquilidad en un vado junto a su casa y se bajó del coche. Llevaba un maletín. Abrió la puerta de la casa y accedió.

—¡Ha entrado! —vociferó Pallarés, para estupor de sus compañeros.

Terreros y García seguían con los teléfonos pegados a sus orejas.

—Menuda perla —juzgó Terreros.

—Debe ser primo de alguien —estimó García.

A petición de Monfort, Silvia había llamado a Marta Ros para que se personara en la comisaría de forma inmediata. En ese momento, aguardaba en el despacho de la subinspectora con gesto contrariado.

Monfort llegó tarde. Parecía intencionado, pero no lo era.

Había llamado a Irene para saber cómo se encontraba su padre. Aniceta parecía dispuesta a lanzarse por una ventana, aunque tal cosa fuera

imposible, porque se encontraban en la planta baja del hospital. Era una mujer exagerada en todos los aspectos. Se culpaba de lo sucedido y no dejaba de hablar de forma acaramelada y exagerando su acento como nunca con todas las enfermeras y los enfermeros que se encontraba a su paso. *Papasito* para ellos y *amorsito* para ellas. Del todo insufrible para Irene, una mujer solitaria que vivía en una casa rodeada solo por el mar y la montaña, sin vecinos ni apenas turistas que se acercaran hasta allí.

—Mañana me largo y me llevo a tu padre —lo había advertido—. Ella que haga lo que quiera.

Todavía con la retahíla de reproches resonando en su cabeza, entró en la oficina de Silvia sin saber del todo qué iba a decirle a la hermana del ahorcado.

Ella tomó la iniciativa cuando lo vio entrar.

—¡No les consiento que...!

—¡Cállese! —No le costó arrancar la conversación—. Mintió al decirnos que se alojaba con una amiga cuando en realidad es un hombre, un ligue a su disposición para cuando viene a la ciudad. ¿Cómo quiere que nos creamos una sola palabra del resto de cosas que nos ha contado?

Guardó silencio mientras tomaba asiento. Silvia miraba impávida.

—Le propongo una cosa: vuelva a explicarnos todo desde cero, una vez más. Sin mentiras y sin ocultar nada en absoluto.

—Pero ¿qué es lo que quiere saber?

—La verdad acerca de quién era su hermano. Sus experiencias con las drogas. Sus problemas mentales. Y a dónde lo llevó todo eso.

ELVIRA FIGUEROA HABÍA llamado a Monfort hasta en cuatro ocasiones, pero él tenía el teléfono desconectado o fuera de cobertura. Lo normal es que estuviera absorto en un interrogatorio, o cualquier cosa que hiciera que le impidiera responder a sus llamadas; pero los celos son un arma arrojadiza de doble efecto, un bumerán capaz de golpear al interpelado, pero también al propio lanzador. Ahora estaba enojada consigo misma por no dejar de darle vueltas a qué pensaría él cuando viera las repetidas ocasiones en que había tratado de ponerse en contacto de forma insistente. «La loca, la desesperada... La despechada, también», pensaba que diría él. El tiempo libre sin ocupación era una tortura. Había vaciado media botella de whisky que él había dejado en el mueble bar meses antes.

En Teruel hacía un frío espantoso. Los primeros copos de nieve cubrieron la tierra seca de las dos macetas con geranios secos en el minúsculo balcón de su casa que daba a la calle de El Salvador. Miró la nieve mezclada con la tierra y trató de recordar la última vez que había echado agua en los tiestos. Lo poco que quedaba parecían sarmientos invernales, como dedos de anciano, callosos, retorcidos y aparentemente carentes de vida. Se tambaleó. Había bebido demasiado, pero qué más daba cuando lo que quería no iba a llegar. Se agarró a la cortina para mantener el equilibrio y, de forma torpe, la arrancó del riel. Ambas cayeron sobre el suelo de frías baldosas. Sin fuerzas para levantarse, se cubrió con la fina tela y, a través de la cristalería del balcón, buscó un ángulo del cielo que no contuviera la pared del edificio de enfrente. La nieve caía despacio, se precipitaba como pequeñas bolas de algodón desde algún lugar gris por encima de la torre mudéjar.

Trataba de quitársela de la cabeza, pese a que los celos eran inclementes, a que dolían como la mordedura de una serpiente que inyecta su veneno a través de una punzada en el corazón y reparte la toxina a gran velocidad hasta llegar al cerebro. Sabía que los celos enfermizos se manifestaban de forma especial en momentos de baja autoestima o por experiencias pasadas negativas. Sentía miedo del distanciamiento, de la pérdida definitiva; una angustia insoportable que le generaba ansiedad.

Se arrastró por el suelo enredada en la cortina caída hasta llegar a la silla junto a la mesa. Trepó hasta que logró sentarse. Volvió a llenar el vaso y bebió con rabia.

El cristal del balcón le devolvió una imagen reflejada. No era la suya, tampoco la de Bartolomé.

Apuró la bebida. Empezó a cantar una canción que sonaba de fondo mientras acompañaba las palabras con sus propios sollozos.

Fuera, nevaba con mayor intensidad. Una cortina de copos blancos, grandes como puños.

Era la figura de Silvia Redó la que irradiaba en el cristal.

Cuando haces lo mejor que puedes, pero no tienes éxito.

Cuando consigues lo que quieres, pero no lo que necesitas.

*Fix You.* Coldplay



*TENDÍ UNA TRAMPA a aquel «colega» de la discoteca para que me dejara el camino libre en el negocio. Lo detuvieron una semana más tarde. No tardé en olvidarme de él. Tampoco en encontrar a, como él mismo había dicho, «su mejor cliente».*

*Ahora se hace llamar padre Josué, aunque para mí sigue siendo el padre Guzmán. Se ha atrincherado en una enorme casa de campo ubicada en mitad de la nada, aislada de todo, en una montaña conocida como el Desierto de las Palmas. El nombre de «desierto» no le viene dado porque sea un espacio árido, sino porque la Orden de los Carmelitas Descalzos, comunidad que habitaba un monasterio en el paraje, denominaba de esa forma a los retiros situados en lugares donde no había poblaciones cercanas, aspecto que, según ellos, ayudaba al encuentro con Dios.*

*La casa está en una zona boscosa de gran belleza a la que se accede por un sinuoso camino de tierra que asciende entre masas de pinos y carrascas hasta un recodo desde el que se puede contemplar el mar, con la población de Benicàssim a sus pies. En la parte más alta de la montaña, se encuentra el monasterio Carmelita, pero el padre Guzmán no está allí por su afinidad con Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz.*

*Su expresión de sorpresa al verme tras la verja delató un atisbo de temor que supo corregir al instante. Me hizo pasar de forma amable, me abrazó con ganas para que sintiera toda su fuerza. Antes de acceder al interior, dimos un paseo por los alrededores. Hablaba como si todo le perteneciera; sus palabras eran condescendientes, como si estuviera viviendo otra vida en un planeta distinto. Me contó que, tras los incidentes en el centro de menores, a los cuales no se refirió explícitamente, había sido castigado por ello y excomulgado. Al cumplir lo que llamó su «injusta penitencia», dijo haber roto toda relación con el Vaticano para dar comienzo a un nuevo periodo de sabiduría eterna.*

*Este es un lugar sublime, aunque espartano. Puedo contar una decena de hombres que pululan como zombis. Unos cultivan un fértil huerto y otros se dedican con esmero al cuidado del jardín. A todas luces, están*

*drogados. Todos lo reverencian a su paso y le regalan sonrisas que parecen faltas de vida. Él se limita a levantar una mano como si les otorgara la bendición.*

*En la casa, las paredes están pintadas de blanco impoluto y hay pocos muebles. Cruzamos un enorme zaguán desde donde pude intuir una cocina en la que se escuchaba ruido de utensilios, pero no voces de personas. Me hizo pasar a su despacho, una gran sala sin apenas ventanas y con un fuego encendido que da calor a la estancia. Hay una mesa de trabajo, una silla para él y otra para quien se pusiera enfrente, y una gigantesca estantería repleta de libros. Aparte del escaso mobiliario, solo había un extraño cuadro que pendía de la pared, que quedó a su espalda una vez ocupó su asiento.*

*Le pregunté si dirigía una secta. No respondió. Se limitó a sonreír. Luego negó con la cabeza, y las pupilas de sus ojos se dilataron de forma exagerada.*

## Domingo 13

SE ENCONTRABAN EN el séptimo día desde la muerte de la joven mauritana y, en las últimas cuatro jornadas, no habían tenido noticia de ningún asesinato, lo que solo aportaba argumentos de peso a Monfort para tratar como descabellada la teoría de Lina O'Brien. Sin embargo, la aparición del cadáver de Arcadio Ros, las revelaciones primero de Claude Bata y luego de Marta Ros, sumadas a la extraña negativa a declarar por parte de Daniel Manchón con respecto al intento fallido contra Yinuo en el cuarto día, hacían que algo extraño se gestara en su fuero interno.

—¿Te he despertado? —preguntó Monfort cuando la joven patóloga respondió a la llamada.

—Yes. Sí. *What time is it?* —carraspeó Lina sin intención por disimular la ronquera de su voz—. Anoche salí. Hasta muy tarde. Ustedes aquí son muy... —No encontró la palabra adecuada, aunque no era difícil intuir lo que quería decir.

—Necesito que nos veamos. Que me expliques mejor tu teoría. He tratado de quitármela de la cabeza, pero...

—Le pasa lo mismo que a mí con la... ¿Cómo se dice *hangover* en español?

—Resaca —respondió Monfort—. Ya deberías saberlo.

—¿Qué quiere que le explique?

Monfort pudo escuchar el sonido de la rueda del mechero al rasgar la piedra que hacía prender la llama. A continuación, la calada y la posterior expulsión del humo. Pensó que Lina era uno de los suyos, pero estaba feo que lo fuera en materia de vicios.

—Me dijiste que hay indicios preocupantes en la forma en la que han muerto los tres jóvenes. Incluso en el intento fallido con el niño chino. Mencionaste algo sobre las sectas destructivas. Pero luego dejaste de hablar y aplazaste una serie de preguntas sin resolver.

—*What for some is a sect, for others it is their own faith.* —Dio una nueva calada y la consiguiente espiración—. No creo que pueda ser de tanta utilidad como usted cree.

—Deja que yo lo decida.

Hubo un silencio prolongado que Lina resolvió tras un resoplido de esfuerzo, como si se hubiera incorporado de la cama o del sofá. Con resaca cualquier cosa suponía una dificultad.

—Está bien, pero ahora no estoy en condiciones.

—Puedo llamarte esta tarde y quedamos en algún lugar, si te parece bien.

—Mientras no sea para beber.

Cuando colgó, Monfort se dio cuenta de que Lina había hecho aquel comentario en su lengua materna; tal vez había sido más para sí misma que para él. Lo había pronunciado como una frase hecha, como algo que ya existía previamente en la conciencia de la irlandesa.

«Lo que para unos es una secta, para otros es su propia fe».

El inspector recordó entonces la visita de Marta Ros a la comisaría, donde había confirmado que su hermano tenía serios problemas con los ansiolíticos. Consumía pastillas, pero también cualquier tipo de droga que estuviera a su alcance. En los últimos años, la cosa se había agravado de manera preocupante. Marta descubrió que ella misma estaba costearo los vicios de su hermano: este empezó pidiéndole dinero para poder pagar el alquiler del piso y los gastos habituales de cualquier persona bajo la promesa de devolvérselo, en cuanto encontrara trabajo; pero el trabajo no llegaba y Arcadio necesitaba cada vez más dinero. Sus sospechas se confirmaron el día en que descubrió una pintada en la puerta de su casa:

SI TU HERMANO NO PAGA, PAGARÁS TÚ

La mujer aseguró que, tras ese incidente, viajó hasta Castellón. Tenía llaves del piso, pero Arcadio no estaba; lo esperó durante horas. Llegó la noche, y ni llegaba ni contestaba a las llamadas. Se quedó a dormir y pasó el día siguiente preguntando por los alrededores del inmueble en el que nadie parecía conocerlo realmente. Les sonaba, sabían quién era por encontrárselo en los alrededores del bloque de pisos, pero nadie tenía relación con él.

Cuando Monfort le preguntó que por qué no había llamado a la policía, Marta guardó silencio y se puso a llorar. Tras recuperarse, habló:

—Me llamó varios días después. Yo había vuelto a Requena. Tenía miedo de que cumplieran lo que ponía en la puerta. Era evidente que estaba drogado, pero aquella voz no era la de alguien que va hasta el culo de coca ni de Valium. Era una voz extraña, como si estuviera en trance. No se reía, tampoco se hacía el gracioso como era habitual; no se hizo la víctima, ni el arrepentido, que de eso él sabía un rato. Era otra cosa. Incluso las palabras que utilizó eran distintas; él nunca me había hablado así, con esa seriedad tan... No sé cómo llamarlo. ¿Profunda? Dijo que había encontrado un lugar en el que lo más importante era el pensamiento. Que había iniciado un periodo de sabiduría eterna. Que estaba allí para ayudar a limpiar el mundo de basura.

EL INSPECTOR APAGÓ lo que le quedaba del segundo cigarrillo en un cenicero junto a las puertas automáticas y entró en el hospital. Por la noche, habían subido a su padre a planta, donde permanecía en una habitación compartida con un hombre que parecía estar en las últimas. Una mujer joven lloraba en silencio sentada en una silla junto a la cama.

Monfort se acercó a su padre y lo besó en las huesudas y mal afeitadas mejillas. Parecía dormido, pero no lo estaba.

—¿Cuándo nos vamos de este antro? —preguntó Ignacio Monfort.

—Yo también te deseo buenos días. ¿Ha pasado el médico para darte el alta?

En ese momento, irrumpieron en la habitación Aniceta e Irene enzarzadas en algo que parecía una discusión, pero que en realidad era la voz de la asistenta adueñándose de la estancia. Hablaba sin hacer pausas, como un escritor que se niega a utilizar ciertos signos de puntuación, como algunos libros de José Saramago.

—Anoche se lo hizo todito encima —le anunció a Irene—. Manchó hasta la batica de cuadros.

Debía de ser una expresión de su país o de su familia. Si bien llevaba más tiempo en España del que había vivido en lo que ella denominaba una y otra vez su tierra, se aferraba al acento, a las expresiones coloquiales y a una gastronomía tan contundente como difícil de digerir.

—¿Y lo limpiaste tú? —preguntó Irene.

—Una enfermera —respondió Aniceta.

—Pues entonces no te quejes.

Monfort saludó a las dos mujeres y preguntó por el doctor.

—Ahora viene —lo informaron las dos al unísono.

Con el parte de alta firmado y una serie de recomendaciones que Aniceta se ocupó de apuntar en una libreta como si de ello dependiera la vida del planeta, los cuatro salieron a la calle. Parecían salidos de una secuencia de *La escopeta nacional*, la película de Berlanga. Monfort les pidió que dejaran de discutir y que aguardaran en la puerta del hospital mientras iba a buscar el coche. Soplaban un viento frío. Solo faltaba que su padre se constipara y tuvieran que regresar al interior cargado de olor de medicamentos y comida de régimen.

Pese a las quejas de la asistenta, partieron hacia Peñíscola. Si a Irene se le había metido en la cabeza que debían ir allí y no a Villafranca del Cid, no había más que decir. Aunque Aniceta siempre tenía una última frase para todo.

—¡Qué vaina de familia!

Por el camino, Monfort rogó que el tiempo allí no fuera espantoso, cosa que era de lo más habitual en aquella época del año y en semejante lugar oculto en los mapas. Pero en la cala donde vivía Irene no hacía viento y el frío era soportable. Incluso el sol había hecho acto de presencia para calentar la arena de la playa y aumentar algún grado el agua del mar.

En la puerta de la casa esperaba sonriente una amiga de Irene. La columna de humo que salía de la chimenea y aquel olor a guiso de pescado que llegó hasta ellos, delataron que la llegada sería un regreso al hogar. Ignacio Monfort se abrazó a la mujer con ímpetu y la besó en el cuello de forma apasionada. La llamó Yolanda en reiteradas ocasiones. Monfort trató de convencerlo de que no era su madre, pero Irene movió la cabeza para indicarle que lo dejara estar, que no valía la pena llevarle la contraria. A la amiga, que se había ruborizado, no pareció importarle tanto la confusión. Aniceta Buendía se persignó tres veces seguidas y soltó una sarta de ruegos o reproches al Altísimo.

Una vez que terminaron de comer el excelente *suquet de peix* que había preparado la amiga de Irene, se retiraron a descansar. Más tarde, esta regresó a su casa en Peñíscola, lo que provocó la ira del anciano, que lo interpretó como una afrenta a su honor. Irene trató de apaciguarlo cogiéndolo de la mano mientras el pequeño Suzuki Vitara se perdía en el

camino de tierra tras pasar por delante de la Torre Badum. Ignacio Monfort, con el brazo en alto, se despedía de la mujer como don Quijote de Dulcinea, con unas palabras que su enfermedad había otorgado el beneplácito de dejar intactas en su frágil memoria.

Si me correspondieras, tuyo soy; y, si no, haz lo que te viniera en gusto, pues yo, con acabar con mi vida, podré poner fin a tal crueldad y deseo. Tuyo hasta la muerte, el Caballero de la Triste Figura.

MONFORT SABÍA QUE una siesta podría arruinar una llegada decente a su reunión con Lina O'Brien, por lo que decidió despedirse de su padre y de las dos mujeres, y partió de nuevo hacia Castellón. Se detuvo al llegar a lo alto del camino, antes de que la casa desapareciera tras el desnivel de la colina. Miró por el retrovisor. La austera construcción junto a la pequeña playa parecía una embarcación varada en la arena. Las paredes pintadas de blanco refulgían entre el verde de la montaña y el azul del mar. La chimenea seguía viva, lanzaba señales de humo que se perdían entre los rayos de sol. A su padre le iría bien el cambio, el mar le proporcionaría descanso; Irene se encargaría de ello aunque tuviera que coserle la boca a Aniceta. ELVIRA SE HABÍA levantado tarde y con una resaca excesiva. Tras una ducha prolongada, se tomó dos cafés cargados sin azúcar. Estaba curtida en aquellas lindes. No se iba a amedrentar por vaciar una botella y que la parte del corazón donde habitaba el amor sufriera nuevos estragos. El alcohol destapaba sentimientos ocultos y los ponía de manifiesto; también se abría camino entre el ridículo y la cordura. No estaba mal mientras se estaba ebria, pensó; pero en ese momento, mientras el aroma del gel de baño se mezclaba con el café recién hecho, se dijo que había llegado la hora de dejarse de puñetas y tirar del hilo de la sospecha.

Pese a ser domingo, convenció a un colega para que le abriera las puertas del Palacio de Justicia de Teruel. No había nada que no pudiera resistirse a la promesa de una comida en el magnífico restaurante Yain. La emblemática plaza de San Juan estaba concurrida. La gente no temía al frío y ocupaba las terrazas de los bares en busca de los tímidos rayos de sol y los cafés de una prolongada sobremesa dominical. También servían como excusa para poder fumar.

El compañero de Elvira rebasaba con creces los sesenta años, treinta de los cuales los había pasado entre aquellas paredes. Con total seguridad, se desenvolvía allí mejor que en su propia casa.

Aunque el caso que buscaba había sido expedido en un juzgado de Valencia, la actual conexión informática evitó un desplazamiento hasta la capital del Turia; eso ya había quedado atrás. El colega no era muy ducho en asuntos de ordenadores, pero ella le facilitó el trabajo. Entre los dos, dieron enseguida con el caso de Arcadio Ros, el mánager del grupo del que era incapaz de recordar el nombre.

—Apóstoles de la Muerte —exclamó tras leerlo en el informe.

—¿Y eso qué es? —preguntó su acompañante.

—Un grupo de música.

—A mí, todo lo que no sea la *Jota Seguida de Teruel*, ni me va ni me viene.

—¿Puedo imprimir estos documentos?

El hombre se encogió de hombros.

—*Pa'* lo que me queda en el convento...

LOS AGENTES TERREROS, García y Pallarés se habían jugado a los chinos los turnos de vigilancia de Daniel Manchón durante aquel domingo. Si por Pallarés hubiera sido, habrían tirado la puerta abajo para pillarlo infraganti con sus rollos religiosos y pronazis.

—A este no lo podemos dejar solo —expuso Terreros a García refiriéndose a Pallarés, a pesar de que lo tenían delante.

—No ha salido de su casa desde ayer —protestó el novato—. A saber qué está haciendo ahí dentro. Yo creo que deberíamos...

—Tú no crees nada, chaval —lo interrumpió García—. Harás lo que te digamos y no nos jodas, que bastante tenemos ya con estar aquí de plantón.

—Tú debes vivir con tus padres —aventuró Terreros.

El agente Pallarés les sacaba a ambos una cabeza de alto. Pero su cara era la de un joven recién salido de la academia.

—Con mi madre —puntualizó—. Tampoco creo que sea un crimen —trató de defenderse—. Tengo la comida en la mesa y la cama hecha.

—¿Tienes novia? —preguntó Terreros.

—Algo hay, pero todavía no es nada serio.



—¿Y no le importa que trabajes los domingos?

—Cuando nos conocimos, yo ya estaba en Ávila, y venía más bien poco.

—Otra santa —reaccionó García.

—Hasta que se harte —matizó Terreros.

Se encontraban en la terraza del bar Color, un establecimiento popular que hacía esquina con la ronda Mijares. Habían comido unos bocadillos y ahora tomaban café. Estaban de pie porque, de esa forma, controlaban la puerta de la casa de Daniel Manchón, que seguía sin dar señales de vida.

—Llevamos tantas horas aquí que debe de ser muy tonto si no nos ha visto ya por la ventana —expresó Terreros.

—Bueno, a ver, ¿cómo lo hacemos? —expuso García—. Yo quiero ir a casa, saludar a la familia y cambiarme de ropa.

—Toma, y yo —protestó Terreros.

—Yo me quedaré —se ofreció Pallarés.

—No me fio —dijo Terreros.

—Podéis ir tranquilos. En cuanto se mueva la puerta, os avisaré.

Terreros y García se miraron.

—Está bien —aceptó Terreros—. García vive muy cerca y yo no tardaría ni diez minutos en llegar en el caso de que suceda algo.

—No hagas el tonto, chaval —lo advirtió García mientras miraba su reloj de pulsera—. En dos horas nos vemos aquí otra vez.

—No os preocupéis —concluyó el agente de Sant Joan de Moró.

Terreros pagó la cuenta y se fue a por su coche. García se marchó a pie.

Pallarés caminó hasta llegar a la casa de Manchón. Se sentó en un portal de enfrente y observó la ventana de la planta de abajo, que permanecía cerrada. Sacó el teléfono móvil e intercambio mensajes de texto con su novia. Ella estaba triste, lo echaba de menos, decía. Llevaba todo el tiempo de noviazgo echándolo de menos; al principio, porque estaba en la academia, lejos del pueblo, y ahora, porque casi siempre estaba de servicio. Él le escribió que debía tener paciencia, era el novato y seguramente se aprovechaban un poco de él, pero le aseguró que pronto se ganaría el respeto de los compañeros y los superiores en la comisaría y las cosas cambiarían por completo. La joven le envió unos emoticonos con forma de corazón y luego otros con lágrimas.

El joven agente pensó en lo sola que debía sentirse, y también recordó las palabras de Terreros, quien dio por sentado que vivía con su familia por el mero hecho de ser joven, como si él no pudiera mantener a una familia. Echó de menos los besos de su novia y los achuchones en el coche antes de que ella regresara a casa por las noches. Les había dicho a los compañeros que no era nada serio, pero era del todo mentira: estaba enamorado hasta las trancas y no dejaba de pensar en sus curvas y lo que ella era capaz de hacer con su menudo cuerpo. Como si los dedos se movieran solos por el teclado, le dijo que tenían que hablar aquel mismo día, que no podían dejar pasar el momento que estaban viviendo. Ella escribió un montón de interrogantes y él le dijo que la quería, que deseaba que fuera para siempre, que estaba muy enamorado, que la echaba de menos y que no podía soportar más dormir en la camita de cuando era un niño. Ella respondió que sentía lo mismo, que estaba harta de estar sola, de las preguntas de su madre, de su hermana, de su abuela... Le dijo que quería más, y Pallarés se derritió sentado en el portal. Apoyó la cabeza contra la pared y sonrió de placer. Hubo una larga despedida cargada de arrumacos en forma de algunas palabras tiernas y otras picantes, como a ambos les gustaba. Quedaron en verse por la noche, cuando él acabara el servicio. Finalmente, el joven agente le envió un emoticono con forma de anillo. Y ella escribió un gran sí en mayúsculas, con muchas íes y signos de admiración.

Cuando Pallarés, extasiado, se guardó el teléfono móvil en el bolsillo y se puso en pie, el coche de Daniel Manchón había desaparecido del lugar donde había permanecido aparcado hasta ese momento.

## Dos meses antes

ABANDONARON EL VEHÍCULO y se escondieron entre los coches estacionados junto a una plaza. Los hombres de Brian Santos apenas tardaron dos minutos en llegar. De haber seguido en el llamativo coche, les hubieran dado caza. Cuatro gorilas escudriñaron el interior y mascullaron palabras que no pudieron entender por la distancia. Uno de ellos habló por teléfono durante algo más de cinco minutos. Los otros tres discutieron, aunque parecía que, al final, habían llegado a un consenso. A continuación, se subieron al coche y se marcharon a toda velocidad. Monfort todavía tenía las llaves del Mercedes en el bolsillo. Las tiró por la rendija de una alcantarilla.

Si Brian Santos había muerto al lanzarse del coche, ellos también lo estaban. Si estaba herido, también morirían. Y, si permanecía sano y salvo, no tendrían escapatoria. Había que pensar algo. Y deprisa.

Moverse por el peñón sin levantar sospechas era una tarea complicada. Cualquiera de los que se cruzaron mientras caminaban por Line Wall Road podía estar al servicio de Santos. Había que localizar el Opel Astra en el que se había marchado Óscar, pero también se antojaba una tarea imposible entre tantos coches. Aquel parque automovilístico tan numeroso en un área tan reducida era un serio problema para Gibraltar.

—¿Estamos en la zona que marcó Santos en el mapa? —preguntó Monfort.

—Sí, eso creo —respondió Silvia.

—¿El coche tiene algún rasgo para que lo podamos identificar? —Ella le sostuvo la mirada. ¿Qué clase de pregunta era aquella? ¿Era para salir del paso, o para poder excusarse? ¿Cómo iba a acordarse de alguna peculiaridad?

Entonces Monfort señaló hasta cuatro Opel Astra de color verde aparcados en los alrededores de una oficina del Natwest Bank.

—Mierda —farfulló ella.

Continuaron con la búsqueda por las inmediaciones del lugar señalado. Agachaban la cabeza al cruzarse con otros transeúntes por temor a ser reconocidos. No tardaron en ver el coche de los esbirros de Santos mal aparcado en una esquina. Escucharon una serie de gritos y corrieron hasta el lugar de donde creían que habían salido las voces.

Antes de llegar, vieron a dos siluetas meterse a toda prisa en un coche. Uno de los hombres era alto y el otro más bajo. El de menor estatura obligó al otro a sentarse en el asiento del copiloto. Cuando lo tuvo sentado, levantó la mano. Llevaba algo en ella con lo que lo golpeó. Un grito sordo invadió la calle. El hombre más bajo cerró la puerta del acompañante y rodeó de prisa el vehículo para sentarse al volante. Era un coche de color verde, un Opel Astra. Arrancó y salió disparado del aparcamiento haciendo chirriar los neumáticos. Iba en la dirección en la que ellos estaban escondidos. Al pasar cerca, los policías distinguieron a la perfección la mueca de venganza en el rostro de Óscar Calleja. El otro, que iba echado hacia un lado con los ojos cerrados, debía de ser Ángel, el agresor de Robert, ¿quién si no? Antes de que pudieran reaccionar, vieron pasar a los hombres de Santos a toda velocidad. ¿Cuánto podía durar una persecución en Gibraltar si apenas tenía cinco kilómetros de largo por uno de ancho?

Lo que Monfort y Silvia no sabían era que gran parte de su infraestructura era subterránea. Durante la Segunda Guerra Mundial, se construyó un gran entramado de kilómetros de túneles bajo tierra, en los que se instalaron generadores de electricidad, servicios telefónicos, comercios y hasta hospitales. En la actualidad, muchos de los túneles permanecían cerrados. Unos pocos eran de uso exclusivo del ejército británico, mientras que otros todavía se utilizaban como almacenes de agua o combustibles.

«Todo lo tenemos dentro del peñón, el petróleo, la gasolina... Desde fuera no se ven esas cosas, pero dentro es otro mundo», afirmaba un tal Tito Vallejo Smith en un folleto turístico que Silvia había recogido de un expositor de la calle.

Un lugar ideal para esconderse.

## Domingo 13, por la tarde

CON LA DOCUMENTACIÓN quemándole en las manos, Elvira tomó asiento en una cafetería bajo los soportales de la calle Ramón y Cajal, desde la que se veía parte de la plaza del Torico. No había querido aguardar a llegar al piso. Antes, había dado las gracias al compañero, que, tras cerrar las puertas del Palacio de Justicia, regresó al calor del hogar en el que debía estar esperándolo su familia. Tal vez la fortuna y el éxito eran solo cuestión de salud, posibles para ir tirando y una casa con un sofá mullido en el que alguien aguardara el regreso.

Pidió un café a sabiendas que no dormiría por la noche. Era el tercero del día, y a ella más de dos le sentaban como un tiro a la hora de conciliar un sueño cada vez más difícil de gestionar. Corría un viento frío sobre los adoquines de la calle, desde el Torico hasta la curva que llevaba hasta la plaza San Juan, justo a la altura de la calle de la Amargura. Un corredor de ventisca digno de un mes de febrero en Teruel. Una pareja bebía licores en sendas copas; el de ella era de color verde, el de él, rojo cereza. Licor de hierbas y pacharán, apostó la jueza. Arrumacos bajo los soportales, risas cómplices, promesas de aventuras trepidantes, riesgo a la melancolía de una despedida, anhelo del regreso. Él jugaba con un mechón de pelo de ella, lo enredaba entre sus dedos y lo convertía en un tirabuzón; ella sonreía coqueta y le acariciaba el mentón. Palabras susurradas al oído, miradas de deseo. Elvira suspiró: qué lejos quedaba todo aquello en su horizonte de madurez.

El café se había enfriado. El camarero, pendiente, le propuso cambiarlo por otro. A ella le bastó con su amabilidad. Era apuesto, alto y extrañamente desgarrado. Los pantalones negros le quedaban cortos y la chaquetilla, demasiado estrecha. Tal vez no era su sitio. Quizá a él tampoco lo esperaba nadie, o sí. La jueza dejó que la imaginación vagara en un criterio aleatorio, en una ficción del todo equivocada, lo más seguro.

Bebió el café frío. Él le sonrió tímidamente desde la puerta de la cafetería mientras fumaba casi a escondidas, con el cigarrillo en una mano oculta a la espalda. Lanzaba el humo hacia un lado de forma disimulada. De repente, se le iluminó el rostro. Por la esquina de la calle comandante Fortea apareció una mujer menuda, morena, embutida en un abrigo gastado, que sujetaba a dos niños pequeños; un niño y una niña que, tras liberarse de la protección de la madre, corrieron a toda velocidad para echarse a los brazos de un padre emocionado. Cuando la mujer llegó donde estaba, se puso de puntillas y se estiró todo lo que pudo; él dobló el cuello, la estrechó entre sus brazos y la besó, y ambos cerraron los ojos de puro placer mientras los chiquillos daban saltitos a su alrededor.

El reencuentro, la necesidad del abrazo, de un beso, de conectar de nuevo con la otra persona. El amor que quieres es todo el que necesitas.

Elvira abrió la carpeta y comprobó lo que el compañero le había mostrado: en su defensa posterior, Arcadio Ros declaró haber adquirido tendencias suicidas tras su paso por una secta peligrosa.

EL CONDUCTOR ESTABA sentado en la acera y lloraba desconsolado. Hundía la cara sobre los brazos cruzados apoyados en las rodillas. A todo lo que le preguntaban los dos agentes de la Policía Local, respondía con una negativa sin moverse de aquella posición. Finalmente, lograron ponerlo en pie y llevarlo hasta el furgón de atestados. Le hicieron las pruebas de alcohol y drogas, con resultado negativo en ambas. El capó del coche estaba abollado y la luna delantera, rota, cuarteada e impregnada de sangre.

El cadáver permanecía a unos veinte metros del vehículo. El impacto había sido colosal.

—Tampoco iba tan deprisa —insistía el conductor—. Aceleré un poco antes de que el semáforo cambiara, pero es que ha saltado de la acera y se ha puesto delante sin que yo tuviera tiempo de reaccionar. ¡Se lo digo de verdad, joder! Puede preguntarle a los ocupantes de los otros coches, que tampoco iba yo solo por la calle.

Dos agentes dialogaban con tres conductores más, un hombre y dos mujeres, que circulaban a la vez en el momento del siniestro. Los tres coincidían en que el hombre se había precipitado a la calle de un salto

desde la acera. Los tres incidían en que habría sido imposible impedir el atropello.

—Le ha pasado a él —explicó una de las mujeres mientras señalaba al conductor implicado—, como podía habernos pasado a cualquiera de nosotros.

—Se ha metido adrede en mitad de la calle —señaló la otra mujer.

—Como si quisiera suicidarse —añadió el otro conductor.

Un equipo forense se había personado en el lugar de los hechos e inspeccionaba el cadáver con su habitual procedimiento.

Al momento, llegó un coche de la Policía Nacional y de él se bajaron tres hombres. Tras presentar sus credenciales al forense al cargo, pidieron ver al hombre que yacía en el suelo.

Los agentes, Terreros, García y Pallarés, se quedaron pasmados al ver que el fallecido por atropellamiento no era otro que Daniel Manchón.

MONFORT LLEGÓ VEINTE minutos tarde a la cita con Lina O'Brien. Ella había decidido que fuera a los pies de la estatua del Rey Jaime I, en la avenida del mismo nombre. Aguardaba sentada en el primero de los escalones de la base que rodeaba la regia escultura del monarca engalanado con el escudo y la espada y aquel curioso casco coronado por un dragón alado, mostrando al pueblo un pergamino enrollado en una de sus manos.

Su pelo rojo refulgía entre el granito blanco en el que se sentaba. Lanzó una colilla al suelo cuando lo vio acercarse. Él pudo oler el rastro del aroma de la marihuana.

—Perdón por el retraso —dijo a modo de saludo.

Ella exhaló el resto del humo que quedaba en su interior.

—Eso no es del todo legal —observó Monfort.

Lina se encogió de hombros.

—Como tantas otras cosas, supongo.

No había ido hasta allí para que ella lo tildara de gruñón, así que ahora que había terminado de fumarse el porro, le propuso tomar un café en alguna de las cafeterías abiertas de la avenida.

—¿Usted y la subinspectora tienen algo? —preguntó Lina mientras caminaban.

Monfort rio; fue una sonrisa con la boca cerrada, sin apenas sonido salvo por un tono gutural.

—¿La indiscreción es una particularidad irlandesa o es solo cosa tuya? —Ella no respondió. Buscó las palabras, pero no las encontró. El inspector optó por responder—: No, no tenemos nada más que un compañerismo que espero que con el tiempo se haya convertido en amistad.

La patóloga pareció no entenderlo del todo.

—¿No es su *girlfriend*?

—No, y no comprendo por qué me lo preguntas.

—Siempre están enfadados; como una pareja que ya ha perdido la magia.

—Ya —admitió él sin saber qué más decir.

—Pero ella lo mira de forma diferente.

—¿Diferente? ¿Diferente a qué?

—Diferente. ¿No está bien dicho?

—Sí, supongo que sí.

—Casi siempre, lo mira enfadada, pero cuando usted se da la vuelta, su expresión se vuelve única.

Lina se esforzaba en dar con las palabras correctas en español, pero en su particular traducción dejaba frases dignas de recordar.

Debajo de su abrigo vestía un jersey de cuello alto de color crudo; era de lana gruesa con bordados que parecían ojos. Ella se fijó en que él miraba la prenda. La pellizcó como si se la quisiera mostrar.

—Se dice que cada familia que habita en las islas Aran tiene un jersey de lana con un diseño único. La razón en la que se basa la fábula es sombría y fascinante: si alguno de los pescadores que se aventura en el océano Atlántico naufraga por el fuerte oleaje y muere ahogado, podría ser identificado por su jersey cuando su cuerpo alcance tierra firme semanas más tarde.

«Lina es increíble», pensó Monfort. Puede que la marihuana provocara alguno de aquellos efectos en ella, pero no se podía negar que tenía una mente privilegiada. Sus pensamientos iban y venían a gran velocidad. Dominaba el idioma de una forma asombrosa y era capaz de provocar momentos de silencio sugerentes como pocas personas son capaces de hacerlo.

—¿Qué van a tomar? —preguntó un camarero al acercarse a la mesa.



Lina le hizo un gesto al inspector para que pidiera primero. Con ella no hacía falta hacerse el caballero o el listillo para pedir lo que fuera según la elección de ella.

—Para mí café solo, por favor.

—Que sean tres —propuso Lina mientras tecleaba un mensaje en su teléfono móvil.

—¿Tres? —preguntó Monfort sorprendido.

—Sí, el doctor Morata vive muy cerca —respondió tras dejar el móvil sobre la mesa—. Dice que viene enseguida.

El forense se perfiló entre la soledad de las sillas vacías de las terrazas con su peculiar forma de caminar: un vaivén desenfadado y ligeros movimientos de cabeza típicos de aquel que se siente satisfecho de casi todo en la vida. Lina sonrió al reconocerlo.

—La colega quiere soltarte el rollo conmigo presente —anunció Morata a la vez que tendía la mano a Monfort a modo de saludo—. Teme...

—... *to be lost in translation* —se anticipó Lina.

Lo dijo en tono irónico para referirse a la película dirigida por Sofía Coppola en el año 2003. En la oscarizada cinta, Bill Murray encarna a Bob Harris, un actor norteamericano en horas bajas que acepta una oferta para protagonizar un anuncio de whisky japonés en la ciudad de Tokio. El personaje atraviesa una fuerte crisis y pasa el tiempo libre en el bar del lujoso hotel. Allí conoce a Charlotte, interpretada por Scarlett Johansson, una joven casada con un fotógrafo que ha ido a Tokio para hacer un reportaje. Mientras él trabaja, ella está sola y se aburre sobremanera. Además del desasosiego de la profusión de sonidos e imágenes hilarantes de una ciudad que nunca duerme, Bob y Charlotte comparten también el vacío existencial de sus vidas. A medida que exploran la ciudad, se hacen amigos y empiezan a preguntarse si tal apego podría convertirse en algo más.

Monfort recordó a Agnès, la camarera de origen vietnamita que le ofreció whisky japonés.

—¿Piensa en el argumento de la película? —le preguntó Lina con intención maliciosa—. Trata de una relación entre un hombre mayor y una joven. Aunque puede que también fuera una simple cuestión de aburrimiento compartido. Nada que pueda llegar muy lejos, en realidad. Y claro, Castellón no es Tokio. —Y se echó a reír.

«Lina es increíble», se repitió.

—Claro que no —ratificó Morata—. Allí no tienen ni idea de lo que es una buena paella. —Se acarició el perímetro de la barriga. No en vano, era domingo en la capital de La Plana.

—Necesito ir al baño —se excusó Monfort.

Una vez allí, cerró la puerta con el pestillo y sacó su móvil. Tenía una llamada del equipo, pero no tenía tiempo de devolverla. Marcó el número de Silvia.

—Hola, Silvia —dijo en un susurro cuando ella respondió.

—Justo iba a llamarte. —Silvia inspiró aire antes de soltarle las novedades—: Tengo que...

—Estamos casi enfrente de tu casa.

—¿Estamos?

—Estoy con Morata y Lina, su ayudante. Ella tiene una teoría acerca de las muertes. Ya me dijo algo el viernes por la noche.

—¿El viernes por la noche te contó una posible hipótesis? ¿Y cuándo pensabas contármela? Ah, claro, lo había olvidado, el jefe se lo guarda todo para él. Las medallas para él y las faltas también para él. Pensaba que estábamos cambiando, pero ya veo que no.

—Silvia, por favor, no tengo tiempo.

—¿La pelirroja es de la Policía irlandesa y no nos lo habían contado? Morata es muy amigo de Romerales, ¿la broma es cosa del comisario?

—Silvia, basta ya. Voy a dejar la llamada en curso y así podrás escuchar todo lo que me cuenten. Pero guarda silencio.

—También puedo quitarme los rulos y la bata de guatiné y cruzar la calle, pero claro, tal vez no esté a la altura de tan importante fuente reveladora.

—Calla y escucha atentamente, haz el favor —finalizó Monfort pulsando el botón de descarga de la cisterna y descorriendo acto seguido el pestillo de la puerta.

—Espera, he de decirte...

Las palabras de Silvia se perdieron entre las conversaciones a voz en grito del local y Monfort regresó a la mesa donde esperaban Lina y el doctor Morata. Él acababa de hacer algún comentario de los suyos. Ella reía, dejando a la vista sus dientes blancos, rodeados de sus labios dilatados y sus pecas encendidas, como una galaxia, como un conjunto de estrellas, planetas, ceniza cósmica, materia y energía.

Mirándola, le vino a la memoria la letra de una canción del grupo Cigarettes After Sex, titulada *Apocalipsis*.

Puede que fuera eso a lo que estaban a punto de enfrentarse.

Saltaste desde puentes en ruinas  
viendo cómo los paisajes urbanos  
se convertían en polvo.

Sí, SILVIA REDÓ solía hablar por teléfono con la abuela Irene. Era la subinspectora la que la llamaba con la excusa de interesarse por su salud. Irene era una mujer paciente que sabía escuchar. Solía hablarle de asuntos que no trataba con su madre, a quien el dolor tenía atrapada en un pozo negro del que era incapaz de salir; aunque, a decir verdad, quién es capaz de soportar la muerte de un marido y un hijo en el mismo día a manos de una banda terrorista.

Irene solía darle algunos consejos que ella aceptaba con enorme gratitud. Silvia había encontrado en aquella mujer un pilar en el que sostenerse. Aunque disimulaba cuando estaba mal, ella distinguía cuál era su estado solo con escuchar su voz durante pocos segundos. Irene no la reprendía si Silvia le contaba que había hecho algo que estaba mal, y tampoco vitoreaba sus logros; tan solo escuchaba. En un mundo en el que la premura se imponía a todo lo demás, escuchar y ser escuchado se había convertido en un bien tanpreciado como escaso. El silencio también era un rasgo peculiar en Irene. Los espacios sin voz al teléfono causaban desasosiego a la mayoría de las personas; sin embargo, ambas dejaban que los intervalos de mutismo lograran la calma que Silvia necesitaba. Un silencio dorado, dormido, pausado. Por todo ello, era mejor callar y escuchar la respiración de la otra.

Silvia no le hablaba de Monfort e Irene no buscaba el momento apropiado para hacerlo. Sus conversaciones iban y venían sobre la casa de la playa, el estado del mar o el caso que la subinspectora llevara entre manos. No había orden ni control en sus charlas. Se sucedían una frase banal, un comentario sincero, una visión extraordinaria sobre lo que habían descubierto o lo que jamás hubieran imaginado descubrir.

En la última conversación, y tras contarle que en invierno era una gozada vivir allí porque los únicos que pasaban cerca de la casa eran los

ciclistas que circulaban por el camino de tierra de camino a Alcossebre o a Peñíscola, Irene le contó que, cuando era joven, tuvo una amiga que se marchó a Sierra Morena y fue captada en una secta.

—Les anulan la voluntad —le explicó—. Las personas atrapadas en esa pesadilla son capaces de cometer las atrocidades más grandes. Mi amiga logró salir, ¿sabes?, pero ya nunca fue la misma. Las víctimas de las sectas que consiguen escapar de sus redes tardan años en recuperarse, si es que lo logran alguna vez. Solía repetir frases demoledoras como: «Una secta es una organización creada por un monstruo que quiere cambiar la forma en la que piensan y actúan otras personas, ya sea para su beneficio personal, por un exceso de autoestima o por dinero». Lo consiguen a través de la manipulación y la coacción, también con las drogas. Los súbditos de tal engendro son capaces de matar si el líder lo propone.

«Entonces una secta no se diferencia tanto de una banda terrorista», pensó Silvia. Y ella sabía bien de eso, pues el silencio más aterrador era el de no poder escuchar la voz de sus seres queridos, aquellos a los que los sectarios se llevaron por un ideal demoníaco. ROMERALES ESTABA APOYADO en un coche oficial aparcado sobre la acera, en la esquina de la calle República Argentina con Aparisi Guijarro, donde se encontraba el domicilio de Daniel Manchón. Junto a él estaba el agente Pallarés, cabizbajo. No hubo más reprimenda que unos consejos formulados con cierto paternalismo. El comisario supo contenerse en aquel momento cuando, normalmente, habría explotado contra el responsable de lo que fuera. Su tono fue más condescendiente que otra cosa.

—Ahora ya está hecho, Pallarés. Pero no me jodas, hombre, ¿cómo se ha podido largar delante de tus narices?

—Hablaba con mi novia con el móvil. Intercambiábamos mensajes —se sinceró—. Vamos a casarnos —soltó sin que ni siquiera fuera cierto del todo aún.

—Cuando yo hice la mili, nos añadían bromuro al café del desayuno para contener el impulso sexual. ¿No pensarás que tendríamos que retroceder hasta esos métodos para que la calentura no afecte a nuestros agentes excelentemente formados?

—Lo siento —trató de disculparse por enésima vez.

—No es solo conmigo con quien debes disculparte. Dentro de la casa de Daniel Manchón están tus compañeros, Terreros y García, la

subinspectora Redó y el inspector Monfort. Elige la forma de subsanar esto con ellos.

ELVIRA REGRESÓ A su piso de la calle de El Salvador. Subió el termostato de la calefacción, se quitó el abrigo y se puso las viejas zapatillas de estar por casa, que tal vez fueran el único indicador de que aquello pretendía ser un hogar. Puso la cafetera en marcha y se hizo un café largo, con mucha agua, con la falsa esperanza de que suavizara su efecto estimulante. Consultó en el ordenador el nombre de la secta que Arcadio Ros había citado en su segunda declaración, cuando lo dejaron en libertad sin cargos, y en la que ella no estuvo presente.

La secta tenía un nombre enrevesado, difícil de pronunciar y de recordar: «Malayalam». Buscó la palabra en internet. Se trataba de un idioma del sur de la India, hablado por treinta y cinco millones de personas. Pensó que, tal vez, el gurú de la secta había estado en el país y había vuelto con un montón de ideas, entre ellas el apelativo del idioma como título para su proyecto destructivo. No encontró en la red ninguna connotación sobre la palabra que le pudiera llevar a una asociación de ideas con una actividad sectaria. Con la taza en los labios y el café entrando en su boca, observó la palabra con fijación. La pronunció en voz alta varias veces. Luego la escribió en un documento de Word y aumentó el tamaño a cuarenta y ocho puntos.

Se levantó de la silla y paseó por el pequeño piso con la taza en la mano. Se asomó a la cristalera del balconcillo y contempló la imponente torre mudéjar. A veces le daba vértigo solo con mirar hacia la parte superior. Observaba con detalle las oberturas en forma de arcos y las incrustaciones de cristales con otros materiales con el característico color verde. Coronando la torre estaban las almenas, que debían servir como radar ante posibles ataques.

Se quedó quieta con la vista fija ahí arriba. Pensó en esa palabra: «radar». Luego pronunció «Malayalam». «Radar». «Malayalam...», repitió. Quizá no tenía ninguna importancia, pero por fin acababa de descubrir lo que le llamaba la atención del nombre de la secta, un detalle que le hubiera fascinado en su etapa de estudiante, hacía ya muchos años.

«Radar» era un palíndromo, una palabra que era igual tanto si se leía de izquierda a derecha como viceversa. Lo mismo que «Malayalam».

LA CASA DE Daniel Manchón era una construcción típica de antaño en la ciudad de Castellón. Una vivienda adosada de tres alturas, modesta y estrecha, con una fachada de no más de cinco metros de ancho en la que se encontraba la puerta de entrada y una ventana a su lado. En el segundo piso había un balcón pequeño y, en el último, una buhardilla, utilizada en tiempos pasados para guardar aperos o cosechas del campo. En los últimos años, ese tipo de casas individuales, algunas con más de cien años a cuestas, habían sido objetivo de empresas constructoras y especuladores, cuya venta dio lugar a los nuevos bloques de pisos que ahora ocupaban la zona. Un verdadero desastre arquitectónico propiciado por una burbuja inmobiliaria que en la actualidad, con la crisis, se había venido abajo como un castillo de naipes.

Aquella era la casa de sus padres, ya fallecidos. Todavía quedaban los enseres y gran parte de la decoración familiar. Por el estado de suciedad del inmueble, era evidente que Manchón no pasaba mucho por allí, y apenas utilizaba más que el baño con ducha y su habitación. Sin embargo, en el comedor había cacharrería religiosa mezclada con lo que se podrían denominar artículos de promoción del régimen nazi. Pósteres y gorras con esvásticas, reproducciones a pequeña escala de Adolf Hitler, bandas para el brazo con la bandera del Tercer Reich y otras barbaridades semejantes. Llamaba la atención un cuadro con una reproducción de un Cristo con el pecho abierto, mostrando un corazón sangrante, blanco de infinitas flechas. Alrededor del corazón, Manchón había enganchado pegatinas con el símbolo del nazismo. También, aunque en menor medida, había iconos sudistas y un cartel del Ku Klux Klan. Tampoco había que ser *Miss Marple* para darse cuenta de que el tipo que vivía en aquella casa, y que ahora estaba muerto, era un auténtico racista, de los que se escudan en el amor a Dios.

Monfort le habría prendido fuego a todo, con Manchón dentro, de haber sido posible. Salió a la calle y encendió un cigarrillo. Silvia salió tras él.

—¿Cómo ha podido escapar si Pallarés estaba ahí enfrente? —preguntó la subinspectora.

Monfort señaló la esquina al final de la calle, donde estaban el agente y el comisario inmersos en una charla.

—No lo escucho blasfemar, ni tampoco hacer aspavientos con los brazos. Tampoco distingo las venas del cuello hinchadas.

—Se estará humanizando —aportó Silvia.

—Lo malo sería que Pallarés se tomara la justicia por su mano por haberse equivocado.

—¿Contra quién?

Monfort se encogió de hombros a la vez que pisaba el cigarrillo a medio fumar.

—Ya, claro —repuso Silvia con malhumor—. De eso tú sabes un rato.

En el extremo de la calle, un agente levantó la cinta de balizamiento para facilitar el acceso de un coche policial, que se detuvo junto a la casa. De él se bajaron dos hombres de la Científica. Uno de ellos se dirigió a Silvia.

—Hola, jefa —la saludó—. ¿Queda algo sin toquetear ahí adentro?

—El inspector ha mantenido las manos en los bolsillos todo el tiempo que ha permanecido en el interior —señaló a Monfort con la barbilla—. Palabrita del niño Jesús.

Los dos agentes entraron en la vivienda con sendos maletines metálicos.

Antes de que Silvia los siguiera, Monfort la llamó.

—Tenemos que hablar de lo que has escuchado a través del móvil.

—¿Lo de Morata y su ayudante?

—Ya sabes a qué me refiero.

—¿Desde cuándo necesitas la opinión de una subordinada? —inquirió cruzando el umbral de la casa de Daniel Manchón.

ELVIRA LO LLAMÓ y él atendió la llamada; se había desentendido de hacerlo demasiadas veces en poco tiempo. Tras un breve saludo sin reproches, la jueza entró al trapo.

—¿Sabías que Arcadio Ros tenía tendencias suicidas?

—A las pruebas me remito; frase, por otra parte, que estarás harta de escuchar.

—No te hagas el gracioso. Me refiero a antes de conseguir acabar con su vida de forma definitiva. Tentativas de suicidio, ¿sabes lo que quiero decir?

—Hasta ahí llego.

—En una declaración, alegó que, desde que lo tuvieron encerrado, le dio por querer matarse, aunque no lo consiguió.

—Tal vez no quería morir tan pronto y esperaba su momento.

—Tal vez, pero, no sé, es un poco raro, ¿no?

—Los raros van al cielo. ¿Quién decía eso?

—No tengo ni la más remota idea; algún iluminado. Pero a este, en el cielo no lo van a dejar entrar.

—¿Y tú qué sabes?

—Ya te digo yo que no.

Se enredaron en un diálogo intrascendente en el que cada nueva pregunta llevaba a una respuesta que conducía a otra cuestión distinta. Y así era imposible seguir el hilo de la conversación. De la tendencia suicida de Ros pasaron a hablar de los restaurantes de moda en Teruel, del compañero del Juzgado que le había brindado la oportunidad de acceder al archivo un domingo frío como aquel, de la receta secreta del arroz meloso con bogavante de la abuela Irene o de la negativa de él a mantener una relación más acorde con los gustos de ella. Elvira subía el tono cuando creía que tenía la razón y Monfort era incapaz de recordar qué había dicho ella que le había sonado extraño.

—No puedo moverme de Teruel estos días —explicó la jueza—. Estoy más petrificada que los Amantes. Podrías venir un par de días.

—Imposible —respondió él de forma automática.

—No hay nada imposible —lo reprendió ella—. No puedes trabajar veinticuatro horas al día siete días a la semana. Necesitas descansar, como todo el mundo. No está bien que...

Monfort se había desconectado del diálogo. Sabía que aquello era una actitud reprochable que ella no merecía, pero estaba absorto observando al agente Pallarés. Este, tras despedirse del comisario Romerales, caminaba a grandes zancadas hacia la puerta de la casa de Manchón. Se detuvo cuando llegó a donde estaba el inspector.

—¿Me necesita, jefe? —Monfort no tuvo la precaución de tapar el micrófono del teléfono con la mano.

—Pregúntale a la subinspectora Redó —le respondió, indicando que estaba dentro de la casa. El agente entró a toda prisa.

Elvira, en su céntrico piso de Teruel, observaba la torre de El Salvador desde el pequeño balcón. Se quedó callada de golpe y apoyó la frente en el



cristal. «Siempre tiene que aparecer el nombre de Silvia Redó», pensó. Y una cascada de celos llenó su estómago.

—Lo siento —le dijo a Monfort—, tengo que ir al baño.

—¡Espera! —Acababa de recordar en aquel preciso instante—. ¿Has dicho que Arcadio Ros estuvo encerrado?

—Eso lo dijo él —manifestó enojada.

—¿Dónde?

—¿El poli guapo necesita ayuda?

—Vamos, Elvira, no fastidies.

El inspector que había dentro del hombre no descansaba jamás. Ella estuvo tentada de no responder a su pregunta, pero no valía la pena luchar contra una torre; lo pensó mientras las luces artificiales conferían a la bella construcción mudéjar detalles que, minutos más tarde, se verían de forma distinta, siempre caprichosa en su genialidad.

—Estuvo atrapado en una secta.

Monfort recordó las palabras de Lina en el bar. También las de Marta Ros.

*AL PRINCIPIO, IBA solo para suministrar drogas al padre Guzmán, o Josué, como gustaba que le llamaran los fieles seguidores que se había proporcionado. Experimentan con toda clase de psicotrópicos, aunque las setas alucinógenas que ellos mismos cultivan en barriles de plástico, llenos de tierra, encerrados en la oscuridad del sótano de la casa, son indispensables en su, llamémosle, «dieta». Los residentes, o cómo demonios se llamen los que viven allí, son conejillos de indias, individuos dispuestos a probar todo lo que ordena su señor. También a ejecutar sus deseos.*

*Aparentemente, la casa es un lugar de retiro, una especie de centro espiritual, donde, en teoría, se practica yoga y otras técnicas orientales, aunque yo nunca he visto nada de eso. No hay vecinos cercanos ni nadie que se acerque por allí, salvo los que llevan comida y otros enseres, pero tampoco estos tienen acceso al interior, sino que despachan las cosas a la entrada del recinto.*

*Cada mañana, al despuntar el día, el padre Josué imparte clase a sus súbditos. Tiene una idea descabellada acerca de un hipotético mundo en el que solo existe una raza pura, endémica de cada país. Argumenta que Cristo no es como lo vemos en las imágenes de las iglesias, que Jesús no es blanco, y que no hubiera tenido cabida en un país como el nuestro, donde los negros o los mulatos siempre han sido vistos como inferiores. En su despacho, atesora libros sobre mundos irreales gobernados por seres descabellados a los que no les temblaba el pulso para exterminar a los que no eran como ellos. En aquella biblioteca descubrí libros sobre el poder de los nazis, sobre el racismo y sobre otras formas de crueldad contra la raza humana. Y es que todo aquello era su modelo a seguir.*

*Una tarde me invitó a ver una película proyectada en una especie de salón de actos en el que estaban todos los que habitaban la casa; iba sobre el exterminio en los campos de concentración del Tercer Reich. Me senté a su lado. Se frotaba las manos y se le notaba inquieto con las imágenes de las cámaras de gas. En el momento en el que una gran fila de*

*hombres desnudos y espantosamente desnutridos avanzaba hacia un barracón, de cuya chimenea ascendía una columna de humo gris, giré la cara y lo vi tratando de aspirar el humo proyectado en la pantalla, como si el aroma de la putrefacción y de la carne quemada fuera ambrosía para él. Me agarró una mano y la apretó con fuerza.*

*—Liberaré al país de toda esa gentuza. —Esto primero lo dijo más para él que para nadie más. Pero luego añadió—: Ayúdame y serás recompensado.*

*El autodenominado padre Josué no está solo, alguien debe ayudarlo a mover el engranaje de la organización desde fuera, pienso yo, pues se pasa la mayor parte del día hablando por teléfono. Quien esté a los mandos debía de pretender que el lugar se convirtiera en una especie de hermandad fanática, una nueva religión que, según el padre, iba a cambiar el mundo, porque la limpieza sería bíblica.*

*—La evolución de la iglesia es satánica —me dijo antes de despedirme en la verja—. Hay quien dice que soy un personaje megalomaniaco con delirios de grandeza. Quizá me den la razón el día en que los inferiores hayan desaparecido de las calles.*

*Me tendió una mano laxa, con el dorso hacia arriba, para que la besara. Fui reticente al principio, pero sus ojos atravesaron mi ser. No podía caer en la trampa como un pájaro hipnotizado por la lengua viperina de la serpiente; pero él tenía el dinero que había conseguido de sus esclavos y yo quería que fuera para mí.*

*—Vuelve mañana con lo que te he pedido y podrás quedarte el tiempo que quieras entre nosotros.*

*La luz que irradiaba a su alrededor me impidió ver la casa y los árboles que la rodeaban; no conseguía ver el camino, ni la montaña, ni los campos que se perdían en la lejanía.*

*Besé su mano.*

## Lunes, 14 de febrero

A LAS TRES de la madrugada, un resorte se había activado en el cerebro de Monfort que le impidió seguir durmiendo. No era que no necesitara descansar, más bien todo lo contrario, pero el panorama que se perfilaba en el horizonte era del todo maquiavélico.

Finalmente, Silvia había accedido a hablar de la teoría de Lina y el forense Morata, pero, por alguna razón, ahora la subinspectora desconfiaba de casi todo lo que decía la joven irlandesa. Para Monfort, sin embargo, su argumento no era ninguna locura, pues encajaba a la perfección; además de que su jefe, el patólogo, corroboraba cada una de sus palabras, y Morata era un hombre que no solía fallar en sus elucubraciones. Silvia, a través del teléfono, no pudo percibir aquella seguridad por parte del forense, pero tampoco le bastaba con que Monfort se lo contara.

—Te noto un poco obnubilado con todo lo que dice la pelirroja — argumentó tras apartar a un lado el plato con los cubiertos cruzados sobre él.

Con la excusa de que así podrían hablar por el camino, el inspector le había pedido que lo acompañara hasta Peñíscola; su padre necesitaba cierta medicación que había conseguido aquel domingo en una farmacia de guardia. La semana tenía pinta de complicarse y sería un problema desplazarse hasta la casa de la abuela Irene. Aunque, a decir verdad, Monfort prefería hablar con Silvia mientras conducía que enfrentarse en un cara a cara, sobre todo por el agrio carácter que había adquirido en las últimas semanas.

Aniceta Buendía había preparado una olla de sancocho, del que había sobrado tanto como para abastecer a un grupo de excursionistas perdidos en la aldea Sierra de Irtá. Se trataba de uno de los platos más reconocidos de la cocina colombiana, pero habitual en todo el Caribe. Era un guiso contundente a base de yuca, papas, mazorcas de maíz, cebolla y

abundante cilantro, al que había agregado tal cantidad de carne de ternera que casi parecía que hubiera acabado con las existencias de la carnicería.

Silvia terminó con el contenido del plato y Monfort, que apenas había dado cuenta de la mitad, se preguntó dónde habría metido todo aquello en su menudo cuerpo. Su padre dormía plácidamente gracias a los fármacos, Irene leía en su confortable sillón y Aniceta hacía todo lo posible por andar cerca de ellos con la intención de enterarse de lo que fuera que estuvieran hablando.

Irene había convertido la casa de la playa en un hospital improvisado. Durante el día, sus amigos de Peñíscola se acercaban hasta allí para saludar, y llevaban comida o verduras recién recolectadas de los huertos. Al viejo Monfort, tener gente a su alrededor le hacía bien, por mucho que se quejara y mostrara su fuerte temperamento. La vivienda se mantenía en un agradable caos que le otorgaba una vida extra al enfermo. El ruido de platos y cacerolas, la chimenea siempre encendida, la música que sonaba a todas horas, el viento que azotaba las ventanas o el constante rumor del mar otorgaban al lugar una magia especial, una terapia sana e imprescindible.

—Estaba muy bueno, Aniceta, muchas gracias —dijo Monfort con la intención de que la mujer se diera por aludida de una vez—. Pero tenemos asuntos de trabajo de los que hablar.

—¡Pero si no ha comido apenas nada! —lo reprendió, dando algunos golpes con las palmas de las manos sobre la mesa—. Mire ella qué linda, no ha dejado ni rastro en el plato. Así da gusto pasarse todo el día en esa minúscula cocina de Irene. Una ya no está para darse la paliza y que luego no me coman. Allá en mi país, a los que no disfrutan de un plato hecho con amor...

—Vamos, demos un paseo —la interrumpió Monfort dirigiéndose a Silvia.

—¡Un paseo! —exclamó de nuevo Aniceta—. Hace un frío espantoso, y el viento arrastra granos de arena que pican en la cara como zancudos.

—¿Zancudos? —preguntó Silvia con curiosidad.

—Mosquitos —atajó Monfort para que Aniceta no se enredara en la aclaración.

Para cuando la mujer acabó su rosario de reproches, Monfort ya estaba fuera y encendía un pitillo haciendo pantalla con la mano libre para que el viento no se lo impidiera.

—Cuando eras un chaval, ¿también era así?

—Era todavía peor. Los domingos por la mañana, antes de ir a misa con mis padres, me apretaba el nudo de la corbata hasta ahogarme. Decía que llevar la corbata floja distaba mucho de ser elegante.

—¿Y tu madre qué hacía?

—Reírse. —Guardó un momento de silencio cargado de nostalgia, que trató de disimular con dos caladas seguidas al cigarrillo. Expulsó el humo y continuó—: Aniceta la hacía reír. Mi madre era tan hermosa cuando reía. Las cosas cambiaron para bien cuando llegó con todas sus creencias religiosas. Era muy supersticiosa. No es que Dios no estuviera presente en nuestra casa, pues mi madre era católica practicante, y a mi padre y a mí nos apremiaba con ir a misa los días festivos; pero lo de Aniceta iba más allá. Tampoco es que fuera una fanática, más bien era que estaba convencida de que Dios vivía en nosotros. Tenía la certeza de que su Señor la había guiado hasta nuestra familia. Daba las gracias en voz alta por haberla llevado junto a mi madre. Fueron inseparables, grandes amigas, aunque ella siempre la trató como a la señora para quien trabajaba. Cuando mi padre fallezca, recibirá una compensación por habernos cuidado todos estos años; ella lo sabe, pero no quiere ni oír hablar de ello.

Todavía estaban en la verja. Hacía frío y algo de viento que venía impulsado desde el mar, pero tampoco era para tanto, pensaba Monfort. Cuando empezaron a caminar, Silvia volvió la cabeza hacia la casa y vio a Aniceta a través del cristal de la ventana.

—Su Dios no le otorgó la virtud de la discreción —destacó el inspector.

Pequeñas olas refulgían al llegar a la orilla. La espuma blanca caracoleaba hasta lamer la arena y luego retrocedía para volver a la oscuridad. Caminaron un trecho en silencio sobre la arena compactada por la humedad. En una ocasión, sus manos se rozaron sin querer. Al norte, las luces de Peñíscola centelleaban sobre el tómbolo. El faro advertía a los barcos de la proximidad de la tierra; los pescadores identificaban por los intervalos y los colores de su haz de luz la distancia exacta que debían cubrir. El promontorio debía ser visible desde muchas millas mar adentro. Tal vez los navegantes vieran luz en la estancia donde el Papa Luna había pasado las noches escrutando un horizonte tan lúgubre como infiel.

LO QUE LINA O'Brien había tratado de explicar era que, en las tres muertes y en el posterior intento de acabar con la vida de Yinuo, había indicios de que los responsables trataron de imitar los primeros cuatro de los siete sacramentos de la Iglesia Católica.

«A Marwa, la joven mauritana, su asesino le derramó el contenido de un vaso en la cabeza como señal del bautismo. Al joven marroquí llamado Issam, el ejecutor le untó la frente con aceite y luego la cubrió con una venda para representar la confirmación. A Caridad, la adolescente ecuatoriana, el homicida la hizo ponerse de rodillas, seguramente para imponer su mano en la cabeza como gesto de penitencia. Y al pequeño Yinuo le llenaron la boca de pan para representar la eucaristía. Los asesinos lograron matar a los tres primeros, mientras que al que le tocaba terminar con la vida del cuarto, falló».

Lo había pronunciado en un correcto español, como si lo tuviera estudiado. Morata, a su vez, movía los labios en silencio, como si se tratara de un apuntador. Lo habían hablado y estaban de acuerdo, claro, qué otra cosa podía haber hecho ella si no consultarle antes de soltar su teoría.

Luego, para que no hubiera imprecisión, recitó los llamados siete sacramentos, ayudándose con los dedos de las manos para contarlos:

—Bautismo, confirmación, penitencia, eucaristía... —En ese punto hizo una pequeña pausa. Hasta ahí habían llegado los homicidas, aunque en el cuarto sacramento habían errado su plan. Luego continuó—: órdenes sagradas, matrimonio y extremaunción.

Monfort miró al forense, que se limitó a sonreír y a asentir con la cabeza.

—Tiene más —dijo con orgullo, para animar a Lina a continuar con su descabellada suposición.

—Parece el mandato de un fanático religioso —siguió la irlandesa—. Como si hubiera convencido a siete fieles para matar en nombre de los siete sacramentos. Lo impensable es que los siete cómplices deban quitarse la vida tras acabar con sus víctimas. Han sido cuatro días saldados con tres muertes y un error. Puede que lo de la religión solo sea una tapadera. Tal vez haya algo más, pero...

Morata la relevó.

—Como el cuarto ha fallado, la sucesión de muertes se ha detenido por algún motivo.

—Pero quedan tres más, sin contar ese error —añadió Monfort.

—Error que tratarán de subsanar, por supuesto. Por no decir que, en cualquier momento, quién sea que esté detrás de esto pondrá de nuevo en marcha la maquinaria de muerte.

—¿Qué se os ocurre? —preguntó Monfort.

Lina lo miró con escepticismo antes de responder con otra pregunta.

—¿Aparte de que estamos en manos de una secta asesina?

Del teléfono móvil que Monfort tenía sobre la mesa brotaron una serie de exclamaciones procedentes de una voz que Lina y Morata reconocieron al instante.

—Y ahora que Daniel Manchón se ha quitado la vida saltando a la calle para que lo atropelle un coche, ¡¿cómo coño vamos a buscar a la jodida secta?! ¡Preguntadle a Pallarés, que se le escapó en sus narices!

Silvia Redó era incorregible.

MONFORT INVITÓ A Silvia a desayunar en la cafetería del Hotel Mindoro. Ella se había mostrado reticente al principio, pero acabó accediendo porque quedaba cerca de su casa. Puede que él tuviera dotes persuasorias a primera hora de la mañana. O puede que ella solo quisiera que se callara de una vez.

La ducha se había prolongado más de lo habitual en un intento por engañar al sueño, aunque seguramente habían contribuido en mayor medida los dos cafés solos preparados en la pequeña cafetera de la habitación del hotel.

Silvia se presentó radiante, como era habitual. Su media melena rubia y el jersey rojo debajo de la chaqueta de cuero negro resaltaban entre la mediocridad de los atuendos de los comerciales que poblaban el comedor una mañana no tan fría, pero sí muy gris.

—¿Quieres que hablemos de lo que pasó?

—¿De lo de Gibraltar?

—Sí.

—No tengo ganas.

La camarera dejó sobre la mesa una jarra que contenía café y otra más pequeña con leche.

Monfort se había provisionado de cruasanes, tostadas, mantequilla y pequeños tarritos con mermelada Wilkin & Sons. Ella había hecho un



gesto con la mano para indicar que solo tomaría café y algo de fruta. La misma camarera no tardó en regresar con un plato caliente que contenía dos huevos fritos, rodajas de tomate a la plancha y cuatro tiras de *bacon* crujiente.

—Viva el colesterol —apuntó Silvia.

—Te juro que no le voy a poner ketchup.

Ella negó con la cabeza.

—Pallarés no ha aparecido esta mañana —lo informó Silvia.

—Estará escondido bajo tierra tras su error garrafal.

—Ojalá sea así.

—¿Qué quieres decir?

—Parece mentira que te lo tenga que explicar precisamente a ti. A estas alturas, debe estar buscando por su cuenta cómo tirar del hilo de Daniel Manchón hasta dar con lo que buscamos.

—¿Y qué es exactamente lo que buscamos?

Silvia tenía la boca llena por un gajo de naranja que había cortado en dos partes.

—Lo de la jodida secta. Tampoco hay que ser muy avisado para atar cabos con lo que encontramos en casa de Manchón: los símbolos religiosos mezclados con el rollo de los nazis.

—¿Qué te dijo cuando entró?

—Que lo sentía y que iba a intentar subsanar el fallo. Que aquello era una red de cabrones fanáticos que debíamos desenmascarar.

—¿Y ya no has vuelto a saber de él? —inquirió Monfort.

—No.

—Ya lo viste hablando con Romerales. No parecía que estuvieran discutiendo, más bien daba la impresión de que el jefe ejercía de protector con él.

—Puede que le suba el sueldo por cagarla.

—O puede que lo animara a buscar la forma de acabar cuanto antes con esto.

—¿Sin contar con nosotros?

Monfort se encogió de hombros mientras cortaba medio huevo frito con el cuchillo y el tenedor, para después doblarlo, pinchar también un pedazo de *bacon* y llevárselo todo a la boca.

Hubo un silencio mientras él masticaba.

—Elvira ha descubierto el nombre de la secta en la que estuvo Arcadio Ros.

Silvia lo miró.

—La jueza, la jueza... Aquí todo el mundo está al tanto de todo. Puede que los fichen a ellos y nos echen a nosotros a la calle.

Monfort obvió el comentario.

—Se llamaba Malayalam. La he buscado en internet, pero parece que se extinguió por completo. El cabecilla desapareció del mapa. Las pistas lo situaban en Ámsterdam, pero la policía de allí no estuvo dispuesta a colaborar.

—Ahora debe hacer rutas guiadas por los canales de la ciudad.

—Malayalam es un palíndromo.

—¿Y eso qué significa?

—Es una palabra que puede leerse del derecho o del revés y significa lo mismo. Como Ana, ene, oro, oso, radar, sometemos, acurruca...

—¿Tanto os aburrís la jueza y tú?

—También hacemos punto de cruz en los ratos muertos —ironizó Monfort como respuesta a la puya—. La cuestión es que, desde que me lo dijo, no dejo de buscar palabras así, y no todas cuadran, pero he descubierto algunas que, cuando se dicen al revés, significan otras cosas. ¿Cuando eras pequeña no jugabas a aquello de decir jamón muchas veces seguidas?

—Fui a un colegio de monjas, ya te lo he contado en otras ocasiones. Era una de las bromas más socorridas a la hora del recreo: monjamonjamonjamonja.

—Pues hay una palabra que me está dando vueltas en el cerebro desde hace días y no consigo saber cuál es.

—¿Y esas cómo se llaman, señor experto?

—Trifelios. Pero la que no consigo recordar no es nada de todo eso.

Silvia dio un suspiro. Su plato de fruta estaba vacío y la taza de café también.

—Será mejor que nos dejemos de jueguecitos de palabras y nos pongamos en marcha. ¿Buscamos a Pallarés o nos hundimos en el fango de las sectas avistadas en esta provincia donde dicen que nunca pasa nada?

—Creo que iré a buscar mis botas de pescar.

AL LLEGAR A la penúltima de las innumerables rotondas que llevaban hasta la nueva comisaría, Monfort dio un volantazo y cambió de rumbo.

—¿Y ahora qué?

—Vamos al Grao, necesito hablar de nuevo con la hermana de Arcadio Ros.

Silvia recordó una cuestión que había quedado pendiente y que había comentado con Pallarés.

—¿Sin llamarla antes?

—No creo que la pillemos rezando a San Pedro, el patrón del barrio.

La cerradura de la entrada del bloque de pisos seguía rota. El ascensor tampoco funcionaba y, cuando llegaron al cuarto piso, Monfort estaba sin resuello.

—Igual lo del tabaco no ayuda mucho —opinó ella—. ¿Llamo al timbre o a una ambulancia?

En el momento en el que Silvia iba a pulsar, Monfort levantó la mano para que no lo hiciera. Pegó la oreja a la puerta y la invitó a que hiciera lo mismo.

En el interior del piso sonaba un ritmo de *funk*. Una cadencia sonora, constante y atrayente. Una músicaailable, instintiva y sexual.

Del sexo es de lo que disfrutaban en ese momento Marta Ros y el doctor Claude Bata, su amante senegalés. De la boca de él brotaban sonidos graves, acompasados a la música. De la de ella, lamentos agudos que parecían rogativas. Y, sobre lo que fuera que estuvieran haciendo el amor, golpeaba contra una de las paredes. Silvia se ruborizó y, tras apartar la oreja de la puerta, se estiró para llegar al timbre. Monfort se lo impidió de nuevo desviando con su mano la trayectoria del brazo.

—¿Lo ves? Si fumaras, te invitaría mientras esperamos a que terminen.

Silvia se llevó un mechón de pelo detrás de la oreja. El jersey rojo y su rostro se habían mimetizado. «Maldito maniático», pensó en silencio. ¿Cómo se las arreglaba para desarmarla, para dejarla sin poder de reacción, para convertirla en una persona indefensa? Debería odiarlo por todo ello.

Las súplicas de Marta Ros se convirtieron en imperativos, y su lamento agudo se transformó en chillidos. Los golpes contra la pared se acrecentaron hasta amplificarse por toda la escalera. Aquel estado de excitación duró más de lo que ambos esperaban. Los porrazos aumentaron y la fogosidad de ella parecía no tener fin. Era un momento de alta tensión,

los vecinos podían haber salido a los rellanos y hacer apuestas de cuánto duraría el vigor del médico, o de si a ella le podía dar un síncope por tan alto nivel de euforia.

Silvia anunció que se iba, pero el inspector le impidió el paso a la escalera. Ella quiso zafarse, pero él era fuerte y, con sus pies clavados en el suelo, no habría manera de moverlo. No era vergüenza lo que la subinspectora sentía por lo que aquellos dos estaban haciendo allí adentro, sino, más bien, vulnerabilidad. Ella lo miró a los ojos. La misma mirada que en Gibraltar, antes del desenlace que parecía haber creado un muro infranqueable entre los dos. Claude Bata y Marta Ros gritaban ahora al unísono. Las apuestas, de haberlas habido, estaban a punto de llegar a su fin. Cada vez rugían con más fuerza y los golpes eran ensordecedores. Entonces Monfort se apartó de Silvia para acercarse a la puerta. Aquellos dos podrían batir un récord, pero él se lo impidió.

Con la palma de la mano abierta golpeó la puerta con fuerza.

—¡Policía! ¡Abran inmediatamente!

De las vociferaciones al silencio absoluto. Solo la canción con base de *funk*, sobre la que un rapero fraseaba en francés, sonaba de fondo.

—Es Mc Solaar —dijo Silvia para referirse a la música, justo en el momento en que se abría la puerta y un hombre negro quedaba a la vista envuelto en un albornoz de baño con el logotipo de una conocida cadena de hoteles.

—Te presento al doctor Bata —indicó Monfort sin poder evitar una sonrisilla malévola por la similitud entre su apellido y la prenda que cubría su cuerpo después de la interrumpida hazaña sexual.

La canción llegó a su fin y volvió a comenzar de nuevo. Debía de tratarse de una estrategia del amante; tal vez lo excitara o lo ayudara a concentrarse; puede que fuera por el ritmo, por la letra, o simplemente porque era en su idioma materno.

Marta Ros tardó cinco minutos en aparecer. Silvia y Monfort aguardaban sentados en el mismo lugar en el que el inspector había departido con Bata, que permanecía junto a ellos enfundado en aquella prenda que dejaba al descubierto unas piernas de un color negro brillante. Monfort no pudo evitar mirar alrededor en busca del lugar exacto donde había tenido lugar la competición amatoria.

La hermana de Arcadio Ros había conseguido vestirse, si bien su pelo hubiera necesitado de otros tantos minutos para que no pareciera que se

había peleado con el gato de su amante, en el caso de que este hubiera tenido uno. No hubo, en esa ocasión, ofrecimiento alguno de infusión de jengibre, ni tampoco explicación sobre los ídolos del rap en francés. El doctor, amante de la bodeguera, mantenía la boca cerrada a cal y canto; no hacía falta ser muy listo para entrever que Marta Ros lo habría sacudido de lo lindo por lo que había contado en su visita anterior.

—Siéntese —la animó Monfort.

Marta Ros tomó asiento junto al senegalés; las piernas rozándose, un ligero temblor. El inspector no iba a andarse por las ramas.

—¿Sabía que su hermano tenía tendencias suicidas?

—Sí.

—¿Y por qué no nos lo dijo?

Primero se encogió de hombros, pero la mirada de Monfort la intimidó.

—Por vergüenza, supongo.

—Usted tampoco me dijo nada de eso —señaló al amante, que se limitó a bajar la mirada.

—¿Conocen a un hombre llamado Daniel Manchón?

Los dos negaron con la cabeza.

—¿Su hermano era racista?

Marta Ros puso cara de estupefacción.

—¿Qué dice?

Monfort no respondió. Se quedó mirando a Bata, que trataba de mirar hacia cualquier lugar donde sus ojos no se cruzaran con los de los policías.

—Usted me dijo que de repente dejaron de verse, que dejó de ir a los lugares que frecuentaban; en definitiva, que lo evitaba. ¿Cree que podía haberse vuelto racista? ¿Cabe la posibilidad de que estuviera en contacto con gente que lo fuera?

Claude Bata no respondió. La canción no dejaba de sonar. La lucecilla azulada que indicaba *repeat track* se mantenía iluminada en el equipo de música. Era su elección para el sexo, no había duda; sin embargo, lo que estaba sucediendo en aquella sala distaba mucho del amor. Era más parecido a un montón de mentiras.

No hizo falta que Monfort forzara las cosas. Al fin y al cabo, el hombre era de Senegal. Un buen amante, un tipo con cierto gusto musical; inmigrante integrado, con un trabajo deseado, ganado a pulso con tesón y conocimientos. Nómina holgada, piso en propiedad y nevera llena de

productos de marca. Quizá el color de su piel no había supuesto ningún problema para él, pero había miles de compatriotas jugándose la vida en aquel preciso instante: huyendo de la miseria, cruzando desiertos, saltando vallas, burlando a las autoridades, pasando hambre y sed, sufriendo enfermedades, depositando en bolsillos ajenos el injusto importe de un billete de ida incierta y sin retorno; un boleto directo al pasaje del terror.

—Ustedes ya saben lo de la secta —soltó en el momento preciso en que la canción había llegado al final para repetirse dos segundos después.

*La musique adoucit les moeurs / La música suaviza la moral.*

Rompiendo el silencio,  
deshice mi ciencia.

AÑOS ATRÁS, A Arcadio Ros lo había captado una secta llamada Malayalam. El cabecilla era un tipo despiadado que hacía caer en su red a desdichados atraídos por las drogas, víctimas de una baja autoestima y con problemas de salud mental. Marta Ros y Claude Bata trataron de sacarlo de allí, sin éxito. La secta se había establecido en una antigua bodega abandonada cerca de Utiel. La proximidad con la ciudad de Valencia propiciaba que los adeptos salieran a captar a otros desgraciados. Marta y el médico senegalés aprovechaban esas salidas para encontrarse con Arcadio y tratar de que entrara en razón, pero el poder de persuasión del gurú era demasiado fuerte. Sexo, drogas y una singular devoción por una religión hindú conseguían que los cautivos cayeran en una espiral en la que el suicidio se había convertido en la causa de muerte más habitual en la congregación.

Marta Ros nunca denunció el hecho a la policía y aquella rémora cargaría a sus espaldas para siempre. No se había dado cuenta de lo importante que habría sido hacerlo hasta ese momento, en que su hermano había logrado terminar con su vida. El problema es que había dejado, al menos, una víctima antes de quitarse la vida. No les extrañó cuando Silvia y Monfort les preguntaron si podía haber caído en las redes de alguna otra secta, pero ni el uno ni la otra habían sabido de él en los últimos tiempos.

—Es posible —admitió ella—. Con mi hermano todo era posible.

Claude Bata se limitó a asentir con la cabeza cuando Monfort le dirigió la mirada.

DE REGRESO A la ciudad, el inspector se detuvo en la misma rotonda que cuando Lina lo llamó para decirle que había algo en común en las tres muertes, y en el intento fallido, que guardaba una estrecha relación. Le había dicho que estaba relacionado con la religión, y que de eso ella sabía bastante.

Monfort le señaló a Silvia el bloque de pisos a medio construir. Ambos miraron el enorme grafiti.

—¿Esa es la palabra que te tortura? —preguntó Silvia.

—Sí —admitió Monfort.

—Pero eso no es ningún *palindro-no-sé-qué*, ni tampoco eso otro del monjamonjamonja.

—Ya.

Silvia ladeó la cabeza hacia un lado primero y al contrario después.

—Si lo lees de arriba abajo pone «SOID».

—Ya —repitió él.

—Ahora léelo al revés.

Monfort hizo lo que ella decía. Leyó la palabra desde abajo hacia arriba. Allí estaba lo que no dejaba de rumiar.

—¿Lo ves? —preguntó ella.

—Ahora sí —confirmó—. Pone «DIOS».

—Espero que ya puedas dormir tranquilo.

Lo que no le dijo es que «SOID» era lo que ponía en las chaquetas de los dos raperos que le pidieron tabaco el día que hablaba con Elvira Figueroa. Los mismos a los que preguntó dónde solían ir de fiesta los inmigrantes en Castellón.

Tampoco que había visto aquella palabra en algún otro lugar que ahora no...

—¡Espera! —exclamó Silvia cuando ya iniciaba la maniobra para salir de la rotonda—. He visto esa pintada en otros lugares.

—Yo también —confesó él.

La subinspectora cerró los ojos con fuerza y, tras unos segundos de concentración, los abrió de golpe. Allí seguía el colosal grafiti; cada letra

pintada con maestría ocupaba uno de los pisos vencidos por la crisis y la especulación.

—SOID. SOID. SOID —repitió despacio.

—¿Dónde, Silvia?

Carraspeó ligeramente. Bajó dos dedos la ventanilla. Como si se tratara de espíritus malignos, se colaron la humedad y el olor característico del cercano puerto: gasoil y salitre.

—En todos y cada uno de los lugares donde hallamos los cadáveres.

LOLA, LA VIUDA de Jorge Abad, el asesino de la joven Marwa, vestía de luto. Pallarés pensaba que ya no se llevaba el rollo de que las mujeres se vistieran de negro para manifestar el duelo por un marido muerto; un marido cobarde que se había quitado la vida tras disparar a una joven inocente; un criminal sin escrúpulos, un ser despreciable que no merecía que nadie llorara su muerte.

La profesora dialogaba con un grupo de alumnos en el Ágora de la Universitat Jaume I, un magnífico anfiteatro al aire libre, en cuya zona porticada se encontraba el área de servicios comunes. La enorme plaza circular estaba pavimentada con azulejos blancos y azules que reproducían el gesto de una mano cubierta por un guante como símbolo de pureza.

Pallarés aguardó a que los alumnos se despidieran. Lola caminó deprisa hacia la zona de aparcamiento cercana a la parada de autobuses. Cuando abrió el maletero de su coche para dejar la cartera, el agente le tocó la espalda y le mostró su acreditación policial, pero no mencionó su nombre.

—¿Podemos hablar un momento?

La viuda miró la credencial, pero no tuvo tiempo de leer a quién pertenecía.

—Está todo hablado. ¿No le parece demasiado sufrimiento ya?

—Le deben preguntar a diario —aventuró Pallarés.

—No se puede hacer una idea —respondió ella cerrando el maletero con un intencionado portazo.

—Tal vez, si se olvidara del luto, se quitaría de encima a los preguntones.

La que fuera esposa de Jorge Abad lo miró con desprecio.

—¿Ha venido hasta aquí para decirme cómo debo vestir?



Pallarés negó con la cabeza.

—No es por eso. Es por algo que no me cuadra. Que no nos cuadra —trató de rectificar—. Gema, la esposa de Diego Arrabal, el otro..., ya sabe, afirmó que ustedes dos no se conocían. Lo mismo que dijo usted. Sin embargo, cuando mi compañera le habló de Jorge Abad, ella mencionó de pasada el nombre comercial de la compañía aseguradora en la que trabajaba su marido.

Lola arrugó el entrecejo. Pallarés resolvió su aparente incógnita.

—Es un asunto que no ha trascendido, por secreto de sumario. Nadie tiene por qué saberlo a menos que se sepa de lo que se está hablando.

La mujer resopló y se apoyó de espaldas en la parte trasera de su vehículo. Abrió el bolso y sacó una cajetilla de tabaco. Se llevó uno a los labios y lo encendió. Pallarés notó un ligero temblor en las manos.

Tras admitir que ambas mujeres se habían visto en contadas ocasiones, siempre propiciadas por amistades comunes, señaló que aquello no tenía la menor importancia y que no iba a decir nada más sin consultarlo con su familia. Por su familia se refería a su padre, al que citó en varias ocasiones.

Pallarés se despidió de Lola con una amenaza que, de haber trascendido, habría puesto fin a su incipiente carrera policial.

Antes de abandonar el campus universitario, detuvo el coche y marcó el número de teléfono del hermano de Diego Arrabal, el que vivía en Barcelona y con el que, según Gema, la esposa del asesino, no tenían relación.

—No quiero saber nada —respondió molesto cuando Pallarés se presentó como investigador del caso—. Ya se lo comenté a sus compañeros. No pienso ir por ahí a menos que lo exija un juez por escrito; así que, si me disculpa, voy a colgarle.

—Su nombre se está mencionando en la comisaría —mintió Pallarés.

—¿Mi nombre? —inquirió el hermano del asesino—. Pero ¿qué coño dice? Mire, no me toque los cojones. Mi hermano y yo hablábamos por teléfono de vez en cuando y seguía faltándole el mismo tornillo que se olvidaron de apretar mis padres cuando fue necesario.

—¿Hablaban por teléfono?

—Sí, ¿está sordo?

—¿Cuándo fue la última vez que hablaron?

—Hará por lo menos tres meses —aclaró el hombre—. Lo llamé las navidades pasadas, pero no me cogió el teléfono ni me devolvió la llamada. Lo intenté en muchas otras ocasiones, pero lo mismo.

—Al menos tres meses —repitió Pallarés para sí mismo—. ¿Y antes de eso, tenían relación?

—Que no fuéramos uña y carne no quita que se tratara de mi hermano.

¿Por qué habría mentido la familia?

—Así que tres meses... —apremió el agente.

—Que sí, hombre, que ya se lo he dicho, tres meses. Le dije a mi cuñada que me llamara cuando vayan a enterrarlo o lo que vayan a querer hacer con él. Entonces iré.

SILVIA CAPTURÓ UNA imagen con la cámara de su teléfono móvil. Se trataba de un grafiti de unos cuarenta centímetros pintado en la fachada principal del local de alterne que ahora estaba clausurado por la Policía Judicial. Allí Jorge Abad había matado al anciano y a la joven mauritana. Según la teoría de Lina O'Brien, imitando el ritual católico del bautismo.

—SOID —masculló la subinspectora en voz alta—. La primera en la frente. Romerales se cagará en nuestros ancestros.

—Vamos, no te hagas mala sangre y sube al coche —la instó Monfort.

Pusieron rumbo al viejo almacén, donde Diego Arrabal había acabado con la vida de Issam, el adolescente marroquí. Por el camino, apenas hablaron. La frustración de ella era evidente, tal y como acostumbraba cada vez que algo salía mal. Solía echarse la culpa de casi todo; era una mujer tan exigente con su trabajo y con su vida que Monfort temía que le pasara factura demasiado pronto.

La nave abandonada se camuflaba con los naranjos yermos del campo colindante. Estaba junto a una de las rondas de circunvalación de la ciudad. Alguien había hecho una hoguera improvisada con cajas de madera; todavía quedaban rescoldos encendidos. Había una silla de plástico a la que le faltaba un apoyabrazos. Allí solían apostarse prostitutas que pasaban la noche a la intemperie, con poca ropa, para atraer a los clientes. Mujeres de procedencias dispares: de África y de países del este de Europa, mayoritariamente, obligadas a ofrecer sus cuerpos por poco dinero. Frío y hambre en mitad de la noche, desamparo y competencia;

todo lo contrario a lo que les dijeron que encontrarían cuando llegasen a España.

Junto a la puerta del almacén se encontraba el mismo grafiti. Silvia volvió a capturar la imagen con su teléfono y escribió una nota al pie.

«SOID. Escena del crimen de Issam».

En la cabaña de la urbanización donde Arcadio Ros había matado a Caridad, unos gamberros habían ignorado la cinta policial y habían destruido lo que pudiera quedar en el interior. Aunque la pintada seguía intacta en una de las paredes exteriores. Silvia hizo la foto y anotó lo propio en su libreta.

Fueron deprisa en el coche hasta el solar donde Yinuo pasaba las tardes jugando con los gatos callejeros. Los obreros habían retomado la actividad y el ruido de la maquinaria era atronador. Al principio, el encargado fue reticente a dejarlos cruzar la valla de seguridad, pero Monfort no estaba para convencimientos pormenorizados, y lo amenazó con detener las obras y llevárselos a todos a la comisaría para declarar.

Los gatos habían desaparecido de la caseta, pero su olor seguía presente. Lo mismo que la pintada común con los otros escenarios: «SOID».

LA JOYERÍA DEL centro de Castellón, propiedad de la familia de Gema, la esposa de Diego Arrabal, se había quedado vacía en aquel momento. Pallarés aguardó en la puerta hasta que una señora mayor abandonó el local tras un largo rato de cháchara con la mujer que estaba detrás del mostrador.

Entró y le mostró a Gema su credencial. Le mintió al decir que era el inspector al mando. Si ella dudó por su juventud, no dijo nada. Estaba muy nerviosa y su boca era una mueca extraña que tan pronto sonreía como mostraba temor. Vestía un suéter blanco de cuello alto. No pudo ver qué llevaba en la parte inferior del cuerpo, pues estaba oculta tras el tablero y los expositores cargados de anillos, pendientes y relojes. Sus ojos eran los de un conejo asustado por la cercana presencia del hurón.

Pallarés podía haberle contado cualquier excusa hasta llegar a lo que en realidad quería saber, pero no lo hizo.

—¿Por qué nos engañó cuando dijo que no conocía a Lola, la esposa de Jorge Abad?

En vez de quedarse tras el mostrador, que le servía de escudo contra el que ahora creía su agresor, Gema salió por un lateral y se puso frente a Pallarés. Apenas le llegaba a la altura del pecho, pero levantó la cabeza en busca de su mirada. Le caían lágrimas de los ojos; ella misma se debía estar preguntado de dónde podían salir tantas lágrimas, de dónde podía brotar tanto dolor y tanta rabia.

—¿Dónde solían quedar? —insistió Pallarés.

—Todo es una mentira —aclaró Gema—. Eran ellos los que se conocían. Eran ellos los que desaparecieron tres meses de la vida de sus familias. El final también lo conocen. Ahora falta saber el resto. Nosotras estamos muertas también.

SILVIA HABÍA CONSIDERADO la necesidad de volver al edificio abandonado del Grao, donde estaba el enorme grafiti, pero Monfort estaba rabioso y tenía otros planes. Le había dicho que irían después. Condujo de malas maneras hasta el domicilio de David Prieto, el propietario del local de alterne donde habían asesinado a Marwa. Este no podía salir de la ciudad, dada la acusación de prostitución que pendía sobre él a la espera de un juicio que, sin lugar a duda, iba a perder.

La constatación de que había mujeres que exponían sus cuerpos a los puteros junto al almacén abandonado donde mataron a Issam, le dio alas para pensar que los asesinatos tenían algo que ver con el chulito de las botas camperas.

Prieto contestó al interfono y, al oír la voz de Monfort, pulsó el botón que abría el portal sin decir palabra. Estaba esperándolos en el rellano. Silvia se mantuvo dos pasos por detrás del inspector. El acusado vestía un chándal holgado y zapatillas de estar por casa en cuyas punteras se reproducían las cabezas de Trancas y Barrancas, las estrellas del programa de televisión dirigido por Pablo Motos.

No parecía asustado, pero sí expectante por saber qué hacían allí.

Monfort tomó la palabra.

—La gente como usted promueve la esclavitud; aunque muchos crean que ya no existe, basta con echar un vistazo a la calle y darse cuenta de que ahora se llama prostitución.

—¿Ha venido para soltarme un discurso estudiado?

Monfort lo empujó al interior de la vivienda. David Prieto se dio con el hombro contra el marco de la puerta y soltó un pequeño grito de dolor.

—Además de la condena que le caerá, debería probar su misma medicina y que le dejen el culo como un bebedero de patos —sentenció con otro ligero empujón con el que Prieto acabó sentado en su propio sofá.

En la televisión tenía puesto un programa de deportes; uno de esos canales internacionales que emiten competiciones de cualquier índole las veinticuatro horas del día. En ese momento daban un partido de baloncesto de la NBA entre los Boston Celtics y los New York Knicks. Sobre la mesilla baja que había frente al sofá había un cenicero con varias colillas y restos de papel de cigarrillos que habría utilizado para liarse algún porro. Los muebles eran feos y de mala calidad. De las paredes colgaban cuadros abstractos que parecían comprados en la misma tienda donde adquirió los muebles en su día, un establecimiento de esos que por una módica cantidad amuebla el piso al completo. Olía a calcetines sucios. Silvia abrió una ventana para que la mezcla del olor a pies y tabaco desapareciera.

Monfort agarró a Prieto por la pechera del chándal y lo levantó del sofá en el que un instante antes lo había sentado de un empujón.

—Dígame algo para que nos vayamos de aquí con la ilusión de que no sería mejor patearle los huevos.

—El juez será el que dictamine, y no usted, que ya me ha jodido la vida lo suficiente.

Monfort lo agarró por el cuello, pero Silvia se abalanzó hacia él.

—¡Déjalo!

El inspector dejó de apretar su garganta por un instante.

—Hágase la idea de que fue usted quien mató a la joven mauritana. Si no la hubiera tenido esclavizada en esa mierda de local, ahora seguiría con vida.

—No diga tonterías. Estaría en otro lugar peor aún, en la calle, o en un arcén día y noche.

Monfort resopló y se puso en pie.

—¿Le suenan de algo los nombres de Jorge Abad, Diego Arrabal, Arcadio Ros o Daniel Manchón?

—Ni idea.

Silvia cogió el móvil de David Prieto, que estaba sobre la mesa del salón. Desbloquear la pantalla fue tan sencillo como deslizar la yema del dedo índice por los puntos hasta formar una P de Prieto.

—¡Oiga! —se reveló el hombre— ¡No puede hacer eso!

—Vaya que no —respondió Silvia con los ojos fijos en la pantalla. Siguió trasteando a toda prisa y luego se dirigió a Monfort, que todavía dudaba si debía patearle sus partes al proxeneta—. Jefe, ¿cuántos amigos tienes que se llamen Baltasar?

—Uno o ninguno —respondió.

—¿Y que además sean dueños de una compañía de seguros?

AL CONDUCTOR DE la ambulancia no le costó dar con la casa, pese a que esta se encontraba en una zona aislada que no aparecía en los mapas. Solía hacer rutas en bicicleta de montaña casi todos los fines de semana, y la Sierra de Irta era uno de los lugares preferidos por la conjugación perfecta entre el mar y la montaña, en un espacio cuajado de caminos para practicar el ciclismo.

La técnico que iba en la ambulancia diagnosticó neumonía por broncoaspiración antes de trasladar a Ignacio Monfort desde el sofá hasta la camilla que los sanitarios manejaban con destreza. El paso accidental de alimentos sólidos o líquidos a las vías respiratorias le estaban causando inflamación e infección pulmonar. Se trataba de una urgencia médica que ponía en peligro la vida. Una complicación grave, habitual en pacientes con demencia.

La abuela Irene y Aniceta Buendía se cogieron de la mano. Parecían indefensas, junto a la puerta de la casa, frente a un mar que se había despertado bravo y cuyas olas rompían con fuerza contra las rocas de los extremos de la pequeña cala. El sol apenas calentaba y la brisa, tan húmeda como fría, calaba los huesos.

—Ustedes no pueden venir —dijo el otro técnico, mientras acomodaban a Ignacio en el interior del vehículo—. ¿Han avisado a algún familiar?

Irene negó con la cabeza.

—Pues deberían hacerlo. Será mejor eso a que vengan ustedes detrás con el coche. Vamos a ir muy deprisa.

El sanitario recorrió con la vista la diminuta playa y los alrededores de la casa. Allí no había ningún vehículo.

—¿Viven aquí y no tienen coche? —preguntó, tan extrañado como si hubiera visto a un extraterrestre.

Irene y Aniceta no entendieron la pregunta porque ambas tenían la cabeza en otro lugar. El recuerdo de Yolanda Tena, la esposa de Ignacio Monfort, campaba a sus anchas. Yolanda debería estar allí en aquel momento, tomar la mano de su esposo, susurrar aquellas palabras que calmaban su mal genio, acariciar sus mejillas, secar sus lágrimas. Pero ella ya no estaba, por mucho que sus cenizas hubieran sido esparcidas en aquel mar que rugía inclemente al contacto de la arena limpia.

—¡Nos vamos! —ordenó el conductor, y tras sus palabras hubo un ruido de cierre de puertas y de motor en marcha.

La ambulancia recorrió el camino de tierra hasta la torre Badum, plagado de baches y de curvas. Más adelante, en el tramo de asfalto que llevaba hasta Peñíscola, podría alcanzar mayor velocidad. Irene y Aniceta clavaron sus ojos en el lugar por donde desapareció la ambulancia. Quedó sola la torre de nuevo. Ubicada sobre el segundo acantilado más alto de la región, estaba construida por masonería de piedra y tenía forma circular. Sus once metros de altura hacían que su avistamiento fuera posible desde cualquier punto de la costa. Desde allí, las vistas eran espectaculares. Lo más curioso de la construcción era que no tenía puertas. El único acceso estaba a seis metros de altura respecto al suelo, a través de una ventana que conducía hasta la estancia de los vigías. Pura estrategia contra los piratas de la época.

Monfort seguía sin contestar al teléfono. Aniceta estaba desesperada e iba de aquí para allá presa de los nervios. Irene marcó un número distinto.

—¡Irene! —respondió Elvira Figueroa—. ¿Está bien?

—Sí... No, en realidad. ¿Estás en Castellón?

—¿Cómo lo sabe? En este momento estoy llegando al juzgado. Entre usted y yo —dijo tratando de imponer un tono de confidencia—, hay unos papeles que podían haber venido hasta aquí vía fax, pero era la excusa perfecta para saludar a quien ya sabe.

—Se trata de su padre —espetó Irene sin más demora—. Tiene neumonía grave. Acaban de llevárselo en la ambulancia, pero Aniceta y yo no hemos podido ir. He llamado a un taxi, pero tardará en venir hasta aquí y luego en llegar hasta el Hospital General.

—Bartolomé no contesta, ¿es eso?

—Así es. Y tenemos miedo de no llegar a tiempo.

—Voy para allá enseguida. No se preocupen, conserven la calma. Cuando lleguen al hospital, me llaman.

—Eres un ángel.

—Tengo muchos defectos y espero que algunas virtudes. El problema es que no sé cuáles son los que molestan más a nuestro querido policía.

ORDENARON A LOS cuatro hombres de la agencia de seguros que se pusieran de cara a la pared. La secretaria estaba aterrada. Silvia Redó pidió ayuda a Terreros y García, que acudieron de inmediato a la oficina de la calle Mayor.

—Los cuatro son iguales —expuso Silvia a Monfort en voz baja—, y no me refiero al supuesto uniforme de pantalón gris y camisa blanca que llevan.

—«Parecen extraterrestres sacados de una película de serie B» —replicó Monfort en voz alta dirigiéndose a la secretaria—. Fueron sus palabras del otro día, ¿verdad, Susana?

A la secretaria se le encogió el pecho al oír su nombre de boca del policía. Estaba metida en un lío del que no sabía cómo iba a salir.

—Los entrevistaron en su día —informó Monfort—. Cuarenta y pocos años, apenas unos meses trabajando en la oficina, conocidos entre sí, deportistas, solteros o casados, pero sin hijos. Cualquiera diría que estamos frente a los personajes de una novela de Ira Levin.

—No se ponga sofisticado, jefe —lo interrumpió el agente Terreros—. A uno de estos lo vimos ayer frecuentando el Camí Caminás en busca de alguna mujer con la que descargar el exceso de testosterona a cambio de unos pocos billetes.

Cuando, el pasado jueves, Monfort había tenido sus más y sus menos con Baltasar, había pedido a los agentes que controlaran los pasos de sus trabajadores, incluida su secretaria.

—Susana, llame a Baltasar —ordenó Monfort.

A la secretaria le temblaban las manos. Marcó el número.

—Conecte el altavoz para que podamos escucharle.

Susana hizo lo que el inspector le pedía y los tonos de llamada fueron como jinetes que atravesaban una extensa llanura en el más absoluto silencio.

—Vuelva a llamar.

La mano que pulsaba las teclas temblaba cada vez más. Al final de los tonos de llamada, la misma alocución: apagado o fuera de cobertura.



—Debe tener otros números: un fijo, el número de su esposa...

En ese preciso instante, se abrió la puerta y una mujer rubia y menuda se quedó estupefacta al ver lo que ocurría en el interior. Tenía los ojos enrojecidos y su actitud ligeramente encorvada la hacía parecer vulnerable.

—Es Marga —dijo Susana a modo de presentación—. La esposa de Baltasar.

—¿Lo han encontrado ya? —preguntó la mujer con el corazón encogido.

La puerta se volvió a abrir de forma atropellada, golpeando la espalda de Marga y provocando que esta cayera de rodillas. Susana lanzó un grito y se dispuso a ayudarla de inmediato.

La figura del agente Pallarés ocupó todo el espacio entre el suelo y el dintel de la puerta. Dudó por un momento en salir corriendo, volvió la cabeza e hizo un ligero movimiento.

—Ni se te ocurra —lo advirtió Monfort—. Pasa, no seas tonto. Ya habrá tiempo para que nos cuentes a qué venías. Y también lo que te dijo el comisario para que te largaras tan fácilmente.

*ESTO TIENE POCO que ver con una secta de creencia religiosa. Aquí se esconde un negocio especulativo del que se están nutriendo los cabecillas en la sombra. Son los mismos que inculcan un odio visceral hacia los inmigrantes y que pretenden que sus esclavos aniquilen en nombre de cualquier cosa que les sea creíble. Y de eso se encarga el padre Josué.*

*Para llevar a cabo su plan de aniquilar inmigrantes, lo mejor es utilizar individuos dispuestos a suicidarse después, aspecto que, aunque en principio suena del todo improbable, al parecer no lo es tanto. Una mezcla letal de religión y fanatismo, bien aderezada con todo tipo de drogas, parecen dar buen resultado.*

*Por el momento, tres de los acólitos han acertado en los planes maquiavélicos del excusa y los que mandan sobre él. Como pretexto, se había inventado su propia teoría acerca de los siete sacramentos. Había conseguido engañarlos, había anulado sus mentes y pervertido sus almas. Ya habían logrado realizar el bautismo, la confirmación y la penitencia. El problema era que el cuarto, que debía ejecutar su macabra versión del sacramento de la eucaristía, falló. Aquello había llevado al traste los planes a seguir. La maquinaria de destrucción se ha detenido y ahora parece que deben replantearse la forma de actuar. La policía les sigue la pista y no tardarán en atar cabos; pero el veneno de la muerte ha calado hondo en la comunidad y no dejarán de buscar la forma de ponerse en marcha de nuevo. Ahora, el padre Josué desconfía de sus hombres y no es capaz de ver cuál de esos desgraciados podría retomar el espeluznante propósito.*

*Gracias a la facilidad con la que puedo obtener las drogas, me he convertido en la mano derecha del excusa. Este vive a expensas de las benzos y la cocaína para poder seguir ejerciendo el mal, cosa que, por otra parte, se le da a las mil maravillas. Tampoco ha sido difícil descubrir que los tipos que pululan por aquí como almas en pena han depositado en las arcas de la comunidad todo el dinero que han sido capaces de reunir o de robar a sus propias familias.*

*El aire que se respira en el interior de la casa es del todo nocivo. Una nube de maldad flota inmisericorde. Me ausento en ocasiones con la excusa de conseguir drogas. Simulo que las reservas menguan, eso le da pavor al rebautizado como Josué; le tiemblan las manos y me apremia a marcharme enseguida.*

*Esta mañana, tras el discurso ominoso y el desayuno frugal que, según él, oxigena el cuerpo y la mente, comenzó la sesión de drogas que devasta los cerebros ya de por sí enfermos de los residentes. Tomé la decisión de salir de allí. Las drogas empiezan a causar un efecto difícil de controlar en mi cuerpo. Sabía que estaba rebasando el límite, pero la atracción es demasiado grande.*

*El padre Josué me acercó el dorso de su mano para que la besara y me dio el beneplácito para salir de su centro espiritual.*

*Tomé uno de los coches que había en el aparcamiento que están a disposición de los pocos que podemos ausentarnos del lugar. Y, entonces, al dar marcha atrás, vi por el retrovisor otros dos vehículos que cruzaban la verja. Aparcaron a escasos metros de donde yo estaba. Detuve el motor y me agaché en el asiento de manera que podía ver quién había llegado.*

*De la parte trasera de uno de los coches se bajaron dos hombres bastante mayores. El conductor y el copiloto eran individuos jóvenes, tan parecidos que parecían clonados. Uno de ellos llevaba la voz cantante y el otro acataba sus órdenes. El conductor del otro coche también parecía joven. Nadie viajaba a su lado. Abrió una de las puertas traseras y, con voz imperativa, obligó a que salieran del interior tres mujeres de piel oscura. Vestían ropa que pretendía ser provocativa, pero que en sus adolescentes cuerpos se revelaban de forma totalmente contraria. La tercera mujer se resistió por un momento, pero el hombre le propinó una patada en los tobillos con sus botas puntiagudas.*

LA PUERTA DE acceso a los bloques C, D y E del Hospital General de Castellón daba a la parte trasera de un laberíntico edificio sanitario que parecía estar siempre en obras. El lugar era un hervidero de fumadores; un reducto al aire libre para viciosos empedernidos. Cientos de colillas pisoteadas afeaban el asfalto. Hombres y mujeres fumaban con ansiedad mientras hablaban por sus teléfonos móviles o comentaban con sus acompañantes.

Irene y Aniceta habían llegado al hospital y se encontraban en una de las habitaciones de la cuarta planta, donde habían ingresado a Ignacio Monfort.

—¿Qué sucede? —preguntó el hijo de este alterado cuando por fin le descolgó el teléfono a Elvira Figueroa. No era de extrañar, debía de tener el teléfono colapsado de llamadas.

—Es tu padre —respondió ella—. Ha tenido que ir una ambulancia hasta la casa de Irene. Tiene neumonía.

—¿Neumonía? Pero si le dieron el alta ayer y de eso no dijeron nada.

La jueza se encogió de hombros con resignación, pero claro, Monfort no podía ver el gesto.

—¿Dónde estás ahora? —preguntó él.

Elvira miró a su alrededor. Decenas de fumadores exhalaban humo de sus bocas. Caras de preocupación; de temor la mayoría. Podría haberle dicho que estaba en el infierno, pero no era momento de bromear.

—En la parte trasera del hospital, al lado de urgencias.

—¿Quién está con mi padre?

—Irene y Aniceta; aunque creo que solo puede haber un acompañante cada vez, por el momento.

—Deben estar enzarzadas a ver cuál de las dos se queda con él.

—No quisiera estar presente.

—¿Desde cuándo está en el hospital?

—Desde hace poco. A ellas no las han dejado ir en la ambulancia. Irene me ha llamado para que viniera mientras ellas conseguían un taxi

que las trajera hasta aquí.

—La idílica casa de la playa —refunfuñó Monfort.

—Si hubieran estado en Villafranca del Cid habrían tardado lo mismo, o puede que incluso más.

Monfort no respondió. Elvira tenía razón. Las curvas interminables desde la población hasta que se descendía el puerto de Ares representaban un obstáculo considerable.

—¿Han dicho si es grave?

—No lo sé. Cuando he llegado, he preguntado por el médico que lo ha atendido, pero no he conseguido hablar con él. Una enfermera me ha dicho que más tarde hablaría con alguien de la familia.

—O sea, que debe ser importante.

Elvira guardó unos segundos de silencio, aunque no valía la pena prolongarlos.

—Eso parece. Y tú, ¿dónde estás? Irene y Aniceta deben haberte llamado mil veces.

—Tal vez más —admitió Monfort—. Bueno, espérame ahí, llegaré enseguida.

Elvira iba a soltar algo sobre el lugar de los fumadores empedernidos, pero, en ese momento, un operario de ambulancia que llevaba la base del cuello tatuada con rayas discontinuas lanzó una bocanada de humo que fue a parar a su cara. Pasó tan cerca de ella que pudo leer lo que había escrito en su nuca: «CORTAR POR LA LÍNEA DE PUNTOS».

EL VIEJO MONFORT parecía más indefenso que nunca. Apenas había durado un día en casa de Irene y ya volvía a estar en el hospital. Reunió fuerzas para levantar una mano y saludar a su hijo. La máscara que le insuflaba aire ocultaba parte de su rostro. Tenía los pómulos hundidos y unas profundas ojeras negras. Parecía un piloto de avión; de un avión que se hubiera estrellado, en todo caso. El piloto de una nave de guerra que había sufrido un grave accidente, eso parecía.

La habitación era bastante pequeña como para albergar a dos enfermos, separados por una cortina a la que le faltaba un buen trozo para llegar al suelo, y a sus respectivos familiares. Aun así, en la cama contigua roncaba un hombre. Su esposa, o quien fuera la mujer que lo acompañaba, ojeaba una revista del corazón con los pies sobre una silla. La máquina que

le suministraba oxígeno a Ignacio Monfort parecía una bestia viva; emitía un sonido quejumbroso que proporcionaba una atmósfera de enfermedad a la estancia. Sobre la mesilla, alguien había dejado una botella de agua y unos cuantos vasos de plástico apilados. Después de que Irene y Aniceta trataran de contarle lo sucedido, las dos a la vez, con el consiguiente barullo incomprensible, Monfort les ordenó que fueran tomarse un café o cualquier otra cosa a la cafetería del hospital. Irene aceptó encantada y Aniceta rezongó lo suyo, aspecto al que ya estaba acostumbrado.

—Que os vayáis —les exigió para acallar de una vez las súplicas de la asistente familiar.

Cuando salieron de la habitación, Ignacio Monfort se apartó la máscara con dificultad.

—Menos mal —arguyó con una voz débil y áspera que brotaba de lo que parecía un pozo profundo—. Esa no se calla ni a tiros.

—Papá, tiene un nombre, se llama Aniceta, y, si no fuera por ella, no sé dónde estarías.

—Con tu madre —respondió sin demora—. Estaría con tu madre.

Se abrió la puerta y entró alguien que parecía un médico y que, de hecho, lo era.

—¿Es usted su hijo?

—Sí —Monfort alargó el brazo para estrechar la mano del doctor. Era tan alto como él, pero mucho más joven y delgado. Estaba en forma, llevaba unas gafas de vista con la clásica montura negra de la marca Ray-Ban. Del bolsillo del pecho izquierdo de la bata blanca colgaban media docena de bolígrafos. Llevaba en la mano un fonendoscopio que introdujo en un bolsillo lateral.

—Soy el doctor Lozano. ¿Podemos salir un momento? NO ES QUE no escuchara lo que el médico le estaba diciendo, más bien era que no creía que su padre se encontrara tan mal, y su cabeza no asimilaba tantas palabras. Monfort parecía más pendiente de la gente que pasaba por el pasillo y de las conversaciones entre enfermeras y enfermeros, pero, en realidad, era dolor lo que sentía.

El doctor vino a decir que la neumonía de su padre era un asunto complicado. Desde hacía tiempo, pequeñas partículas de comida habían ido infectando sus pulmones. Dijo que se lo explicaba así para que lo entendiera, aunque no era tan sencillo como podía parecer.

Monfort no sabía si era fácil de entender o no, la cuestión era que su padre estaba muy enfermo; que, según el médico, la neumonía era una consecuencia más de la demencia, y que, en su estado, solo podían esperar que reaccionara a los antibióticos y que él mismo pusiera todo su empeño por vivir. Llegados a ese punto, Monfort se estremeció. Las pocas cosas que había dicho su padre le habían sugerido que estaba dispuesto a reunirse con su esposa. Miró al doctor.

—¿Sufre?

—No de la manera que se pueda imaginar.

—Y entonces, ¿de qué manera?

—Digamos que su percepción del dolor, y por lo tanto del sufrimiento, es menor de lo que podría afectarnos a usted o a mí.

—¿Por la edad? —preguntó torpemente.

—Por la enfermedad —resolvió el facultativo, que parecía dotado de una paciencia infinita.

—Ha dicho que tenemos que esperar para ver cómo le sientan los antibióticos.

—Sí, eso he dicho.

—También que depende de las ganas que tenga de vivir.

—En efecto. Ese factor es fundamental.

—¿Y si no quiere vivir?

—Pues será más complejo.

Monfort se miró las punteras de los zapatos. También las de él, que calzaba unos zuecos blancos con la suela de goma. El médico no había acabado.

—Esa cuestión no es solo cosa del paciente. La familia también es importante en ese aspecto. —Se aclaró la voz—. Su padre sufre una demencia irreversible, no se va a curar. —Monfort ya sabía que irreversible quería decir incurable. Tal vez se le notó el gesto de contrariedad—. Lo que intento decirle es que, si responde bien al tratamiento, curaremos la neumonía...

—Pero...

—Pero eso no lo va a salvar de la demencia. La enfermedad avanza muy deprisa. En poco tiempo, ha pasado a ser totalmente dependiente. No sabemos a ciencia cierta su esperanza de vida, pero su edad y el deterioro físico no son de ayuda en estos momentos.

—¿Quiere decir que podría pasar cualquier cosa?

—Vamos a tratar de limpiar esa neumonía, y del resto ya hablaremos cuando llegue el momento. Esto es aquí y ahora. Una cosa primero y la otra después. ¿Entiende lo que quiero decir?

El médico sería joven, pero lo estaba poniendo en su sitio. Monfort pensó en hacer más preguntas, pero optó por la cordura.

—Cualquier cosa que crea necesario que hagamos, no dude en decirlo.

—De momento hay que esperar. Y animarlo. Tampoco es necesario que estén aquí los tres todo el tiempo, ya me entiende.

¿Los tres? ¿Habría hablado con Irene y Aniceta? Como si le hubiera leído el pensamiento, prosiguió.

—No tema, no les he explicado todo a las dos señoras; las he visto muy afectadas y me he hecho el despistado. —Trató de guiñarle un ojo, pero le faltaba práctica—. He preguntado si tenía un familiar más cercano, y luego he preferido esperar a que llegara usted.

Había otras dos mujeres que también querían estar pendientes en todo momento; de su vida, por supuesto, y de lo que le rodeaba, incluido el saco de huesos que estaba en la cama enchufado al respirador.

—¿Qué tal está tu padre? —preguntaron casi al unísono Elvira Figueroa y Silvia Redó para asombro de Monfort, interrumpiendo la conversación con el médico. Sorprendidas por haber dicho las mismas palabras en el mismo instante, ambas mujeres cruzaron miradas exentas de empatía.

—No son las de antes —observó con curiosidad el doctor, como si se tratara de la persona más lista de la tierra. No hacía falta ser Sócrates para ver que Elvira y Silvia tenían poco que ver con las dos mujeres que cuidaban del anciano en la actualidad. Tampoco iba él a aclararle quién era cada una de ellas, y qué representaban en la vida de su padre y en la suya propia. Bastante haría si conseguía reunir un poco de sensatez entre las cuatro.

Les pidió que lo esperaran en el pasillo hasta que terminara de hablar con el doctor. Pese a que no estaban convencidas del todo, logró que se dieran la vuelta y salieran por la puerta automática que daba paso al rellano de los ascensores.

—Su padre tiene un harén —quiso bromear el médico, pero la cara de Monfort lo disuadió de seguir por ese camino—. Esto... —continuó un tanto azorado—. Haremos todo lo que esté en nuestras manos, por eso no debe preocuparse.



Prosiguió con una serie de parámetros que el equipo médico había establecido. En boca del joven doctor parecía coser y cantar, como cuando llevaba a revisión el viejo Volvo y le mostraban con una linterna que había que cambiar los discos de freno. Entonces, él preguntaba si cambiándolos volverían a frenar como antes, y el mecánico contestaba que incluso mejor. Allí se imponía el dicho de «pagando, San Pedro canta», que tanto utilizaba su padre. Pero en el hospital, San Pedro cantaba poco, y otras veces no conseguía llegar al tono adecuado. Puede que rezar fuera una buena alternativa, pero para ello debería encargar a Aniceta que lo hiciera por él, pues había olvidado todas y cada una de las oraciones adecuadas.

Se despidió del médico con un nuevo apretón de manos. Le tendió una tarjeta con su número de teléfono, que rehusó argumentando que en el control ya tenían su contacto.

—No se preocupe, inspector. Le mantendremos informado en todo momento.

Sabía su teléfono y también su ocupación. No era de extrañar habiendo estado allí las mujeres que ocupaban su corazón, aunque con dispar suerte para cada una de ellas.

Abrió la puerta. Su padre seguía en la misma posición. ¿Cómo iba a moverse si todo su cuerpo estaba conectado a una cosa u otra?

Cerró y caminó despacio por el pasillo hasta llegar al lugar desde donde salían y llegaban tres ascensores de gran capacidad. Al final del rellano, cuatro mujeres departían de forma amistosa; tanto que, más que amigables, sus tonos eran cariñosos y solidarios. La abuela Irene, Aniceta, Elvira y Silvia se volvieron al verlo llegar. Hubo un silencio que duró tan solo un segundo.

—¿Qué te ha dicho?! —preguntaron las cuatro a la vez con enorme interés.

«Que recemos», pensó. Pero ¿a quién debían dirigir sus plegarias? Cada cual debía tener su santo preferido.

Recordó la primera estrofa de *Personal Jesus* de Depeche Mode. Quizá no fuera una mala invocación.

Extiende la mano, toca la fe.  
Tu propio Jesús personal.  
Alguien que escuche tus oraciones.  
Alguien a quien le importe.

## Dos meses antes

EL OPEL VERDE estaba aparcado junto a la entrada de un túnel cerrado por una verja. Tras seguir las indicaciones del folleto turístico, habían descubierto un buen número de galerías excavadas en la roca. Ir a pie no era ninguna ventaja. Se trataba de un lugar de dimensiones reducidas, aunque no tanto como para recorrérselo de una punta a la otra, y robar un coche no era la mejor opción a tener en cuenta. En verdad, Gibraltar parecía un queso Emmental. Seguramente la mayoría de turistas y visitantes no repararan en ello, pero era tan cierto como se anunciaba en el panfleto.

Silvia llevaba una pequeña ganzúa en el llavero. Inició la maniobra para tratar de abrir el grueso candado que cerraba la verja con una cadena. De repente, se escuchó un grito procedente del interior de la cavidad. Salvo los primeros metros, en los que se podían ver garajes a ambos lados de las paredes del túnel, el resto era oscuridad total. Se oyeron nuevos gritos que cada vez subían más de tono. Reconocieron la voz de Óscar pese a no entender lo que decía en su totalidad. Aguzaron el oído. Quien fuera el otro que lo acompañaba, le rogaba que se calmara.

Silvia no conseguía liberar el candado y se estaba poniendo nerviosa. Monfort buscó una alternativa. No se le daban bien las puertas cerradas, y tratar de romper la verja o reventar la cadena sin herramientas era un desvarío. Se asustaron al oír un ladrido. Había un perro en el interior del túnel. Permanecía quieto, a escasos metros de la salida. «¿Por dónde habrá entrado?», se preguntó Silvia. En ese momento, se le ocurrió algo. El perro había ido hasta allí con la intención de salir del túnel. Tal vez sabía el modo de hacerlo, aunque parecía asustado por la presencia de los dos humanos. Silvia pidió a Monfort que se apartara de la verja de manera que el perro no pudiera verlo. Una vez que este desapareció de su radio de visión, empezó a llamarlo. Hizo gestos, como si buscara algo en sus

bolsillos, hasta que simuló que sacaba algo de uno de ellos. Lo llamó con suavidad mostrándole la mano ahuecada, como si hubiera algo en su interior. El animal se mostró reacio a su llamada. Era un perro flaco, sucio y atemorizado. Sin duda, tendría hambre.

Los gritos de Óscar eran cada vez más notorios y las súplicas del otro más evidentes. Monfort y Silvia no sabían cómo reaccionaría el gaditano si supiera que estaban allí. Era mejor guardar silencio.

El inspector le hizo un gesto con la barbilla a su compañera para preguntar qué estaba ocurriendo. «Tiene hambre», le dijo ella en un susurro. «Yo también», pensó él. Recordó una máquina expendedora que habían visto cerca de allí. Sin decir nada más, bajó la cuesta deprisa hasta llegar al lugar. Era una máquina que contenía chocolatinas, latas de refrescos y sándwiches de pollo y *bacon*. Buscó unas monedas y extrajo uno de aquellos bocadillos. Corrió de nuevo hasta la boca del túnel. Al verlo llegar, el perro dio varios pasos hacia atrás hasta quedar oculto. Le dio el sándwich a Silvia y volvió a esconderse en un lateral de la entrada.

El otro hombre lloraba y gritaba a la vez. Se trataba de Ángel, de quién si no. Si no actuaban pronto, el hermano del agente Calleja acabaría con su vida.

Silvia abrió el envoltorio. El perro no había perdido el olfato. Salió de la oscuridad y se relamió el hocico. Ella lo llamó mostrándole una generosa loncha de *bacon*. El can se fue acercando desconfiado hasta que estuvo tan cerca que Silvia pudo ver el sucio pelaje y los colmillos amarillentos. Estiró el brazo a través de los agujeros de la valla y el perro agarró de una dentellada el trozo de tocino que ella le tendía. Luego, el animal regresó deprisa a la oscuridad y pasaron varios segundos en los que no dio ninguna señal de vida. Ella pensó que, con el hambre que debía de tener, no se contentaría con las migajas cuando tenía el resto del bocadillo por delante.

De repente, Monfort lanzó un grito ahogado y Silvia se sobresaltó tanto que la comida se le cayó al suelo. Miró a su jefe. A su lado estaba el perro, oliéndole la pernera del pantalón. En cuanto vio que el bocadillo estaba en el suelo, corrió al lugar en el que se había caído, a los pies de ella, y lo agarró con la boca sin tragárselo, para correr después de nuevo al lateral del túnel. Pasó junto a Monfort y escaló por un terraplén hasta llegar a un agujero excavado en la roca, por el que debía de entrar y salir

del túnel cuando lo que fuera dejara de asustarlo o el hambre le exigiera conseguir comida.

Los dos policías siguieron sus pisadas con precaución. La abertura en la piedra era estrecha, pero consiguieron adentrarse. Enseguida se vieron dentro del túnel. El perro parecía esperarlos, con el bocado atrapado entre sus fauces. Los miró con recelo y, cuando decidieron seguirlo, reanudó la marcha hasta guiarlos junto a un garaje con la puerta oxidada. En el suelo había un pedazo de cartón extendido sobre el que cuatro cachorros de apenas un palmo se retorcían y emitían agudos quejidos. El perro dejó caer el bocado que llevaba apresado entre sus dientes y los perrillos se lanzaron sobre el pan y lo que había en su interior. Era una hembra que había parido a su camada en aquel lugar sucio, pero que le brindaba cierta protección.

Por un momento, casi olvidaron qué hacían allí adentro. Pero la voz de Óscar, ahora del todo perceptible, los devolvió a la realidad.

—¡Muérete, hijo de la gran puta!

## Lunes 14, a última hora de la tarde

ANTES DE RECIBIR la llamada de Elvira Figueroa y tener que ausentarse a toda prisa, Monfort y el resto del equipo supieron que Baltasar había desaparecido. Al menos eso había afirmado Marga, su esposa, y también Susana, la secretaria eventual que trataba de llevarle la corriente todo el tiempo a la mujer del jefe.

—Desde el jueves no sabemos nada de él, ¿verdad Susana? —había dicho. Y la secretaria había asentido, visiblemente desconcertada.

Terreros y García registraron el local según las instrucciones de Monfort, pese a que no podían hacerlo sin una orden judicial. No encontraron nada que pudiera relacionar a los presentes con los asesinatos. A Silvia el registro ordenado por el inspector le pareció incoherente y acabó con una pequeña trifulca entre ellos que consiguió restarles autoridad. Marga se puso muy nerviosa y, por un momento, pareció que se iba a desmayar. Susana se mantuvo a su lado como la buena amiga que representaba ser. Faltaba ver qué le parecería saber que compartía con su marido algo más que una agenda de trabajo.

Fue entonces cuando llamó Elvira. Monfort, alertado por la cantidad de llamadas de esta y de Irene, salió a la calle para hablar con la jueza. A continuación, se marchó al hospital sin advertir a sus compañeros. Pensó que Silvia estaba capacitada para afrontar cualquier tipo de situación. Al menos, en cuestión de mala leche no la ganaba nadie. Ya habría tiempo de sacarle los colores al agente Pallarés.

SILVIA HABÍA DECIDIDO llevar a Marga a la comisaría con el pretexto de colaborar en la búsqueda de su marido. Terreros y García despacharon a los trabajadores y a una inquieta Susana, que parecía dispuesta a decirle algo a la subinspectora, aunque finalmente no se atrevió.

Marga aguardaba en el despacho de Silvia. En realidad, habría preferido que fuera Monfort el que iniciara las preguntas. Lo llamó hasta en tres ocasiones. Luego, sin saber muy bien de dónde le había salido el impulso, llamó a Elvira, pues había visto su nombre escrito en la pantalla del móvil de Monfort cuando estaban en el negocio de Baltasar y Marga. Y, tras una breve conversación, salió de camino al hospital.

—¿Y qué hacemos con ella? —preguntó el todavía avergonzado agente Pallarés—. Además, hay algo que debería decir...

—Te callas la boca. Quédate en el pasillo, junto a la puerta de mi oficina. Entra de vez en cuando y haz como si buscaras algo en mi mesa para que vea que estamos ocupados. Y como se te ocurra hacer cualquier otra cosa distinta a lo que te he dicho, te juro que moveré cielo y tierra para que te manden a Ceuta a vigilar la valla con Marruecos. —Se arrepintió nada más decirlo; no estaban para bromas sobre inmigrantes.

Cuando el comisario le recomendó que tratara de subsanar su error, Pallarés pensó que debía ponerse en marcha. El detalle que la subinspectora había descubierto en la conversación telefónica había sido el detonante. Ahora sabía por Gema, la esposa de Diego Arrabal, que tanto el marido de esta como Jorge Abad habían estado ausentes de sus casas sin que sus familias supieran nada de ellos. La cuestión era saber por qué no lo habían denunciado.

Y Gema se lo había dicho.

MONFORT LLEGÓ A la comisaría acompañado por Silvia Redó. Elvira, Aniceta e Irene se habían quedado en el hospital.

Por el camino, los policías habían discutido una vez más. La subinspectora tenía la tez enrojecida. Monfort apretó los puños de camino al despacho de ella, donde esperaba Marga con los nervios deshechos. El agente Pallarés trató de cerrarles el paso a la entrada del despacho con la intención de comentarles algo, pero Monfort lo apartó con la mano.

—Ahora no es el momento de la redención de los pecados —le espetó.

—¿Han encontrado ya a mi marido? —preguntó Marga alterada cuando estuvieron dentro.

—Ni siquiera hemos empezado a buscarlo —soltó Monfort.

Silvia le dirigió una mirada hosca. Los reproches de camino a la comisaría habían calado hondo. También la preocupación por el estado de

salud de su padre y el remordimiento de no poder permanecer a su lado. Siempre el trabajo, el maldito trabajo. Quizá algún día pudiera liberarse de aquella condena que él mismo se había impuesto, aunque era del todo improbable que tal cosa sucediera en los próximos días. El retiro soñado a un lugar recóndito, donde nadie le dijera que era poli solo con verlo llegar, flotaba en sus sueños. Solo en sus sueños. Y siempre terminaban convirtiéndose en pesadillas.

—¿Desde cuándo no sabe de él?

—Ya se lo he dicho antes; desde el jueves.

—Era por si se había equivocado.

—Yo no me equivoco.

—Puede que no, pero en ciertas cuestiones anda algo despistada.

—¿Qué cuestiones?

Soltarle de golpe que su marido tenía una relación con la que creía su amiga era una opción para desarmarla, para hundirla en la miseria, para abandonarla a la suerte de los desdichados. Optó por la vía del sexo de pago.

—¿De qué conoce su marido a David Prieto?

—No sé quién es ese hombre.

Dirigió una mirada a Silvia, no exenta de cierto resentimiento, para que fuera ella quien se lo aclarara. La subinspectora lo taladró con la mirada y se aclaró la voz.

—David Prieto es el dueño de un local de alterne. Un prostíbulo, para que me entienda. En ese lugar mataron a un anciano y a una joven mauritana llamada Marwa. Una muchacha obligada a ejercer la prostitución.

—¿Y eso qué tiene que ver con Baltasar? —Bajó el tono de voz por el temor a una respuesta demoledora que no tardó en llegar.

—Digamos que su marido y él se conocen.

En el domicilio de David Prieto, Monfort y Silvia no habían conseguido conocer el motivo por el que en el teléfono del proxeneta hubiera numerosas llamadas a Baltasar y viceversa. Prieto se había negado a hablar.

—¿De qué se conocían? —preguntó Marga, atemorizada.

Silvia se mordió la lengua, pero Monfort no lo consiguió.

—¿De qué se conoce a un putero?

—¡Pero si acabamos de tener a los niños!

Con aquella mujer, reprimir las palabras era una tarea ardua.

—Puede que su marido no esté bendecido por la santidad, como usted puede creer.

—Yo no he dicho que Baltasar sea un santo —se le escapó, era evidente.

Monfort sonrió en silencio. Miró a Silvia, pero no estaba para complicidades.

—Si ha oído hablar a su marido alguna vez sobre David Prieto, es mejor que nos lo diga. No tiene sentido ocultarlo. Está aquí porque afirma que se ha ausentado, que no sabe nada de él desde el jueves. ¿Suele hacerlo?

Marga negó con la cabeza baja. Una actitud muy poco convincente.

Llamaron a la puerta. Silvia abrió. Era el agente Pallarés. La subinspectora le cortó el paso.

—Hay una cosa que...

—Puedes refugiarte en los brazos del comisario, por lo visto tienes muy buena relación con él —lo interrumpió Monfort mientras Silvia sujetaba la puerta para que no accediera al despacho.

—Pero es que es importante.

—¡Ahora no! —exclamó Monfort, y le hizo un gesto a Silvia para que cerrara.

El inspector trató de reconducir la conversación con Marga. El agente había conseguido que todos perdieran el hilo.

—Está bien —dijo—. Vamos a calmarnos un poco. Dice usted que no sabe nada de su marido. ¿Ha preguntado a sus conocidos?

—Sí.

—¿Y a su familia?

—Baltasar no tiene familia. Su madre murió, y de su padre y de su hermano no sabe nada desde que era un niño.

—¿Está segura de eso?

—¿Cree que soy tonta?

Obvió la pregunta, no valía la pena establecer un juicio de valores tan personal sobre ella.

—¿Qué lugares suele frecuentar su esposo?

Rumió la respuesta.

—Le gusta jugar a pádel con los compañeros de la oficina los viernes por la tarde después de cerrar; luego, van a tomar algo por el centro. Y los



fines de semana...

Sin que pudieran evitarlo, Pallarés abrió de golpe la puerta y entró como un vendaval. Se plantó en el centro de la estancia y estiró el cuello todo lo que pudo, como una jirafa en busca de los brotes más altos del árbol. Luego habló. O más bien, pregonó:

—¡Jorge Abad y Diego Arrabal llevaban un tiempo desaparecidos cuando cometieron los asesinatos! —Y luego lanzó un profundo suspiro y pronunció unas palabras en su lengua materna, no del todo biensonantes —: *Collons, per fi ho he dit!*

ROMERALES ACEPTÓ A regañadientes la propuesta de crear un dispositivo de búsqueda sobre Baltasar Muñoz. Tras la consabida discusión por la falta de personal en la comisaría, el módulo se compuso de Terreros, García y de un par de agentes más que se pusieron manos a la obra de forma inmediata. El comisario estaba saturado, como era costumbre en él. Esgrimió que no disponía de efectivos suficientes y el caso de los jóvenes asesinados comenzaba a sobrepasarle de forma evidente. No dejaba de recibir llamadas de las altas esferas de la Policía y la carga amenazaba con terminar con su ya de por sí limitado aguante.

Por una vez, el consejo poco profesional que le había dado al agente Pallarés había dado sus frutos, aunque Monfort tampoco le iba a dar las gracias por salir corriendo y tomarse la investigación como algo personal. En otra ocasión, habría discutido con Romerales, pero el semblante cariacontecido del comisario y sus pocas ganas de hablar en los últimos días lo disuadieron. Era como si las nuevas dependencias policiales le vinieran grandes, o tal vez estuviera cansado de defender a capa y espada su trabajo a unos superiores, políticos incluidos, que cada vez invertían menos y parecían más estrellas de cine, en detrimento del servicio a la ciudadanía. Y así iba el país.

El comisario seguía la conversación, pero, al mismo tiempo, parecía ausente. Pallarés relataba con toda suerte de detalles, un tanto dilatados para un Monfort carente de paciencia, su encuentro furtivo con Lola y Gema, las esposas de Jorge Abad y Diego Arrabal, respectivamente, así como la conversación telefónica con el hermano del último, con el que su esposa había asegurado que apenas tenían relación.

Mientras el agente exponía, Monfort procesaba sus propios pensamientos. Recordó que Susana, la secretaria de la compañía aseguradora, le había dicho que no había llegado a conocer a Jorge Abad, ya que llevaba pocos días en el puesto. Aunque la verdad era que, tal como Pallarés había descubierto, el hombre llevaba tiempo desaparecido.

—¿Y qué es lo que te ha dicho la esposa de Arrabal? Dilo de una vez, que estoy perdiendo el hilo —lo interrumpió el inspector.

—Tras varios días en paradero desconocido, con la excusa de una convención de arquitectos, el marido la llamó por teléfono y le dijo que estaba atrapado en una red compleja de la que no le podía hablar. Que quería salir de allí, pero que no podía. Que había alguien detrás a quien no podía defraudar porque siempre lo había menospreciado.

—¿Esas fueron sus palabras?

—Las llevo memorizando desde que hablé con ella este mediodía.

Monfort consultó la hora en el reloj que pendía de la pared. Había anochecido.

—¿Y no se te ha ocurrido decírnoslo hasta ahora?

—*Me cague en la mar!* —protestó—. ¡Si no me han dejado hablar!

El lenguaje escatológico era una cuestión común de las regiones bañadas por el Mediterráneo. Expresiones populares tan arraigadas que formaban parte de la idiosincrasia de un país. Términos imposibles de erradicar porque constituían el talante de los habitantes.

Monfort miró a Silvia. Ambos sabían que la prioridad en aquellos momentos era encontrar a Baltasar Muñoz. El inspector tomó la palabra.

—Hay que traer aquí a los empleados de la empresa aseguradora. Estrujadlos hasta que hablen.

—Yo me encargo —se ofreció Pallarés, pero Silvia lo miró con desaprobación.

—No —lo frenó Monfort, tajante—. Eso que lo hagan Terreros y García antes de ponerse a buscar a Baltasar. Silvia y tú iréis a por las dos esposas; las quiero aquí cuanto antes. Y que no se vean ni hablen entre ellas.

—¿Y tú qué vas a hacer mientras llegamos con toda la tropa? —preguntó Silvia.

Monfort no respondió. La cabeza le ardía y no era fiebre. Ordenó a Silvia que llamara a Terreros y García, y que los cuatro se pusieran manos a la obra.

—¿Y qué pasa conmigo? —preguntó Marga, como si pensara que se habían olvidado de ella.

—Vaya con la subinspectora —dijo Monfort haciendo una señal a Silvia—. Que un agente le acompañe a su casa. Esté atenta al teléfono por si necesitamos ponernos en contacto, o por si a su marido se le ocurre dar señales de vida.

Cuando estuvo a solas con el comisario Romerales, se sentó frente a él. Este parecía abatido. Tenía un codo apoyado en la mesa y con la palma de una de sus manos se sujetaba la frente.

—¿Qué te pasa?

—Es esta vida, que no es justa.

—En tus años de poli has debido ver de todo.

—Más o menos como tú.

Ambos se quedaron un momento en silencio. Monfort mantuvo la calma por una vez y supo esperar. Al fin y al cabo, aquel que estaba enfrente con el gesto apesadumbrado era su amigo. Fue Romerales quien reanudó la conversación.

—Me dijiste que el tercer asesino, el que después apareció ahorcado, había sido captado por una secta.

—Sí, eso te dije.

—No cabe duda de que nos enfrentamos a una cosa de esas, ¿verdad?

—No, no cabe duda.

—¿Tú sabes algo de sectas?

—Aparte de las películas y alguna que otra novela...

—En las pelis todo es mentira.

—Se llama ficción.

—Lo que sea, pero es mentira.

—Ya.

—Es la primera vez en toda mi carrera que me encuentro con una historia como esta. Ha habido otras sectas en la provincia, pero no mataron a nadie, solo tonteaban con drogas y sexo. Además, los pillamos en un pispás.

—¿Cuál es tu opinión?

—Que tenemos que dismantelar una secta de hijos de puta que quieren matar inmigrantes, preferiblemente jóvenes.

Monfort sonrió.

—Por algo eres el comisario y no un novato como Pallarés.

—Tened paciencia con él. Será un buen poli.

—Ha metido la pata hasta el fondo.

—Sí, pero al final no ha estado tan mal, ¿no te parece?

—Te lo has echado a la espalda, como si fuera un pupilo a tu cargo. — Romerales se encogió de hombros—. ¿Qué misterio te traes entre manos con ese chaval?

—Vosotros tened paciencia, eso es todo lo que te digo por el momento. Y ahora, volvamos a lo de la secta. Venga, dime lo que de verdad sabes de esos malnacidos.

—Las víctimas de las sectas no consiguen escapar de sus redes con facilidad. Y, los que lo logran, tardan años en recuperarse, si es que lo hacen. Aunque siempre hay una figura de autoridad que se alza como el líder o el gurú, no todas las sectas se basan en las mismas creencias.

—¿Dirías que esta es de carácter religioso?

Monfort pensó en Lina O'Brien, en algo que había dicho cuando comentó lo de los siete sacramentos. «Puede que lo de la religión solo sea una tapadera. Tal vez haya algo más, pero...»

—¿Cómo pueden caer en la trampa? —siguió cuestionando Romerales.

—Captan a los integrantes aprovechando un mal momento personal. Son personas con problemas mentales, atrapados por las drogas o que lo han perdido todo. Los someten a un proceso de alteración intelectual y personal. Los líderes, a menudo, se anuncian como salvadores de la humanidad y difunden un discurso catastrofista. Suelen erigirse como los únicos con el conocimiento suficiente para salvar a los miembros y guiarlos hasta un supuesto mundo mejor. No les conviene que los captados tengan contacto con el exterior porque, según ellos, está corrupto y enfermo. Si se saltan las normas, pueden sufrir agresiones verbales o físicas, e incluso podría costarles la vida. Ejercen un control total sobre los integrantes, de manera que provocan una gran dependencia hacia los líderes con el fin de conseguir un beneficio económico, en la mayoría de los casos. Los captados pueden entregar todo su dinero e incluso el de sus familias a la comunidad. También pueden ser manipulados para conseguirlo de otras formas.

—Pero les darán algo más a cambio por obedecer, ¿no?

—Es posible que tengan premios.

—¿A qué premios te refieres?

—Drogas comunes, sin duda alguna. Pero también combinaciones estudiadas de fármacos. Benzodiacepinas, que crean aturdimiento y una fuerte dependencia, así como trastornos de conducta, histeria, psicosis..., y también tendencias suicidas.

—¿Y qué más? —preguntó Romerales, a sabiendas de que había más. Monfort guardó silencio. Ardía de ganas por salir de allí.

—Sexo. Mujeres; jóvenes, puede que hasta adolescentes, o peor aún.

Romerales levantó la cabeza y cruzó la mirada con su amigo. Sabía lo que estaba pensando. Le hizo un gesto con la mano para que se fuera.

Cuando Monfort se marchó y la soledad del despacho de Silvia quedó a su merced, Romerales pensó que ya habría tiempo para decirle que a su esposa le habían detectado un tumor en el pulmón.

DAVID PRIETO NO contestaba al interfono del pequeño bloque de pisos en el que vivía. Monfort insistió en reiteradas ocasiones hasta que, al final, una vecina se asomó a la ventana. Estaba de mal humor y tenía el pelo revuelto. Tendría más de setenta años y no estaba para timbrazos.

—¡Es la hora de cenar! ¿No ve que no contesta? No está, se ha ido esta tarde. Llevaba una maleta de esas de ruedas.

—¿Podría hablar con usted un momento?

—No. Ya le he dicho que es la hora de cenar. No conozco a ese hombre. Va y viene, y no sé qué se lleva con las mujeres que trae cada dos por tres. Yo no sé nada de nada. Oír, ver y callar. Nada más. Váyase por donde ha venido.

La mujer se escondió dentro de su casa. Monfort podría haberle mostrado la placa, indicarle que era de la Policía, obligarla a bajarse del burro y abrirle la puerta, romper con su obstinación bajo cualquier amenaza. Pero pensó que tampoco así la hubiera amedrentado; se la veía fuerte en su convicción de que la dejara cenar en paz. No valía la pena liarla una vez más. David Prieto se había ido. Habría que ver si se iba a presentar en el juzgado, cosa que debía de hacer regularmente, dada su condición.

Que David Prieto y Baltasar Muñoz se hubieran marchado echaba más leña al fuego y destapaba algunos enigmas. También abría el camino y barruntaba un final que, hasta el momento, parecía indescifrable.

EN EL NÚMERO 46 de la ronda Mijares de Castellón hacían los mejores kebabs de la ciudad. No era un restaurante, ni siquiera un bar, apenas un mostrador que daba a la calle, pero lo que despachaban era delicioso. Monfort aparcó mal sobre la acera y pidió uno para llevar. Condujo hasta El Grao con el olor del pan, la carne y la salsa turbando sus papilas gustativas. Al llegar a la obra inacabada, abandonada por culpa de la usura y la crisis, detuvo el coche a una distancia prudencial. Destapó el bocadillo y dio buena cuenta de la jugosa mezcla que rellenaba un pan todavía caliente y liviano, nada que ver con los de otros establecimientos similares. Mientras masticaba, contempló el enorme grafiti. «SOID».

Sonó el teléfono móvil. Era Silvia Redó. Monfort atendió la llamada pese a que tenía la boca llena. Ella lo habría notado, pero no le impidió decirle que estaban de vuelta en la comisaria. Le habló como si estuviera transmitiendo el contenido de un telegrama. Tenían a Gema en un cuarto de interrogatorios. Y lo estaban esperando.

Le dijo que iría enseguida, pero ella ya había interrumpido la llamada. Se bajó del coche y se acercó al edificio. Parecía vacío, no había más indicio de vida que los gatos que se cobijaban del frío. Contempló el grafiti desde la entrada. Desde tan cerca, era colosal, con las letras pintadas de manera que conseguían un efecto en tres dimensiones. Unos opinarían que era vandalismo, pero se trataba de arte, al fin y al cabo. Un arte no exento de riesgo, por la altura, por lo prohibido del lugar y por lo que representaba. Pintar aquello debió de suponer un chute enorme de adrenalina para su autor.

Apartó la valla de tela metálica y se adentró en el esqueleto del bloque. Había más pintadas en el interior, cartones, colchones y una bicicleta a la que le faltaba una de las dos ruedas. Había tenido la precaución de tomar la linterna que llevaba en el coche. Subió con cautela los escalones, que apenas eran ladrillos apuntalados para que, durante la construcción, pudieran acceder los obreros. Recorrió la primera planta. Más colchones, más pintadas, burdas esa vez, con frases ofensivas y nombres de chicas con apodos obscenos a su lado. Muchos «*Fuck*» y dibujos grotescos. En el segundo piso había más de lo mismo, y algunas jeringuillas usadas tiradas por el suelo.

Ascendió a la tercera planta. Alguien había hecho una hoguera. Por el aspecto de la misma, había estado encendida poco tiempo antes; un día a lo sumo. Había sillas más o menos aprovechables, una mesa grande plegable que estaba montada, con improvisados ceniceros atestados de colillas y vasos de plástico en los que todavía quedaba lo que fuera que se hubiera vertido en ellos. Monfort tomó uno y lo olió: vodka. El pestazo a alcohol le provocó rechazo. Las pintadas tenían otro aspecto, otra condición, eran como ensayos antes de ser plasmados en lugares más visibles y reconocibles, donde seguramente acabarían siendo de mayor envergadura. Todos los esbozos llevaban la misma firma. Había penes gigantes, erectos como faros en la noche; muelles retorcidos, coronas reales, aerosoles de cómic, réplicas de Súper Mario, caricaturas de Elvis y un enorme chimpancé con los ojos enrojecidos y un porro atrapado entre sus labios.

Se oyó un sonido metálico proveniente de la planta baja, la que daba a la calle. Alertado, se asomó por el hueco de la escalera. Eran varios jóvenes que ascendían por la escalera. Bromeaban entre sí y pronunciaban palabras que serían entendibles entre los que dominaran su misma jerga, pero no para él. Subió a la última planta por temor a ser descubierto. Miró a su alrededor. Al ver las paredes, sintió estupor. Mientras, las voces de los jóvenes estaban cada vez más cerca. Escrito en las paredes, se repetía una y otra vez el mismo salmo:

El señor es mi pastor, por tanto, nada me falta.  
En verdes pastos me alimenta.  
Me conduce a fuentes tranquilas.  
Él restaura mi alma y me guía por senderos de justicia,  
por amor a su nombre.

LLEGÓ MUY TARDE a la comisaría. El enfado de Silvia era evidente. Lo había vuelto a llamar en distintas ocasiones, pero, en su escondite de la planta del edificio abandonado, había silenciado el teléfono. Ella le había escrito mensajes que él no había atendido por temor a hacer el menor ruido. Los jóvenes tardaron más de lo deseado en abandonar el bloque. Fumaron una buena cantidad de porros de marihuana, cuyo olor ascendió hasta la cuarta planta. Rieron, discutieron, escucharon música; rap,

concretamente. Debían llevar un equipo potente, porque los graves se escuchaban con nitidez. Rapearon por encima de las canciones originales. Al final, el aparato dejó de sonar y los jóvenes se marcharon con la misma algarabía con la que habían llegado. Monfort se asomó al hueco de lo que debería haber sido una ventana y los vio desaparecer a lo lejos. Eran cuatro, y, al amparo de la noche y de la luz de las farolas del Grao, parecían todos iguales. Misma vestimenta, misma forma de caminar.

Bajó a la tercera planta. El aroma de la droga flotaba aún en el ambiente. Sobre la mesa había nuevos vasos de plástico y una botella vacía de Moskovskaya. También restos de polvo blanco. Monfort pasó la yema de un dedo por la superficie. Observó con detalle, olió, y finalmente se llevó una pizca a la lengua. No se trataba de cocaína, era *speed*, metanfetamina; la droga popular que los jóvenes consumían para tener más marcha, para bailar, para excitar y excitarse sexualmente. En realidad, se trataba de un viaje de ida y vuelta, y la vuelta era menos agradable: aumento de la temperatura corporal, temblores, pérdida de coordinación, confusión, arritmias cardíacas y, en sobredosis, convulsiones y *shock*.

No era un tipo despreocupado ni arrogante, tal como Silvia lo había tildado al llegar a la comisaría. Le había enviado un mensaje al salir del Grao para pedirle disculpas y decirle que iba hacia allí enseguida. Le hubiera gustado contarle lo del edificio abandonado, los raperos, las drogas, el vodka y las pintadas, pero ella no le permitió hablar. Quería cambiar, pero no siempre era posible. Ella estaba muy enojada por otro tema que no tenía nada que ver con el caso, pero el asunto se le estaba yendo de las manos, y él sabía que, si en una de aquellas disputas le levantaba la voz, habrían acabado para siempre.

Hubiera preferido mostrarle las fotografías capturadas con su móvil, las de los escritos que se repetían en la cuarta planta, los pertenecientes a un salmo religioso, y también que todos los esbozos encontrados en la tercera planta llevaban la misma firma, que no era otra que la de «SOID».

GRAN PARTE DEL cabreo de la subinspectora se debía a que todavía no habían podido localizar a Lola, la esposa del asesino de Marwa y el anciano, y a que la familia de Gema había tenido tiempo para que un abogado se presentara en la comisaría. El de Romerales era a consecuencia de que el juez de guardia no había autorizado la detención y posterior



interrogatorio de los empleados de la agencia de seguros. Además de que el mismo magistrado no había considerado la desaparición de Baltasar Muñoz como tal, dado el corto periodo de tiempo que llevaba ausente.

Por otra parte, Monfort todavía no había informado a sus compañeros de la huida de David Prieto. En definitiva, que la estaban cagando.

El apellido de Gema, la esposa de Diego Arrabal, el asesino del joven Issam, era Torres. Su abogado era un tipo de aspecto adormilado que parecía preocupado en exceso por los mensajes entrantes de su teléfono móvil.

—¿Es por su esposa? ¿No lleva bien que trabaje de noche? —le preguntó Monfort a la vez que señalaba el dispositivo—. ¿Quiere un café?

El abogado negó con la cabeza y se guardó el teléfono en un bolsillo de la americana. Tendría pocos años, pero aparentaba demasiados. También demasiados kilos, demasiada caspa y demasiado miedo a no estar a la altura.

El inspector se sentó y, sin más premura, se dirigió a la viuda de Arrabal.

—Nos dijo que su marido no tenía relación con su hermano, que vive en Barcelona. Pero resulta que nuestro nuevo agente, un diamante todavía por pulir, lo llamó por teléfono y consiguió saber que tal cosa no era cierta, y que, aunque había intentado ponerse en contacto con él en diversas ocasiones, Diego no daba señales de vida desde hacía, por lo menos, tres meses.

Estaba hundida. Monfort no se podía imaginar lo grande que había sido su dolor desde el día en que supo que su marido era un asesino que, tras perpetrar el homicidio de un inocente, se había suicidado. Al observarla, pensó cómo era posible que no supiera con qué tipo de monstruo compartía su vida.

No era alta, ni tampoco demasiado esbelta, pero vestía bien y tenía clase. Era morena, con el pelo teñido de un negro brillante. Tenía los ojos verdes y unos labios bonitos. Pero, en conjunto, reflejaba una enorme tristeza. No contestó al comentario del inspector, sino que fue directa al grano.

—Me dijo que tenía que ausentarse por una convención. Como ya saben, era arquitecto y trabajaba desde casa.

—¿Le dijo cuántos días iban a ser y dónde?

Ella lo miró extrañada. El abogado carraspeó para tratar de llamar la atención, pero nadie le hizo caso.

—Claro que sí, es... era mi marido. Dijo que era en Italia, en Bolonia, concretamente. Y que duraría una semana. Llegó a enseñarme imágenes en internet. El evento era real.

—¿Cuánto tiempo pasó hasta que la llamó?

—Tres semanas.

—¿No se puso en contacto con usted en tres semanas?

—No.

—¿Y no le pareció extraño? ¿No se preocupó en exceso por ello?

—Sí, pero para entonces nuestro matrimonio ya estaba roto. Todo el amor que en su día tuvimos había desaparecido.

El abogado carraspeó con más intensidad y tomó la palabra.

—No estamos aquí para analizar la relación amorosa entre mi clienta y su esposo.

—Ah ¿no? —inquirió Monfort—. ¿Y de qué quiere que hablemos? Le recuerdo que Diego Arrabal mató a un joven marroquí. Podemos preguntar a los familiares de la víctima, verá qué contentos están ellos de que todavía no hayamos aclarado el caso. ¿Le parece bien que empecemos conociendo los detalles de la relación entre el matrimonio, o prefiere que vayamos directos a analizar el tipo de asesino despiadado que era?

—Lo que a mí me parezca bien o mal no tiene mayor importancia, lo verdaderamente relevante es que...

—Ni es que, ni nada. Déjeme hacer mi trabajo y límitese a escucharla, que me da la impresión de que está tan perdido como lo hemos estado nosotros hasta ahora.

Gema golpeó con ambos puños la mesa para que se callaran de una vez.

—Diego me llamó. Era por la noche, muy tarde. Me asusté. Era un número oculto. Al escuchar su voz, me alegré y pensé que había reconsiderado la idea de volver a casa e intentar arreglar las cosas. —Hizo una pausa y guardó un momento de silencio, como si tomara impulso para decir aquello que se había guardado para sí hasta que Pallarés irrumpió en la joyería familiar—. Tenía una voz extraña, pero no era como otras veces en las que había bebido y balbuceaba para pedir perdón o lo que fuera. Era una voz confusa, dispersa. Alargaba las últimas sílabas, sollozaba. Era... No sé cómo decirlo. Como si no fuera él, como si alguien o algo le

obligara a decir aquello; pero no tenía a nadie al lado, eso también se notaba, más bien parecía...

—¿Drogado?

—Sí, puede que fuera eso. No tengo experiencia en ese tema, pero puede que algo anulara su voluntad. Pese a todo, era mi marido, aunque en el último tiempo fuera irreconocible.

—Intente recordar todo lo que le transmitió en esa llamada.

—Me dijo que estaba atrapado en una red compleja de la que no podía contarme nada. Que había intentado salir, pero que no podía. Traté de sonsacarle más, pero no actué con cautela y se cerró en banda. Estaba alterado; poco a poco, aquello que al principio de la llamada le hacía estar como sedado, se volvió nerviosismo. Le pregunté por qué me estaba haciendo eso, que quién lo había metido en esa supuesta red. No contestó a ninguna de mis preguntas y solo hablaba yo, o más bien gritaba. Le rogué que fuera un hombre, que diera la cara, que dejara de ser un cobarde y contara la verdad. Al final, me dijo que había alguien detrás a quien no podía defraudar porque siempre lo había menospreciado. Le exigí que me dijera de quién se trataba. Grité, pero no respondió. Luego dijo que me quería y colgó.

—¿Cómo era su marido? Su padre nos dijo que se trataba de un tipo sencillo, sin vicios, ahorrador, esposo solícito, un hombre educado. También que no pudieron tener hijos y que usted no quiso... ¿Cómo lo dijo? Ah, sí, ahora me acuerdo: «ella no quiso enfrascarse en esos asuntos de la fecundación *in vitro*».

Gema juntó las manos sobre la mesa y se retorció los dedos. Bajó la cabeza una vez más.

—Tal vez fue el detonante. —Pronunció en un tono de voz demasiado bajo. Luego logró levantar la cabeza y mirar a Monfort a los ojos. También subió el volumen—. Antes era todo eso que le dijo mi padre. Lo mismo que le comenté a la subinspectora. Pero todo cambió cuando me negué a saber quién de los dos tenía el problema.

—¿Se negó?

—Sí.

—¿Por qué razón?

Se encogió de hombros y una lágrima resbaló por su mejilla.

—La procreación no es un producto, los hijos no son algo que se pueda fabricar. Es una expresión de amor hacia la pareja, un acto espiritual.

—¿Quién le inculcó eso?

—Es nuestra convicción.

—¿Qué convicción?

—Los seres humanos somos la imagen y semejanza de Dios. No fuimos creados para satisfacer los deseos de una pareja infértil. Marido y mujer hacen el amor, no fabrican bebés. Es una manifestación del amor que siente el uno por el otro. El acto conyugal no es un proceso de producción. Lo mismo que el Hijo de Dios, hemos sido engendrados y no hechos. Somos el fruto de la igualdad de condición y dignidad de nuestros padres.

—¿Su marido compartía esas teorías?

—Nunca fue demasiado creyente, pero, al estar conmigo, accedía a mis pensamientos cristianos.

—O sea, que no era muy devoto y en casa se sentía casi obligado, ¿es así?

—¡¿Qué tiene de malo abrazar la fe en Cristo?! —protestó exaltada.

—No lo sé —contestó Monfort.

Era una respuesta sincera. No sabía si era bueno o malo creer en algo más allá de la vida. Él había creído, pero las circunstancias aciagas le habían golpeado demasiado temprano, y la fe de la que hablaba se había esfumado cuando su mujer dejó de sonreír para siempre. Puede que, si hubiera un más allá, ella estaría sonriendo, pero él ya no podía verlo. El cuento de que nos ven desde algún lugar hacía tiempo que había dejado de creérselo. Solo podía esperar aprender algo de aquel dolor, pero también lo dudaba. Nada es capaz de curar esa tristeza. Podía aprender algo, aunque tenía la certeza de que no serviría para nada.

—¿Alguna vez ha cerrado los ojos y ha deseado algo con mucha fuerza?

—... Sí —respondió ella, confundida.

—Y no se ha cumplido, ¿verdad?

No contestó. Se quedó mirándolo de forma incrédula. Monfort terminó lo que quería exponerle.

—Es Dios quien nos ignora, quien guarda silencio, quien nos defrauda. Ella sopesó sus palabras.

—Su problema es que solo mira el presente. Dios ama a todos por igual, pero pone a los incrédulos en lugares resbaladizos.

Pensó que sus palabras podrían pertenecer a alguna cita bíblica. Conocía infinidad de cristianos que se pasaban la mayor parte del día en lugares que ella habría tachado de «resbaladizos».

—Es un consuelo saber que Dios no retiene para siempre su enojo, más que nada porque parece que se deleita con su misericordia.

—Él es la verdad y el camino —replicó Gema casi sin pensar. Como si con aquella frase estuviera todo concluido. Pero Monfort era de los que prefería tener la última palabra.

—Sea cual sea ese camino, el final es lo que cuenta.

Estaba claro que el argumento religioso podía no tener fin. Nada más lejos de lo que se pretendía en aquel lugar y a aquellas horas. El abogado parecía haberse perdido en la cháchara entre su clienta y el policía y volvía a estar enfrascado en los mensajes que recibía de manera constante en su teléfono móvil.

—Parece que sigue instrucciones de alguien desde fuera —insinuó Monfort.

—¿Cómo? Ah, no, no se preocupe.

—¿Me ve preocupado?

—No, no, disculpe —miró a Gema un tanto avergonzado.

Monfort se puso de pie e indicó a Silvia que continuara. Ella sí que estaba pendiente.

—Cuando se enteró de lo sucedido, tuvieron que ingresarla en el hospital por un ataque de ansiedad.

—Cómo lo voy a olvidar. Usted también estuvo allí. De hecho, fue la primera persona con la que hablé.

—En la sala de espera conversamos con su padre. Estaba muy preocupado por usted. —Gema bajó la cabeza y cerró los ojos.

—Solo me tiene a mí.

—¿Cómo era la relación de su padre con su marido?

—Buena. ¿Por qué lo pregunta?

Silvia obvió una respuesta que tampoco tenía clara. Optó por otra vía.

—¿Por qué nos engañó cuando dijo que no conocía a la esposa de Jorge Abad, el primer asesino?

—Pensé que no tenía mayor importancia.

—¿Pensó eso?

—Sí, además ella y yo solo coincidimos algunas veces. Eran ellos los que se conocían.

—Ya, eso se lo dejó claro al agente en la joyería. —Apretó los dientes al decirlo—. Aunque también le dijo que eran ellos dos los que habían desaparecido tres meses de la vida de sus familias. ¿Cómo sabía que Jorge Abad también se había marchado? ¿Se lo dijo ella, o es que hay algo más que no sepamos?

El abogado carraspeó y cambió de posición en la silla.

—Llegados a este punto, con tanta preguntita, tal vez deberíamos replantearnos seguir contribuyendo a esta patraña. —Quizá le habían enviado lo que tenía que decir, o se había despertado de una vez por todas—. La cuestión es que ustedes no pegan puntada con hilo y, en vez de ayudar a mi clienta, que está dispuesta a colaborar, la están sometiendo a un tercer grado. Esto es intolerable, inadmisible de manual.

Monfort sonrió. Seguía en pie. Se situó detrás del abogado y le puso una mano sobre el hombro. Apretó.

—Le ha faltado decir que venga Dios y lo vea.

Aflojó la mano, dobló la espalda y acercó su boca al oído para susurrarle:

—Estese calladito, hombre.

Silvia aplazó por el momento las respuestas de Gema para imponer más presión. Aprovechó la zozobra del jurista y que Monfort volvía a su asiento.

—Cometió un error cuando la llamé.

—Lo sé —respondió Gema mirándola directamente a los ojos.

—Me habló de la compañía de seguros sin que yo le preguntara.

—Lo sé —repitió.

—Lola y usted son amigas, ¿verdad?

Gema no respondió. El abogado intentó tomar la palabra, pero Silvia levantó una mano para que no lo hiciera. No había terminado.

—Y apostaría a que las dos conocen bien a Baltasar Muñoz.

Tampoco respondió. Se recogió el pelo en un acto reflejo, como si quisiera hacerse una coleta que finalmente no hizo.

—¿Sabe que también ha desaparecido? —insistió Silvia.

—¿Quién?

Ahora fue Silvia la que guardó silencio, la que clavó sus ojos en ella.

—No se sabe nada de él desde el jueves.

Gema se mordió el labio inferior. Silvia continuó:

—Marga, su esposa, ha estado aquí. Nos ha contado algunas cosas —exageró la subinspectora—. Supongo que también sabe de quién hablo.

Otro silencio. Monfort se daba golpecitos en la barbilla con un bolígrafo. El abogado no sabía qué hacer ni qué decir por temor a ser reprendido de nuevo. Era un abogado inútil, uno de esos que espera cobrar solo por comparecer, pero que, cuando las cosas se ponen difíciles, no sabe por dónde salir. Un advenedizo en toda regla.

—¿De qué conoce a Lola? ¡Hable de una vez! —la apremió Silvia levantando la voz como un golpe de efecto—. ¿De qué conoce a Baltasar Muñoz y a su esposa Marga?!

El letrado puso una mano en la espalda de su clienta. Ella lo miró de soslayo y él asintió con la cabeza.

—Antes solíamos quedar.

—¿Quién? —interrogó Silvia.

—Los seis.

—¿Qué seis? Quiero oír sus nombres por su propia boca, no por la mía o por la del chupatintas este. —Señaló al abogado, que se removió en la silla.

—Marga y Baltasar, Lola y Jorge y... Diego y yo.

—¿Y hablaban de la procreación artificial?

—No.

—¿Tal vez de matar jóvenes inocentes? ¿De racismo? ¿De prostitución?

—¡Oiga, no se lo consiento! —intervino de forma exaltada el abogado, como si hubiera encontrado la forma de cobrar protagonismo de una vez.

—Les pido disculpas —simuló la subinspectora.

Monfort sonrió. Estaba a gusto viéndola descargar su ira contra aquellos dos y no contra él, cosa que en los últimos días estaba sucediendo más de lo previsible. La lástima es que ya no se podía fumar en aquellas modernas dependencias. Miró el cacharro de plástico anclado en el techo, con la luz roja parpadeante, dispuesto a ponerse a chillar en el momento que detectara una simple bocanada de humo.

—Jorge y Diego mataron a dos jóvenes inocentes y luego se suicidaron. Bueno, Jorge Abad mató también a un anciano que lo molestaba; pero eso son solo daños colaterales, como diría el profesional que se ha buscado. Ahora resulta que a Baltasar también se lo ha tragado la tierra. Por suerte, sabemos que Marga y usted están vivas, y que no se

han marchado a ninguna parte... —Silvia dejó la frase colgando de forma intencionada. Guardó silencio, se llevó un mechón de pelo detrás de la oreja y se humedeció los labios con la lengua, gesto que hubiera hecho estremecer al más común de los mortales—. Y luego está Lola.

—¿Qué pasa con Lola?

—Eso es lo que nos preguntamos nosotros. Por cierto, ¿no sabrá dónde está?

—¿También ha desaparecido? —Silvia afirmó con un gesto—. ¡Válgame el Señor!

—«No tomarás el nombre de Dios en vano». ¿Se dice así?

A Gema solo le faltaba llorar. Las lágrimas irrumpieron de repente y los hombros empezaron a temblarle de forma compulsiva. El abogado le tendió un pañuelo de papel y rogó a los policías que los dejaran unos instantes a solas.

Silvia miró a Monfort.

—¿Un café?

—De acuerdo —aprobó él—. Lo que no puedo garantizarte es que sea como Dios manda.

Monfort aprovechó el momento junto a la máquina para comentar que David Prieto se había marchado con una maleta de viaje.

—¿Y cuándo pensabas contármelo?

—Lo mismo podría decir yo de ti respecto a que no has podido encontrar a Lola.



*CONSUMÍ UNA BUENA cantidad de pastillas y otras drogas antes de regresar al centro. Estaba desconcertado.*

*El padre Josué me esperaba ansioso. Le entregué la mercancía en la gran cocina y enseguida preparó las dosis para sus adeptos, que lo recibieron como a un dios que lleva agua al desierto. Luego, satisfecho, me acarició la espalda, y sentí escalofríos. Me pidió que lo acompañara a sus dependencias. No había ni rastro de las mujeres jóvenes que había visto cuando me fui, tampoco de los hombres que las habían llevado hasta allí. Josué, o Guzmán, me reprendió por lo que le había parecido una demora demasiado larga. El efecto de las drogas anulaba mi capacidad de dar cualquier tipo de excusa válida y me mantuve en silencio; era lo que a él le gustaba, pues así tenía espacio suficiente para desplegar su dialéctica engolada.*

*Consumimos juntos una gran cantidad de cocaína, éxtasis y un buen puñado de benzos. Me habló de un mundo nuevo, un mundo en el que vivir mejor. Mientras, yo estaba sumido en una catarsis, como si mi cuerpo estuviera en un proceso de purificación. Josué, que con las drogas consigue todo lo que quiere, sabía cómo envenenar mi mente; y yo me dejaba hacer.*

*Aplacé el momento de decirle que el camello que me suministraba los medicamentos había decidido retirarse de la venta, porque eso podía dar al traste con mis planes de conseguir el dinero que Josué debe atesorar en la casa. Ese es mi cometido: hacerme con el botín que, sin lugar a dudas, esconde en algún lugar. El problema es que cada vez me siento más frágil y vulnerable. Su oferta de un mundo mejor es demasiado tentadora para mí. Las drogas actúan de forma sorprendente y libran un combate en mi cabeza sobre lo que está bien o está mal. Y siempre gana el vicio.*

*Entonces me habló de Larissa, una joven brasileña que, según él, solía venir al centro. Me mostró varias fotografías. Era muy joven, de piel tostada y unas curvas de vértigo. Dijo que estaba a mi disposición, que podía hacer con ella lo que se me antojara. Las sustancias estimulaban mi*

*libido y me puse a cien con lo que Josué me contaba de la chica. Me sorprendió al decirme, entonces, que Larissa aguardaba en mi habitación. Me dijo que era mía en todos los sentidos; pero que había una condición. Le pregunté qué quería a cambio. Y entonces me reveló que podía estar con ella el tiempo que me apeteciera, pero que, cuando hubiera terminado de satisfacer mis deseos, debía acabar con su vida. Protesté, pero las drogas me tenían paralizado y ya solo pensaba en los labios de la joven, en sus pechos, en sus nalgas...*

*Como el pajarillo atrapado en el cepo que sospecha su mala suerte, acepté. Y entonces me contó cómo debía llevarlo a cabo y lo que debería hacer después.*

*Josué es un verdadero encantador de serpientes y yo me he convertido en un alma perdida.*

*—Alabado sea Dios —invocó antes de dejarme solo frente a la puerta de mi estancia, donde aguardaba la tentación; el fruto prohibido.*

## Lunes 14, por la noche

DE REGRESO AL hotel, Monfort pasó de forma intencionada por el bar en el que trabajaba Agnès. Había dos borrachos que trataban de conseguir de ella algo más que bebidas gratis. El inspector le hizo un gesto por si necesitaba ayuda, pero ella sabía dar solución a pequeños altercados como aquel. Estaba a punto de cerrar, así que los despachó con firmeza, sin temblarle el pulso.

Lina O'Brien llegó en el momento en el que los dos hombres abandonaban el local. Agnès bajó la persiana hasta dejarla a dos palmos del suelo. Dijo que podían quedarse el tiempo que quisieran, que tenía trabajo que hacer, y en todo caso le harían compañía. Bajó el volumen de la música y sirvió tres whiskys de malta. Los dejó hablar mientras hacía las cuentas de la caja.

—¿Cómo se busca a una secta? —le preguntó Monfort a Lina.

—No sé nada de sectas —respondió ella, con el pelo rojizo dando luz al bar—. Seguro que, a estas alturas, usted sabe más que yo.

—No es necesario que me trates de usted.

—Sería más fácil para mí a la hora de hablar en español —admitió con una amplia sonrisa y el vaso en la mano con la intención de brindar.

—Verás, estuve ayer en un lugar e hice estas fotos. —Sacó el móvil del bolsillo y entró en la galería de imágenes.

Le mostró el salmo repetido una y otra vez, rotulado sobre las paredes de la cuarta planta del deteriorado edificio del Grao. Lina lo leyó, movió la pantalla. No le hizo falta pensar mucho.

—Es el salmo 23, aunque eso ya lo debes saber.

—Sí, lo he consultado, pero...

—Te suena extraño, ¿verdad?

—Es distinto, han cambiado las palabras, suena..., no sé cómo decirlo, ¿más poético?

Lina rio. Mostró sus dientes blancos y las mil y una pecas que cubrían su rostro parecieron agitarse de forma caprichosa.

—Inglaterra siempre trató de ser un país poético —lo dijo con ironía—. Nunca han podido con Irlanda, si me permites decirlo, que cuenta con algunos de los escritores más famosos del mundo. Se dice que la poesía escrita en mi país es la más antigua de Europa.

—¿Y bien? —Monfort señaló con la barbilla la pantalla del móvil.

—El texto está traducido al español de la *King James Bible*, la *Biblia del Rey Jacobo*, que data de 1611.

—¿Cómo lo puedes saber?

—Bueno... Irlanda, religión, poesía, más religión... Tal y como has percibido antes, es un texto lírico. Suena musical.

—No debe de ser habitual estudiar religión en España con la *Biblia del Rey Jacobo*, ¿verdad?

—Ja, ja, ja. No lo creo, los españoles sois muy patriotas. Vuestra versión de la Biblia debe de ser distinta. Cada país elige sus propias actualizaciones, aunque te diré que la del Rey Jacobo se conoce como la *authorized version*. La de mayor impacto sobre las traducciones del texto bíblico a la lengua inglesa.

—¿Y cómo crees que puede haber llegado a esas paredes?

Lina volvió a observar la imagen con detalle; amplió algunas partes para verlas mejor.

—Parece hecho por un *writer*; no en el sentido de escritor, sino de grafitero. Fíjate en el trazo: está muy bien ejecutado, con un estilo muy personal. Más que una pintada, parece una obra de arte.

Tenía razón: al que lo había hecho no le había temblado el pulso. Las líneas estaban sorprendentemente rectas y los espacios entre ellas eran exactos. Ninguna letra era más grande que otra y había algunos adornos al final de cada palabra. Una extraña pieza artística.

Terminaron el whisky. Lina le habló de otros temas más banales. Su trabajo requería demasiada concentración como para hacer de investigadora a aquellas horas de la madrugada. Agnès se unió a la conversación y sirvió más licor escocés por cuenta de la casa.

Media hora más tarde, la joven los «invitó» a marcharse de una vez a riesgo de que la policía clausurara el local. Se despidieron en la puerta y Lina se ofreció a acompañar a Monfort hasta el hotel. Lo tomó del brazo y

caminaron despacio. Una neblina sutil envolvía la ciudad como un halo misterioso.

—Has dicho antes que sonaba musical —le comentó el inspector durante el trayecto.

—*What?*

—El texto que te he enseñado en las fotografías.

—¿El grafiti?

—Lo que sea eso.

—*Yes, of course!* Musical, lírico, poético; muy de los míticos pastos verdes de Irlanda —bromeó.

—¿Serviría como letra para una canción?

—Pssss... *I don't know*. Una de iglesia, quizá.

A Monfort se le ocurrió algo mientras caminaban por calles silenciosas.

—¿Podría servir como letra de un tema de rap?

—Podría —respondió ella un tanto enigmática.

Tal vez las culturas celtas poseían el derecho a responder sin decir nada; aquel no sé qué de conformarse, de dejar que el otro se sintiera bien, que distaba mucho con la confrontación. Escoceses, irlandeses, galeses, bretones, normandos..., pero también gallegos y asturianos, en lo referente a nuestro país.

—Y ¿qué tal el día en el trabajo? —preguntó Lina.

—Bah, nada del otro mundo —respondió Monfort cuando ya llegaban al hotel. Todavía sonaba en su cabeza la última canción del bar de Agnès.

*The Sound of Silence*. Simon & Garfunkel.

Hola, oscuridad, mi vieja amiga.  
He venido a hablar contigo de nuevo,  
porque una visión que se arrastró suavemente,  
dejó sus semillas mientras dormía.  
Y la visión que se ha plantado en mi cerebro,  
aún permanece en el sonido del silencio.

MIENTRAS TRATABA DE atrapar el sueño, el inspector hizo un repaso mental del transcurso de la confesión de Gema, la esposa de Diego Arrabal.

Les había explicado que todo empezó cuando su marido tuvo que contratar una póliza de seguro para una obra en la que trabajaba como

arquitecto. Habló con Baltasar, a quien conocía de vista, dada la cercanía de la empresa. Muñoz le encomendó el trabajo a uno de sus empleados: Jorge Abad. Diego Arrabal quedó satisfecho con la forma de trabajar de este, y a partir de aquel momento la empresa de Baltasar se encargó de los seguros de las obras nuevas. De esa forma, se trabó una buena amistad entre los tres. Solían quedar para tomar algo y charlar, y no tardaron en convencer a sus esposas para salir juntos a cenar. Así, Lola, Gema y Marga se conocieron. Pero Gema no tardó en cansarse de aquella relación.

—Me harté —confesó a los policías—, porque Baltasar siempre quería llevar la voz cantante. Había que hacer lo que él quisiera. Trataba mal a su mujer delante de todos, la menospreciaba y hacía chistes a su costa. Tenía una influencia desmedida sobre Jorge y mi marido, que obedecían como perrillos falderos cualquier propuesta que se le ocurría. Eran tonterías, como ir a cenar a un restaurante de lujo en Denia o alquilar un yate para pasar un día frente a la costa de Oropesa del Mar, a pesar de que tanto Diego como Jorge eran hombres austeros a los que no se les habría ocurrido jamás aquel tipo de despilfarros.

—¿Cómo sabe que Jorge era un hombre austero? —preguntó Silvia.

Gema se la quedó mirando. Le había molestado que la interrumpiera.

—Porque me lo dijo su mujer. Pero espere, que no he acabado aún, ya llegaré ahí. —Se aclaró la voz antes de continuar—: Lola y yo teníamos más afinidad en algunos aspectos. Los hombres como Baltasar nos daban bastante asco y las mujeres como Marga, mucha pena. Baltasar insistió para que Jorge se hiciera socio de la empresa, pero él rechazó el ofrecimiento. A partir de aquel momento, empezó a darle la espalda hasta que quedó reducido a un pobre hombre que ni siquiera hablaba en público. Se convirtió en una sombra de lo que había sido poco tiempo atrás. Tras varias desavenencias y disputas ridículas, nos distanciamos y dejamos de salir juntos. No volví a ver a ninguno de ellos, pero sabía que Diego quedaba a mis espaldas con los dos, y poco a poco también se fue convirtiendo en un pelele incapaz de tomar decisiones; perdió todo lo bueno que había en él y nos convertimos en un matrimonio que solo estaba unido de cara a los demás.

—El rollo de la religión —se le escapó a Silvia.

Gema la miró con inquina.

—Los votos del matrimonio, querida. ¿Sabe de qué hablo? No lo creo.

Silvia no respondió. Por ella se podían ir a la mierda los votos cuando uno de los dos estaba a punto de convertirse en un asesino.

—Continúe, por favor —le sugirió con el tono más neutro del que fue capaz.

—Un año más tarde, algunos días después de que Diego me llamara para decirme que estaba atrapado en algún lugar, y con el miedo en el cuerpo y la incertidumbre de que, si llamaba a la policía, pudiera ser peor, me encontré a Lola por la calle. Bueno, más bien me abordó al salir de casa, como si hubiera estado esperándome. Estaba asustada y temblorosa. Había ido a hablar con Baltasar y este la había invitado a irse del despacho con excusas. Yo también había ido allí y me había hecho lo mismo. La sujeté por los hombros y le exigí que me contara qué le pasaba. La respuesta era obvia; solo hacía falta verme a mí, tal como estaba en aquel momento. La cuestión era que Jorge también se había marchado. Llevaba dos meses fuera de casa. La familia de Lola la había convencido para que no llamara a la policía, por si estaba secuestrado.

—¿Quién le había contado esa historia de un posible secuestro?

—Su familia —respondió ella—. Ya se lo he dicho. Temían demasiado por ella.

—¿Le contó a Lola que su marido también estaba desaparecido, pero que se había puesto en contacto con usted?

—Sí.

—¿Y qué le dijo?

—Se quedó de piedra. No se podía creer que ambos estuvieran en la misma situación. El problema era que, a ella, Jorge no la había llamado.

—Y las dos siguieron en contacto hasta hoy.

—Más o menos.

—Lo increíble es que no tomaran cartas en el asunto, que no llamaran a la policía, que no hablaran con alguien que pudiera ayudarlas.

—Después de lo que me dijo Diego en la llamada, la idea del secuestro se hizo demasiado grande en nuestras cabezas. Teníamos miedo. Nuestras respectivas familias nos ayudaron, pero el tiempo corría en contra.

—Si pensaron que era un secuestro, ¿no cree que alguien se habría puesto en contacto para pedir un rescate? ¿No le insistieron a Baltasar por si sabía algo?

—Si le soy sincera, Baltasar nos daba miedo, y, aunque apenas teníamos contacto con ella, Marga nos preocupaba mucho.

—¿Les daba miedo?

—Sí, es el típico machote, capaz de hacerle pagar los problemas a su mujer... Ya me entiende.

—Explíquese, por favor.

—Lola decía que, si denunciábamos la desaparición de nuestros maridos y empezaban a interrogar a Baltasar, él podría hacerle daño a Marga.

—¿Y por eso se quedaron calladas? No lo entiendo, la verdad. —Silvia se revolvía en la silla, se sentía más incómoda de lo normal con aquella conversación. Decidió continuar—: Ha comentado que su matrimonio estaba roto, aunque de cara a los demás hicieran el paripé de la pareja ideal.

Gema agachó la cabeza. Silvia prosiguió:

—¿Sabía cómo andaba la relación entre Jorge y Lola?

El abogado saltó como un resorte.

—Eso debería preguntárselo a ella, ¿no cree?

—Pues sí —respondió Silvia—, pero de momento no sabemos dónde está. Bueno, será mejor que ordenemos un poco el asunto: Jorge Abad y su marido desaparecieron, y, tal como le dijo Diego cuando se puso en contacto, estaba retenido en algún lugar del que no le podía contar nada. Le aseguró que quería salir de allí, pero que era imposible. Y lo más importante para nosotros: que había alguien al que no podía fallar porque siempre lo había despreciado.

—Bueno... —apuntó Gema—. No fueron exactamente esas palabras.

—No me interrumpa —atajó Silvia—. Abad no llamó a su esposa. Lola y usted pensaron que se trataba de un secuestro, conclusión apoyada por sus respectivas familias, pero resulta que nadie pidió un rescate por ellos. Ahora Baltasar Muñoz también se ha marchado, no sabemos a dónde, e incluso Lola ha dejado de dar señales de vida. ¿Todo esto es así, como lo he resumido? —Miró al abogado y su clienta esperando una respuesta—. Porque es enrevesado de la leche.

Gema volvió a llorar. Su representante trató de animarla sin conseguirlo. Monfort tomó la palabra. Llevaba un cigarrillo apagado, apresado entre los dedos índice y corazón.

—La cosa se complica cuando Jorge Abad entra en un prostíbulo y mata a un anciano y a una joven mauritana, y, tras cometer los asesinatos, pone fin a su vida. Y un día después, su esposo mata a un adolescente



marroquí y luego, igual que su amigo, se suicida. ¿No pensaron nada entonces? ¿Por qué no se pusieron en contacto con nosotros? ¿Se enteraron de que otro demente acabó con la vida de una chica ecuatoriana y que lo encontramos colgado de un árbol? ¿Conocía de algo a Arcadio Ros? —Gema negó con la cabeza—. ¿Y a Daniel Manchón?

—Tampoco —murmuró la mujer.

—Ahora están todos muertos. No podrán responder a nuestras preguntas. Vamos a descubrir a los culpables de tanta atrocidad, de eso no le quepa duda, pero sería más fácil con un poco de ayuda cristiana —insinuó con sorna—. Ahora que lo menciono, ¿sabe que todos los crímenes trataban de representar un sacramento religioso?

—¿Cómo dice?

—Los siete sacramentos. —Sacó su libreta de bolsillo y, tras buscar entre las páginas y encontrar la adecuada, leyó despacio—: «Los signos por los cuales se les facilita a los cristianos el camino a la salvación de su alma, santificando ciertos momentos cruciales ritualizados a lo largo de su ciclo vital». Eso pone aquí.

—No entiendo nada.

—Yo se lo explicaré. Puede que sea duro de escuchar, pero le ruego que esté atenta. Y usted —le espetó al abogado que la acompañaba—, deje el móvil de una vez y preste atención. Antes de matar a la joven mauritana, Jorge Abad vertió un vaso con líquido sobre su cabeza. Luego farfulló unas palabras y le disparó.

—Bautismo —apostilló Silvia impasible.

—A Issam, el adolescente marroquí, su marido tuvo la delicadeza de untarle la frente con aceite y vendársela antes de acabar con su vida.

—Confirmación —aclaró de nuevo la subinspectora, y todos se volvieron a mirarla.

—A Caridad, la muchacha ecuatoriana —avanzó Monfort—, Arcadio Ros la obligó a ponerse rodillas y le puso la mano en la cabeza. Y, a continuación, apretó el gatillo.

—Penitencia —insistió Silvia con la enumeración de los sacramentos.

—Y Yinuo, el niño chino al que Daniel Manchón no logró asesinar, nos contó que le habían metido en la boca un pedazo de pan.

—Eucaristía —especificó de nuevo, y dejó escapar un suspiro.

—Así que, sin contar el intento fallido de eucaristía, nos queda...

Silvia lo interrumpió.

—Órdenes sagradas, matrimonio y extremaunción.

—Tres. Nos quedan tres horribles formas de morir, contando que no quieran enmendar el error de la eucaristía.

Se hizo un silencio en la sala que duró lo suficiente para escuchar voces que venían del pasillo. Gema habló:

—¿Quiere decir que están metidos en algún asunto de fanáticos religiosos?

—Una secta, para ser más exactos —intervino Silvia de forma incisiva.

Gema se llevó las manos a la cara. Se debía de haber formado en su interior un debate entre lo terrenal y lo divino, entre sus creencias redentoras y los asesinatos en el nombre de Dios.

Monfort habló para intentar sacarla del atolladero en el que se encontraba.

—Puede que el tema religioso sirva para ocultar algo más. ¿Está segura de que nadie les pidió dinero, un rescate o algún tipo de pago? ¿Sabe quién podría ser esa persona a la que su marido tenía que demostrar su valía?

Gema negó con un gesto de cabeza y su abogado la imitó al instante.

Silvia aprovechó el momento para mostrarles una serie de fotografías en su teléfono móvil. Acercó la pantalla a la mesa para que el letrado y su clienta pudieran verlas con facilidad. La primera correspondía al enorme grafiti del edificio en ruinas del Grao.

—¿Les dice algo esto?

—No —respondió Gema, que miró a su abogado; este también negó.

—Hay más —anunció Silvia tras cambiar la imagen por otra en la que se advertía un local nocturno. Amplió la imagen hasta que quedó centrada en mitad de la pantalla la misma palabra pintada en la fachada. Luego hizo lo mismo con el almacén abandonado de la ronda de circunvalación, con la cabaña de la urbanización a las afueras de la ciudad, y finalmente con la caseta de los obreros donde Yinuo jugaba con los gatos.

—En todos y cada uno de los lugares donde se cometieron los asesinatos, hemos encontrado eso —aclaró Monfort, inquieto por la falta de nicotina.

—Nunca lo había visto —afirmó Gema, que parecía sincera.

Las voces que se oían en el pasillo se detuvieron junto a la puerta. El agente Pallarés irrumpió tras dar un golpe de cortesía con los nudillos contra la madera.

—¡Otra vez no! —exclamó Silvia irritada al verlo.

—Disculpen. Es Margarita Aznar, la esposa de Baltasar Muñoz, quiere hablar con ustedes —anunció Pallarés a toda prisa para no ser interrumpido o echado a patadas.

—Que pase —aprobió Monfort—. Traed una silla. Que se siente junto a ellos. ¿Les importa? —preguntó a Gema y a su abogado, pese a que le daba igual su parecer.

Una vez la mujer estuvo sentada en el interior de la sala, el inspector consultó su reloj de pulsera y la abordó:

—¿Se le ha olvidado algo? ¿O es que su marido ha vuelto y ha venido a decírnoslo en persona?

Marga era una mujer menuda de rostro agradable, pero la desaparición del marido la mantenía en un estado de nervios preocupante.

—Ha estado aquí esta tarde y nos ha escuchado hablar de Lola y Gema, las esposas de los asesinos —prosiguió Monfort, que señaló a la esposa de Arrabal—. Las tres se conocían bien, por lo menos habían tenido una amistad, y ha omitido ese dato, díganos por qué.

Gema agachó la cabeza y Marga trató de esquivar el contacto visual con ella.

—Tengo mucho miedo. No sé por qué lo he ocultado, de verdad, tiene que creerme.

—De momento, me costará hacerlo. Y ahora diga la razón por la que ha vuelto a la comisaría.

—Vi la foto del ahorcado en el periódico —soltó sin más.

—Arcadio Ros. —No era una pregunta.

—Sí.

—¿Lo conocía?

—De vista.

—Explíquese.

—Frecuentaba la oficina. Baltasar le dio trabajo, pero no estaba cualificado y se marchó pronto. Era un poco raro.

—Si no estaba cualificado, ¿por qué le dio trabajo? ¿Eran amigos?

Marga se encogió de hombros.

—No lo sé. La cuestión es que lo hizo, pero ya le he dicho que era un tipo extraño y duró poco tiempo.

—¿Sabe el efecto que causan las benzodiacepinas en el cuerpo humano?

—No sé qué es eso.

—Medicamentos psicotrópicos que actúan en el sistema nervioso central. Drogas legales, para que me entienda. Son fáciles de reconocer. La mayoría acaban en «pam»: diazepam, alprazolam, clonazepam, etc. Apuesto a que las ha consumido alguna vez.

—Sí —admitió ella—. Alprazolam, alguna vez.

—Pues esa, precisamente, es de las más adictivas. —Marga estaba desconcertada—. Ahora que se lo he dicho, ¿le parece que Arcadio Ros podía ser un poco raro o extraño por culpa de las drogas? ¿Le parecía que iba drogado?

—Ahora que lo dice, puede que fuera eso.

—¿Qué piensa su marido de las drogas en el trabajo?

—No las toleraría jamás, por supuesto —afirmó con determinación.

—Entonces, ¿cree que Baltasar podía haberlo despedido a causa de las drogas y no por su incapacidad para el puesto de trabajo?

—Yo no he dicho que lo despidiera. He dicho que se marchó. La cuestión es que vi la foto en el periódico y me sonaba de algo, pero con todo el jaleo de Jorge y Diego...

—Prefirió callarse —terminó Monfort la frase—. Pero ahora que Baltasar no aparece, se está empezando a preocupar de verdad. —Hizo una pausa que duró cinco largos segundos—. ¿Podría decirse que su marido y Arcadio fueron amigos? Pese a la falta de competencia y a la relación de este con las drogas, incluso.

—Baltasar conoce a mucha gente —respondió.

—Buen intento —satirizó Monfort. A continuación, le hizo un gesto con la cabeza a Silvia que esta entendió a la primera.

La subinspectora extrajo una fotografía del interior de su libreta A4 y se la mostró a Marga.

—¿Reconoce a este hombre?

—Sí —admitió con extrañeza.

—¿Qué puede decirnos de él? —le preguntó Silvia. Marga se quedó paralizada como un animalillo asustado por la presencia de un humano—. Deje que yo le ayude.

La mujer levantó la barbilla, que por un momento había hundido en su pecho.

Silvia continuó:

—Es exactamente lo mismo que con Arcadio Ros, ¿no es así? Frecuentaba la empresa y su marido le dio trabajo durante unos días. Y apuesto a que también le pareció un poco extravagante.

No todo silencio equivalía a consentimiento, pero, en el contexto en el que se hallaban, callar era la mejor opción.

Silvia mostró a los demás la fotografía de Daniel Manchón; el hombre que trató de acabar con la vida de Yinuo, el mismo que murió atropellado, el que se le había escapado al agente Pallarés.

—Gracias, señora Aznar —concedió Monfort—. Gracias por venir y desvelarnos dónde está el punto de captación de la secta con la que colabora su excepcional marido.

—*Hostia puta!* —dejó escapar el agente Pallarés. Era uno de aquellos exabruptos que se pronunciaban igual en ambos idiomas.

## Dos meses antes

EL TÚNEL ERA estrecho y largo; no se veía el final. Se notaba la humedad, había goteras y puertas de garajes, una al lado de la otra, con las persianas bajadas y sin actividad aparente. Las voces de Óscar habían dejado de oírse y reinaba un silencio tan abrumador como desconfiado. De no haber sido por varias luces de emergencia ancladas en las paredes, la oscuridad habría sido total. Silvia trató de agarrar a los cachorros para llevarlos a un lugar más seguro, pero la perra soltó un gruñido grave y le mostró su dentadura ajada por el abandono y la mala alimentación.

—Quieta —la advirtió Monfort—. Podría morderte. Nunca subestimes el celo de una madre a la hora de defender a sus criaturas.

Caminaron de forma sigilosa por el túnel con la intención de descubrir hasta cuál de aquellos garajes había llevado Óscar a Ángel.

Silvia notó en su bolsillo la entrada de un mensaje con una vibración corta.

Unos metros por delante, Monfort pegaba la oreja a una de las persianas oxidadas por las infiltraciones de agua en el subterráneo.

Horas antes, la subinspectora había enviado un mensaje a Mónica, una amiga periodista, para que recabara información sobre Brian Santos. Lo que había recibido era un mensaje tan extenso como minucioso. Lo leyó deprisa.

«Gibraltar es la capital mundial de las apuestas en línea. Es uno de los pilares de la economía. Atraídas por los beneficios fiscales, muchas compañías de este tipo de apuestas eligieron el pequeño enclave para asentar sus negocios. Pero el juego se convirtió en objeto de polémica con España porque las compañías domiciliadas en el territorio que desarrollaban sus negocios fuera de él, no pagaban impuestos, y, durante años, algunos organismos incluyeron a “la roca” en las listas internacionales de paraísos fiscales. La actividad es tan importante para la

economía local que el Gobierno gibraltareño tiene incluso un Ministerio de Servicios Financieros y Apuestas. Y el sector emplea a unas dos mil personas, lo que equivale al 10 % de la población activa de Gibraltar. Y hasta aquí el mensaje técnico —seguía Mónica con su escrito—. Brian Santos dirige en la sombra una de estas empresas de apuestas, y no es de las que ostente el récord de tener las cuentas al día con el fisco. La organización no está a nombre de Santos; lo maneja todo a través de una empresa con sede en otro paraíso fiscal. Debe tener buenos contactos con la Policía gibraltareña para que no haya sido encarcelado por sus malas prácticas. También he descubierto que, hace años, actuaba en Barcelona, donde por lo visto tenía buena relación con algún miembro de la policía; alguien que, en más de una ocasión, se debió jugar el pellejo por proteger a Santos. Pregúntale a tu jefe, que es de allí». Y luego venía un emoticono de una cara guiñando un ojo.

Silvia pulsó el botón para oscurecer el teléfono. Le costó adaptar la vista a la penumbra del túnel tras mirar la pantalla iluminada. Monfort, que se encontraba a cuatro o cinco metros, le hacía gestos para que guardara silencio y avanzara con cuidado hasta allí.

Silvia hizo lo que le pedía. Entendía que cada caso sin resolver era una deshonra, pero pensó que el hombre que tenía delante se había saltado todas las reglas en busca de resultados. Ahora, era como una cerilla en un polvorín. A Mónica le había costado muy poco descubrir que, probablemente, Santos había sido confidente de Monfort y que este lo había ayudado a encubrir actividades ilícitas a cambio de chivatazos. El hombre que tenía delante hacía años que había olvidado lo que significaba el apego a la vida. El miedo era una palabra que no debía existir en su lenguaje personal. El dolor le había corroído hasta la última de sus neuronas. Era un hombre extravagante, un solitario que demasiadas veces ocultaba sus pensamientos a los que tenía a su alrededor. Podía ser incluso ofensivo, en ocasiones, y, aun así, se sentía segura cuando estaba a su lado. Silvia habría saltado a la oscuridad si hubiese sido él quien le sostuviera la mano.

Se puso al otro lado de la persiana, tal como él le había indicado que hiciera. Dentro del garaje se oyó un ruido, como si una herramienta metálica se hubiera caído al suelo. Lo siguiente que oyeron fue un gemido seguido por una bofetada. El quejido era de Ángel, que, por lo gutural del sonido, parecía estar amordazado.

Lo que hizo Monfort de repente puso a prueba el corazón de Silvia. Con la palma de la mano abierta golpeó la persiana metálica lo más fuerte que pudo.

—¡Abre, Óscar! ¡Abre de una vez! ¡Se ha terminado ya la broma de Gibraltar!

Hubo un instante de silencio que se rompió con un nuevo quejido amortiguado por la mordaza.

—¡Abre o te arrepentirás! —insistió Monfort.

Cuando su voz dejó de resonar en la bóveda de la galería, llegó hasta sus oídos de forma nítida el chasquido de una cizalla que cortaba la cadena de la verja que comunicaba el túnel con el exterior.

Aguzaron la vista, aunque tampoco era necesario para saber que se trataba de los hombres de Brian Santos. Y seguro que no tenían intención de invitar a los policías a unas pintas de cerveza.



## Martes 15

TRAS DESAYUNAR, MONFORT salió a fumar un cigarrillo a la puerta del hotel. Encadenó el primero con el segundo, como si quisiera ganar tiempo al tiempo. El recuerdo de la noche pasada en la comisaría lo había dejado encallado. Debía despejarse y poner la mente a cero si no quería dar vueltas en una rueda como un hámster inquieto que teme a los depredadores.

No pudo encontrar aparcamiento en las inmediaciones del hospital, así que, al final, se dirigió al subterráneo.

Irene estaba sentada en una butaca junto a la cama de su padre. La luz del sol entraba por el gran ventanal al que le habían quitado la manecilla para que no se pudiera abrir. «¿Ventilarán alguna vez?», pensó el inspector. Ella leía un libro. Era una novela policíaca, de un autor danés. Quizá por ello se atrevía a opinar sobre los casos. En Peñíscola tenía una biblioteca bien surtida de autores clásicos y de poesía. Puede que encontrara el género policíaco como algo de menor valía, y por eso se lo había llevado al hospital como el que ojea una revista del corazón. Una lectura que, en realidad, no le quitara el sueño, imposible de conciliar en aquellos sillones.

—¿Has dormido ahí? —le preguntó en voz baja tras darle dos besos. Su padre dormía.

—Más o menos —respondió ella.

—¿Y Aniceta?

—Se marchó anoche; bueno, tuve que echarla. Se fue con Elvira.

—¿Con Elvira?

—Sí, es una gran mujer. ¡Qué poderío! ¡Qué par de ojos negros! Se clavan como dagas, si te descuidas.

Monfort hizo un gesto como queriendo decir que ya sabía de qué hablaba.

—Deberías aprovechar el tiempo.

Sopesó la idea de excusarse para tomar un café.

—Hay trenes que no se deberían dejar escapar. Y, hablando de trenes, esa está como uno de mercancías. Ya me entiendes. —Y le guiñó un ojo.

Que la abuela Irene hiciera bromas acerca de mujeres que estaban como un tren le pareció surrealista. No recordaba la última vez que se había sentido enrojecer; eso era cosa de Silvia, que tenía facilidad para que se le encendieran las mejillas. Sin embargo, se había puesto como un tomate.

—¿Cómo está? —cambió de tema.

—Regular, gracias a Dios.

—¿Gracias a Dios?

—Sí, podría estar peor.

Monfort soltó un resoplido. Dormir en el hospital, en una habitación compartida con otra familia, podía dar al traste con la cordura de cualquier ser humano. Hubiera preferido que estuviera cansada, agotada por las horas sin dormir o la preocupación, pero Irene era del todo imprevisible y se había erigido como la reina de la planta.

Entró una enfermera joven y anunció que tenían que tomarle la tensión al señor Monfort y comprobarle la temperatura. Saludó a Irene como si hubiera visto a su propia abuela; le sonrió francamente e incluso le dio un apretón de manos. Le preguntó si necesitaba algo o si podían hacer algo por ella. Irene la llamaba hija y la joven sonreía cada vez que lo hacía. Era esa sonrisa que se da entre madres e hijas o entre abuelas y nietas; entre seres queridos, al fin y al cabo. Eso era Irene allá donde iba: un ser querido.

—¿Ha dicho algo el médico? —preguntó Monfort cuando la joven enfermera se marchó tras informar fugazmente de que la tensión arterial estaba bastante bien, pero que la fiebre no le había bajado del todo.

—Todavía no.

Ignacio Monfort se había despertado con el trajín de la enfermera. Balbuceaba, pero con la mascarilla no entendieron ni una palabra de lo que pretendía decir.

—Y así cada vez que se despierta.

—Supongo que la enfermera le informará de que tiene fiebre.

—Claro, hombre, cómo no le va a informar. Estamos en un hospital.

Monfort se acercó a su padre y le dio un beso en la frente. Lo cogió de una de sus huesudas manos procurando no apretar. Le preguntó cómo

estaba, pero el viejo negó con la cabeza. Trató de quitarse la mascarilla, pero el hijo le dijo que se calmara, que no podía quitársela. Le indicó que pronto se pondría bien y trató de hacer una broma con que, entonces, podría elegir dónde quería ir a vivir. «Tienes unas cuantas mujeres a tu disposición», le sugirió para que se animara. Ignacio Monfort volvió a negar con la cabeza.

Notó que estaba más delgado. Alguien lo había afeitado, Irene o Aniceta, seguramente; no creía que, estando ellas, le hubiesen dejado hacerlo a Elvira, aunque, por lo visto, esta se los había camelado a todos con sus ojos embrujados.

—¿Cómo va el caso? —preguntó Irene.

Monfort se acercó y, casi al oído, le dijo que se trataba de una secta destructiva.

—Ya lo sabía, se lo dije a... —se interrumpió de forma súbita.

—¿Se lo dijiste? ¿A quién se lo dijiste?

—A Silvia —reconoció.

—¿Hablas con Silvia?

—Tampoco creo que tengas la exclusividad de nadie, ni que tengamos que pedirte permiso para hablar un rato.

Monfort soltó un suspiro. Se lo temía.

—Le conté que, cuando era joven, tuve una amiga que estuvo en una secta en la provincia de Jaén. Tampoco es para tanto.

—¿Qué le pasó a tu amiga? —Ya puestos, intentó saber qué pensaba de aquello.

—Le anularon la voluntad. Se convirtió en una especie de muñeco diabólico. Consiguió salir, pero se distanció de su familia y de sus amigos. Le hicieron entrevistas en los medios, y, entre que todavía no estaba bien y el circo que se montó a su alrededor, dejó de ser la misma. Por lo que contaba, hubo algunos adeptos que perdieron la vida por causas extrañas. Repetía que el líder era un monstruo que actuaba en nombre de un dios falso. No sé si logró desengancharse del todo de él.

Monfort recordó las palabras de Lina: «Lo que para unos es una secta, para otros es su propia fe». Aunque la fe también podía estar basada en el poder del dinero y no tanto en una orientación religiosa.

—Avísame si viene el doctor. Estaré por aquí.

FUE A LA planta baja con la intención de preguntar en la recepción por el doctor Claude Bata. Se le había ocurrido una idea mientras hablaba con Irene.

La funcionaria del mostrador parecía estar muy ocupada; movía papeles de un montón a otro y se mojaba el dedo con la lengua para pasar las páginas. Mientras, con los auriculares puestos, repetía a quien estuviera al otro lado de la línea que ella no podía hacer nada. Transcurrido un tiempo que le pareció una eternidad, Monfort le mostró su identificación. La mujer se excusó y finalizó la llamada.

—Lo siento. Dígame.

—Busco al doctor Claude Bata —pronunció el nombre en francés, pese a que el apellido no tenía más vuelta de hoja.

—¿A quién? —preguntó ella con extrañeza, frunciendo el ceño.

—Al doctor Bata. —Se ahorró tener que repetir el nombre y su pronunciación—. Es cirujano.

—¿Bata? —La recepcionista repitió el apellido con guasa y miró a Monfort con ojillos traviesos y media sonrisa que simulaba ser tentadora—. Bata de cola —soltó de repente.

A la vez que tecleaba el nombre en el ordenador, no pudo evitar echarse a reír. No se podía contener; reía a gusto y le sentaba genial. Tenía aspecto de ser de esas personas que se partían de risa a la mínima. Una persona sana y divertida. Monfort no pudo evitar reír también. Aquellos eran momentos insólitos en su vida. Se hubiera agarrado a ese instante y lo hubiera congelado. Así era Violeta; a poco que se hiciera un comentario gracioso, estallaba en carcajadas. Ver a la gente reír resultaba una buena terapia para alguien con el corazón roto. Unirse a ellos, toda una gesta. La felicidad era asombrosa; tanto, que a veces bastaba con que la disfrutaran los demás.

—¿Le digo que baje o sube usted? —No podía contener la risa y se tapaba con la mano una boca que, en opinión del inspector, no debería esconder jamás.

—Subiré yo —le respondió, todavía con la sonrisa dibujada en su cara.

—Está bien. Segunda planta, hay un despacho nada más salir del ascensor, justo enfrente. Debo llamar para advertirle.

—Por supuesto, hágalo. Dígale que soy el inspector Monfort.

Marcó varios números en el teclado y esperó mientras trataba de recomponerse.

—Tiene una visita —anunció cuando le cogieron la llamada—. Dice que es el inspector Monfort. (...) De acuerdo. (...) Prefiere subir.

Tras finalizar la llamada, miró a Monfort.

—Muchas gracias.

—No se merecen. Y... disculpe, por favor. —Se cubrió la cara con las manos para reanudar su fiesta particular. La broma podía durarle toda la mañana.

—No hay nada que disculpar. Ha estado bien. Tal vez venga más a menudo.

—Cuando quiera.

—Me ha dicho segunda planta y el despacho frente al ascensor, ¿es así?

—Exacto.

—Bien. Confío en que el doctor no está esperándome en... bata.

Y la mujer estalló como si hubiera retenido la risa por un tiempo límite para ella.

La risa activa el corazón, los pulmones y los músculos; aumenta las endorfinas que se liberan en el cerebro y reduce la respuesta al estrés.

Todo lo que le faltaba a él.

LA PUERTA DEL despacho estaba abierta, aunque llamarlo así era un eufemismo. El lugar era irrespirable para las cinco personas que lo ocupaban. Había dos mujeres y otros dos hombres, además del que buscaba. Todos debían ser médicos, por la apariencia. Claude Bata destacaba entre los demás por su color de piel. Pidió disculpas a sus compañeros y estos abandonaron la minúscula oficina.

Cuando estuvieron fuera, Monfort accedió al cubículo y tendió la mano al doctor senegalés. Olía a café y a una mezcla de perfumes.

—Debería quejarse —bromeó el inspector abarcando el reducido espacio con la vista.

—Y lo hago, pero nadie me escucha.

Monfort sonrió. Bata lo invitó a tomar asiento en una de aquellas sillas que todavía estaban calientes. No había música rap ni *funk* en aquel lugar, ni infusiones de jengibre, ni tampoco rastro alguno de Marta Ros, su amante.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Mi padre está ingresado. Tiene neumonía.  
—Vaya. Lo siento. No es mi especialidad, pero, si puedo hacer algo...  
—Gracias. Espero que esté bien atendido. A él no le puedo preguntar, los mandaré a todos al infierno.  
—Me puedo hacer una idea.  
—Tiene demencia. La neumonía es otra de las consecuencias.  
—Neumonía por broncoaspiración, supongo.  
—Usted lo ha pronunciado bien. Pero no he venido por eso.  
—También me hago a la idea.  
—¿Sigue Marta Ros en su domicilio del Grao? Le recomendamos que permaneciera disponible en todo momento.

Claude Bata dudó entre decir la verdad o mentir al policía. Prefirió la sinceridad.

—Va y viene. Teme que en la bodega se harten de las historias de su hermano. Ya lo han vivido en otras ocasiones.

—Personas lastre, las llamo yo.

—*Tocacojones*, tenía entendido que se utilizaba de forma más común.

«Eso será lo que opine de mí también», pensó Monfort. Un poli tocapelotas que no dejaba de incordiar en todo momento. Una mosca cojonera, una garrapata que aparecía en el momento más insospechado; primero en su domicilio y ahora en el hospital donde trabajaba. Claude continuó para cerrarle los pensamientos.

—Ha venido aquí porque sabía que no estaría Marta, ¿verdad?

Monfort afirmó con la cabeza.

—Tengo algo que me gustaría que viera.

—Si no es muy largo... Estoy a la espera de que me llamen para una operación.

—No, es poca cosa.

El inspector sacó el teléfono del bolsillo de la americana y buscó en la galería de fotos las imágenes del salmo rotulado en las paredes del bloque del Grao. Se las mostró y el doctor las miró con detalle, una a una. Se le dibujó media sonrisa en el rostro.

—Es una obra de arte —opinó.

—Intrigante, en cualquier caso.

—«Él restaura mi alma y me guía por senderos de justicia, por amor a su nombre» —murmuró mientras movía la cabeza de forma cadenciosa, como si siguiera el ritmo de las palabras. La sonrisa se le ensanchó—. Es

un salmo, como bien sabrá, pero también la letra de una canción. Se tenía que haber llamado *Salmo 23*, pero Arcadio les aconsejó que la titularan *King James Bible*. Y ellos aceptaron.

—¿Arcadio? ¿Ellos?

—Sí, hombre, los Apóstoles de la Muerte. Es la letra de uno de sus temas más conocidos.

CUANDO LLAMÓ A Silvia desde la puerta del hospital y le contó su conversación con Claude Bata, ella se echó la mano libre a la cabeza. Habían aplazado interrogar a los componentes de Apóstoles de la Muerte, pero no caía en la cuenta de por qué. El caso era un verdadero enredo y cada día surgían nuevas pistas que no conducían a ningún lugar. Lo había hablado con el agente Pallarés. Por fin, lo recordó. Habían postergado las visitas porque encontraron una pista para descubrir al hombre que había atacado a Yinuo. Pensó entonces que podía encargarles este último asunto a Terreros y García, pero decidió hacerlo ella misma, y las visitas quedaron aplazadas.

Le acudieron a la cabeza los tres nombres: MC Apóstol, DJ Sequiol y El Niño Funk. El primero vivía en Los Ángeles y los otros dos seguían en Castellón.

—Deberíamos hablar con el tal MC Apóstol, debía de ser el líder del grupo —le sugirió a Monfort—. ¿Tienes el número?

—Yo no, pero es probable que Marta Ros sí lo tenga, ya que su hermano era el mánager del grupo.

—¿Y se lo has pedido?

—A ella no. Su amante me hará el favor.

—¿El *empotrador*? —se le escapó a Silvia.

—El mismo. Parece que no has olvidado su destreza sexual.

CLAUDE BATA LE envió un mensaje de texto con un número de teléfono que empezaba por +1, seguido de un código de tres cifras y un número de siete dígitos. Aparecía un nombre y un apellido de lo más normal; nada que ver con el alias musical del antiguo componente del grupo.

Monfort se despidió de su padre y de la abuela Irene en la habitación del hospital y se refugió en el coche para concentrarse mejor. Prendió un

cigarrillo y abrió la ventana por la mitad. Esperaba que los detectores de humo del aparcamiento subterráneo no le dieran caza.

—¿Eres MC Apóstol? —preguntó de forma directa cuando descolgaron al otro lado. Prefirió no utilizar su nombre verdadero para que se pusiera en situación.

—¡Son las dos de la madrugada! —protestó el hombre.

Monfort miró el reloj del coche y calculó que había nueve horas de diferencia con España.

—¿Lo eres o no?

—Ese ya no existe —respondió. Tenía cierto acento, pero seguro que era impostado.

—Para nosotros, todavía sí —puntualizó—. Soy el inspector Monfort, de la Policía Nacional de Castellón.

—No le veo la placa —trató de bromear.

—Si la llegas a ver, será mal asunto para ti.

El excantante reconsideró la situación.

—Ya no tengo nada que ver con el grupo, ni con Castellón siquiera. Hace años que vivo en Los Ángeles. Ahora me dedico a la venta de coches. ¿Qué quiere?

—¿Recuerdas a Arcadio Ros?

—Buff —resopló—. Sí, pero me había olvidado.

—¿Hace mucho que no sabes de él?

—Mogollón.

—Ahora está muerto. Se ahorcó después de asesinar a una joven ecuatoriana.

—¡No me joda!

—Nada más lejos de mis preferencias, créeme.

—No lo sabía. No veo la tele de allá, no soy como esos capullos españoles que han venido a vivir aquí y están todo el día pegados a las putas noticias del canal internacional. Me la suda lo que le haya pasado a Arcadio, entiéndame. Me da igual. ¿Qué tiene que ver eso conmigo?

—Arcadio estuvo atrapado en una secta. ¿Lo sabías?

—Joder, no. Yo qué coño voy a saber.

—Parece que entre su hermana y un amigo lograron sacarlo. Pero luego ingresó en otra que, por lo visto, era peor aún. Por alguna razón que todavía no conocemos, mató a la joven y luego se colgó. Ha habido más



muertes similares, parece el mandato de alguien auspiciado por una extraña religión.

—La religión es un cáncer. Corroe por dentro a los devotos hasta que son capaces de saltar por una ventana si el vicario de turno se lo ordena.

—El nombre de tu grupo y las letras que escribáis iban un poco por ahí, por lo que tengo entendido.

—Solo era literatura. También nos encomendábamos al dios hip-hop y otras mierdas por el estilo. La religión da para mucho.

—Hemos encontrado una pintada. Te he enviado una imagen al móvil.

MC Apóstol pulsó el altavoz y abrió el mensaje entrante. Guardó silencio unos instantes.

—Los fans son capaces de cualquier cosa —comentó—. Está guay —añadió luego con orgullo.

—Es la letra de una de vuestras canciones, ¿verdad?

—Sí, claro. *King James Bible*, aunque hubiera sido más popular si la hubiéramos llamado *Salmo 23*, pero Arcadio era un plasta con esas cosas. Yo quería rapear algo muy de la iglesia, algo que la gente conociera. ¿Quién no reconoce la *intro* del salmo? «El señor es mi pastor...» Arcadio conocía la versión inglesa, el de la *Biblia del Rey Jacobo*. Sonaba mejor, la verdad; tenía una métrica de puta madre. Y así se quedó. Luego fue un trueno de ventas, como todo lo demás. Los cabrones de las discográficas preferían niñatos que pretendían hacer rap cuando en realidad hacían pop baboso. Ya lo dejó claro Kase-O: «El mestizaje es camuflaje para flojos».

MC Apóstol había puesto tierra de por medio entre él y sus fracasos. Puede que la venta de automóviles le reportara un dinero que con la música no había ni siquiera oído, pero estaba claro que la conversación era de su agrado y seguía echando de menos a sus seguidores incondicionales.

—Hay otra cosa —lo interrumpió Monfort, pese a que estaba deleitándose con su retórica particular.

—Apure, que estaba a punto de irme a dormir. Los coches no se venden solos. ¿Quiere un Mustang del sesenta y cinco? Está como nuevo.

—En el lugar donde encontramos lo que has visto en la foto, también hay firmas de un grafitero. En la rúbrica pone ese, o, i, de —lo deletreó, para que no tuviera dudas.

—¿Soid? No sé lo que es. Estoy fuera de circulación, ya se lo he dicho.

—¿Seguro que no sabes quién puede estar detrás de esa firma?

—¡Y yo qué sé! Ahora a todo dios le da por el *bombing*, ya sabe, salir a pintar, bombardear con tinta. En mis tiempos, eran todos muy malos en Castellón. Puede que hayan aprendido algo de gente como Muelle. No sé si lo recuerda. Era aquel *writer* que llenó las paredes de Madrid con su nombre y el dibujo de un muelle acabado en una flecha. Un maestro para los que vinieron después. Aquí, en Los Ángeles, todo eso es como de otro planeta, nada que ver con el rollo pueblerino de allí.

Monfort se estaba perdiendo. Lo hizo volver a la realidad.

—Si lees SOID al revés, dice Dios.

—¡Joder, qué crack! —Se echó a reír—. Lo que le he dicho, de pueblo.

—¿Mantienes algún tipo de contacto con el resto de la banda?

—Nada. Todo eso ya no existe para mí, se lo he dicho también.

—Está bien, le daré recuerdos a tus excompañeros cuando los vea. Espero que no estés ocultándome nada; ahora ya sé cómo localizarte. Si en Los Ángeles los polis son tan de otro planeta como los grafiteros, no les costará echarte el guante si los llamo.

SILVIA HABÍA TENIDO la mala idea de ir a comer a una conocida cadena de comida rápida. Monfort no se había negado, pese a saber que, tras el empacho momentáneo, volvería a tener hambre casi de forma inmediata.

—¿Tanto les costaría servir la cerveza en vasos de cristal? —protestó tras levantar el vaso de papel y que, por el peso y lo endeble del material, le cayera una parte en la pernera del pantalón.

La subinspectora guardaba silencio mientras se comía su hamburguesa de pollo con lechuga y tomate. Las patatas de Monfort habían desaparecido y las de ella seguían intactas, igual que el sobrecito de ketchup, que miró de reojo.

Durante la comida, le contó la conversación con MC Apóstol.

—He hablado con Romerales —informó ella.

—¿Qué dice?

—Que la secta podría estar en cualquier lugar de la provincia, pero también por Valencia o Teruel. Por norma general, suelen estar en algún lugar aislado, en la montaña o en el campo. Está muy apagado, ¿sabes si le sucede algo?

—No lo sé.

—Está hablando con unos y con otros para ver cómo monta un dispositivo de búsqueda. Desde luego, si hay que peinar todas las casas desperdigadas por las provincias colindantes, lo tenemos claro. Se ha puesto en contacto con la Guardia Civil. Ellos tienen más mano con esas cosas.

—¿Te vas a comer las patatas?

Silvia puso los ojos en blanco y se las acercó.

—¿Y el...?

—No, joder, coge el ketchup también —lo interrumpió, irritada.

—Silvia, esto no puede seguir así.

—Ah, ¿no? ¿Y qué quieres que haga?

—Olvidar lo de Gibraltar; no es asunto tuyo.

—¿Qué no es asunto mío?! —exclamó—. ¿Cuándo piensas enfrentarte a lo que sucedió? Cuando te pidan cuentas, ¿saldrá también mi nombre?

—¿Es eso lo que te preocupa?

Silvia supo que debía haberse mordido la lengua, pero ella no era así.

—Dime —insistió Monfort—. ¿Es lo que te preocupa?

La subinspectora negó con la cabeza y se limpió los labios con la servilleta por enésima vez. Sopesó lo que iba a decir, pero el hombre que tenía enfrente la desarmaba siempre que quería.

—Me preocupas tú; lo que te pueda pasar.

—Sé cuidarme solo. No diré que estabas allí. —Hizo el gesto de cerrar la boca con una cremallera.

—¿Y de Óscar? ¿Qué dirás de Óscar?

—Ya se me ocurrirá algo.

—Sabes que tu nombre aparecerá vinculado al de Brian Santos.

—Como Fred Astaire y Ginger Rogers.

—O como Franco y Hitler.

—Una relación de desconfianzas, desplantes y favores interesados. Déjalo ya, Silvia.

—Vámonos, no lo soporto más. —Arrastró la silla hacia atrás con el consiguiente sonido molesto y medio local se volvió a mirarla.

—Yo tampoco aguanto la comida basura.

NO ENCONTRARON APARCAMIENTO en la calle y tuvieron que dejar el coche en el subterráneo de la avenida Rey Don Jaime. Era el más cercano al domicilio de Lola, la viuda de Jorge Abad. Aguardaron en el portal hasta que un vecino salió del inmueble y les mantuvo la puerta abierta para que entraran. Subieron en el ascensor. El piso de Lola y Jorge ocupaba la totalidad de una de las plantas. Había otras dos puertas en el rellano, pero parecían inutilizadas. «En la plaza de la Farola, un piso de estas dimensiones valdrá un pico», pensó Monfort.

Fue la madre de Lola la que abrió tras llamar al timbre. Se llevó un buen susto al verlos en la puerta, pero trató de recomponerse. No debe de ser agradable volver a tener a la policía en casa. Era una mujer delgada y de corta estatura. Tenía manchas en la cara y una nariz aguileña. Vestía de luto; puede que fuera por la muerte del yerno, aunque este no merecía que nadie sufriera por él. En todo caso, estaba muerto. Ya no podría hacer daño a nadie más que a su propia familia.

La mujer los hizo pasar al salón y los invitó a sentarse en uno de los dos caros sofás.

—Venimos a ver a su hija —inició Silvia la conversación.

La mujer estaba nerviosa. Tomó asiento en el sofá de enfrente y juntó las rodillas para luego unir las manos sobre el regazo.

—No está —articuló por toda respuesta.

—¿Tardará mucho?

—No lo sé.

—¿Está trabajando?

—Supongo.

—Sabrá cuándo trabaja y cuándo no, ¿verdad?

—No siempre. Los horarios en la universidad son un poco raros.

Silvia cayó en la cuenta de que podían haber empezado por preguntar allí. Optó por mentir.

—Hemos preguntado en la facultad donde ejerce y dicen que hace unos días que no va a dar clase.

—No puede ser.

—Ustedes, sus padres, ¿viven aquí?

—Desde que pasó lo de Jorge, nos hemos trasladado.

—Para hacerle compañía.

—Eso es.

—¿Y viviendo aquí, no sabe cuándo va a venir?

La mujer se encogió de hombros. En ese momento, se oyó una voz de hombre que provenía de la entrada y, a continuación, una puerta que se cerraba.

—¿Ustedes aquí? —preguntó sorprendido el padre de Lola—. ¿Qué quieren? ¿No estamos sufriendo suficiente?

En ese momento fue Monfort el que tomó la palabra. No lo hizo porque Silvia le hubiera hablado a la mujer y a él le correspondiera hacerlo al hombre, sino porque estaba hasta las narices de aquella farsa.

—Siéntese —le sugirió.

—Oiga, no me dé órdenes.

—Siéntese —repitió sin subir el tono.

Al padre de Lola se le enrojeció la calva. Hizo lo que le había pedido el inspector y tomó asiento junto a su esposa, a la que puso una mano sobre la rodilla para darle unas palmadas condescendientes.

—¿Qué ha pasado ahora? —preguntó mirando a los policías.

—Su hija no responde a nuestras llamadas, a pesar de que le pedimos que estuviera localizable en todo momento. Sabe de sobra de la gravedad del caso y no es momento de jugar al escondite; es hora de colaborar para dar con lo que haya detrás de las muertes y los suicidios de los que su yerno forma parte.

—Lola es mayor de edad —comenzó el padre con un tono de superioridad que a Monfort no le apetecía lo más mínimo—. Tampoco podemos tenerla siempre debajo de las faldas de su madre, entiéndame. —Miró a su esposa y, lo que fuera la mueca que esta esbozó, no se trataba de una sonrisa.

Apenas llevaban allí más de cinco minutos, pero entre lo que había sucedido con Silvia un momento antes y la negativa a colaborar por parte de los padres de Lola, Monfort acabó perdiendo la paciencia.

—Lola no es la única persona que parece haber desaparecido.

—Ah, ¿no? ¿Quién más? ¿Los conocemos?

—¿Cree que son más de uno?

—¡Y yo qué sé! —protestó el padre—. Deje de dar rodeos y diga lo que tenga que decir.

—¿Les suenan los nombres de Baltasar Muñoz y David Prieto?

La mujer miró a su marido, pero este no llegó a consultarle.

—Ni idea, no sabemos quiénes son esas personas.

—Me lo imagino —admitió Monfort—. La cuestión es que los dos son sospechosos de estar relacionados con los asesinatos.

—Pues atrápenlos y métenlos en la cárcel. Ese es su trabajo, ¿no? Así, de una vez por todas, se aclarará lo de Jorge. Estoy seguro de que hay algo detrás de todo lo que pasó, y de que él no es tan culpable como ustedes se han encargado de pregonar. Está claro que, cuando se dan palos de ciego, el primero que aparece paga el pato.

Monfort decidió lanzar la bomba. Estaba harto.

—Su yerno y el resto de asesinos suicidas pertenecían a una secta destructiva que está actuando en Castellón.

—¿Una secta?

—Creo que es lo que acabo de decir.

—Pero eso es una locura —intervino la esposa, que hasta entonces se había mantenido callada.

—Matan inmigrantes en nombre de la fe —reveló Silvia.

—Menuda fe —se animó la señora.

—Pensamos que puede haber algo más que una supuesta devoción a Cristo detrás de la fachada —razonó Monfort.

El marido propinó otra ligera palmada sobre la pierna de la mujer y ella entendió que debía guardar silencio.

—Nosotros no sabemos nada de sectas. Lo único que ha pasado aquí es que alguien tendió una trampa a Jorge y ustedes no pueden dar con el culpable.

—¿Una trampa? No me haga reír. ¿También se la tendieron al que mató al joven marroquí o al que hizo lo mismo con la chica ecuatoriana? No creo que deba recordarle que el marido de su hija también se llevó por delante a un anciano que se puso en su camino cuando iba matar a la joven mauritana.

—Es una secta peligrosa —intercedió Silvia para rebajar la tensión—. Tienen que creernos. Estamos preocupados por su hija. Hemos interrogado a la esposa del hombre que mató a la segunda víctima y, por lo que nos ha contado, él la llamó para decirle que estaba atrapado en una red de la que no podía salir.

—Las sectas —prosiguió Monfort—, emplean técnicas de manipulación psicológica, además de agresiones físicas. Parece que su función es alterar la voluntad de sus adeptos y que estos acaben cometiendo crímenes, tal y como hizo su yerno.

—¡No! ¡Dios mío! —gritó la señora, y el marido la miró con desconsideración, como si no estuviera en sus cabales.

—Por eso es importante que nos digan si Lola se ha puesto en contacto con alguien.

—Esto es intolerable —dijo el hombre irritado—. Vienen a nuestra casa con el cuento de la secta y asustan a mi mujer; ustedes no están bien de aquí. —Se llevó un dedo a la sien.

—Mire —planteó Monfort tras dejar escapar el aire que contenía—. Si no nos dicen dónde está su hija, nos veremos obligados a poner en marcha un dispositivo de búsqueda y su fotografía aparecerá hasta en los folletos de los supermercados.

Se puso en pie y le indicó a Silvia que se marchaban.

—Esperen un momento. —La voz que provenía de la puerta que daba al pasillo solo podía pertenecer a Lola.

La viuda de Jorge Abad estaba demacrada. Iba sin maquillar y en pijama, con un batín que le quedaba demasiado grande. Parecía tan poca cosa que daba lástima. Pallarés había hablado con ella apenas un día antes. Con toda probabilidad, lo que hablaran la asustó. Su padre se puso en pie y le cedió su lugar en el sofá al lado de su mujer. El hombre empezó a dar vueltas por el gran salón con vistas a la plaza de la Farola. Parecía un rinoceronte encerrado en una jaula de lujo.

—¿Por qué no ha contestado a nuestras llamadas? —le preguntó Silvia con tacto a Lola.

—Tengo miedo.

—¿Qué la asusta?

—Todo lo que está pasando.

—A su modo de ver, ¿qué está pasando?

—Que todo el mundo miente.

—Incluida usted. —No tuvo más remedio que ser taxativa.

—¡Oiga! —se quejó el padre. Pero nadie le hizo caso.

—Gema... Gema se ha ido de la lengua. Nosotras nos conocíamos, eso ya lo han descubierto.

—Sí, de hecho, se conocían todos, y nos lo han ocultado.

—Por temor a Baltasar. Nos parecía que pasaban cosas extrañas.

—Hasta que su marido y el de Gema cometieron los asesinatos y sus posteriores suicidios.

—Sí.

—Y aun así no dijeron nada, ni antes ni después de los sucesos.

—Ya le he dicho que teníamos miedo. Tenemos miedo.

—Baltasar ha desaparecido.

—No me extraña. Todo esto debe girar a su alrededor. Es a él al que deben atrapar lo antes posible para que todo pare de una vez.

—¿Acaso cree que puede haber más muertes?

—No lo sé, pero hay algo muy extraño detrás de esto.

Monfort invitó al padre a que se sentara. Se estaba poniendo nervioso con tanta vuelta.

—Se trata de una secta peligrosa. Pero eso ya lo debe de saber, porque más o menos se lo dijo Diego Arrabal a Gema en aquella llamada tan misteriosa.

Lola asintió con la cabeza. Los padres se sorprendieron de que lo tuviera tan claro.

—¿Qué le dijo ayer el agente Pallarés?

Lola pensó la respuesta. Las lágrimas le caían por las mejillas y su madre sufría una inmensa pena a su lado.

—Gema cometió un error cuando habló con usted —señaló a Silvia— y citó la empresa de Baltasar.

—Y con todo eso, siguieron sin dar la cara, sin revelar que eran amigas, ocultando que los cuatro salían también con Baltasar y su esposa.

La mujer se mantuvo callada alrededor de un minuto, llorando. Luego enjugó sus lágrimas antes de hablar de nuevo:

—Lo hemos hecho todo mal —afirmó.

El resto de la conversación fue un calco de lo que ya habían hablado con Gema. Lola no ocultaba más de lo que su amiga había contado. Eran dos mujeres cuyos maridos se habían convertido, casi de la noche a la mañana, en dos asesinos de inmigrantes, cegados por lo que fuera, ya se tratara de algún tipo de fundamentalismo radical, de dinero o, simplemente, de odio visceral. Lo peor para sus esposas era que después se habían quitado la vida.

Cuando Lola terminó de relatar los días previos a la desaparición de su marido, con el consiguiente cambio de personalidad y la dependencia extrema hacia Baltasar Muñoz y todo lo que lo rodeaba, Silvia y Monfort decidieron marcharse de la casa. Fue el padre quien los acompañó hasta la puerta. Era un hombre tosco, con malas pulgas. Su yerno estaba muerto, su hija lo parecía en vida y a su mujer le quedaría poco tiempo si seguía



aquella racha de desgracias. Sin embargo, se mantenía firme y con determinación.

—Intenten no molestar más, en la medida de lo posible —les advirtió mientras sujetaba la puerta para que salieran—. Mi hija es solo una víctima de este mundo que se ha vuelto loco.

Cuando cruzaban el enorme portal del inmueble para salir a la calle, se cruzaron con alguien que tuvo que esperar a que pasaran para poder entrar. No era tan joven, pero su rostro parecía aniñado.

—¿Tú eres...? —preguntó Silvia al reconocerlo.

—Hola —dijo un tanto azorado—. Soy el hermano de Lola, sí. Ustedes son los policías que vinieron la primera vez, ¿verdad?

—Así es —confirmó la subinspectora.

—Me llamo Izan. —Y les tendió la mano.

A Monfort no le pasó por alto que tuviera restos de pintura en ambas palmas.

*EL PADRE JOSUÉ ha decidido que, a partir de este momento, las muertes de inmigrantes se cometerán en la finca. Según él, bastante ha fallado ya el imbécil de Daniel Manchón. Dice que ya sospechaba que aquel advenedizo, trastornado por las drogas de diseño que había consumido en su juventud y atrapado en un mundo de falsa religión y fanatismo nazi, no era la persona adecuada. Pero los otros lo habían convencido para que él fuera el encargado de llevar a cabo el «Asesinato de la eucaristía», tal como a Josué le gustaba llamarlo. En realidad, lo único que habían tenido en cuenta era que los padres de Manchón le habían dejado una suculenta herencia. Según ellos, estaba preparado.*

*El elegido para el asesinato hizo la transacción y, a continuación, Josué lo instruyó. El padre siempre supo que la implicación de Manchón podía dar al traste con el plan, que consistía en que la policía lo achacara todo a un tema religioso y se olvidaran del dinero que seguían recaudando gracias a la corte de anormales que reclutaban. Pero habían cometido demasiados errores; a partir de ahora, él se encargaría de todo. A los cabecillas en la sombra no les parecía del todo adecuado, pero él tiene la sartén por el mango y nada ni nadie va a volver a traicionarlo como cuando era párroco en el centro de menores. Por todo ello, uno de sus colaboradores en el exterior está ahora cautivo en una de las celdas que hicieron construir cuando se acondicionó la casa. Por Josué puede pudrirse allí el resto de la vida que le quede. Dice que, si continuaba en la calle, la policía no tardaría en echarles el guante.*

*Todo eso ha precipitado las cosas y se han tomado medidas drásticas. Hay cierto revuelo en la comunidad y Josué no me permite salir tanto como me gustaría. Para disuadirme de ello, ha puesto a la joven brasileña a mi disposición.*

*Hacer el amor con ella todos los días y a las horas que me apetece se me antoja tocar el cielo con los dedos. Tener que matarla después, la peor de las pesadillas.*

Larissa está siempre dispuesta para mí. Consume drogas y, en ocasiones, parece aturdida; sin embargo, ha resultado ser una experta en el arte de proporcionar placer. Nos encerramos en la estancia largos periodos de tiempo. Yo siempre tengo benzos y speed, que potencian el deseo sexual. Por desgracia, no soy demasiado diestro en las artes amatorias, y eso me provoca frustración. Mi vida no había sido un camino de rosas y las mujeres habían estado hasta ahora relegadas a los pensamientos lujuriosos y a la masturbación. Pero Larissa sabe guiarme.

Al final, encapricharme de ella ha sido algo natural; lo más lógico para alguien que no ha sentido cariño desde que a su madre se la llevó, según el cura perverso al que tuve que matar, aquel Dios al que todos llamaban todopoderoso.

Larissa tiene la piel suave y emana una fragancia sensual e irresistible. Me confesó que había venido desde Brasil para trabajar en una empresa de limpieza de Castellón, pero que poco tiempo después alguien le ofreció trabajo en un local de alterne. Menos horas y muchísimo más dinero que limpiando retretes; cierto lujo, también, y un montón de aduladores con promesas caras. Larissa creyó que aquella sería la mejor forma de poder traer a sus padres a España, pero se equivocó.

Con el paso de los días, se ha convertido en lo que más me importa en el mundo. Se entrega a juegos y caricias que yo desconocía. Recorre cada recoveco de mi cuerpo para descubrirme lugares en los que jamás hubiera creído que existía un rescaldo de placer. Me he entregado a ella en cuerpo y alma. Me lleva al paraíso con sus movimientos. Es insaciable. Mientras me recupero del esfuerzo de nuestros encuentros, me ofrece su propio espectáculo sensual, acariciándose, dándose satisfacción mientras yo la observo embelesado y mis fuerzas toman vigor una vez más.

Al acabar, siempre dormimos abrazados. Su pelo negro se enreda en mi cara. Huelo su piel mientras ella duerme, beso su nuca con devoción, acaricio sus senos de forma delicada, exploro con mis dedos su sexo en calma. Luego abre los ojos levemente y me sonríe antes de volver a quedarse dormida.

Cómo voy a matarla si me he enamorado de ella.

MONFORT LLAMÓ A Romerales.

—¿Has puesto en marcha el dispositivo de búsqueda?

—¿De búsqueda de qué o de quién? Porque aquí hay mucha gente desaparecida y no damos abasto.

—Del lugar donde puede estar la secta.

—Joder, sí. Estoy en contacto con la Guardia Civil y los ayuntamientos de los pueblos. Pero esto puede ser como buscar una aguja en un pajar. Lo mejor sería encontrar a alguno de los que se han largado, como Baltasar Muñoz, David Prieto o la esposa del primer asesino.

—A ella ya la hemos encontrado, puedes borrarla de la lista.

—Vaya, me alegro. ¿Dónde estaba?

—En su casa. Asustada por si Baltasar Muñoz iba a por ella. Parece que ese es nuestro hombre.

—Sí, hay momentos en los que pienso que deberíamos centrar toda nuestra atención en encontrarlo a él, y que nos llevaría al lugar donde está la secta.

—¿Y David Prieto?

—No se ha presentado ante el juez. Se ha decretado una orden de busca y captura. ¿Crees que tiene algo que ver?

—Apuesto a que sí.

—Joder, joder, joder —farfulló el comisario con pesar—. Todo esto se nos está echando encima.

—Estamos llegando al final —trató de animarlo Monfort—. Ya falta menos.

Romerales se mantuvo en silencio; más de lo habitual, tratándose de él.

—¿Te ocurre algo? —preguntó finalmente el inspector. Un nuevo silencio y un resoplido largo. Normalmente hubiera soltado un alarido y estarían enzarzados en cualquier disputa, por muy amigos que fueran—. Dime qué te pasa —insistió.

—Está bien —dijo con resignación—. Es mi mujer. Tiene un tumor en el pulmón. No pinta nada bien.

SILVIA REGRESÓ AL coche con dos cafés en vasos de papel con tapa de plástico. Monfort la esperaba a la salida del aparcamiento, en una zona de carga y descarga. Había finalizado la llamada con Romerales.

—Toma —le tendió ella sin gran entusiasmo.

—Silvia, no se puede estar siempre así.

—¿Así cómo?

—De mala leche, disgustada con todo el mundo.

—Con todo el mundo no, perdona. Indignada con tu cabezonería y preocupada por lo que pueda pasar.

—La vida vuela en un instante. Lo sabes bien, no debería hacer falta que te lo dijera, sobre todo a ti.

—Yo vivo el ahora. Lo pasado, pasado está, y no se puede hacer nada por recuperarlo.

—Pues precisamente por eso.

—Todavía estás a tiempo de aclarar las cosas.

—El resultado sería el mismo.

—Eso no puedes saberlo.

—Pero me lo imagino.

Ambos bebieron del vaso de café. Al menos, estaba caliente.

—He hablado con Romerales —mencionó Monfort.

—Cambiano de tema, para variar —suspiró ella.

—Es su mujer; tiene cáncer.

EL SEQUIOL ERA un barrio popular de Castellón. Sus calles componían una identidad particular dentro de la ciudad. DJ Sequiol se llamaba Joaquín Agost y la frutería que en su día perteneció a sus padres estaba ahora regentada por los dos hermanos. Precisamente, debía de ser la hermana la que estaba detrás del mostrador de la tienda de la avenida de Almazora en el momento en el que los policías llegaron, atendiendo a dos clientas a la vez, con la soltura de la que lo ha visto hacer toda la vida.

—Ustedes no quieren plátanos —les soltó con desparpajo cuando los vio esperando en la acera.

Como la frutería tenía las puertas abiertas de par en par, dentro hacía el mismo frío que fuera. La joven vestía un pantalón negro muy ajustado que

parecía de polipiel y un jersey ancho, de color azul, con el cuello alto y holgado. Era de mediana estatura y llevaba el pelo corto, teñido de rubio platino. Su voz se hacía notar en sus dominios. Las dos clientas amagaron unas risas. Cobró a una de ellas y luego terminó de despachar a la siguiente: «Solo me falta un puñado de zanahorias, un nabo y un apio, para el caldo», dijo la señora.

Una vez que la tienda se quedó vacía, la frutera se encargó de la visita.

—Ustedes son polis, ¿verdad?

Monfort vivía con el estigma de saber que daba el cante allá donde fuera; faltaba confirmar si a Silvia empezaba a pasarle lo mismo. Tampoco estaría mal que no fuera siempre culpa de él.

—¿Se lo parece? —preguntó ella.

—¡Mujer! —exclamó—. A usted no, pero a él... —Sacudió una mano para señalar que se le notaba mucho.

Silvia sonrió agradecida.

—¿Eres la hermana de DJ Sequiol?

—Madre mía, hacía mucho tiempo que no escuchaba llamar así al tete. Se llama Joaquín, pero todos lo llaman Ximo, menos yo; para mí es el tete. Y antes, cuando era famoso —aclaró, y dibujó unas comillas en el aire con los dedos—, DJ Sequiol.

—¿No está?

—Ha ido a llevar un pedido a un restaurante. Debería volver pronto, pero siempre se entretiene con unos y otros. Por la tarde tenemos menos trabajo, no me importa si se retrasa un poco.

—¿Sigue haciendo música?

Se puso a reír.

—Sí, en casa de mis padres. Les pone la cabeza como un bombo. Tiene un equipo profesional en el garaje y hace sus sesiones. Pero a nivel profesional, lo dejó todo cuando el cantante se fue a Estados Unidos.

—Sería una decepción para él.

—Buf, sí, un drama. Imagínense que se veía a sí mismo por ahí actuando por todo el país. El grupo tuvo muchos seguidores aquí en Castellón, pero no acababan de llevarse bien del todo. Si hubiesen estado más de acuerdo en las cosas, habrían llegado lejos. Y luego estaba ese mánager que se buscaron. Yo creo que los acabó de hundir.

Una furgoneta de reparto llegó a más velocidad de lo que sería normal y aparcó junto a la tienda. Cuando detuvo el motor, seguían sonando unas

voces de rap en el interior hasta que apagó la música. Del vehículo salió un joven que no era tan joven, pero que lo parecía por sus pintas. Era alto y muy espigado. Vestía un pantalón vaquero pitillo y una sudadera con capucha de color naranja. Calzaba botas de media caña y sus movimientos eran rápidos y electrizantes. Abrió la parte de detrás y extrajo un montón de cajas de plástico apiladas. Saludó al pasar delante de ellos, aunque las cajas le tapaban el rostro. Las dejó caer en la trastienda y se sacudió las manos con palmadas enérgicas.

—Tete. Estas personas han venido a verte.

—¿A mí? Joder, parecen polis.

—Y lo son —resolvió la hermana.

—¿Han venido por el cabronazo de Arcadio?

Silvia y Monfort afirmaron a la vez.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Silvia.

—Joder, había una foto suya de un palmo de grande en el periódico. Como para no verlo.

—¿Has sabido algo de él en los últimos tiempos?

—¿De ese pirado? Nada, absolutamente nada.

—Fuimos al centro, a los Quatre Cantons, donde bailan hip-hop, y allí nos dijeron que solían verlo de vez en cuando.

—Buscaría algo para meterse.

—Eso también lo mencionaron.

—Estaba como una puta cabra, pero tanto como para eso...

—¿Cómo de loco le parecía que estaba?

—Era un mentiroso compulsivo y un drogata de mierda. Estoy convencido de que sin él habríamos hecho algo, pero la cagaba todo el rato. El problema fue que el MC y él eran uña y carne por entonces. Hasta que se dio cuenta de la clase de tipo que era y se largó con viento fresco a Estados Unidos, dejándonos con un palmo de narices.

—Tal vez tuvo miedo de meterse en problemas y por eso se fue —intervino Monfort.

—Pues no le diría que no. Todo es posible. Mientras Arcadio estuvo en el grupo, ya tonteaba con las drogas, pero cuando el MC se largó, se volvió un yonqui de todo lo que podía pillar aquí y allá.

—¿Algún acto reseñable? ¿Algo que se saliera de lo, digamos, normal?

—Estuvo por ahí perdido un montón de tiempo. Había quien decía que estaba en una clínica de desintoxicación. Yo creo que estaba en Requena,

con su hermana, que trabaja en una bodega. Pero podía haberle pasado cualquier cosa. También se rumoreaba que se había ido a Los Ángeles en busca de su amigo. Nunca más supe de él hasta que vi la foto. Menudo hijo de puta; mató a la chavala y luego se colgó.

—Podía haberlo hecho al revés —se atrevió a decir su hermana, que permanecía pendiente de la conversación, aunque en silencio.

—¿Así que no sabes dónde estuvo todo ese tiempo? —le preguntó Silvia.

—Ni idea.

—Estuvo en una secta.

—Qué cabrón. Seguro que repartían drogas a punta pala para anularles la voluntad. Se apuntaría encantado.

—Su hermana y un amigo lograron sacarlo de allí. Pero luego, tras volver y seguir con sus aficiones, volvió a caer en las redes de otra secta distinta.

—Es que era muy burro. Solo un tipo como él es capaz de caer dos veces en una gilipollada de esas.

—No es tan sencillo como crees —planteó Monfort—. Puede que quisiera salir y le fuera del todo imposible. Es más probable que la gente que capta a los seguidores sepa elegir bien a sus presas.

—En fin, yo no sé nada de todo eso. Ahora estoy en la tienda con mi hermana. Aquello fueron otros tiempos. Estuvo bien mientras duró. Entre Arcadio y el MC lo mandaron todo al carajo.

Silvia sacó su libreta de bolsillo y consultó algo.

—¿Sigue teniendo relación con el otro miembro del grupo?

—¿Con El Niño Funk? Sí, pero yo no estoy a su altura —se rio—; yo solo soy un frutero, y él se ha hecho famoso.

—¿Ha triunfado en la música en solitario?

—¿En la música? Qué va, no era muy bueno a los coros que digamos. —Joaquín o Ximo, como lo llamaban en su casa, se metió en la trastienda y sacó una chaqueta militar tipo tres cuartos y se la puso sobre los hombros. Había humedad y la calle se empezaba a cubrir de relente.

—¿Y a qué se dedica?

Ximo metió los brazos por las mangas de la chaqueta y luego se giró de espaldas a ellos para señalar con el pulgar por encima del hombro el eslogan pintado en la prenda de abrigo.

—Es este.



Aunque Monfort ya lo había visto en otra ocasión, se quedaron de piedra al ver lo que ponía en la chaqueta: SOID.

—Y ahora me piro, que he quedado con mi novia.

—Un momento, un momento —lo detuvo Monfort—. ¿El Niño Funk es el que hace los grafitis de SOID?

—Sí, se ha convertido en el puto amo. El benjamín del grupo se lo ha montado mejor que ninguno. Me alegro por él, de verdad. —Se metió las manos en los bolsillos con la intención de marcharse.

—¿Cuál es su verdadero nombre? ¿Dónde podemos encontrarlo? —lo interrogó Silvia.

—Pero si ustedes deben de conocerlo. —Puso cara de asombro.

—¿Sí?

—Claro, SOID es Izan, el cuñado del tipo que mató al viejo y a la prostituta negra. Nos traen el periódico todos los días a la tienda. Somos de barrio, pero estamos bien informados. Me sabe mal por él. Es buen tipo. Su familia tiene mucha pasta y él es bastante señorito, pero se puede confiar en él.

Monfort recordó las manos manchadas de pintura.

Silvia se maldijo por haber aplazado la visita a los miembros de la banda y, mentalmente, le echó la culpa a Pallarés. Pero no estaba siendo justa con él; ni tampoco consigo misma.

## Dos meses antes

—¡ABRE YA, ÓSCAR, por el amor de Dios! —chilló Silvia con todas sus fuerzas.

Para los nacidos dentro de la supuesta fe católica, encomendarse a Dios cuando las cosas se torcían era un recurso habitual. Poco tenía que ver con ir a misa los domingos o rezar todas las noches. Era más bien algo que salía de dentro, el último recurso, la ansiada tabla de salvación. Quizá había algo, pero ¿quién lo podía saber?

Los hombres de Santos corrían hacía ellos. Nada podía detenerlos ya, estaban demasiado cerca, y Óscar había resultado ser un chaval obstinado, un cabezón que quería otorgarse el beneplácito de matar al hombre que había dejado a su hermano convertido en un vegetal.

La perra les cortó la carrera. Los esbirros del gibraltareño se detuvieron en seco cuando el animal se plantó frente a ellos. Sus ladridos parecían los de cien perros en situación de ataque. A Silvia se le esfumó la poca fe que debía de tener cuando uno de los hombres apuntó a la perra con su arma y le descerrajó dos tiros.

En el momento en que los sicarios reanudaron la carrera a través del túnel, la persiana empezó a moverse y, con un chirrido de óxido y metal, se alzó medio metro, lo suficiente para que Silvia y Monfort rodaran por el suelo hasta colarse en el interior. Luego, volvió a bajarse de forma rápida hasta quedar cerrada de nuevo.

En el interior del garaje había depósitos de plástico de gran capacidad. Por el olor, debía de ser combustible; una bomba de relojería para una caja de cerillas, un mechero o el disparo de un arma. Las paredes estaban corroídas por la humedad y la única luz la proporcionaba una bombilla amarillenta que pendía desnuda de un cable del techo.

La sucesión de golpes desde el exterior emitió una banda sonora reconocible: la de la cercanía de la muerte.

Ángel estaba tumbado en el suelo, bocabajo, y tenía las muñecas atadas a la espalda con una cuerda vieja y raída. Óscar tenía uno de sus pies pisándole el culo y la pistola apuntándole a la cabeza.

Eran conscientes de que el hermano de Robert tenía dos armas en su poder: la de Monfort, que Silvia había dejado en la guantera del coche, y la que el gaditano había robado a uno de los hombres de Santos aprovechándose del exceso de alcohol entre los sicarios.

—Voy a matarlo —les anunció con voz trémula—. Me da igual que luego entren esos y me maten a mí también.

—¿Y crees que tu hermano se sentirá orgulloso? —le preguntó Silvia mientras Monfort se sacudía los pantalones sucios de tierra—. Hay que entregarlo a la policía. Pagaré por lo que hizo. Si lo matas, nunca será juzgado.

—Juzgado, juzgado... —rumió Óscar sin dejar de apuntar a Ángel—. Y si lo condenan, ¿qué? ¿Eso salvará a Robert?

—Si te matan a ti, nos matarán a nosotros también —insistió Silvia—. Tres muertes, además de la del cabrón ese, no son suficientes para redimir la culpa ni para que tu hermano se recupere. ¿Te imaginas el día que despierte y le den la noticia de que hemos muerto por intentar vengar su ofensa? ¿Qué pensará de nosotros? ¿Crees que estará de acuerdo? ¿Él mismo se lo podrá perdonar? ¿Has pensado en tus padres?

—Cuantas palabritas, *pisha*, eso debe estar en el manual del buen poli, fijo —arguyó Óscar—. Yo no soy como ustedes. A mí el que me la hace, me la paga. —Se puso tensó—. Ojo por ojo y diente por diente.

La lluvia de golpes contra la persiana se acrecentaba. Tenían poco tiempo.

—Óscar —terció Monfort con voz conciliadora—. La posibilidad de hacerle pagar a alguien por el daño que causó en el pasado ha seducido siempre a la gente. Es uno de los conceptos más antiguos y usados a lo largo de la historia. Pero satisfacer tu propia venganza no curará las heridas.

—Seguro que usted también ha matado alguna vez por venganza, pero, como es madero, todo se le perdona, ¿verdad? —Estaba cada vez más nervioso. El ruido del exterior no ayudaba a la oratoria pacificadora que pretendía Monfort.

—Tal vez ese sea el motivo por el que no pueda dormir. No me siento orgulloso de ello.

—Seguro que no es eso lo que le quita el sueño —protestó Óscar acercando el arma a la nuca de Ángel. Cuando se agachó, los policías pudieron ver que llevaba la segunda pistola metida por la parte de atrás de los pantalones.

—No confundas la justicia con la venganza. Si optas por no acabar con su vida y nos ayudas a escapar sin que esos de ahí afuera nos maten, Ángel tendrá un juicio justo, y te aseguro que pagará por lo que le hizo a tu hermano.

—¡Quillo!, que bien hablan los dos. —Esbozó una sonrisa que en realidad mostraba rencor.

—No seas capullo. —Monfort cambió el tono—. Aparta la puta pistola y ayúdanos a salir de aquí.

—Así ya me gusta un poco más. Pero este se va a quedar aquí tieso como yo me llamo Óscar.

—Moriremos todos. Y eso sí que no tendrá solución —intercedió Silvia.

Óscar titubeó. Monfort aprovechó para decirle algo más.

—No se trata solo de ti. Aunque estés sufriendo, vale la pena seguir vivo y procurar convertir tu pequeña parte del mundo en un lugar más agradable.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo?

—Pues cuidando de Robert —intervino Silvia a la desesperada—. Cuidando de tus padres. ¿De verdad quieres morir tan joven?

Los golpes en la persiana cesaron de repente. También los gritos de los matones. Los tres se quedaron callados por un momento. Era un silencio aterrador. Un silencio a punto de explotar. Solo se oía la respiración de Ángel y algún sollozo atenuado por la mordaza. Era una calma que dolía, que se agrietaba poco a poco, como una cuerda tensa que se deshilacha despacio hasta el momento de la rotura.

Óscar dejó de apuntar a la cabeza de Ángel. Levantó su pie del culo y se giró hacia Monfort.

—Dame la pistola —le ordenó el inspector.

—¿De qué va? ¿Se cree que estoy *chalo*?

Silvia pegó la oreja a la persiana.

—Dejad de discutir —les advirtió—. No se oye nada. ¿Se habrán ido?

—No lo creo —opinó Monfort.

—Voy a matar al *hijoputa* —Óscar volvió a la carga.

—Estate quieto de una vez —se irritó Monfort—. Estás acabando con mi paciencia.

—Shhhh —articuló Silvia para que se callaran—. Se oye algo, parece que viene alguien.

—¿Lo ves? —espetó Monfort a Óscar—. Con tus tonterías, les hemos dado tiempo a pensar lo que deben hacer.

—Da igual. —Volvió a apuntar a la cabeza de Ángel y, con el dedo índice, tensó el gatillo.

Los pasos llegaron hasta la puerta del garaje. Alguien pronunció unas palabras en inglés que no llegaron a comprender. Lo siguiente fue el sonido de la radial que empezaba a cortar la puerta.

## Martes 15, a última hora de la tarde

YA EN EL coche, y después de que Ximo y su hermana cerraran la tienda de frutas y verduras, Monfort llamó a Romerales.

—Ya está en marcha —informó el comisario—. Hemos articulado un dispositivo común con la Guardia Civil. Pero esto puede durar demasiados días. Hay muchísimas urbanizaciones en la provincia, por no hablar si vamos hacia el norte y tenemos que rastrear todas las casas desperdigadas por la montaña. Estamos en contacto con la Diputación, que controla los pueblos, y también con los ayuntamientos y los municipios que disponen de Policía Local, aunque por ahí arriba apenas hay alguna población que disponga de ese servicio. Será de vital importancia la colaboración de los ciudadanos, por si han visto u oído algo.

—¿Y tú, cómo estás?

—Jodido. De repente, la vida no es tan buena. Van a hacerle muchas pruebas. Será duro. Por cierto, no se lo tendrías que haber dicho a Silvia.

—¿Cómo sabes que lo he hecho?

—Porque está a tu lado y te ha pedido que me preguntes. Soy viejo, pero no gilipollas.

—NO ESTÁ —RESPONDIÓ Lola cuando Monfort llamó al teléfono fijo del piso en el que habían estado unas horas antes y le preguntó por Izan—. Ha salido.

—Me gustaría hablar con él. Dígale que se ponga en contacto conmigo. Usted tiene mi número.

—¿Pasa algo?

—Nada. Solo serán un par de preguntas.

—Dígame a mí, por si puedo ayudarle.

—Es por su afición a los grafitis.

Lola pensó lo próximo que iba a decir.

—¿Se ha metido en algún lio? Siempre le digo que lo tiene que hacer en lugares permitidos, pero ya sabe.

—Por lo que hemos descubierto, se han hecho muy populares y están por todas partes.

—Es un inquieto. No fue demasiado bueno para los estudios; en cambio, siempre tuvo una vena artística.

—¿Se refiere a su paso por los Apóstoles de la Muerte?

—Por ejemplo. Pero entonces era demasiado joven. Los otros eran mayores. Él hacía los coros, o como se llame eso que hacen en ese estilo de música. Creo que le tomaron el pelo.

—¿Por qué lo dice?

—Porque Izan era el único que podía disponer de un local en condiciones para ensayar, y, además, costeaba muchos de los gastos.

—Dinero que les sacaba a sus padres, entiendo.

—Entiende bien. Yo no estaba siempre de acuerdo, pero es el pequeño de la casa y tiene arte para eso también.

Monfort debía decir lo que pensaba.

—¿Usted conoció a Arcadio Ros?

—¿Él mánager? No personalmente, pero sí de oír hablar mucho de él. Ese era el más espabilado de todos, y el de más edad, también. Llegué a pillarle bastante manía. Incluso le aconsejé a Izan que se apartara de él; no parecía buena compañía.

Ahora Monfort estaba confundido.

—¿No ha seguido la prensa desde que sucedió lo de su marido y los demás?

—No. Me produce mucho dolor todo esto. Compréndalo.

Le costaba comprender hasta ese punto.

—¿Y a su casa no llega ningún periódico, ni ve la televisión ni escucha la radio?

—Ya le he dicho que me mantengo al margen de sensacionalismos.

—¿Sensacionalismos?

Lola guardó silencio. Quizá no era la palabra adecuada tratándose de lo que había provocado su marido.

—¿Sabe al menos que ha habido tres asesinatos correlativos como el que perpetró su esposo?

—Sí, claro. Es lo que se han encargado ustedes de repetirnos una y otra vez.

—¿Y no sabe quiénes son los otros asesinos?

—Sé que el segundo fue Diego Arrabal, el marido de Gema.

—¿Y el tercero? —Lola debió alzar los hombros, pero él no podía verla. Monfort se lo aclaró—: El tercero lo cometió Arcadio Ros.

Debió quedarse estupefacta, pero aun así la respuesta dejó perplejo al inspector.

—No lo sabía.

—Me cuesta creerla, la verdad.

—Le estoy siendo sincera; lo desconocía.

Su cerebro estaría procesando la información a toda prisa.

—Supongo que tampoco sabrá que no se suicidó inmediatamente después de asesinar a una joven ecuatoriana, sino que trató de huir, aunque al final se ahorcó cerca del lugar del crimen.

—Por el amor de Dios, qué salvajada.

—¿Tampoco sabía que Arcadio Ros estuvo cautivo en una secta hace unos años, justo después de que el grupo se disolviera?

—Le debe parecer que vivo en otro mundo, pero no tenía ni idea. Izan nunca me contó nada de eso. Tal vez, él tampoco lo sabía.

—Vive usted en una burbuja; no creo que sea sano, la verdad. ¿Quién se encarga de que no se entere de nada?

Pero Monfort ya sabía la respuesta.

—Supongo que mi familia, pero también mis compañeros en la universidad; incluso mis alumnos. Nadie habla de lo que ha pasado. Hay un mutismo general al respecto cuando me ven llegar. Me ofrecieron adelantarme las vacaciones, aunque pensé que, si me mantenía ocupada, las cosas irían mejor. Pero me equivocaba.

—En fin —concluyó Monfort—. Me están haciendo dudar más de lo necesario, y eso no es bueno para el caso. Puede que aparezcan nuevas víctimas. Si callan algo que deberíamos saber, no sé si se lo podrán perdonar.

—Le estoy diciendo la verdad en todo momento. Debe creerme.

Monfort hablaba en plural. Ella se limitó a hacerlo en singular.

Había que encontrar a Izan. Silvia envió un mensaje a Terreros y García para que mandaran a una patrulla a vigilar la casa de Lola, y



también la de sus padres, por mucho que la madre hubiera asegurado que desde el suceso vivían allí.

MONFORT HABÍA INVITADO a Silvia a cenar, con el recuerdo todavía patente de la hamburguesa de a saber qué, las patatas fritas congeladas y el ketchup de sobre. Sin embargo, ella no estaba de humor para sentarse frente a él a una mesa y departir como buenos colegas. Ni siquiera aceptó a que la acompañara en coche hasta su casa.

En cualquier otra ocasión, Monfort se habría sentido defraudado, pero esa vez le venía bien la negativa para hacer lo que tenía en mente.

Llamó a la comisaría y averiguó la dirección del domicilio en el que estaba empadronado Joaquín Agost, que, por supuesto, resultó encontrarse en el mismo barrio, a escasos doscientos metros de la tienda que regentaban su hermana y él.

En efecto, tal como había contado la hermana, en la casa había un garaje en el que DJ Sequiol debía satisfacer su sed musical como pinchadiscos para quitarse de encima la morriña rapera. Pero aquella noche los bajos de la casa estaban en absoluto silencio, con las luces apagadas y ni rastro de voz alguna. Monfort cambió de acera y observó que en la planta superior había luz y una televisión encendida. Las cortinas no dejaban ver con claridad, pero aquello tenía pinta de ser lo más parecido a un hogar convencional después de una cena sana surtida con las verduras de su propio negocio. No se imaginó al DJ sentado en el sofá entre sus padres viendo un concurso de televisión. Así que puso rumbo al Grao, con el estómago quejándose por la falta de una cena en toda regla.

EN ESA OCASIÓN, no cometió la torpeza de adentrarse en el edificio en ruinas. Aparcó el coche en un lugar donde no pudieran verlo y se mantuvo de pie a cierta distancia.

En invierno, la proximidad del mar otorgaba al Grao un nivel de humedad dañino para las articulaciones, sobre todo para los que ya habían alcanzado cierta edad. La humedad y el salitre causaban distintos efectos negativos en los hogares cercanos al mar. También en los cerebros de los perversos y en las almas oscuras; aunque cerebros y almas así se podían encontrar a cualquier altitud.

No vio actividad en el bloque. Ni una luz, ni un sonido que indicara presencia humana. Las ratas eran otra cosa, a buen seguro que habrían tomado las cañerías y los falsos techos como moradas de lujo. Cambió de pensamiento cuando oyó una riña de gatos, amplificadas por el silencio de la noche, y el vacío de lo que deberían ser pisos para familias de cierto poder adquisitivo. No, las ratas no lo tendrían tan fácil.

Al segundo cigarrillo, cuando comenzaba a tener los pies más entumecidos de lo que debería ser normal, llegó un coche de color rojo a un lateral de la obra abandonada. De él se bajaron cuatro personas. Apartaron la valla y se internaron en el esqueleto de la construcción. Minutos más tarde, una luz tenue procedente de una lámpara a pilas o algo por el estilo, dio luz a lo que debería haber sido un apartamento en la tercera planta. Pronto empezó a sonar música. Debía tratarse del mismo reproductor de la otra vez, con sus buenos graves sonando. Monfort se apoyó contra la pared que tenía detrás, silenció el teléfono móvil y rogó para que la botella de vodka y los porros se acabaran pronto. De lo contrario, se le iban a hinchar los pies y congelar las neuronas que le quedaban en funcionamiento.

Se alargó, como no podía ser de otra forma.

Vibró el teléfono en el bolsillo y lo sacó para ver quién era.

—Hola, Elvira —respondió, aliviado por que fuera ella y no Aniceta Buendía con malas noticias.

—¿Dónde estás? —preguntó ella un tanto extrañada por un buen recibimiento que últimamente brillaba por su ausencia.

—Me gustaría poder decirte que en las marismas del Guadalquivir, esperando mi ración de langostinos, o en una cala de Menorca, bebiendo ginebra local con limonada, pero no es así.

—Estás acechando a la presa. Has puesto el cebo en su camino y esperas a que pase y caiga. O sea, que estás jodido, pasando más frío que un perro chico.

—Podrías colgar la toga y comprarte una bola de cristal.

—Puede que me saque un sobresueldo pasando consulta en casa. A ti no te cobraría, porque, al paso que vas, tu futuro está escrito.

—No seas funesta, Elvira.

—No paras de trabajar. Esta noche te has olvidado de tu padre.

«Tiene razón», pensó Monfort, y soltó un resoplido. Con la mano libre, buscó en los bolsillos hasta que encontró la cajetilla de cigarrillos. Tenía

destreza para abrirla y extraer un pitillo con una sola mano. Se lo llevó a los labios e inició la misma maniobra para dar con el mechero.

—¿Has estado en el hospital? —le preguntó con la boca casi cerrada mientras lo prendía.

—Sí, vengo de allí ahora. Está tranquilo. No mejor, pero tranquilo. Se queda Aniceta esta noche. Ha hecho buenas migas con una enfermera de Bolivia y están contándose las penas de emigrantes.

—Pero si Aniceta no sabría vivir ya en su país.

—Pues la enfermera lleva aquí treinta años, para que te hagas una idea. El caso es que no paran de hablar y, como la otra tiene el turno de noche, se ha erigido voluntaria.

—¿Dónde ha ido a dormir Irene?

—Tenemos habitaciones en el Mindoro.

—¿En el Hotel Mindoro?

—Sí, a ver si te crees que está todo reservado para ti.

—No, disculpa.

—Disculparte es lo que tendrías que hacer con Irene y Aniceta por no llamarlas.

Tenía un no sé qué que lo ponía tenso. Era porque tenía razón y le hablaba como se merecía. Le gustaba su carácter, pero no soportaba que le dijeran lo que tenía que hacer; sin embargo, lograba morderse la lengua y no desatar su ira, sino todo lo contrario.

—Por otro lado, y antes de que se me olvide —continuó—, imagino que ya se ha puesto en marcha el plan de búsqueda del lugar donde se esconde la secta. He llamado a Romerales, pero no me coge el teléfono. Dile de mi parte que haga saber a los medios que están peinando las zonas más alejadas, más que nada para despistar, pero que busquen primero en los pueblos y en las urbanizaciones cercanas a la ciudad. Serán sectarios y a los gurús les gustará estar alejados del mundanal ruido, pero apuesto a que comen y beben, por no hablar de que deben ir drogados hasta las cejas, y, si están cerca de algún lugar donde puedan abastecerse rápidamente, siempre es más sencillo. Y más barato también.

—Para que luego digas que soy el único que está siempre trabajando.

—Ya, pero yo no me lo llevo a casa; lo suelto todo antes de cruzar la puerta.

Elvira siempre tenía la última palabra, a no ser que fuera con Irene con la que hablara. Se alojaban en el mismo hotel. Por la mañana, iba a tener

que echar una ojeada al comedor de desayunos antes de entrar.

Cuando se despidieron, la luz de la tercera planta se había apagado. El coche rojo permanecía aparcado en el mismo lugar, por lo que sus ocupantes estarían a punto de aparecer en la entrada del esqueleto de la obra. Se apresuró a buscar un lugar desde el que poder verlos desde más cerca. Logró llegar a escasos metros del vehículo.

Eran cuatro, tal como los había visto llegar. No reconoció a los dos que se montaron en la parte delantera, pero los de detrás eran fácilmente identificables. Se trataba de DJ Sequiol y El Niño Funk. Tampoco tenían pérdida por sus chaquetas militares con el grafiti de SOID a la espalda.

Corrió hasta donde tenía el Volvo aparcado y, poniéndolo en marcha, trató de seguirlos. El tráfico en Castellón a aquellas horas de la noche era casi nulo, por lo que tuvo que dejar una gran distancia para no despertar sospechas. Al internarse en la ciudad, la cosa se complicó. Por el itinerario escogido, Monfort entendió que pretendían dejar a DJ Sequiol en su domicilio, pero antes de llegar se detuvieron en un bar abierto en el que había bastante gente fumando en la puerta. Aparcaron en doble fila y, tras apearse, entraron en el local. El inspector detuvo el coche a escasa distancia. Los cristales se habían empañado y no veía la entrada del bar con claridad. Puso la radio y aguardó a verlos salir de nuevo. Confiaba en que lo hicieran pronto. Pero no fue así.

Harto de esperar, se bajó del coche y se acercó a la puerta del local. Entró. Sonaba rock a gran volumen. Las paredes estarían bien insonorizadas; de otro modo, los vecinos habrían llamado al ejército para cerrar el negocio. El grupo inglés The Cult impregnaba el local con la guitarra precisa de Billy Duffy y la voz afilada de Ian Astbury. Para ser un martes, no cabía un alma. El lugar no era más que una barra larguísima con un espacio de apenas dos metros y medio hasta la pared. Al final del mismo, estaban los baños y una salida de emergencia que amenazaba con reventar por la presión del público. Cuando uno de los temas más reconocibles de la banda empezó a sonar, los asistentes se entregaron en cuerpo y alma a hacer los coros como si no hubiera otra canción en el mundo.

Monfort buscó a los ocupantes del coche rojo, pero no conseguía verlos. Había todo tipo de tribus urbanas allí dentro; imposible distinguirlos entre la maraña de cabezas moviéndose al unísono y las poses de guitarristas sin instrumento. Se pegó a la barra y un camarero robusto,

vestido como un auténtico miembro de los Hells Angels, dio un golpe con la palma de la mano sobre la barra para preguntarle qué quería beber. Podría haber pedido un Macallan, pero el energúmeno habría sido capaz de haberse meado en un vaso y servírselo, por remilgado. Pidió una cerveza que le sirvieron al instante. El camarero le hizo una señal con los dedos para indicar el importe que debía pagar.

Allí dentro había mucho cuero y botas reforzadas, todo tipo de pendientes, pelos largos y camisetas sin mangas. Monfort tuvo que reconocer que no le desagradaba el ambiente, hasta que se giró y vio a una chica con el pelo tintado de verde mover los labios a su compañera para componer las sílabas de la palabra «policía». La americana y la corbata no ayudaban mucho a pasar desapercibido.

Continuó oteando las cabezas que saltaban dentro del bar, pero seguía sin ver a quienes buscaba. Apuró la cerveza y salió a la calle. El coche rojo ya no estaba. Podía haber salido en busca de su rastro, pero no valía la pena. Encendió un cigarrillo y apoyó la espalda contra la pared, junto a la entrada del local.

Consultó el teléfono. Tenía un mensaje escueto de Silvia Redó: «En mi casa». Y una fotografía de la entrada con una palabra pintada con *spray*: SOID.

Dentro del bar seguía el «fuego». *Fire Woman*.

Retorciéndote como una llama.  
Me estás volviendo loco.  
Fuego.

ANTES PENSABA QUE podía hacer lo que quisiera. Que mi destreza para obtener drogas y la supuesta amistad con el padre Guzmán, ahora Josué, me abriría todas las puertas. Pero soy un ingenuo de mierda. Fui un insensato al creer que era especial, como cuando Josué me aseguró: «Tienes talento y juntos construiremos un mundo nuevo». Me creí hasta la última palabra porque era lo que había querido escuchar toda la vida. Necesitaba la aprobación de los demás, sentir que podía alcanzar el éxito que nunca había tenido. «Creo en ti incluso más que tú en ti mismo», me había dicho él. Y habría hecho cualquier cosa que me hubiera pedido, porque siempre le había temido al rechazo y me moría por ser aceptado.

Por eso, cuando me animó para que fuera fuerte y me enfrentara a mis miedos, acepté sus engaños. Recibir toda esa atención me parecía un regalo. No me di cuenta de que solo estaba preparando el terreno hasta el día en que me desmayé en su cama, ciego de éxtasis líquido, y entonces supe que era suyo, que debía obedecer sus órdenes. También sabía que estaba mal lo que me obligaba a hacer, y aun así no podía evitar volver a su habitación una y otra vez. ¿Las drogas compensaban todo eso? ¿Valía la pena por unas migajas de atención? Tenía tan poca autoestima que dejé que decidiera por mí. Tenía una herida abierta que él supo descubrir. Yo sé que está loco y que es peligroso, pero me halaga; y eso era suficiente.

Ahora no sé cómo va a terminar esto. Larissa me ha entregado su amor y yo estoy loco por ella, pero no puedo amarla después de lo que he pactado con él a cambio de su cuerpo. Y, además, hay una cosa a la que amo más que a ella, una sola cosa: amo odiarme a mí mismo. Me he convertido en un adicto al odio. Dios no quiere que me atreva a vivir mi vida. Dios no quiere darme una oportunidad de ser feliz. Voy a perder a Larissa porque me odio más de lo que la quiero.

Me he pasado toda la vida huyendo.

*Pero eso se acabó. Uno de los dos tendrá que morir.*

POR LA NOCHE, tras decidir dejar de perseguir a El Niño Funk y a DJ Sequiol, y contestar al mensaje de Silvia acerca de la pintada en la puerta de su casa, Monfort puso rumbo al hospital. Nadie le impidió el acceso. La realidad hospitalaria era muy distinta cuando llegaba la noche. La mayoría de las puertas estaban cerradas y el único paso se encontraba en la parte posterior, junto a la entrada de Urgencias, donde la actividad seguía su curso y unos pocos fumadores se concentraban junto a las puertas automáticas. El resto del enorme edificio parecía una bestia que dormía con un ojo abierto. Luces en penumbra, pasillos desiertos y aquel olor característico a centro médico. Un extraño silencio como preámbulo de la derrota.

Se sentó junto a la cama y le contó a su padre las novedades del caso. Le habló de sectas peligrosas y de músicos que hacían una música que a él no le gustaría. Ignacio Monfort, mientras tanto, dormía plácidamente; el respirador insuflaba aire a sus pulmones infectados por la neumonía. Una enfermera entró para comprobar sus constantes. Olía a almendras dulces. Fue amable y habló en susurros. Hizo su trabajo y se despidió con empatía. Dejó su aroma flotando en el cuarto.

Más tarde, aunque era consciente de que debía haberse ido a dormir, optó por acercarse hasta el bar de Agnès, donde Lina aguardaba con un whisky irlandés sobre la barra.

## Miércoles 16

ERAN LAS OCHO y media de la mañana y estaba esperando a que Silvia bajara. No podía apartar la vista del grafiti.

—He hablado con Terreros y García —lo informó tras darle los buenos días—. Los agentes que enviaron para que vigilaran los domicilios de su hermana y de sus padres dicen que Izan no ha pasado por allí.

—Me lo imagino. ¿Has podido dormir?

—Sí —respondió ella, pero no era del todo cierto—. ¿Acaso piensas que debo temer algo de Izan?

La verdad era que la subinspectora se había pasado el resto de la noche en vela, mirando por la ventana con la luz apagada por si el hermano de Lola volvía a aparecer por allí.

—Sinceramente, no creo que tengamos que tener miedo de él, pero hay que encontrarlo. Anoche lo vi.

—¿Dónde?

—En el edificio del Grao que tiene su alias en la fachada.

—¿Fuiste allí?

—Entre otros lugares. Los vi llegar, a él y a DJ Sequiol, con otros dos amigos.

—¿Y qué hacías allí?

Monfort levantó los hombros, pero no respondió. Ya se podía imaginar Silvia qué hacía allí.

—Y no me avisaste. Una vez más, el poli solitario. —Su rostro cambió de aspecto. Si al bajar del piso parecía un tanto reconciliada, aquella confesión acababa de ponerle fin—. Bueno, ¿y qué más?

—Hicieron su ritual de vodka, marihuana y música rap, y luego se marcharon.

—Sí que sabes detalles —ironizó—. Cualquiera que te escuche, podría pensar que estabas allí, en la rueda del porro, esperando a que te lo



pasaran.

—¿Puedo seguir?

—Tú eres el jefe, el que hace lo que quiere. Será un privilegio terrenal para mí saber más.

Monfort soltó un resoplido. Por la calle Zaragoza bajaba un viento helado en dirección al mar. Había ajetreo de personas que iban a sus puestos de trabajo. En la puerta del edificio de Correos ya había cola para acceder al interior.

—Iban en coche. Traté de seguirlos, pero los perdí. Pensé que irían a llevar a DJ Sequiol a casa de sus padres.

—¿Cómo sabes dónde viven sus padres?

—Hice una llamada. Basta con decirle a un agente que soy inspector de Policía.

—¿Y fuiste?

—Sí, antes de ir al Grao. Recuerda que la hermana nos dijo que seguía haciendo música en el garaje.

—Y no estaba. Por eso te marchaste al Grao.

—Elemental, querida Redó.

—Trabajaste toda la noche, veo. Los jefazos deben estar pensando en concederte una medalla.

—Vamos, Silvia, no es momento de sacarle punta a todo.

Ella resopló. Tenía los ojos cansados y le temblaba un párpado. Él continuó, pese a todo.

—Los volví a ver. Aparcaron en la puerta de un bar.

—Qué casualidad. Te vino bien, ¿verdad? Lo del bar, digo.

«Se está pasando», pensó Monfort. Intentó hacer caso omiso.

—Entré en el local, había mucha gente. No los vi y, cuando salí a la calle, el coche ya no estaba.

—¿Te quedaste a beber?

—Silvia...

—Apuntarías la matrícula.

—No, lo siento.

—¿Lo sientes?

—Sí, aunque me da igual. Podemos ir a ver a Ximo a la tienda, pero no va a decir nada que ya no sepamos. El que importa es Izan.

—Bueno, dejemos esto para más tarde. Necesito un café.

—¿Quieres tomar uno? —Monfort señaló la terraza junto a Correos, donde ya estaban montando las mesas.

—No, prefiero tomarlo en la comisaría. Quiero ver cómo evoluciona el dispositivo de búsqueda del lugar donde se encuentra la puta secta.

—Está bien, como quieras. —Monfort se dio unos golpecitos en el exterior de un bolsillo de la americana—. Llevo antiácidos.

El coche estaba aparcado en una zona de descarga en la cercana avenida Rey Don Jaime. Cuando Silvia fue a abrir la puerta del acompañante, esbozó una sonrisa aviesa.

—Ven a ver esto —le pidió.

Monfort rodeó el vehículo.

La palabra SOID también estaba allí, en mitad de la puerta, pintada con letras en relieve de color amarillo y blanco.

ROMERALES LOS SALUDÓ a la llegada. Se quedó mirando a Monfort.

—¿Has descansado bien? A juzgar por las ojeras, parece que no mucho.

—Los viejos dormimos poco, ya sabes —arremetió Monfort—. Había espectáculo de animación en el hotel.

—Ya, como si estuvieras en Benidorm.

—Parecido. Por cierto... —Iba a preguntarle por su mujer y Romerales lo sabía.

—A callar. Ya habrá tiempo. Ahora, acompañadme.

Entraron en una sala de reuniones que estaba más concurrida de lo que esperaban. En una de las paredes habían colgado un enorme mapa de la provincia. Había varios miembros de la Guardia Civil y la Policía Local, algunos jefazos también, y un buen puñado de agentes de la casa, incluidos los compañeros Terreros y García y el *amiguete* Pallarés, al que Romerales hizo un gesto para que se acercara.

—Pégate a ellos, haz lo que te digan en todo momento y aprende —le indicó blandiendo el dedo índice de la mano derecha muy cerca de su nariz.

Silvia y Monfort cruzaron una mirada. Lo que menos hacía falta en aquella deteriorada relación profesional era un tercero, y más si se trataba del ojito derecho del jefe.

En el mapa había infinidad de marcas azules, verdes y rojas. En la parte inferior izquierda del mismo se aclaraba su significado: las azules eran para los lugares descartados; las verdes, las que estaban por identificar, y las rojas, las más factibles de poder albergar una actividad de tipo sectario.

—¿Y en qué se basan? —le preguntó Silvia al comisario.

—La Guardia Civil rastreó esos lugares en otras ocasiones. Se apoyan en la última vez en que se enfrentaron a un caso similar.

—Pero el radio de acción es inmenso.

—Así es. La provincia tiene mucha montaña. En estos momentos, hay varias patrullas en la zona del Penyagolosa; Vistabella por un lado y Villahermosa por la otra vertiente del pico.

—¿Y por qué se inclinan más a buscar en zonas rurales?

—Por lo aislado y abrupto del terreno —matizó Romerales.

Monfort saludó a un guardia civil con el que había coincidido en alguna ocasión, y Silvia aprovechó el momento para abordar de nuevo al comisario, esta vez en lo personal.

—¿Cómo está su esposa?

El jefe la miró. Luego entornó los ojos.

—Ella es valiente. Está dispuesta a lo que haya que hacer.

—¿Y usted?

Tardó un poco en contestar.

—Muy asustado. Aterrorizado, en realidad. ¿Qué sabes de su padre?  
—Señaló a Monfort.

—Que está mal. La demencia está acabando con él.

—La vida es una putada —resolvió Romerales a su manera.

Cuando Monfort regresó junto a ellos, le dijo algo al comisario cerca del oído, pero de forma que Silvia también pudiera escucharlo.

—Déjalos que busquen en el quinto pino. Nosotros haremos lo mismo, pero más cerca de la ciudad.

—¿Y eso? —El comisario se volvió, extrañado.

El inspector trató de recordar las palabras que le había dicho Elvira, pero no tenía tanta capacidad de retentiva.

—Imagínate que yo soy el jefe de la secta y se me termina el tabaco.

MONFORT DEJÓ A los del mapa que siguieran poniendo chinchetas de colores y entró en su despacho. Alguien llamó a la puerta. Era Silvia.

—¿Crees que vamos por el buen camino? —cuestionó ella.

—Estamos a esto. —Hizo un gesto juntado los dedos índice y pulgar, pero sin que se tocaran.

—Ilústrame.

—David Prieto, el putero, no se ha presentado ante el juez. Romerales ha pedido que se establezcan controles en aeropuertos y estaciones de todo tipo. El otro juez ha decretado una orden de búsqueda también para Baltasar Muñoz.

—Ya era hora. Parecía que no confiaban en nuestra intuición.

—No es que lo pareciese: es que no se fían mucho de nosotros.

—Crees que lo estamos haciendo mal.

—Rematadamente mal, si me lo permites.

—No estamos centrados —admitió Silvia.

—Yo no lo hubiera dicho mejor.

—¿Qué hacemos?

—Buscar a esos dos, aunque Prieto caerá por sí solo, ya lo verás. Con Baltasar, la única teoría que se me ocurre es que se haya refugiado en la secta porque siente que el fuego se le acerca.

—¿Cuál es su rol dentro del juego?

—Ya lo debes intuir —atajó Monfort—. Baltasar capta a los gilipollas y David les lleva mujeres para que estén relajados hasta que les llega la hora de matar.

Se puso a jugar con un bolígrafo. Estaba pensativo.

—¿Y qué más?

—He preguntado aquí y allá sobre el tema de las sectas. —A decir verdad, había hablado de ello con Elvira, pero también con Lina e Irene—. Y a los adeptos es necesario narcotizarlos para anular su voluntad e instaurar una nueva identidad en sus cerebros destruidos.

—¿Drogas?

—Exacto.

—¿Qué tipo de drogas?

Claude Bata se lo había dejado claro.

—Benzodiacepinas. Medicamentos psicotrópicos con efectos sedantes e hipnóticos.

—¿De venta solo en farmacias?

—No necesariamente.

Sacó el móvil y marcó un número que tenía grabado en la agenda telefónica. Lo puso en manos libres.

—No voy a poder atenderle más de cinco minutos —informó el doctor Bata con naturalidad.

—Me sobran la mitad.

—Usted dirá.

—Imáginese que necesito hacerme con una buena cantidad de benzodiazepinas.

—No tengo tiempo para adivinanzas.

—Sí que lo tiene.

—Entro en quirófano en cinco minutos.

—Cada vez que hablo con usted, el quirófano está a punto de absorberle.

—Soy cirujano.

—No lo he puesto en duda, pero necesito que me responda a una pregunta. Luego le dejaré en paz para que extirpe lo que tenga que extirpar.

—Dispare.

—Usted le suministraba las *benzos* a Arcadio.

—Pero ¿qué dice? ¿Y usted qué sabe?

—Puedo olvidarlo por ahora. —Silvia lo miró extrañada desde el otro lado de la mesa—. Me basta con que diga dónde puedo encontrar a un camello dispuesto a venderme tantas pastillas como para darle la vuelta al cerebro a un colectivo entero.

—¿Podemos vernos después?

—Podría preguntar si en su casa o en la mía, pero yo no tengo casa y en la suya debe de estar la hermana de Arcadio, que, aunque no es cirujana, podría extirparle su afamado miembro viril si se entera de esto.

—Le llamaré en cuanto termine.

Tras colgar, miró a Silvia. Tenía el ceño fruncido y una mirada asesina.

—Luego te lo cuento —dijo mientras se ponía en pie—. Quédate aquí, llama a Terreros y García y al de la coca de bacalao con patatas. Os necesito a los cuatro con un mapa de la provincia. No hace falta que sea tan sofisticado como el que tienen esos. Me da igual que salgan las montañas o no y las marcas de colores. Con que tenga un radio de acción

de treinta kilómetros alrededor de Castellón, me conformo. Buscad lugares que podrían ser seguros para el asentamiento de una secta.

—¿Y eso cómo se busca?

—Ojalá lo supiera.

Silvia resopló y se llevó un mechón de pelo tras la oreja.

—¿Y tú adónde vas?

—A ver a mi padre —respondió cuando ya salía por la puerta. Aunque se trataba de otra verdad a medias.

EN CONDICIONES NORMALES, se tardaban diez minutos en llegar en coche desde la nueva comisaría hasta el Hospital General. Monfort tardó solo cinco. Dejó el coche junto a la entrada principal. No tardaría en molestar, pero no estaba para dar explicaciones. Corrió hacia el mostrador de la entrada y pasó delante de las personas que hacían cola, provocando algunas protestas. Mostró la credencial al hombre que atendía en el mostrador. No estaba la mujer simpática con la que había compartido unas risas. Se habían terminado las bromas. Preguntó por el cirujano y la respuesta no se hizo esperar: «Tuvo guardia hace dos días. No volverá hasta mañana».

Subió hasta la planta donde se encontraba su padre. Aniceta estaba en el pasillo, junto a la puerta de la habitación. Se la veía de buen humor. Un enfermero estaba entusiasmado con lo que fuera que le estuviera contando.

—Perdón —les dijo a los dos. Y dirigiéndose a Aniceta—: ¿Qué tal está mi padre?

—Huy, lo veo muy estresado. ¿Han tomado el edificio los soldados del Ejército Nacional?

Ella y el enfermero se echaron a reír. Monfort entró en la habitación. Su padre dormía y el cacharro que le suministraba el aire funcionaba a pleno rendimiento. Lo besó en la frente y, en un susurro al oído, le pidió perdón.

Se despidió de Aniceta con la promesa de llamarla en cuanto pudiera. Volvió al coche a toda prisa para encaminarse al Grao. Las ruedas del Volvo chirriaban en cada rotonda. Llegó en apenas siete minutos.

La puerta del bloque de pisos donde vivía Claude Bata seguía sin que alguien reparase la cerradura. Subió las escaleras corriendo. Debía dejar de fumar o sus pulmones explotarían cualquier día.

Aporreó la puerta y se apartó para que el que estuviera dentro no pudiera ver quién llamaba a través de la mirilla.

—¿Quién es? —preguntó la voz del cirujano.

—¡Abra, joder! —exclamó Monfort.

—Un momento —respondió con voz vacilante.

Monfort pegó la oreja a la puerta y oyó pasos, una puerta que se abría y luego el sonido de la cisterna del váter. Lo había tirado todo. Luego, Bata abrió la puerta principal.

—¿Qué quiere? —preguntó a modo de saludo.

—Que no me engañe.

—Lo siento. Estaba asustado.

—¿Qué ha tirado por el váter?

—Nada, es que me ha pillado sentado en el trono. —Trató de hacer una broma, pero su rostro lo delataba.

—Usted le conseguía las pastillas a Arcadio. ¿Por qué no lo dijo?

—Sí, hombre, para que me echen del trabajo.

—Quizá todavía pueda conseguir que suceda —lo amenazó Monfort —, a no ser que se muestre colaborativo y me cuente la verdad.

—Joder, claro, pase y siéntese.

No había música rap en francés, pero le ofreció una infusión.

—No quiero agua sucia, quiero que me cuente de dónde saca las benzodiazepinas.

El doctor Claude Bata llegó a un acuerdo con Monfort. Admitió que había suministrado los medicamentos a Arcadio Ros. Al principio, los usaba de forma terapéutica, pero pronto empezó a abusar hasta hacerse dependiente. Eran fármacos que sustraía del hospital. Le juró que ya no lo hacía y, cuando Monfort se puso en pie para irse, harto de que le mintiera, el doctor le pidió que se sentara de nuevo.

—Seguro que le ha hecho pagar a Marta por las drogas que necesitaba su hermano. ¿Ella lo sabe? —le inquirió el inspector.

Bata negó con la cabeza.

—¿Qué ha tirado antes de que entrara?

—No era nada de eso.

—¿Y qué era?

—Un poco de cocaína; un resto sin importancia.

—¿Y no queda nada más en el piso?

—No.

—Puedo hacer una llamada y que pongan la casa patas arriba, y de paso se lo contamos a los vecinos. El modélico doctor que vive en la escalera es un camello. No sé si les haría mucha gracia.

—No, no les haría mucha gracia —corroboró angustiado con su mezcla de acentos.

—¿Y a Marta?

—Menos aún.

Monfort fue directo. No le importaban ya sus mentiras o si salía corriendo a contar que un poli lo estaba hostigando.

—Castellón es una ciudad pequeña. Usted es médico y un experto en fármacos legales. También en la forma de conseguirlos. Por lo visto, tenemos una secta destructiva que actúa en la provincia. Arcadio estuvo en ella y acabó por suicidarse tras dar muerte a una inocente. Déjese de embustes y dígame de una vez quién maneja el tráfico de esas sustancias.

—No lo sé. —Se había envalentonado.

—Vale —zanjó Monfort, y sacó el móvil del bolsillo—. ¿A quién llamo primero, a Marta o a mis colegas?

—No me joda. Esto me puede costar toda una vida de sacrificios.

—También puedo irme y, cuando esos cabrones vuelvan a matar, regresar aquí para detenerlo por ocultación de pruebas en una investigación.

—¿Eso puede hacerlo?

—Es la tercera vez que vengo a esta casa. La primera fue amable, la segunda nos ofreció un recital de sexo sonoro con la hermana del tipo al que ayudó a joderse la vida. Y hoy, me quiere joder a mí. Hable de una vez. Dígame quién está detrás del negocio de las *benzos* en Castellón. Deme la información y le dejaré en paz.

Claude Bata se puso en pie y buscó un taco de posit en un cajón. Apuntó algo en uno de ellos y lo arrancó. Luego se lo tendió a Monfort.

—Es él —informó—. Pero yo no tengo nada que ver, ¿vale?

—Eso espero —concluyó Monfort, a la vez que leía el nombre y la dirección que había escrito—. ¿Suelen verse?

—¿A qué se refiere?

—Que si visita al camello de forma regular.

El doctor no sabía qué debía responder y se mantuvo en silencio. Monfort tenía prisa.

—¡Que si va a pillarle de vez en cuando!



—No.

—Vale. Pues entonces me va a dar también el nombre y la dirección del que le ha pasado la cocaína. Entiendo que es otro distinto. Uno para los medicamentos y otro para las drogas festivas.

—No sé de qué me habla. —Bata estaba muy nervioso.

—No hay problema —ironizó Monfort, que volvió a sacar el teléfono del bolsillo—. ¿A quién llamo?

—Joder, es el mismo, sí. Ya vale —admitió.

—El mismo camello —sonrió Monfort.

—Sí, el mismo —masculló el otro.

—Y sois amigos.

—¡Cómo vamos a ser amigos!

—No lo sé, dígamelo usted.

—No somos amigos. Me vende algo si se lo pido, nada más; nada del otro mundo.

—Ya. Pero son amigos —insistió como una mosca cojonera.

—Ya le he dicho que no.

—Pero usted es médico.

Bata soltó el aire que retenía. Estaba al límite.

—Sí, ya lo sabe.

—Y, como médico, hablará con él de los medicamentos psicotrópicos que suministra. Porque el tipo le hará preguntas, me imagino, querrá saber... Un médico enrollado que se mete farlopa, que debe saber de fármacos hipnóticos. Así se hacen amigos.

—Déjeme en paz. —O estaba a punto de echarse a llorar, o era muy buen actor.

Monfort llegó donde quería llegar.

—¿Quién le hace grandes pedidos a su amigo el camello?

Sonó el teléfono móvil de Claude Bata. Lo tenía sobre la mesa, a la vista. En la pantalla se iluminó el nombre de Marta Ros.

—Cójalo.

—¿Está loco?

—¡Que lo coja he dicho! Y ponga el altavoz para que me entere de lo que le dice.

Claude era un manojo de nervios. Descolgó.

—Ya voy para allá —se escuchó la voz de Marta de forma nítida—. Estoy en el Carrefour, he comprado *sushi*. Supongo que habrás pillado

algo..., ya me entiendes.

—Claro —dijo él con la voz entrecortada.

—Bueno, en menos de diez minutos estaré ahí. Un beso.

Y colgó.

—Diez minutos —puntualizó Monfort—. Si se da un poco de prisa, pueden ser menos. ¿Qué hacemos? ¿Espero a que llegue o me dice quién es el mejor cliente de su camello?

Bata negó con la cabeza; pero no era una negación, más bien la constatación de que no tenía salida.

—¡Mierda! —profirió—. Se llama José Muñoz, pero no sé dónde vive ni nada más. No lo he visto nunca, se lo juro. Tiene que creerme.

Muñoz, se apellidaba Muñoz. Tal vez era una casualidad. O tal vez no.

—Está bien, de momento me voy —anunció Monfort tras ponerse en pie. Iba de camino a la puerta cuando añadió—: A ver cómo se las arregla con Marta cuando después del *sushi* le apetezca una rayita. No le diga que he estado aquí y que me ha invitado a esnifar.

*LOS PROBLEMAS NO habían hecho más que empezar. Descubrir que Baltasar estaba allí fue como un mazazo. Pero fue aún más duro saber que era mi propio hermano quien se encargaba de captar a los desgraciados que pululaban a la espera de una orden del padre Josué.*

*Sí, Baltasar es mi hermano. El mismo que el cura separó de mi vida. El mismo que estuvo recluido en el seminario y al que perdí la pista cuando me encerraron en el centro de menores. Nunca más había vuelto a saber de él. Informé a los funcionarios de que tenía un hermano en un colegio de curas, pero jamás me ayudaron a encontrarlo. No tenía a nadie más y ellos me ignoraron. Luego, con el tiempo, pensé que tenía otras cosas mejores que hacer que localizarlo. También me podía haber buscado él a mí. Nuestra hermana y nuestra madre habían muerto, y al que llamábamos padre se marchó para no tener que soportar a una hija enferma y una esposa que parecía más casada con Dios que con él. Puede que, en el fondo, su opción no fuera tan mala idea.*

*Me quedé boquiabierto cuando vi a Baltasar discutiendo en la celda con Josué. Después se enzarzaron de forma acalorada y sus voces subieron de tono; de aquella forma me enteré de cuál era su papel en la secta.*

*Pese a los años y los sinsabores de la vida, nuestro parecido era asombroso. Necesitaba saber qué había pasado en los años de distanciamiento, descubrir quién era ahora Baltasar. Josué me lo explicó.*

*«Coincidimos en el mismo seminario —me dijo—. Luego me enviaron al centro de menores y allí te conocí». Josué sabía que era mi hermano y me lo había ocultado durante todo este tiempo. Tal vez por eso había tenido especial atención conmigo, quizá esa era la razón de que hubiera accedido a la comunidad de forma tan sencilla. Posiblemente, mi habilidad para conseguir drogas y nuestra supuesta amistad no tuvieran tanto que ver para que me abriera las puertas de su infierno particular.*

*Josué debía morir. Estaba por ver si me vería obligado a llevarme a alguien más por delante.*

*En el momento en que me disponía a entrar en el lugar donde habían encerrado a mi hermano para verlo a solas, llegó un vehículo. Josué se acercó con los brazos abiertos y una sonrisa impostada que daba miedo. Del coche se bajaron dos hombres que no hubieran encajado allí de ningún modo, a juzgar por sus aspectos, que nada tenían que ver con aquella especie de clonación que Josué había impuesto entre sus adeptos. Los hombres empezaron a discutir con él a viva voz. Él trató de apaciguarlos y los invitó a pasar al interior de la casa, pero uno de ellos le propinó un empujón y Josué cayó al suelo.*

*No era el único dispuesto a hacerle pagar por sus fechorías. Tal vez aquellos dos me ahorraran mancharme las manos de sangre.*

CUANDO REGRESÓ A la comisaría, los agentes Terreros y García, acompañados por Pallarés, habían salido a cubrir una zona delimitada en el mapa que Silvia había dispuesto. Ella hablaba por teléfono con el responsable de la Policía Local de uno de los pueblos señalados. Si tenía que llamarlos a todos, se le podía hacer de noche. Le dirigió una mirada hosca a Monfort cuando tomó asiento al otro lado de la mesa.

—¿Qué tal se encuentra tu padre? —le preguntó cuando finalizó la llamada.

—Igual —respondió él mientras miraba el mapa de forma distraída.

—¿Y el doctor Bata?

Monfort dejó de mirar el plano.

—Debes de pensar que no nos necesitas, o que no somos lo suficientemente útiles para ti —soltó ella con fingida naturalidad, captando su atención—. Te has marchado a toda prisa después de hablar por teléfono con él. Tampoco hay que ser muy listo para darse cuenta.

—Lo siento —dijo, pero no era sincero.

Silvia dio un golpe con una carpeta encima de la mesa.

—No, no lo sientes, no me vengas con esas.

—Mis métodos son distintos. —Se arrepintió nada más soltarlo; sin embargo, continuó—: Mi forma de trabajar puede acarrearos problemas a los demás. Lo sabes bien, no es nada nuevo para ti.

Puede que su manera de actuar fuera distinta, que fuera más taxativo, algo violento y mucho menos legal, pero aquello no era una excusa válida para Silvia. Y por todo ello, explotó.

—Eres un egoísta. Un egocéntrico incapaz de compartir con sus compañeros nada más que una comida, o mejor unos tragos, para simular una amistad que, en realidad, no existe. Haces que nos sintamos ninguneados, que pensemos que nuestro trabajo no vale nada. En el fondo, debes pensar que somos idiotas y que no servimos para esto. Crees que tienes la virtud de acabar con el mal, de desenmascarar a los asesinos, y luego rechazas las medallas para quedar como un policía errante, aquel

que está por encima de todo y evita la aclamación del público. Quizá pienses que así tu leyenda seguirá más viva que nunca, pero creo que te equivocas.

—¿Por qué hablas en plural? —le preguntó—. Me da la impresión de que, en realidad, descargas tu ira en mí por otros motivos.

—¡Hablo en plural porque yo sí que necesito de los demás!

Sonó el móvil de Monfort, quien lo sacó del bolsillo y miró la pantalla. Era Elvira Figueroa. Silvia miró de reojo.

—Atiende la llamada —lo increpó—. Ojalá que con ella seas mejor.

Monfort se puso en pie y salió al pasillo.

—Hola, Elvira —su tono era de decaimiento.

—Vaya voz. ¿Te han obligado a dejar de fumar?

—No es para tanto.

—Pues parece que te haya pasado un tren por encima y estés tratando de ponerte en pie.

—Eso ya es más parecido.

—Bueno, ¿cómo va la búsqueda de la casa de los horrores?

—Romerales ha puesto en marcha un equipo de rastreo que ni con Bin Laden.

—Me lo puedo imaginar: la Guardia Civil, las policías locales, la colaboración ciudadana tan imprescindible... Le falta el ejército.

—No lo descartes.

—El problema será cuando deis con el cuartel general de esos malnacidos.

—¿Por qué?

—La primera complicación con la que nos encontramos los jueces es que no existe un delito concreto para lo que llamamos «lavado de cerebro». Suele encausarse como trata de personas, pero claro, no es solo eso. Hace tiempo que insistimos para que se introduzca en el Código Penal un apartado para el control psicológico que utilizan las sectas para captar y retener a sus adeptos. Uno de los principales obstáculos es lo que cuesta demostrar en un juicio que las víctimas actúan bajo coacción. En la actualidad, para frenar a las sectas hay que recurrir a otros delitos, como la estafa o la asociación ilícita, y, además de que no es del todo real, no siempre se actúa a tiempo. En definitiva, que se necesita urgentemente una legislación contra las sectas y, de momento, nadie está por la labor.

—¿Quieres decir que, aunque demos con la madriguera, será difícil acusarlos de algo más que de estafadores?

—Es lo que he dicho, sí; muy resumido, pero eso es.

—Pero ha habido muertos.

—No olvides que los asesinos se han suicidado, y vincular las muertes con el gurú de turno será como tratar de cruzar el Atlántico a nado. Dirán que es un centro espiritual, algo de yoga, meditación y cuentos por el estilo.

—Pero habrá drogas, y me temo que prostitución.

—Pues lo que te digo, trata de personas, estupefacientes si quieres, pero poco más.

—¿Y qué podemos hacer?

—Dile a Romerales que hable con Rodríguez Zapatero para que pinche al poder judicial; puede que tenga línea directa. Según el presidente, España está en la Champions League de las economías mundiales; a ver si dejamos de hacer el ridículo en materia de sectas peligrosas.

Elvira le propuso comer juntos, pero Monfort esgrimió la excusa de que tenían mucho trabajo y le dijo que se conformaría con algo rápido en la comisaría.

—El sibarita está perdiendo fuelle —resolvió ella antes de finalizar la llamada.

Regresó al despacho de Silvia. Podía haberse ido, tal vez hubiera sido lo mejor, pero sabía que ella no había terminado aún de pasar la apisonadora.

—¿Habéis quedado para jugar a las palabras raras? ¿Los palíndromos o como narices se llamen? ¿Le has contado lo de la pintada en el portal de mi casa o en la puerta de tu coche?

—No.

—Claro, lo había olvidado —dijo con ironía—. Qué tonta soy. También ocultas cosas en tus relaciones personales, no vaya a ser que interceda por ti la señora magistrada. ¿Cuánto sabe ella del caso que no sepamos nosotros?

—Silvia, ¿qué te pasa?

—¿A mí?

—¿Por qué te pones así? ¿Es por lo de Gibraltar o por Elvira?

Se puso muy tensa. Se mordió el labio inferior. No solía hacer aquel gesto.

—Lo que hagas con la jueza me importa bien poco, ¿qué te has creído?  
—Hizo una mínima pausa—. Y lo de Gibraltar... Lo de Gibraltar te va a estallar en la cara, pero yo no puedo hacer nada para evitarlo, a menos que me reúna con el comisario y le cuente la verdad.

—No lo hagas, te lo pido por favor.

—¡Qué privilegio! «Te lo pido por favor». Iremos a ponerle una vela a la Virgen de los Desamparados. El hombre más autosuficiente del mundo ha bajado a la tierra para pedir algo por favor.

Monfort no sabía si podría soportar mucho tiempo más aquella afrenta desmesurada. Nada tenía que ver con los cargos de cada uno: era un ataque directo y se encarnizaba por momentos. Silvia soportaba una carga interior difícil para cualquier persona. El problema era que él tenía la mecha corta, como decía su padre. Hasta el momento, la explosividad, la baja tolerancia y la impaciencia parecían rasgos exclusivos del inspector, pero, a tenor del rapapolvo, Silvia había tomado el relevo.

Entró un mensaje en su teléfono móvil y lo leyó. Silvia lo reprendió también por ello. Era de Elvira. Primero, le recordaba que David Prieto no se había presentado en los juzgados, tal como debía hacer de forma regular mientras estaba a la espera de juicio. Eso él ya lo sabía. Pero fue el segundo mensaje el que le hizo pensar.

«Lo deben de tener escondido las mismas a las que esclavizaba. Se llama Síndrome de Estocolmo. Las víctimas y los autores del delito colaboran para salir indemnes de la situación».

—¡Vamos! —le ordenó a Silvia, que seguía con sus críticas—. No hay tiempo que perder.

EL OPERATIVO DE la Guardia Civil se había adjudicado la tarea de registrar las casas aisladas en el norte de la provincia. Los agrestes términos municipales de Atzeneta del Maestrat, Culla, Vistabella, Xodos, Benafigos o Villahermosa del Río, y también algunas de las poblaciones limítrofes de Teruel, como Puertomingalvo, Castelvispal, Nogueruelas o Linares de Mora, entre otros pequeños núcleos de población, eran el blanco de estos registros. El entorno del pico Penyagolosa estaba señalado como área de gran interés por la lejanía y la dificultad para acceder a según qué zonas. La Policía Nacional, con el comisario Romerales al frente y los pocos efectivos disponibles, se encargarían de los alrededores de las ciudades



más cercanas a la capital. La superficie a cubrir era inmensa, en cualquier caso. Era un trabajo titánico para el que ninguno de los cuerpos encargados de la búsqueda disponía de personal suficiente. Solo la colaboración de los vecinos, algo que estos hubieran visto u oído, podía salvarles de volverse locos en el intento. Aun así, todos se pusieron manos a la obra.

El comisario Romerales y el comandante de la Guardia Civil estrecharon sus manos antes de dar instrucciones concisas a sus hombres.

—Yo empezaría por los alrededores de Sant Joan de Moró —planteó el agente Pallarés.

—Mira este —protestó el agente García mirando a Terreros—. Ya nos está diciendo lo que tenemos que hacer.

—No es eso —trató de explicarse, y le salió en su lengua materna—: *Es el meu poble. Conec tots els masos del terme.*

Terreros y García cruzaron sus miradas. No era tan mala idea. Seguramente Pallarés conocería las casas aisladas de su pueblo.

—Hay un montón de masías a las que solo se puede llegar por caminos de carro —aclaró—. Cualquiera de ellas sería un buen lugar para que esos chalados hayan montado su cuartel. Están cerca, pero a la vez muy apartadas de todo.

—¿Qué pasa? —preguntó el comisario, que se había acercado a ellos.

—Pallarés —le aclaró García— dice que conoce bien el área de su pueblo y que hay muchas casas aisladas.

Romerales miró a Pallarés y le tocó el brazo de forma afectuosa.

—Id —les dijo a los tres de forma un tanto paternalista—. Por algún sitio hay que empezar. No perdamos el tiempo. Anochece pronto y, sin luz, será imposible.

Terreros y García entrecruzaron una mirada cargada de incredulidad.

—¿ADÓNDE VAMOS? —le preguntó Silvia con incomodidad cuando se subieron al Volvo. La pintada seguía en la puerta. Parecía un coche de empresa con el rótulo en el lateral—. ¿A buscar a Izan?

—No —respondió Monfort sin dar más explicaciones. Esa vez, Silvia no replicó.

—¿Crees que pretende decirnos algo con las pintadas?

—Espero que sí, y también espero descubrir el qué —terció Monfort concentrado.

—Las patrullas que enviamos a vigilar las casas de sus padres y la de su hermana dicen que no ha aparecido por allí.

—Permíteme que lo ponga en duda. Esta ciudad sigue en peligro; en cualquier otro lugar del país se hubiera puesto todo patas arriba para descubrir a los culpables. Pero como aquí no pasa nada, y lo que ocurre no viene siendo una noticia de gran alcance, tenemos solo a dos hombres, o cuatro, a lo sumo, para vigilar dos direcciones las veinticuatro horas del día. Apuesto a que es sencillo disfrazarse de lo que sea y pasar por delante de unos agentes faltos de descanso y motivación.

—¿Adónde vamos, entonces? —repitió Silvia.

—¿Te acuerdas de Gladys, la mujer que cuidó de la joven mauritana cuando su madre murió de cáncer?

—Claro. Ella también está encausada. Ayer comprobamos que se ha presentado al juez de forma puntual, no como su jefe.

—Confesó que eran pareja.

—¡Madre mía! —exclamó Silvia—. Imagínate la vida en común que podían tener esos dos.

—Ella declaró que estaban juntos cuando a él le apetecía. Lo hacía porque, a cambio de eso, se había convertido en la mano derecha del proxeneta.

—No quiero ni pensar el calvario de esclavitud que pasan esas mujeres. ¿Vamos a verla?

—Sí —respondió Monfort, que tomó demasiado de prisa una de las rotondas a la salida de la ciudad.

—¿Qué quieres de ella? —preguntó Silvia, agarrada con fuerza al asidero sobre la ventanilla.

—Puede que esté dándole cobijo al patrón.

Silvia sopesó la teoría. Habría sido una estupidez por parte de David Prieto, pero estaba claro que tampoco eran muy listos. Pensó en Marwa, en su juventud destruida en un segundo.

—Le dijiste a Gladys que habían convertido a la chica en un despojo humano.

—Tú también lo pensabas. No me digas que no.

Sin dejar de mirar al frente, Silvia se llevó un mechón de pelo detrás de la oreja. Guardó silencio. No había más que decir.

El portal estaba abierto. Subieron al piso y pulsaron el timbre. La mirilla se movió en el interior. Alguien puso una cadena de seguridad antes de abrir. Monfort le hizo una señal a Silvia con la cabeza para que fuera ella quien hablara. La puerta se abrió un palmo, lo que daban de sí los eslabones.

—Voy al juzgado día sí día no, tal como me han pedido que haga. No tengo ganas de *na*. Entre todos me han jodido bien la vida. No tengo trabajo, y si no trabajo, no tengo para comer ni para pagar el piso.

—No seas llorona, Gladys —replicó Silvia—. El piso es propiedad de David Prieto, no pagas por vivir aquí. Haz el favor de abrir la puerta y dejarnos pasar. La otra opción sería montar un espectáculo en mitad de la escalera. Los vecinos deben conocerte bien, mejor no darles más de lo que cuchichear.

La mujer retiró la cadena y abrió. Se hizo a un lado para dejarlos entrar. El piso olía a tabaco; las paredes y los muebles estaban impregnados del olor, que Gladys había tratado de mitigar con ambientadores fuertes. Les ofreció sentarse en un sofá hundido por el centro cubierto por una tela de colores chillones.

—¿Qué quieren? —les preguntó antes de que sus traseros se posaran sobre la tela del sofá.

—David Prieto no se ha presentado ante el juez —anunció Silvia—. ¿Lo sabías?

Gladys vestía un chándal holgado de color rojo. La ropa deportiva dejaba ver a las claras lo que atesoraba su cuerpo: grandes pechos, gruesas piernas y un culo abultado. Aunque era cubana, su piel era blanca. Se había teñido el pelo de color morado y la exagerada cantidad de rímel hacía destacar unos ojos grandes y negros que mostraban cansancio y tristeza.

—Hace días que no sé nada de él. —De forma inconsciente, se toqueteó las uñas, largas y pintadas de color morado, a juego con el nuevo color de sus cabellos.

—Dinos dónde está —la apremió Monfort—. No te va a ayudar en absoluto mentirnos sobre su paradero.

—Puede que incluso te ayude —añadió Silvia.

—No sabemos dónde está —se le escapó.

—¿Sabemos? —preguntó Monfort—. Así que sigues con el negocio de Prieto. En ese caso, debe venir a recaudar lo suyo.

Gladys negó con la cabeza, pero no resultaba muy convincente.

—Dinos la verdad —insistió Silvia—. Dinos cuándo va a venir.

—No lo sé. —Hizo como si fuera a ponerse a llorar, pero ambos dudaron de la veracidad de ese gesto.

Había otras personas en el piso. Al menos, dos mujeres negras que tenían la puerta de una habitación abierta tan solo un palmo, y por donde se asomaban a escudriñar.

—Gladys —atajó la subinspectora—, eres una mentirosa. Sigues con lo mismo, continuas proporcionando mujeres a vuestros clientes. ¿Te obliga Prieto a hacerlo?

La cubana no respondió; tampoco hacía falta.

—Puede venir en cualquier momento. Esta es su casa, usted misma lo ha dicho.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

La mujer se mordió el labio inferior. No fue capaz de mentir.

—Vino ayer; estaba muy enfadado. Dijo que necesitaba dinero. No habíamos rendido todo lo que le habría gustado y...

—¿Te pegó?

Gladys agachó la cabeza. Agarró la cajetilla de cigarrillos que había sobre la mesa y se llevó uno a los labios. Lo encendió, pero le temblaba el pulso. No hacía falta que contestara.

—¿Cuándo tienes previsto que vuelva?

—No lo sé —respondió tras soltar una bocanada de humo de tabaco rubio—. No avisa. Igual es por la mañana que de madrugada. Llega, se lleva lo que hay y, si tiene ganas de lo otro, ya saben.

—¿Tus amigas tienen algo que decirnos? —preguntó Silvia señalando la puerta donde los dos pares de ojos se habían dejado ver. La puerta se cerró de golpe—. ¿O deberíamos decir «tus empleadas»?

Gladys apagó mal la colilla en el cenicero y un hilo de humo residual ascendió hasta el techo.

—Vámonos, Silvia —sugirió Monfort. Luego se dirigió a Gladys—: Vamos a vigilarte de cerca, día y noche, por la mañana y de madrugada, en cualquier franja horaria en la que Prieto pueda venir a recaudar el botín. Vamos a seguirte allá donde vayas y, si te pillamos mintiéndonos, te vas a arrepentir de darle asilo al tipo ese.

—No lo entiendo —apostilló Silvia cuando ya estaban de pie—. O le tienes mucho miedo o estás enamorada de él.

—Puede que las dos cosas —murmuró Gladys deteniendo con un dedo la lágrima que descendía por su mejilla.

En el momento en el que llegaron a la planta baja, una joven de tez morena entró en el inmueble. Se quedó muy sorprendida al verlos. Al mismo tiempo, un coche arrancó en el exterior y se marchó a gran velocidad. La joven comenzó a subir deprisa los escalones, pero, antes de llegar al segundo piso, se asomó por el hueco de la escalera. Monfort y Silvia todavía estaban allí, mirando en la misma dirección.

*LARISSA SE HABÍA marchado. Alguien vino a buscarla y se la llevó en un coche. Tuve miedo de no volver a verla. La vi cuando se iba, me miraba a través del cristal trasero del vehículo. Puede que estuviera llorando, pero no lo sé, tal vez solo eran imaginaciones mías, o el efecto de la dosis matinal. Josué me dijo que no temiera, que volvería, pero tenía aquella sonrisa perversa con la que había empezado a tener pesadillas. La llegada de aquellos dos hombres que increparon a Josué retrasó el momento de entrar en el lugar donde Baltasar estaba encerrado. Me torturaba a mí mismo a preguntas mientras esperaba la oportunidad: ¿Qué diría al reconocermé? ¿Qué pensaría de mí? ¿Lo sabría? ¿Cómo se había metido él en todo aquello?*

*Los hombres que habían venido a ver a Josué no abandonaban el centro. Permanecían encerrados con él en sus dependencias. Lo que fuera que se cociera allí parecía de vital importancia para la integridad de todos nosotros. Por momentos, el caos se adueñó de la casa. Algunos de los residentes empezaron a manifestar su descontento, reclamaban sus dosis, y el mono afloró entre algunos atrevidos que empezaron buscar en la cocina y en los armarios comunitarios, con el consiguiente revuelo. Los adeptos que se encargaban de la vigilancia arremetieron contra los tres o cuatro insurrectos y los encerraron en el mismo lugar donde se encontraba mi hermano. Era difícil entrar allí, pues estaba custodiado por algunos hombres de Josué. Ellos no parecían drogados, más bien mercenarios bajo sus órdenes. Desistí y me retiré a mi cuarto. Me quedaban tranquilizantes que escondía en un agujero del colchón. Tomé más pastillas de la cuenta y caí en un sueño tan pesado como profundo.*

*Conducía un tractor por un campo de trigo. La luz del cereal dorado cegaba mis ojos. Las manos que agarraban el volante no eran mis manos, eran las de mi madre, y en el cristal se reflejaba el rostro de mi pobre hermana enferma. Mi madre le hablaba con cariño. Le contaba que yo ya me había hecho mayor, que me había convertido en un hombre de provecho, en una buena persona que velaba por su familia. Orgulloso,*

*pisé el acelerador y la máquina segó el trigo con determinación, guiada por las manos de ella. De repente, el sol dejó de alumbrar el campo y una bandada de cuervos lo inundó todo; la imagen de mi hermana reflejada desapareció y las manos de mi madre fueron cambiadas por unas manos de hombre bien cuidadas, con las uñas limpias y un grueso anillo de plata con una cruz engarzada. Le pregunté a mi madre dónde estaba y las manos masculinas me hablaron. Me dijeron que mi madre había muerto, que mi hermana había muerto también, y que él mismo había dejado de vivir por mi culpa. Las manos soltaron el volante y rodearon mi cuello. Apretaron tan fuerte que noté cómo mi garganta se resquebrajaba. Y, entonces, alguien me agarró por los brazos y me elevó un centenar de metros por encima del campo. Las manos del hombre que ahora conducía el tractor se rompieron como porcelana al caer al suelo y sobrevolé el campo de trigo con levedad. La segadora había dibujado una cruz gigantesca. La silueta del corte se veía negra desde arriba. Era una cruz tenebrosa, tan profunda que no se distinguía la tierra donde antes había crecido el cereal.*

*—No temas, José —me dijo la voz del que me ayudó a volar, del que me liberó de las manos de la muerte—. No temas, ya estoy aquí. Ha pasado mucho tiempo, pero por fin volvemos a estar juntos.*

*Me desperté sobresaltado, sudoroso y casi sin respiración. Había tenido una pesadilla; todo era irreal.*

*Todo menos la voz de Baltasar, mi hermano, que permanecía sentado a los pies de la cama.*

ESTABAN COMIENDO EN Casa Aljaro. Les habían hecho un favor, pues se excedía ya el horario de cocina. Monfort pidió por los dos el segundo plato del menú: arroz meloso de sepia y gambas. Para beber, Silvia optó por agua, y fue tajante en su negativa cuando Monfort le ofreció una copa de vino. Él no la importunó. Después de la visita a Gladys, su compañera parecía haberse apaciguado.

El arroz estaba delicioso. El punto untuoso, logrado de la combinación perfecta del grano y el fumet, acompañado por el sabor inigualable de la sepia y las gambas, lo convertían en una obra de arte.

Terreros llamó a la subinspectora.

—Hay más pintadas de SOID —anunció el agente.

—Se ríe de nosotros.

—Yo creo que no.

—Y entonces...

—Está dejando pistas. Quiere decirnos algo. —Ya se lo había dicho Monfort, aunque ella opinaba que estaba jugando con ellos, que les tomaba el pelo—. He dejado a García y a Pallarés, y he vuelto a Castellón. Los compañeros que vigilan los domicilios han visto cosas raras.

Monfort dejó de comer por cortesía, pese a que el arroz lo llamaba como un canto de sirena. La voz de Terreros era tan potente que podía escucharla de forma nítida.

—¿Qué cosas?

—Aparecen pintadas en distintos lugares. Algunas de ellas las ha hecho minutos antes de llegar los agentes.

—¿Por dónde?

—A mi modo de ver, ha creado una especie de ruta que comienza en El Grao, en un edificio enorme que está abandonado y en el que ha pintado un grafiti que ocupa toda la fachada. Luego hay otros que nos llevan a donde encontramos a las víctimas. Algunos fueron borrados, quizá por él mismo, pero han vuelto a aparecer. Luego pasa por la esquina esa del centro de la ciudad, donde los chavales bailan *break dance*; también por la



agencia de seguros de Baltasar Muñoz, por la joyería de la esposa de Diego Arrabal, por la plaza donde vive su hermana...

—¿Y dónde te parece que terminan los grafitis?

—No lo sé, puede que solo esté mareándonos, pero vamos a seguirlos.

Silvia se quedó pensativa. Miró a Monfort; le pareció que tenía una estúpida sonrisa en la boca. Ella seguía pensando que Izan jugaba con ellos.

—Hay un detalle —añadió Terreros—. SOID, al revés, es DIOS.

—Eso ya lo sabemos —matizó Silvia un tanto brusca.

—Y si se lee Izan al revés, dice...

—Nazi —completó en voz alta para que a Monfort no le cupiera duda de lo que acababa de decir—. Es un palíndromo. —Ahora fue ella la que esgrimió la sonrisilla.

—¿Un qué?

—Nada, que sigáis a lo vuestro. Hay que dar con él lo antes posible. Que pregunten en los dos domicilios cada pocas horas, puede que tengan noticias de su paradero. Y no dejes solo a Pallarés con García, a saber lo que es capaz de hacer ahora que toca registrar su pueblo.

—Tranquila, jefa. Es el protegido del comisario, nada nos puede pasar estando a su lado —remató con sarcasmo.

UNA VEZ FINALIZADA la comida, pusieron rumbo a la comisaría. El aroma del arroz seguía en sus papilas gustativas. Ni el postre que había pedido Silvia ni el café que se había tomado Monfort mitigaron tan exquisito sabor.

—Habla con Romerales, por favor —le pidió Silvia en tono conciliador mientras estaban en el coche—. Cuéntale lo que pasó en Gibraltar. Seguro que podrá ayudarnos. Puede que tengamos suerte.

Monfort no respondió. En la radio del coche sonaba una canción de Rod Stewart. Ella tenía razón, como casi siempre. Otra cosa era que él fuera a hacer lo que le pedía. Deseó que la ronda de circunvalación de la ciudad no acabará jamás y que estuvieran conduciendo por ella durante toda la eternidad. Eso sí que sería tener suerte.

*Some Guys Have All the Luck.*

Viajo en un autobús después de trabajar y estoy soñando.

El chico de mi lado tiene a una joven en sus brazos, los míos están vacíos.  
¿Qué se siente cuando quien está a tu lado te dice que te ama?  
Parece injusto que haya amor en todas partes pero que ninguno sea para mí.  
Algunos chicos tienen toda la suerte.

## Dos meses antes

MONFORT ARREBATÓ LA pistola a Óscar en un descuido de este que duró tan solo un par de segundos. Después, lo empujó de manera que cayó sobre el cuerpo de Ángel y Silvia se abalanzó sobre él para despojarlo del arma que llevaba embutida en los pantalones. La radial había atravesado la puerta y el disco apareció aterrador por el lado en el que se encontraban, cortando el metal de forma implacable. El inspector calculó en qué lugar podían estar situados los hombres de Santos y efectuó dos disparos hacia otro punto de la persiana. La máquina se detuvo de repente. Se hizo un silencio aciago que se rompió con las voces de Monfort.

—¡Tengo lo que me pidió Santos! ¡Si nos dejáis salir, os entregaré al chico!

Silvia frunció el ceño y miró a Óscar, que se había quedado estupefacto.

—¡Primero suban un poco la persiana y tiren las armas por debajo! —gritó uno de los hombres con el acento típico de los *llanitos*.

—¡También queremos a la gatita! —exclamó otro con peor pronunciación, y los demás se echaron a reír. Monfort calculó que serían, por los menos, cuatro individuos. Los había visto correr y ahora trataba de diferenciar las voces para poder contarlos.

Ángel se revolvió. Óscar aprovechó para agarrarlo del pelo y golpearle la frente contra el suelo con fuerza. Silvia lo advirtió para que se estuviera quieto y no siguiera metiendo la pata. Debía de estar muy cansado, llevaba horas en un estado de excitación demasiado grande para alguien no acostumbrado a ese tipo de situaciones.

Monfort temía que no fueran a salir con vida del túnel y que, en caso de resultar indemnes, la deshonra que sentiría Brian Santos se la hicieran pagar lanzándolos al mar o como comida para los cerdos. Conocía bien al sujeto. En su época, era conocido por su falta de escrúpulos, por su poco

apego a la vida, por la convivencia diaria con la muerte. Había sobrepasado una edad que jamás habría imaginado alcanzar. Nada debía importarle ya. Pero lo que no podría soportar era que su viejo amigo el poli lo humillara delante de sus hombres, o que se fueran de rositas para que lo denunciaran y lo encerraran en prisión. Santos estaba de vuelta de todo aquello, no tenía la menor duda. Sería capaz de meterse el cañón del arma en la boca y disparar antes que verse entre rejas.

Faltaba saber si estaba vivo.

## Miércoles 16, por la tarde

SILVIA Y MONFORT caminaban por el pasillo sin hablarse, sumidos en sus pensamientos. En el momento en que ella abría la puerta de su despacho, Romerales se asomó al marco del suyo y llamó al inspector.

—Nos vemos luego —le dijo a Silvia.

—Aprovecha ahora —lo instó ella.

Monfort no dijo nada y siguió hasta la oficina del jefe.

—¿Qué tienes que aprovechar? —lo interrogó el comisario cuando estaban dentro.

—Quiere un aumento de sueldo —bromeó—. O más días festivos.

—Desde luego, los días festivos los empieza a necesitar. Está cambiada, ¿no te parece?

Monfort se encogió de hombros.

—Es una mujer con mucho temperamento. Una gran profesional con un sentido del deber poco común entre los que venimos de la vieja escuela. Pronto te tocará ascenderla.

—Sí, los tiene bien puestos. Aunque no sé si es por lo que le pasó al agente Calleja, o desde que nos trasladamos aquí, pero se le ha agriado el carácter.

—Podrías preguntarle.

—Joder, eso ya lo sé. Tú también estás de un talante que no veas. ¿Sucedó algo entre vosotros?

—¿Entre Silvia y yo? ¿A qué te refieres?

—Os he oído discutir, y no soy el único.

—Divergencia de opiniones en temas de trabajo. Nada importante. ¿Quién más habla de esto?

Romerales se mantuvo callado mientras toqueteaba la pila de expedientes por revisar.

—¿Quién nos ha oído discutir? —insistió Monfort.

—Ves como sí que pasa algo.  
—Nada que le importe a ningún cotilla, en todo caso.  
—Discutís, está claro.  
—Pero ¿quién te ha dicho eso?  
El comisario soltó un resoplido.  
—El agente Pallarés.  
—Ya tardaba en salir.  
—Si ha presenciado alguna bronca, es normal que lo diga, ¿no?  
—Ya verás cuando se lo cuente a ella. Por cierto, estábamos comiendo, para que veas lo mal que nos llevamos, cuando le ha llamado un agente.  
—¿Quién?  
—Eso da igual.  
—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?  
—Le ha dicho que Pallarés es tu protegido.  
Romerales apretó con fuerza una carpeta.  
—Bueno, vamos al lío. —No disimuló lo más mínimo el cambio de tema—. Como podrás imaginar, la presión de los de arriba se ha hecho insoportable. Ha salido en el telediario que vamos detrás de una secta peligrosa que está detrás de las muertes de los inmigrantes y los posteriores suicidios. El caso es jodido de verdad. Dime cómo vas, qué te traes entre manos, cómo lo vamos a solucionar. Porque tendrás algo pensado, ¿no?  
—Para empezar, es normal que las noticias se disparen. Por un lado, necesitamos la colaboración ciudadana para saber si la secta puede estar en algún lugar aislado. Por otro, las muertes son muy escandalosas. Los asesinatos de emigrantes, y más si son jóvenes, nunca pasan desapercibidos. Pretender ocultarlos es una utopía.  
—¿Has hablado con alguna periodista?  
—¿Periodista? ¿Mujer?  
—Sí, una que se llama Mónica y que, por lo que publica en la prensa, parece estar al tanto de todo. Alguien le está filtrando información de primera mano.  
—No la conozco.  
—¿Y Silvia?  
—Tendrás que preguntarle a ella, igual que la razón de su carácter avinagrado. Yo no puedo decirte más.

—Dime cuál es tu plan. Exponme los detalles para que pueda darles carnaza a los jefazos.

Monfort sacó un cigarrillo de la cajetilla y lo mantuvo entre los dedos sin prender.

—Espera un momento. Necesito que hagas una cosa.

—¿Qué quieres?

—Que llames a Silvia. Dile que quieres que esté presente.

Romerales lo miró con escepticismo, pero levantó el auricular del teléfono fijo y marcó tres cifras. Le pidió a Silvia que se acercara a su despacho.

Al momento, la subinspectora llamó a la puerta y entró. Tomó asiento al lado de Monfort sin decir ni una palabra.

—Creo que falta poco para que las piezas acaben por encajar —comenzó el inspector. Romerales se acomodó en su sillón como cuando se disponía a presenciar un partido de fútbol de su equipo o una película del Oeste—. Eran una pandilla de amigos.

—¿Quién?

Ya lo sabían, en realidad. Pero no estaba de más tenerlo presente y, sobre todo, que el jefe se pusiera al día después del sufrimiento por el que debía de estar pasando con respecto a la enfermedad de su esposa.

—Jorge Abad, Diego Arrabal, Baltasar Muñoz y sus respectivas esposas. Tiempo después discutieron porque Baltasar era el gallo del corral. Los había anulado por completo y se había convertido en el que repartía las cartas del juego. Las esposas no le siguieron la corriente y acabaron distanciándose. Pero ellos cayeron en la trampa.

»No sabemos si fue antes o después de esta amistad cuando alguien más avisado que él le propuso la descabellada idea de reclutar gilipollas para que acabaran con la vida de inmigrantes jóvenes, a los que el cabecilla de la secta y sus socios deben odiar a muerte. Esos mismos socios en la sombra deben de ser los que financian los gastos y engrosan los bolsillos de Baltasar.

»La patraña o el pretexto era algo así como que un fanático religioso debía convencer a siete fieles para matar en nombre de los siete sacramentos de la Iglesia. Lo incomprensible es que pretendieran que los siete cómplices se quitaran la vida tras acabar con sus víctimas. Y, según la forma de actuar de los tres primeros, creo que proyectaban consumir sus

deseos en siete días saldados con siete muertes. Un delirio de grandeza imposible de conseguir.

—Con el cuarto falló —intervino Romerales. Silvia seguía en silencio.

—Porque es imposible de conseguir —repitió Monfort—. El lavado de cerebro, las drogas, los premios en forma de sexo o lo que sea que les hicieran para girarles el cerebro, no eran suficientes. Por otro lado, si los asesinos no se hubieran suicidado, ya estarían todos entre rejas, ¿me entendéis?

—Sí —dijeron al unísono el comisario y la subinspectora.

Monfort se tomó un respiro. Se llevó el cigarrillo a la boca, pero enseguida cayó en que estaba apagado. Continuó.

—Arcadio Ros, el asesino de la niña ecuatoriana, y Diego Manchón, el que atacó al niño de la familia china, también habían pasado por la agencia de seguros, o, mejor dicho, por el lugar de reclutamiento de los adeptos a la secta.

—Hemos indagado en la vida de los hombres que trabajan actualmente en la empresa, pero no hemos encontrado nada que haga sospechar que son miembros de ninguna organización —medió Silvia por primera vez.

—Puede que sean una tapadera. Es posible que solo estén allí trabajando para disimular, y que los captados sean seleccionados de forma previa. La cuestión es que los asesinos pasaron por la empresa de Baltasar. De lo que no hay duda es de que él es el encargado de reclutarlos y llevarlos hasta el gurú para que este modele sus cerebros hasta convertirlos en robots a merced de sus órdenes.

—Pero ¿qué hacemos? Baltasar ha desaparecido —apuntó Romerales.

—Me imagino que la máxima autoridad de la secta no quiere arriesgar y ha hecho desaparecer a la persona principal fuera de sus dominios.

—¿Podría estar retenido en la sede de la secta?

—O muerto —concluyó Monfort.

—Si no somos capaces de acabar con una secta cuya intención es matar inmigrantes, nos van a lapidar.

—Daremos con ella y la reventaremos, te lo aseguro.

—¿Qué satisfacción obtienen tras matar a esa gente?

—He pensado mucho en ello. Nos enfrentamos a alguien muy listo. A veces me da la impresión de que todo el rollo de los inmigrantes y la religión le trae sin cuidado.

—¿Y entonces?



—Necesita financiación para la secta, pero también para llenarse los bolsillos.

—¿Cuál es la teoría que te ronda?

Pensó lo que iba a decir. Miró a Silvia, casi como si le pidiera permiso para explicar lo que pensaba. Ella se hacía una idea, pero quería oírlo de su propia boca.

—Que son personas con mucho dinero, fanáticos intolerantes, racistas radicales encubiertos en el nombre de la Iglesia. Gente que pretende un Castellón limpio de inmigrantes, por los que siente un odio visceral. Aspiran a un estado totalitario poblado únicamente por una raza superior, la suya. Nazis que un día se toparon con alguien capaz de montar un entramado sectario, alguien capaz de destruir las mentes de los adeptos para conseguir que estos mataran al enemigo racial y quitarse la vida después.

Los tres guardaron silencio.

—¡Joder! —exclamó Romerales para sacar del trance el estado de la reunión.

Silvia quiso aportar algo.

—Hemos tenido suerte con que Daniel Manchón se asustara y no fuera capaz de matar a Yinuo. Eso ha frenado la escalada de muertes.

—No podemos saber lo que pasa dentro de la secta —precisó Monfort—. Podrían estar capturando inmigrantes sin papeles, personas que, si desaparecen, nadie echaría en falta, y satisfacer su deseo de matar allí mismo.

Silvia sopesó la idea. Era horrible.

—¿Y cómo vamos a llegar hasta ellos? —preguntó Romerales—. Lo de buscar por todas las casas aisladas de la provincia y las limítrofes es un delirio.

—Espero que alguien nos lleve directamente allí —finalizó Monfort levantando el cigarrillo para decir que quería salir a fumar.

Sonó el móvil de Silvia. Era el enlace de la Guardia Civil. Hubo un instante de tensión mientras le hablaba, pero luego negó con la cabeza para indicar que no era lo que esperaban. Se levantó de la silla e hizo un gesto de disculpa antes de salir al pasillo para continuar con la llamada.

Monfort también fue a ponerse en pie, pero Romerales lo detuvo.

—Espera un momento.

—¿Qué?

—Es sobre Pallarés. Siéntate —le pidió en voz baja.

—Entre todos vais a conseguir que lo deje —resopló Monfort antes de tomar asiento de nuevo.

—Fue hace años —comenzó despacio el comisario—. Eran las seis y media de la mañana. Cuatro individuos acababan de robar en una sucursal bancaria de Sant Joan de Moró con el método butrón. Una patrulla de la Guardia Civil los había descubierto e iba tras ellos. Recibimos en la radio una llamada de ayuda por si algún cuerpo de seguridad estaba cerca. Junto a un compañero, vigilábamos una casa en la que habían montado un laboratorio para fabricar pastillas de éxtasis que luego distribuían a toda Europa. Era una acción muy importante. Llevábamos más de una semana comprobando sus movimientos, viendo cuál sería el momento perfecto para darles caza. Escuché la petición. Abandonamos la casa y salimos a la carretera. Anotamos la descripción del coche al que perseguía la Guardia Civil. Cuando nos informaron del lugar exacto por donde iba, crucé el coche en medio de la carretera, a la salida de una curva, de manera que no tuvieran tiempo de reaccionar. Todavía no había amanecido y había niebla densa, por lo que la visión era reducida.

Hizo una pausa larga. Monfort se mantuvo en silencio. Romerales sufría mientras trataba de encontrar las palabras hasta que estas salieron de su boca como una confesión delirante.

—El coche que apareció en la curva coincidía con el modelo y el color, pero no pudimos identificar la matrícula debido a la escasa visibilidad. Es cierto que entonces había muchos vehículos parecidos, era una de esas pequeñas furgonetas que tanto utiliza la gente del campo. Le dimos el alto, pero el conductor no se detuvo y dio un volantazo extraño. Venía directo a nosotros y tomé la decisión de disparar a una rueda. El impacto reventó el neumático. Fue de un lado a otro de la carretera y finalmente volcó, arrastrando el techo por el asfalto con la mala suerte de romper la valla de seguridad y precipitarse a un pequeño barranco. Pensábamos que los teníamos. Fuimos hacia el lugar con mucha cautela. En el momento en que nos disponíamos a bajar el terraplén, otra furgoneta igual que la que estaba allí abajo pasó a toda velocidad por donde estábamos, seguida por la patrulla de la Guardia Civil. El compañero y yo nos miramos sorprendidos. Bajamos para auxiliar a quien estuviera allí. Era un hombre. Se había golpeado la cabeza y el cuerpo se le había quedado atrapado en el habitáculo de cintura para abajo. Sangraba mucho, pero estaba vivo.

Tratamos de ayudarlo, pero fue imposible sacarlo. Llamamos a una ambulancia, que llegó en pocos minutos. Tuvo que venir una dotación de bomberos que procedió a la excarcelación del cuerpo. Cuando lograron sacarlo, el hombre había fallecido. —Se echó las manos a la cara—. No es que lo proteja o tenga un trato especial con el chaval, como si con ello pudiera resarcir mi error, simplemente es que yo fui el culpable de la muerte de su padre. Y eso nunca lo podré solucionar.

MONFORT SENTÍA QUE su amigo cargara con aquella culpa. Al dolor revivido por la muerte del padre del agente, se sumaba ahora la enfermedad de su esposa, cuyo desenlace podía hundirlo en la miseria.

Tiró el cigarrillo a medio fumar. La vida era un asco en demasiadas ocasiones. Sintió rabia por todo lo que estaba pasando. Lo de la secta era como un grano enquistado que había que extirpar de raíz. Caminó por los alrededores de la nueva comisaría, hablaba solo, condenando a los malditos asesinos. Debía acabar con ello lo más pronto posible. Él también tenía algo por lo que rendir cuentas, y no tardaría en presentarse la ocasión. Estaba enojado con el mundo, con la vida, con él mismo, y hasta con Dios. «¡Maldita sea!», gritó sin importarle que lo oyeran. Se sentía desesperadamente solo. Su esposa había muerto, su madre había muerto y a su padre le esperaba la misma suerte. Sentía dolor físico cuando recordaba a Violeta, ansiedad y un hormigueo en el estómago. Ya no podía verla, ni hablar con ella, y los sueños en los que aparecía no eran suficientes. Llevaba su sonrisa como bandera. Miraba sus fotografías como si la vida hubiera errado el destino. Cada mañana se despertaba pensando que no era real, que ella estaba a su lado y que él era la persona de antes y no en la que se había convertido. Con el paso del tiempo, el dolor no se amortigua, sino que se transforma en una dureza, y el que lo siente se hace inmune porque todo lo que vive le parece absurdo. Y no existe belleza alguna en las heridas.

Volvió sobre sus pasos y se subió al coche. Desde allí, llamó a Silvia.

—¿Qué quieres? —inquirió ella.

—Que me acompañes.

—¿Dónde?

—No lo sé con certeza.

—¿Y entonces?

—Necesito que estés a mi lado.

Cinco minutos más tarde, Silvia entró en el coche.

Monfort le contó lo que Romerales le había confiado acerca de su relación con Pallarés.

—Pero él no tuvo la culpa.

—Ya, pero a ver quién le hace entrar en razón, y más ahora, con el problema que tiene en casa. Date cuenta de que no teníamos conocimiento de ese suceso. Se lo ha callado todo el tiempo y seguro que, si al chaval no le hubiera dado por ser policía, nunca habría salido a la luz.

—También es casualidad.

—Las casualidades no existen, Silvia —afirmó Monfort—. La vida es más compleja de lo que parece.

Volvieron al Grao, al edificio abandonado. No había nadie en su interior. Entraron y lo registraron. Salvo nuevas botellas de vodka vacías y evidencias de que se habían consumido drogas, lo único que quedaba eran los esbozos de Izan y la letra de la canción de los Apóstoles de la Muerte repetida en las paredes. Silvia alucinó con todo aquello. Luego se puso en contacto con Terreros.

—¿Has anotado los lugares por los que has ido encontrando los grafitis?

—Sí —respondió el agente.

—Pues guíanos, por favor.

Recorrieron los enclaves en los que aparecía la pintada. Eran muchos, diseminados por toda la ciudad y las afueras. Parecía un juego laberíntico que se complicaba cada vez más. Pallarés pidió hablar con la subinspectora. Terreros le cedió el teléfono.

—Cuando fuimos a la esquina del centro donde bailan *break dance*, hablamos con uno que conocía a Arcadio Ros y a los otros componentes del grupo. Es un camello de tres al cuarto, un aprovechado que vende drogas de mala calidad.

Silvia recordó que Pallarés lo conocía por su actividad ilícita.

—Lo recuerdo: Jota Beatmaker.

—Exacto. Puede que sepa dónde encontrar a Izan. ¿Quiere que vaya a por él?

—Gracias, lo haremos nosotros.

El agente se mantuvo en silencio. Silvia sabía que el mutismo se refería al aspecto de Monfort, que no pasaría desapercibido entre la

pandilla.

Como si les hubiera leído el pensamiento, el inspector intervino:

—Tranquilos, me esconderé en alguna tienda cercana donde vendan aparatos de ortopedia.

POR LA TARDE no se podía acceder a la calle Enmedio sin una autorización. Solo se abría al tráfico unas pocas horas en las mañanas para facilitar la carga y descarga en los muchos comercios instalados en la zona. Tampoco hubiera sido oportuno llegar hasta allí en el Volvo de Monfort; si él no lograba quitarse el estigma por su aspecto, a bordo de aquel coche, todavía era peor. Tampoco tuvo sentido que Jota Beatmaker se echara a correr al verlos llegar. El problema era que los había visto demasiado tarde, cuando ya estaban bajo los soportales del edificio Quatre Cantons, donde los *breakers* se deslizaban por el resbaladizo suelo con sus piruetas. La música sonaba a buen volumen y los espectadores aplaudían sin demasiado entusiasmo. Silvia salió tras él y, a los pocos metros, en la calle Colón, le dio caza tirándolo al suelo con una acertada zancadilla. La acción tuvo mucho más público del que tenían los jóvenes.

—¿Eres tonto o qué te pasa? —lo increpó Silvia tras ponerlo en pie e inmovilizarle un brazo a la espalda.

Monfort llegó unos segundos después, cuando ya lo tenía contra la pared.

—Está bien, está bien, suélteme —rogó el camello.

—Pon las manos en la nuca y no hagas ninguna tontería —lo advirtió la subinspectora mientras comenzaba a registrarle los bolsillos.

Llevaba dos bolsitas de cierre hermético que contenían hachís y marihuana, respectivamente. Nada exagerado, aunque suficiente para arrestarlo. Lo llevaron hasta la cercana y mucho menos concurrida calle Mealla. Allí había sucedido un caso complejo años atrás. Monfort lo recordó con un mal sabor de boca. Hallaron el cuerpo de un hombre colgado bocabajo, atado por los pies a una viga de madera de su domicilio. Lo peor fue descubrir que le habían amputado los genitales. También entonces el crimen estuvo relacionado con un fanático que dejaba extraños versículos bíblicos como señal de identidad. El fanatismo religioso conducía a la negación de la dignidad humana, arruinaba la libertad y empobrecía a las personas. «El radicalismo es una mierda», pensó.

—Tienes dos posibilidades —planteó al que tenían acorralado—: O respondes a nuestras preguntas de manera que te creamos o te arrestamos por tráfico de drogas.

—¿Por esa mierda de nada? —preguntó impertérrito.

—Podríamos inventarnos cualquier cosa para que no te rías tanto.

—¿Por ejemplo? —Seguía en sus trece.

—Que me has agredido —dejó caer Silvia como si nada.

—Joder, eso no lo pueden hacer.

—Ya te he dicho que podríamos inventarnos cualquier cosa. No seas estúpido y colabora —le aconsejó Monfort.

—¿Qué quieren saber?

—Dijiste que conocías a Arcadio Ros —continuó Silvia.

—¿Otra vez con lo mismo? No creo que les dijera eso, concretamente.

—También a MC Apóstol, DJ Sequiol y al Niño Funk.

—Bueno, éramos de la misma onda.

—¿Traficantes?

—No, joder; del rap y eso.

—¿Dónde podemos encontrar al Niño Funk?

—Yo qué sé. Por ahí, supongo, con sus movidas; haciendo grafitis, metiendo el dedo en el culo a los que son como su familia.

Monfort y Silvia cruzaron la mirada.

—¿Cómo son los de su familia?

—Psss... Fachas, intolerantes, capitalistas de los cojones. ¿Han visto dónde viven?

Ambos recordaron el piso de Jorge Abad y Lola, aquel que Monfort pensó que costaría un dineral con semejantes dimensiones y vistas.

Jota Beatmaker continuó:

—La hermana tiene un pisazo en la plaza de la Farola. Igual ahora le toca venderlo, por la movida esa del marido. Joder, qué fuerte el tío; después de la barbaridad que hizo, se pegó un tiro. Sale hasta en el telediario. Y los padres, tres cuartos de lo mismo. Pero el Niño está en contra de esa forma de vida. En realidad, es muy punk para vivir con ellos. No sé cómo lo aguanta.

—Yo sí —espetó Monfort mientras pensaba en la precariedad en la que vivían los inmigrantes a los que Jorge Abad y los otros habían dado muerte. Ellos no tenían pertenencias, tan solo equipajes listos para cambiar de lugar. Siempre alerta, expectantes por descubrir paisajes nuevos.

Migraciones, trashumancias y calamidades durante toda su vida, todo para encontrar un sueño dorado que no existe.

—Bueno —intervino Silvia—. Dinos dónde podemos encontrar a Izan.

—Ya le he dicho que no lo sé. —Hizo como si pensara—. Hay un edificio en ruinas en El Grao. Un bloque de pisos que la constructora dejó a medias porque quebró. Suele ir ahí, es fácil de encontrar porque hizo un grafiti con su alias en toda la fachada; es descomunal.

—Ya hemos estado ahí.

—Joder, pues no sé. Luego hay un bar de rock duro, cerca de casa de DJ Sequiol que...

—También lo conocemos —lo interrumpió Monfort.

—Pues no se me ocurre nada más. Si lo veo, le diré que andan buscándolo.

—No me hagas reír —ironizó Silvia.

—De verdad que sí. Bueno, si no les importa, me voy, que me esperan. —Tendió la mano como si pretendiera que le devolvieran la droga incautada.

—Me lo voy a quedar —dijo Silvia—. Por mentiroso.

—Iremos a casa de los padres de Izan —añadió el inspector—, a ver si saben algo de él, y de paso les contaremos lo que piensas de los que son de su clase.

Jota Beatmaker se alzó de hombros y arrugó los labios. Le daba igual. Tenía mucha calle, sabía salir del paso, era un superviviente en una jungla de advenedizos que lo respetaban para poder fumar unos canutos, aunque el producto con el que comerciara fuera caro y de mala calidad.

—Su padre es un cabrón intransigente. No le den recuerdos de mi parte.

—¿QUÉ HABRÁ QUERIDO decir con lo de intransigente? —preguntó Silvia cuando llegaron frente al portal de la casa en la que había una placa que rezaba: «FAMILIA TERRADES».

—Apuesto a que Jota e Izan eran amigos, pero que su padre quiso separarlos por ser un poco gamberrete.

—Hombre, es un camello. Yo tampoco querría ese tipo de amistades para mis hijos.

Monfort sopesó el tema.

—¿Te gustaría ser madre?

Silvia enrojeció.

—Nada de todo esto que hacemos ayuda mucho al instinto maternal.

—Es verdad.

—Y tú, ¿nunca te lo has planteado? Ya sé que...

—Pues si ya lo sabes, no hay más que decir.

Pulsaron el timbre. Era una casa peculiar, una especie de palacete flanqueado por bloques de pisos de la calle Gobernador. Se abrió la puerta y apareció la madre de Lola con una maleta de ruedas. Se quedó muy sorprendida al verlos allí.

—¿Se va de viaje? —le preguntó Monfort, aunque ya sabía la respuesta.

—Voy a casa de mi hija.

Era una mujer débil de constitución. También lo parecía de espíritu. Estaba triste y ligeramente encorvada.

—¿Quiere que la llevemos?

—Ha llamado a un taxi —apuntó Silvia señalando el coche que llegaba justo en ese momento.

La mujer asintió con la cabeza.

—¿Querían algo?

—Saber si su hijo ha dado señales de vida —se interesó Monfort.

Ella negó con la cabeza.

—A los jóvenes no hay quien los gobierne —se resignó la señora cuando se disponía a cerrar la puerta con llave.

—Es un poco mayorcito para vivir aún con sus padres.

La mujer lo miró con apatía.

—¿Y cuándo es la edad conveniente para que se vayan? ¿Usted lo sabe?

—No tengo hijos. Precisamente, hablábamos de ello hace un momento —señaló a la subinspectora.

—Pues entonces es difícil de comprender. Lola se fue demasiado joven y me costó mucho asumirlo. Sin embargo, Izan ha echado raíces en esta casa. Si le preguntan a su padre, verán que no está demasiado de acuerdo. Aunque tampoco lo estuvo con la ligereza de Lola a la hora de independizarse.

—Necesitamos ver a Izan.



—No contesta al móvil, como siempre. No sé para qué quieren el teléfono si luego los llamas y no lo cogen.

—¿Podríamos hablar con su marido?

—¿Paco? Tampoco está.

—¿Dónde podemos encontrarlo?

—Pues no lo sé. Irá a casa de Lola a la hora de cenar, pero ahora no lo sé. Sale a lo que yo llamo «sus negocios».

—¿Que son?

—Tertulias con sus amigos. Debates, polémicas, fumar puros, beber coñac; en fin, cosas de hombres. —El taxista accionó el claxon—. Me tengo que marchar, lo siento.

—¿Y dónde se celebran tales eventos?

La mujer mostró algo parecido a una sonrisa por el tono empleado para formular la pregunta.

—En el centro cultural de la plaza Cardona Vives, aquí al lado.

Silvia la ayudó con el equipaje. Lo introdujo en el maletero del taxi y luego abrió la puerta trasera para que entrara con facilidad.

—Por favor, dígle a Izan que nos llame, necesitamos hablar con él urgentemente —le rogó cuando ya estaba acomodada en el vehículo.

—¿Ha hecho algo malo? Dígamelo, si total, ya no gano para disgustos.

—Salvo que va plasmando su firma en las paredes de la ciudad, nada más, que sepamos.

—Lo de las pintadas le costará caro. Se lo digo muchas veces, pero no me hace caso. Ya no es un niño para regañarlo, pero es que todo el mundo sabe que es él y, la verdad, me da vergüenza cuando voy a comprar y veo su marca en la pared de la tienda.

—Dígle que nos llame. Esto ya no va de unas pintadas inocentes en las paredes.

Silvia cerró la puerta y el taxi se marchó deprisa.

—SI PACO TERRADES se pasa con el coñac, no tendrá problema para llegar a casa —apuntó Monfort al llegar al centro cultural, que se encontraba a menos de cinco minutos a pie de su domicilio. Estaba anticuado y olía un poco a rancio. Las paredes necesitaban una mano de pintura. Había una barra de bar desierta de personas y llena de copas y vasos sucios que un camarero con chaquetilla blanca recogía con calma. Un conserje que

rondaría los setenta años estaba sentado a una mesa sobre la que había varias carpetas, una libreta y una radio vieja sintonizada en alguna cadena de noticias.

—¿Se ha terminado el concierto? —bromeó Monfort, aunque el hombre no lo pilló.

—¿Cómo dice?

—Que si ha terminado la tertulia de hoy —intervino Silvia para que la cosa no fuera a mayores.

—Sí, hace un rato.

—¿Ha venido don Paco Terrades? —Monfort pronunció el «don» con cierta guasa.

—Déjenme ver. —El bedel revisó la lista que tenía escrita en la libreta abierta—. No, hoy no ha venido. Y eso que no suele fallar. La mitad de las ponencias las da él.

—Qué bien —se burló Silvia.

—¿Y de qué van los coloquios? —preguntó Monfort.

—Bueno, no sé, de todo tipo de asuntos. ¿Quiénes son ustedes?

—Somos de la Policía —respondió Silvia, y le mostró su placa—. Él es el inspector Monfort y yo la subinspectora Redó.

El hombre se puso tenso y empezó a jugar nervioso con un bolígrafo BIC que tenía en las manos.

—Suelen ser charlas de aspecto cultural.

En ese momento, se oyó la descarga de una cisterna del aseo de caballeros que estaba justo al lado de la mesa. Luego, el agua del grifo del lavabo y, finalmente, la puerta que se abría.

—¡Vaya, ustedes por aquí! —exclamó sorprendido el hombre que salía del baño.

—Usted es el padre de Gema —observó Silvia también con extrañeza.

—Miguel Torres, para servirles —había malestar en el tono.

—¿Ha venido a la tertulia?

—Soy socio desde hace tantos años que ni me acuerdo. ¿Verdad, Fermín? —La pregunta iba dirigida al conserje, que afirmó con la cabeza.

—Entonces, debe conocer a Paco Terrades.

La afirmación turbó un poco al hombre.

—Hay muchos socios aquí, y todos nos conocemos, más o menos.

—¿Pero a él lo conoce *más* o menos? Vamos, díganos.

—Lo conozco. Punto.

Monfort estaba harto. Y la gran cantidad de polvo acumulado en el centro le picaba en la nariz.

—Cuando a su hija le dio el ataque de ansiedad y hablamos con usted en el hospital, no nos dijo que conocía al suegro del primer asesino.

—Bueno, tampoco me lo preguntaron.

—No creo que hiciera falta. Ustedes tienen en común que los maridos de sus hijas se quitaron la vida después de cometer unos asesinatos. ¿Le parece normal no decírselo a la policía?

—Cada uno que haga lo que pueda con su vida. Mire, yo perdí a mi esposa y nuestra hija se quedó sin una madre a la que necesitaba como el aire que respira. Luego, por casualidades de la vida, se casó con uno que parecía buena persona y que al final ha acabado como ya saben. Ahora no tengo mujer y mi hija es solo una sombra de lo que fue. Ha perdido la alegría de vivir, y, encima, no tuvieron hijos, con lo cual estamos los dos más solos que la una. Yo no sé si a usted se le ha muerto alguien cercano, pero le aseguro que la soledad es el peor mal del mundo.

Monfort valoró las palabras del hombre. A decir verdad, lo había desarmado. Había temas para los que todavía no estaba preparado. Sí, la soledad era el peor de los males, en eso tenía razón, pero no informar de que conocía al padre de Lola también estaba mal.

—Me gustaría hablar con usted en otro lugar.

—¿Dónde?

—En la comisaría; mañana, si es posible.

—Ya veremos.

—Podemos venir a buscarle.

—Le he dicho que ya veremos. Deme su tarjeta y yo le llamaré, si puedo.

Estaba de mal humor, igual que cuando lo habían visto en el hospital, igual que lo estaría todos los días cuando, al llegar a su casa, nadie le dedicara unas palabras de bienvenida, ni le deseara buenas noches a la hora de acostarse, ni tampoco los buenos días al despertar. La soledad agriaba el carácter de las personas.

Sonó el teléfono móvil de Silvia; era el comisario Romerales. Ella atendió la llamada. Le dijo que había llamado a Monfort, pero que lo tenía en silencio. Le comunicó lo que quería y colgó.

—Vamos —apremió a Monfort—. Hay alguien en la comisaría que quiere vernos.

—DICE QUE QUIERE hablar con ella —les comunicó el comisario Romerales tras señalar a Silvia—. Solo con ella.

Monfort dio un paso atrás. No había duda: se trataba de la joven que había llegado al portal de la finca donde Gladys tenía a las mujeres esclavizadas a las órdenes de David Prieto. Los mismos ojos, tan bellos como asustados, el mismo color de piel, la misma expresión de angustia en el rostro. El terror a ser deportada.

—Vaya con ella —indicó Romerales a la joven—, no le va a pasar nada. Se lo aseguro. —Luego, mirando a Monfort—: Ven conmigo, por favor.

Pasaron a su despacho y tomaron asiento. El comisario tenía el gesto contrariado, aunque no era de extrañar con todo lo que se avecinaba. Monfort estuvo tentado de preguntarle por la salud de su esposa, pero pensó que, tal vez, no era el momento.

Y, en efecto, lo que Romerales preguntó no tenía relación con el cáncer de su mujer, pero tampoco con los asesinos de la secta.

—¿Dónde estuviste hace dos meses, alrededor del dieciséis de diciembre?

—Apenas recuerdo lo que hice ayer —respondió Monfort—. ¿Tú sabes dónde estaba?

Romerales posó la palma de la mano sobre una fina carpeta de cartón de color rojo.

—Aquí dice que estuviste en Gibraltar.

—Si lo dice ahí...

—Quiero que me lo expliques tú.

—No me gustaría aburrirte, tienes otras preocupaciones más importantes.

La mano que se había posado sobre la carpeta se levantó un palmo y, tras tomar impulso, golpeó con fuerza la portada.

—¿Qué cojones hacías en Gibraltar?

Antes de que Monfort pudiera contestar, se oyó un golpe en la puerta y Silvia asomó la cabeza.

—¿Va todo bien? —preguntó.

Romerales se mantuvo callado, iracundo. Monfort hacía años que era víctima de la derrota del silencio.

—El jefe ha descubierto que estuve de vacaciones en diciembre —respondió.

—¿Qué quieres? —le preguntó Romerales a Silvia con las venas del cuello hinchadas y la tez enrojecida.

—Es la chica mulata que vimos llegar al piso de Gladys. Es brasileña. Se llama Larissa. Sabe dónde está ubicada la secta.

*BALTASAR LO HACÍA por dinero. Me aseguró que era mucho el capital que se manejaba allí adentro, y cuantiosas las ganancias que él había conseguido. Su misión consistía en captar a los incautos y conducirlos hasta el centro para que se convirtieran en lo que quería Josué. Me dijo que nadie le había informado sobre mi paradero en todos aquellos años, aunque, mientras lo escuchaba, pensé que, simplemente, hubo un momento en el que dejó de preocuparse por mi existencia. No iba a culparlo por ello cuando yo había actuado de la misma forma.*

*Sobre la presunta secta, me comentó que la cosa se les había ido de las manos y que los patrones, tal como se refería a los que mandaban en la sombra, eran unos racistas extremos que pretendían limpiar la ciudad de extranjeros, sobre todo de negros y mulatos. Habían encontrado en Guzmán al ejecutor ideal para tales barbaridades, quien, encubierto por el personaje del padre Josué, que él mismo se había inventado, y auspiciado por aquel discurso religioso y radical, pretendía llenarse los bolsillos a costa de unos y otros. Baltasar tenía claro que Josué desaparecería algún día, o bien degollado en una cuneta de la carretera, o bien llevándose todo lo que le hubiera podido robar a los patrones. Porque, al parecer, los hombres que ingresaban en la secta depositaban todo su dinero en las arcas que custodiaba Josué, por lo que no sería de extrañar que se fugara con el botín en algún momento ahora que los planes se habían torcido, y que tenían constancia de que la policía andaba tras ellos.*

*Nos tardaron mucho en descubriarnos en mi habitación. Uno de los guardianes a las órdenes de Josué había visto como Baltasar conseguía escapar de su celda, y vinieron a por nosotros. Ahora estamos encerrados, separados, sin poder vernos ni hablarnos. La paradoja de la vida logró que nuestra reunión apenas durara unos minutos, los suficientes para que mi hermano me desvelara lo que pasaba allí adentro, lo justo para saber que nuestra vida ya formaba parte del pasado porque la muerte se encontraba al otro lado de la pared.*

*Baltasar lloró por su mujer y sus hijos. Yo no solté ni una lágrima. Ni siquiera sentí miedo cuando llegó Josué y ordenó a sus hombres que nos metieran en la furgoneta e hicieran con nosotros «lo que ya sabían».*

## Dos meses antes

CUANDO MONFORT ESTABA dispuesto a abrir la persiana para entregarles las armas, se oyeron unas voces que procedían de la entrada del túnel. Los hombres de Santos empezaron a correr en aquella dirección y, en apenas unos segundos, dio comienzo una pelea.

El inspector subió la persiana lo mínimo, para poder ver el calibre del altercado. Los sicarios de Santos se peleaban con otros cuatro o cinco hombres que esgrimían barras de hierro. Seguramente se trataba de una pelea entre bandas, no podía ser de otra forma.

—¡Vamos! —exclamó Monfort—. Si no lo hacemos ahora, los que salgan vencedores nos matarán.

—¡Yo no voy a ninguna parte sin este! —protestó Óscar.

—No podemos cargar con él, nos atraparían.

Monfort se aproximó a donde estaba Ángel. Había un reguero de sangre debajo de su frente que no habían visto.

—Pero ¿qué le has hecho? —reprendió a Óscar.

Silvia comprendió que cuando Óscar lo había agarrado del pelo para golpearle la cabeza contra el suelo de tierra, esta había impactado con una piedra que le había provocado una herida grave.

Monfort miró a Silvia, que estaba arrodillada junto al cuerpo.

—Respira —le hizo saber.

—Pues, entonces, vámonos; los hombres de Santos se encargarán de él.

—¿Y por dónde vamos a escapar? ¿No pretenderás que salgamos por delante de ellos sin que nos den caza?

—Saldremos por el mismo lugar por el que entramos: por el agujero que nos mostró la perra.

Óscar estaba temblando. No dejaba de mirar la cabeza de Ángel. La mezcla de sangre y tierra lo tenía hechizado.



—No puedo ir —manifestó.

—¡Tú vienes y se acabó! —le ordenó Silvia tirando de la manga de su chaqueta.

Los tres se arrastraron por el suelo para pasar por el pequeño espacio que había abierto Monfort. Se pegaron a la pared lateral del túnel y caminaron con sigilo hasta el lugar donde estaba la oquedad que el pobre animal, que ahora yacía muerto en mitad del conducto, les había mostrado. No había ni rastro de los cachorros. Con mucho cuidado, lograron salir al exterior sin ser vistos. En la boca del túnel estaba el coche con el que habían llegado los esbirros de Brian Santos y una furgoneta que debía pertenecer al otro clan. Y a su lado, el Opel con el que Óscar había trasladado a Ángel.

Corrieron todo lo que fueron capaces hasta llegar a un lugar transitado. La oscuridad de la noche se convirtió en su aliada y, en una carretera costera llamada Sir Herbert Miles Road, detuvieron un taxi que los llevó hasta la frontera, donde Santos los había obligado a dejar el coche. A través de la ventanilla, y después de haber pagado el importe de la carrera, Monfort trató de explicar al taxista el lugar donde se encontraba el túnel. Tras varias dudas, el hombre afirmó conocer el sitio exacto.

—Hay un hombre herido dentro de un garaje, en el interior del subterráneo. Llame a una ambulancia, por favor, indíquele el lugar. —Y le tendió un billete de cincuenta euros.

Cuando puso el Volvo en marcha, les lanzó una advertencia a Silvia y a Óscar.

—No digáis ni una palabra de lo que ha sucedido aquí. No habléis con nadie, jamás, bajo ningún pretexto. Dejadme que lo haga a mi manera.

Óscar seguía temblando; había llorado y estaba muy nervioso.

—¿Morirá? —preguntó.

Ninguno de los dos policías respondió a su pregunta.

## Miércoles 16, por la noche

EJECUTAR UNA ACCIÓN de tal envergadura de noche podía ser beneficioso como efecto sorpresa, pero también podía dar al traste con todo. Un viejo proverbio decía que el día tenía ojos y la noche, oídos; hubiera sido mejor que alguna parte tuviera los dos sentidos a pleno rendimiento.

Romerales miraba a Monfort y negaba con la cabeza. Este le levantó el pulgar para indicarle que no se preocupara. Ya habría tiempo para darle las explicaciones que parecía necesitar.

Un jefe de la Guardia Civil de Castellón se presentó en el despacho del comisario. Iba acompañado por dos de sus hombres, que desplegaron un mapa sobre la mesa de reuniones y comenzaron a marcar las zonas que Silvia les indicaba.

La casa se encontraba en el paraje protegido del Desierto de las Palmas, cerca del Monasterio de los Padres Carmelitas y a pocos kilómetros de la población de Cabanes.

Un agente de la Guardia Civil tomó la palabra.

—Desde el pueblo de Cabanes parte una carretera que va hasta Oropesa del Mar. Tras una bajada pronunciada, hay un primer desvío a la derecha que lleva hasta la ermita de Les Santes. Por ahí no es. Es fácil equivocarse porque los desvíos son muy parecidos. Hay que seguir adelante hasta encontrar otra bifurcación a la derecha. Esa pista confluye con la carretera que sube desde Benicàssim hasta el monasterio. Según ha indicado la subinspectora, la casa se encuentra a los pies de la montaña conocida como Les Agulles de Santa Àgueda. Es una zona complicada para acceder de noche. Los faros de los coches se pueden ver desde mucha distancia. Además, hay perros en las casas cercanas que, con sus ladridos, alertarían de nuestra llegada. Y tampoco sabemos el lugar exacto, ¿verdad? —pronunció las últimas palabras mirando a Silvia.

—La testigo no sabe situar la casa en un mapa con precisión. Es comprensible.

—La única forma de atraparlos es por sorpresa. Si no sabemos con exactitud el lugar, se escaparán sin que podamos detenerlos.

La joven brasileña apareció en la puerta del despacho.

—Yo les guiaré.

EL COMISARIO Y su homólogo de la Guardia Civil decidieron aplazar la acción a primera hora de la mañana, al despuntar el día. Silvia se encargó de que Larissa pasara la noche a buen recaudo en la comisaria y luego se pusieron a trazar el plan a seguir dentro de unas horas. La operación estaba en marcha y entre los integrantes se creó un buen ambiente de trabajo favorecido por la proximidad del desenlace.

Dos horas más tarde, Monfort se despidió de los demás con la intención de ir al hospital.

—Mañana tenemos que hablar de lo que te he comentado —lo advirtió Romerales.

Pero él no estaba para nada más que no fuera saber del estado de su padre y dar caza a los malnacidos de la secta.

EL HOSPITAL ESTABA tranquilo y en la planta donde se encontraba la habitación reinaba una calma agradable.

Aniceta roncaba en la butaca con los pies en alto, junto a la cama. Su padre lo vio llegar y le levantó un pulgar. ¿Cómo podía ser que aquel hombre al que apenas le quedaban los huesos y la piel estuviera alerta?

Monfort se sentó en una silla al otro lado de la cama y besó a su padre en ambas mejillas. El hombre le apretó la mano. La máquina que le proporcionaba el oxígeno cumplía su función. Se retiró un momento la mascarilla para ver bien al hijo y pronunció unas cortas palabras que a este le costó entender.

—¿Los has atrapado ya?

Monfort sonrió.

—Estás al corriente de todo, veo, como siempre.

El padre asintió y tosió ligeramente.

—Ellas me lo cuentan todo —aclaró. Volvió a toser y se colocó de nuevo la mascarilla. Al poco tiempo, se quedó plácidamente dormido.

Monfort permaneció a su lado hasta que Aniceta se despertó sobresaltada. Debía de haber estado soñando, pues miró con extrañeza la habitación hasta que se dio cuenta de dónde estaba.

Salieron al pasillo y tomaron un café de la máquina. Se sentaron en las sillas que había frente al ascensor y Aniceta lo puso al corriente de la gravedad de su padre.

—¿Quieres ir a descansar? —le propuso Monfort.

—Apresen de una vez a esa gente, no sea que vengan a por mí también; recuerde que soy una pobre emigrante —bromeó.

Estaba al tanto de las noticias, no había duda. Irene y Elvira también la pondrían al día. Se imaginaba a las tres hablando a la vez sobre lo que estaban haciendo bien o mal, sobre la manera en que ellas acabarían con los malhechores. Tal vez debería sentarse a escucharlas con una taza de té en la mano, tomar notas y seguir sus consejos.

Se marchó del hospital tras abrazar a su padre dormido y a una Aniceta que ya entablaba conversaciones con las enfermeras que se cruzaba en el pasillo. Había cosas que no cambiaban nunca; el carácter afable de las personas abría todas las puertas. Su padre era un hombre afortunado por estar tan bien acompañado. Nunca podría agradecerles a aquellas mujeres lo que hacían por él.

Pasó por delante del bar de Agnès, pero ya estaba cerrado. Sin embargo, sentada en un banco cercano, una joven pelirroja fumaba con la misma parsimonia que si fuera la primera hora de la tarde.

—¿Mucho trabajo? —le preguntó Lina cuando se detuvo a su lado y bajó la ventanilla.

—Puede que termine pronto —respondió él—. Espero no aburrirme después.

—*An rud nach gabh leasachadh, 'S fheudar cur suas leis* —pronunció en gaélico—. Es un proverbio irlandés que solía decir mi abuela.

—Si eres tan amable de no dejarme perdido en la traducción...

—«Lo que no se puede evitar, debe llevarse a cabo».

SILVIA DECIDIÓ LLEVAR a Larissa a su casa. Le dio apuro que la joven pasara la noche en la comisaría. Temía que creyera que estaba detenida.

Romerales se opuso al principio, pero ella insistió en que era lo mejor para todos. De camino al piso situado frente al edificio de Correos, apenas cruzaron unas pocas palabras de cortesía. Luego, en el pequeño salón, con una taza caliente entre las manos y las piernas cubiertas con una manta, se sintió más relajada y empezó a contarle las peripecias que había tenido que sortear desde que salió del pequeño pueblo en el que nació, a miles de kilómetros de Castellón. Tenía grandes expectativas. La ilusión podía con todo. Le habían contado que ir a España era como viajar al paraíso. Lástima que llamara a la puerta equivocada y que el que le abriera fuera el mismísimo diablo.

ALGO ROZABA POR debajo de la puerta de la habitación. Monfort pensó que habría sido el personal de recepción, que le había dejado alguna nota, aunque normalmente solían dárselas en mano. Abrió del todo e introdujo la tarjeta en el cajetín para conectar las luces. Era una hoja de papel doblada por la mitad. La cogió, se sentó en la cama y la desplegó. En la parte superior, el remitente había dibujado su seña de identidad: SOID. En la inferior, había escrito unas palabras con letra pulcra:

DEJEN DE BUSCARME. NO HE VOLADO.  
YO LOS LLEVARÉ. SIGAN A SOID.

## Jueves 17

LA HORA PREVISTA para la salida del sol era a las 7.58 de la mañana; aunque las paredes casi verticales de Les Agulles de Santa Àgueda, con sus espectaculares cimas enlazadas de forma piramidal y cúspides puntiagudas dilatarían la llegada de la luz. Las gigantescas rocas que conformaban la formación eran de color rojo y rosa, y convertían el amanecer en un espectáculo maravilloso.

Un numeroso equipo, formado por varias dotaciones de la Guardia Civil y la Policía Nacional, aguardaba la orden de asalto. Los efectivos se habían apostado en los dos únicos accesos para el tráfico rodado: uno en la carretera de Cabanes a Oropesa del Mar y el otro, en la que iba desde Benicàssim hasta el Monasterio del Desierto de las Palmas. Ambas eran carreteras estrechas de montaña, por lo que sería sencillo tenerlas controladas en todo momento. El resto de posibilidades de fuga era por caminos que únicamente se podían transitar a pie.

Silvia y Monfort habían recorrido la pista que unía ambas salidas con el Renault Clio de la subinspectora. Larissa viajaba en la parte trasera, en absoluto silencio. Cubrieron el tramo cuando todavía era de noche, pero aun así la joven no dudó cuando divisó la casa en mitad del paraje. Se accedía por un camino angosto que comunicaba con la pista. En el desvío no había indicación alguna de que en la vivienda se efectuaran actividades lúdicas o espirituales, tal como solían hacer las sectas para encubrir su verdadera ocupación.

Era una casa de campo imponente, con varias construcciones anexas a su alrededor. Contaba con un extenso jardín y un muro de obra que cubría el perímetro. Estaba al final de la ladera de la montaña con nombre de santa. Había otras casas diseminadas por la zona, pero a bastante distancia. Se detuvieron en un recodo junto a una construcción espectacular, una especie de palacio con vistas al barranco y a las Agujas. Había una fuente

en la parte baja, un lugar que, con toda seguridad, haría las delicias de paseantes y excursionistas. El sitio donde estaba la secta refulgía, con sus lámparas ambarinas iluminando el contorno con luz tenue. Parecía un paraje idílico, pero era todo lo contrario. Larissa empezó a ponerse muy nerviosa. Silvia hizo varias fotografías con la cámara de su teléfono móvil y reanudó el camino. La pista era conocida como Camí de Miravet o de la Font Tallada, y la casa se encontraba más cerca del empalme con la carretera de Benicàssim que con la de Cabanes. En este último punto era donde estaba instalado el campamento base de la Policía Nacional, con el comisario Romerales al mando. Había un helicóptero preparado en el aeródromo del Grao por si precisaban de su intervención.

Con la cara lavada y sin maquillaje, Larissa parecía una niña. Tal vez lo fuera, pero lo vivido en los últimos tiempos habría aumentado la edad de su corazón más de lo que sería necesario. Silvia, por el contrario, estaba radiante, como cada vez que un caso parecía llegar a su fin. Hablaba con el comisario sobre la manera de proceder, e intercambiaba las fotografías con los efectivos a través de un ordenador portátil instalado en una furgoneta habilitada.

—¿Y tú qué dices? —le preguntó Romerales a Monfort, contrariado por el ímpetu de la subinspectora.

—Sigue sus consejos; acata su forma de proceder y los pillaremos.

Silvia levantó la vista del teclado un instante para mirarlo. Quizá solo se lo había parecido, o se trataba de una ilusión, pero creyó que le sonreía.

A LAS 8.53 de la mañana la casa fue asaltada. El despliegue de las fuerzas de seguridad irrumpió por sorpresa sin que los moradores pudieran reaccionar de forma alguna. No hubo heridos en la intervención. El que parecía ser el cabecilla fue detenido, dijo ser sacerdote, aunque, tras comprobar su verdadera identidad, se descubrió que había sido expulsado de la Iglesia por tráfico de drogas. En su documentación constaba como Guzmán Urriaga Salcedo, natural de Vitoria, de cuarenta y cinco años de edad. Asimismo, fueron arrestados otros cinco individuos que estaban bajo los efectos de estupefacientes. Se incautaron medicamentos de los llamados benzodiacepinas, y cantidades irrisorias de hachís, marihuana y algunas pastillas de éxtasis.

Monfort y Silvia registraron la casa acompañados por el comisario Romerales y varios hombres del equipo de la Científica. Había una gran biblioteca en la que encontraron libros de corte racista, también sobre el nazismo y el exterminio judío, pero eso, en sí, no suponía un delito. Encontraron tratados sobre drogas, sobre cómo cultivar setas alucinógenas, sobre el efecto de los ansiolíticos y otros de contenido similar. Todo estaba escrupulosamente limpio y reinaba un estricto orden. Había una cocina bien equipada, adosada a un gran comedor, una sala de reuniones para un aforo considerable, un dispensario médico y otra estancia con alfombrillas individuales en el suelo que debía hacer las veces de gimnasio o de lugar de meditación. En el piso superior había habitaciones austeras que contenían una cama sencilla, un armario y un lavamanos. No había televisiones ni aparatos de radio, ni ningún ordenador más que el del dirigente, que antes de que lo detuvieran tuvo tiempo de estrellarlo contra el suelo. Era un iluso si creía que los compañeros informáticos no iban a sacar todo lo que hubiera dentro, por mucho que estuviera hecho añicos.

Guzmán Urriaga permanecía sentado en la parte trasera de una furgoneta de la policía, aparcada junto al cuidado jardín de la casa. Estaba esposado, aunque su aspecto era tranquilo y hasta se permitió manifestarse indignado por el error que, según él, acababan de cometer.

—Solo voy a decirles una cosa. Esto es un centro de meditación. Nada más. No se empeñen en encontrar lo que no hay. Se han equivocado. Pagarán caro todo este despliegue.

Silvia y Monfort empezaron a interrogarlo, pero el hombre se negó a hablar. Juntó los labios y, a cada pregunta, negaba con un movimiento de cabeza. Silvia le realizó la misma pregunta hasta en seis ocasiones, pero no obtuvo respuesta. Monfort trató de asustarlo con lo que le podía suceder cuando llegara la cárcel, pero no se inmutó. Le mostraron fotografías de los asesinos que luego se suicidaron, de las víctimas, de David Prieto y de Baltasar Muñoz, pero solo negó con la cabeza una y otra vez.

—¿Y ahora qué? —preguntó Romerales.

Monfort le recordó las palabras de Elvira y su tono de frustración. Le dijo que España hacía el ridículo en materia de sectas peligrosas, que la falta de legislación estaba en dique seco; que para detenerlos había que recurrir a otros delitos como estafa o asociación ilícita, que en el fondo no era nada comparado con lo que se había gestado entre aquellas paredes.



También se acordó de lo de Zapatero y la Champions League, pero eso ya no se lo dijo porque el humor del comisario estaba por los suelos.

—¿Qué esperabas encontrar? ¿Adoradores del demonio? ¿Ritos satánicos? ¿Simbología nazi por todo el edificio?

Romerales, que debía sentirse triunfador, estaba cabizbajo.

—No lo sé —reconoció.

Las dotaciones se llevaron a los detenidos y los de la Científica desplegaron sus enseres y se pusieron manos a la obra.

Pronto, el enorme dispositivo empezó a retirarse sin demasiado triunfalismo.

—Algo sí que puedes hacer —opinó Monfort.

—¿Qué?

—Habla con los medios. Lo único cierto es que aquí había una secta hasta hace un rato. Engorda la noticia, dales lo que les gustaría tener. Que parezca el fin de la pesadilla y el principio de la tranquilidad para los ciudadanos.

A Romerales le cambió el gesto y sopesó la magnitud del resultado. En su mente, empezaron a publicarse titulares.

—Silvia tiene una amiga periodista; ella te ayudará. —Le guiñó un ojo.

Al escuchar sus palabras, la subinspectora llamó a Monfort al margen de los demás.

—Anoche hablé con Larissa. Apenas hemos dormido.

—¿Sigue en el coche?

—Sí, está muy asustada por lo que le pueda pasar ahora. Pero hay una cosa...

—Dime.

—Me contó que David Prieto la trajo aquí durante algunas semanas seguidas y que, al finalizar el día, volvía para llevarla de nuevo a casa de Gladys. La cuestión es que, en las últimas jornadas, permaneció en la casa como invitada de alguien que parecía especial para el jefe. Me explicó que esa persona se llamaba José y que la trataba con mucha delicadeza, no como los otros hombres.

—Por lo visto entre ellos está de moda llamarse con nombres bíblicos.

—Eso pensé. Pero esta mañana me ha dicho también su apellido. Se llama José Muñoz.

—¿José Muñoz? —Monfort recordó la confesión del doctor Bata.

—Sí.

—¿Le has enseñado la foto de Baltasar?

—Sí, también lo conoce de la casa. Y afirma que son muy parecidos, que incluso podrían ser hermanos.

LO QUE LOS hombres de Josué debían hacer con los hermanos era arrojarlos a un pozo, tal como ya habían hecho con otros miembros desobedientes. La fosa estaba en un lugar aislado, en la montaña, donde jamás los habrían encontrado. Pero, tras escuchar en la radio de la furgoneta la noticia del asalto a la casa, se inquietaron y se echaron atrás. Volvieron a Castellón y decidieron llevarlos donde estaba David Prieto para que cargara él con la responsabilidad. Les debía más de un favor.

Cuando llegaron al garaje donde el proxeneta dirigía su entramado de prostitución, lo encontraron hecho un manojo de nervios. Había esnifado demasiada cocaína. Estaba paranoico, decía que la policía andaba tras él y que una de las chicas había desaparecido. Los hombres de Josué amenazaron con denunciarlo si no se hacía cargo de aquellos dos. Los hermanos estaban atados y amordazados, y les habían vendado los ojos para que no reconocieran el lugar en el que pretendían dejarlos. David Prieto se puso hecho una furia, pero los sicarios fueron implacables. Le dejaron a Baltasar y a José y se marcharon para ponerse a salvo de las fuerzas de seguridad. Abandonaron la furgoneta en un campo de naranjos entre la ciudad y el barrio marítimo, y cada uno huyó por su cuenta.

Gladys llegó al garaje sin avisar; estaba muy asustada, había visto en las noticias el desmantelamiento de la casa donde llevaban a sus chicas y la detención del cabecilla. Temía que, en la confesión, este hablara de Prieto y eso la relacionara a ella con la organización. Los dos polis no dejaban de molestarla y estaba segura de que vigilaban de cerca sus pasos. Para colmo, Larissa tenía que haber regresado a casa la noche anterior, pero no lo había hecho. Lo último que le había dicho fue que iba para allá, y hasta una vecina la vio cerca del inmueble, pero no llegó a entrar en el piso.

Prieto esnifó un par de rayas y empezó a gritar a la cubana. En aquel momento, no había nadie más que ellos dos y los hermanos atados en un rincón. «¡¿Quiénes son?!», chilló Gladys aterrorizada cuando los vio. Prieto estaba demasiado aturdido y aquellos dos eran ahora su verdadero

problema. Dijo que no tenía más remedio que deshacerse de ellos, que se lo habían pedido los hombres de Josué, y que, si no lo hacía, lo denunciarían a la policía. Empezaron a discutir de forma violenta y al final Prieto la emprendió a golpes contra Gladys. No era la primera vez, por supuesto, pero en aquel momento la cubana temió por su vida. Le propinó varios puñetazos en el estómago hasta que cayó al suelo y se lio a patadas, poseído por la ira. La mujer sangraba por la nariz y la boca, y sentía que le había roto algunas costillas. Vomitó, manchándole las perneras de los pantalones y sus botas camperas, y él se encarnizó aún más con ella. Para cuando terminó, Gladys tenía la cara hinchada, los labios partidos, la nariz destrozada y no podía abrir los ojos. David Prieto la agarró del pelo y la arrastró hasta el lugar donde estaban los dos hermanos, que, sin poder ver lo que había ocurrido, asistieron horrorizados al sonido de los golpes despiadados y al silencio posterior al terror.

ROMERALES ATENDÍA A los medios con la imagen de la casa a sus espaldas. Mónica, la amiga periodista de Silvia, llevaba la voz cantante en la entrevista a los jefes de la Policía Nacional y la Guardia Civil. Se la veía ufana con el micrófono en la mano. Había conseguido su exclusiva.

La jueza Elvira Figueroa llamó a Monfort.

—Enhorabuena, capitán —bromeó nada más atender este la llamada.

—No sé yo —respondió con cautela.

—Debes haberle contado a Romerales lo que te dije acerca de la falta de legislación en materia de sectas.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque hace rato que escucho la radio y veo la tele, y queda claro que exagera en sus palabras. Nada tiene por donde agarrarse a la hora de un juicio. Lo has hecho adrede, ¿verdad?

—¿El qué? —Se hizo el inocente.

—Crees que alguien que todavía no ha aparecido podría mover ficha.

—Ese tipo es solo un fantasma. Hay un entramado que gira a su alrededor. Es una marioneta al servicio de alguien con poder. Se han aprovechado de que está como una cabra para llevar a cabo sus negocios.

—¿Qué tipo de actividades tienes en mente?

—Tráfico de drogas, prostitución... y los crímenes racistas que se han cometido. Baltasar Muñoz, el dueño de la agencia de seguros, era el

encargado de captar a personas con problemas psicológicos, a quienes luego, en la casa, convertían en fanáticos. El falso cura los ponía ciegos de opiáceos y otras drogas, les proporcionaba actividad sexual para que estuvieran relajados, y luego ordenaba a quién y cómo tenían que matar. —Hizo una pausa mínima—. Lo incomprensible es que accedieran a quitarse la vida después.

Elvira siempre tenía una réplica documentada y clarificadora.

—Los fanáticos son capaces de luchar hasta contra su propia familia siempre que estén bien dirigidos. Los capacitan para utilizar las armas y, si las condiciones lo exigen, sacrificarse para lograr lo que la autoridad ordena. Por contra, se sienten atrapados en un mundo hostil, y no hay peor verdugo que alguien que ha sido esclavo.

TRASLADARON A GUZMÁN Urriaga a la comisaría en un furgón policial. Silvia pidió a los agentes Terreros y García que acompañaran a Larissa hasta su despacho. Debían buscar la forma de protegerla. Si la dejaban en la calle, no duraría mucho tiempo con vida. Estaba convencida de que estarían esperándola, aunque David Prieto seguía sin aparecer, lo mismo que Baltasar Muñoz. Ahora faltaba saber de dónde había salido aquel que la joven brasileña había nombrado como José Muñoz.

Silvia y Monfort se despidieron de Romerales con un gesto por detrás de la nube de periodistas que todavía había en el lugar de la acción. Él ni siquiera los vio, estaba sumido en su propio espectáculo. Desempeñaba su papel a las mil maravillas. Monfort quería aquello, que todo el mundo supiera que habían atrapado al tal Josué, igual que sus súbditos, y que podían comenzar a dar nombres y apellidos en cualquier momento.

Antes de subirse al coche de Silvia, Monfort echó un vistazo a la casa y al magnífico conjunto pétreo de Les Agulles de Santa Àgueda.

—Esta provincia tiene lugares maravillosos —opinó Silvia.

—Cuentan que Santa Àgueda fue torturada con tenazas y agujas. — Mientras el coche avanzaba por la pista, Monfort señaló el conjunto de picos enlazados y puntiagudos—. Dicen que, si se observa con atención, se distingue un saliente que recuerda la figura de la santa martirizada, con su cabeza en la cima, mientras que las otras crestas insinúan su cuerpo recostado en dirección al mar.

Luego, cuando descendían la estrecha carretera desde la que se obtenía una vista sobrecogedora del Mediterráneo, le habló de la nota que Izan, o SOID, había dejado en su habitación del hotel.

Antes de llegar a comisaría, le pidió a Silvia que se detuviera un momento en el hospital para visitar a su padre. Le dijo que podía marcharse, pero ella insistió en subir con él. La abuela Irene había regresado a Peñíscola a por algunas cosas que necesitaba, y pretendía volver a Castellón en el mismo día. Al parecer, Elvira estaba en Teruel, pese a que no se lo había dicho cuando hablaron. Aniceta estaba compungida y el viejo Monfort parecía descansar.

—Ha empeorado —informó Aniceta en voz baja.

—¿Qué dice el médico?

—Que está luchando contra su enfermedad. Y que hay que esperar. Le han suministrado nuevos medicamentos. Veremos cómo reacciona. — Luego se dirigió a Silvia—: Estás más delgada, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza y sonrió con empatía.

—Yo creo que no comes bien —le insistió. Después se dirigió a Monfort—: Viviendo sola ya se sabe, no tiene ganas de prepararse nada y se apaña con lo que hay en la nevera. Deberías invitarla más a menudo a casa.

Eran sus palabras, pero Monfort pensó que bien podrían haber sido las de su madre, de quien Aniceta había heredado aquel empeño en formar hogar, en crear familia. El dolor por su pérdida seguía vivo como un virus que roe el estómago hasta conseguir abrirse paso hacia un agujero insondable. Le dolía no poder hablar con ella, y más aún saber que nunca podría hacerlo. Recordaba cada uno de sus gestos y, pese a ello, no conseguía dejar de sentir pesar cuando pensaba en ella.

Ignacio Monfort se revolvió en la cama y se llevó la mano derecha a la mascarilla. Se la apartó un momento y preguntó con voz grave:

—¿Los has pillado ya o qué?

Y, por varios segundos, regresó una pizca del sarcasmo habitual de aquella familia tan peculiar.

EN LA COMISARÍA, el ambiente era mucho menos triunfalista de lo que había sido a las puertas de la casa clausurada.

—¿Creéis que hemos actuado bien lanzando a los cuatro vientos que hemos acabado con la secta peligrosa que dio muerte a los inmigrantes? —preguntó Romerales en su despacho.

Monfort leía los subtítulos en el televisor, que estaba puesto en una canal de noticias.

—Tu amiga periodista ha actuado rápido —le dijo a Silvia sin apartar la vista de la pantalla.

—Y con rigor —matizó ella.

—Os he hecho una pregunta —insistió el comisario.

—Yo creo que sí —respondió la subinspectora.

—Por supuesto —añadió Monfort—. Alguien dará un paso, confía en ello.

—No sé cómo puedes estar tan seguro.

—¿El sumo sacerdote ha abierto la boca, aunque haya sido para comulgar? —preguntó con mofa.

—Ni una palabra —confirmó Romerales.

—¿Y los otros cinco?

—Tampoco, aunque he consultado con Pablo Morata y me ha dicho que esperemos a que se les pase la caraja, que puede durarles días. Y que una vez sobrios podrían hablar por miedo a lo que les pueda suceder, pero también porque les entre el mono y necesiten su dosis.

—¿Los ves? Es que tienes poca fe.

—Lo que tengo es ansiedad. —Se tocó el abdomen, como si le doliera.

«El virus que roe el estómago». Lo acababa de pensar en el hospital. Él llevaba muchos años sufriendo las consecuencias de la barrena imaginaria; la enfermedad y la muerte tenían la exclusividad de su manejo. El virus se cebaba con los corazones rotos.

—¿Cómo está tu mujer? —le preguntó entonces.

Romerales dejó de palparse el abdomen y se puso tenso.

—Esperando a que la llamen para comenzar la quimioterapia.

Era estéril decir algo más, y por ello Monfort cambió de tema.

—Dejemos que pasen las horas. Alguien tiene que manifestarse. Hay más gente involucrada, estoy convencido, y los que se encuentran fuera estarán acojonados pensando en la posibilidad de que los arrestados se vayan de la lengua.

—¿Dónde está la joven que nos ha guiado hasta la casa? —preguntó el comisario—. Quiero que esté bien atendida. Hablaremos con extranjería.

Hay que hacer lo que haga falta para que le den la nacionalidad española y le consigan un trabajo digno. Y una casa en la que poder vivir. Si no es por ella, todavía estaríamos dando vueltas.

—Habrá que ir con cuidado —terció Silvia—. No ha hecho muchos amigos con todo esto. David Prieto, Baltasar Muñoz y ese supuesto hermano que parece que la trataba bien, andan sueltos por ahí. No sabemos cuáles son sus intenciones.

—¿Alguna noticia de esos tres?

—No.

—Terreros y García la han traído a la comisaría, ¿no?

—Sí, está en mi despacho, pero no puede estar ahí eternamente. Puedo llevármela a casa algunas noches más, pero no es la solución. Si la dejamos ir, volverá a casa de Gladys, y allí le darán caza los demás, no me cabe ninguna duda.

—¿Tenemos a alguien vigilando la casa de esa mujer?

—No —ahora respondió Monfort, quien había pensado hacerlo en las próximas horas.

—¿Y la del chaval ese de las pintadas?

Monfort no tuvo más remedio que decirle lo que había encontrado en el hotel.

—Joder, joder, joder —se lamentó Romerales—. Pues entonces lo mejor será que busquéis un lugar seguro para la chica brasileña y que os repartáis la búsqueda de todos esos individuos entre Terreros, García y vosotros dos. Por cierto, ¿dónde está Pallarés?

Se quedaron en silencio. Nadie había sabido de él en lo que llevaban de día.

—¿No formaba parte de ningún grupo del asalto a la casa? —preguntó el comisario elevando el tono.

—Ni idea —respondió Monfort, y Silvia corroboró sus palabras con un gesto de cabeza.

*SIGO CON VIDA. La mujer con acento cubano a la que el sujeto violento del garaje casi mata de una paliza se aprovechó de la embriaguez de este y, en un desliz, le atizó con una lámpara de metal. Lo dejó tumbado en el suelo sin conocimiento, porque ni siquiera se quejó, que nosotros oyéramos.*

*Por suerte, la mujer sentía una gran curiosidad por saber quién era yo. Me quitó la cinta que me tapaba la boca y la venda de los ojos. Se quedó petrificada al comprobar el enorme parecido con Baltasar, al que debía conocer bien. Le dije que era mi hermano, que tuviera piedad de nosotros. El hombre iba a matarnos a los tres, no había duda. Me dijo que era la que proporcionaba las chicas al tío que había derribado. Me atreví a hablarle de Larissa. Se ablandó cuando le dije que lo mío hacia ella era amor verdadero, y que, si lograba salir con vida de todo aquello, la buscaría para poder cuidarla como merecía. Al principio pareció creermelo, pero ella buscaba vengarse y no se fiaba de mí. Así que preparó todo para incendiar el garaje.*

*Una vez que las llamas empezaron a propagarse por todo el local y el aire se hizo irrespirable, se marchó. Íbamos a morir de forma irremediable. Empecé a gritar, pero no me hizo caso. Cuando la vida entera pasaba por delante de mis ojos, la mujer regresó por sorpresa y me liberó de las ataduras. Salí a la carrera, tosiendo el humo irrespirable que se me introducía en los pulmones, sin reparar en la suerte de mi hermano, ni del otro individuo, ni de ella tampoco. Solo pensaba en salvarme. Cuando llegué al exterior, el local ardía por completo. Sus cuerpos debían de ser ya pasto de las llamas. Hui a toda prisa.*

*Ahora vuelvo a ser libre.*

*Mi madre y mi hermana murieron creyendo que Dios las salvaría. Mi padre huyó porque era un cobarde y mi hermano ha muerto víctima de unas llamas nada redentoras. Yo maté al cura que nos trataba como si fuéramos chusma y pagué mi culpa por ello. En el centro de internamiento tuve la desgracia de conocer a Guzmán, quien luego se convirtió en el*



*padre Josué, y que convenció a una serie de incautos de que mataran y murieran por la causa absurda que unos racistas se habían inventado. Permanecerá encerrado una buena temporada, pero esperaré a que salga para hacerle pagar la muerte de mi hermano y para que se reúna con los demás desgraciados a los que también mandó a la tumba.*

*Saldré en busca de Larissa, y, después, tal vez tome el relevo del padre Josué en otro lugar, donde nadie me conozca, donde nadie me juzgue por el pasado.*

*Como solía decir mi madre: los caminos del Señor son inescrutables.*

GLADYS DESEABA LO mejor para Larissa. Pero al ver el parecido del otro hombre con Baltasar Muñoz, y de que este le confesara que eran hermanos, deseó que ardiera en el garaje con él y con David Prieto. Por fin, acabaría el tiempo de la esclavitud, de las palizas, los insultos y los chantajes. Aquel para el que trabajaba era un chulo de manual, un engreído que abusaba de todo el que se cruzaba en su camino. Las drogas potenciaban su ira y ella era siempre el saco al que golpear. Se había acabado de una vez; demasiado tiempo lo había aguantado, ya no podía más. La engañaba cada vez que quería y ella claudicaba a sus zalamerías y a los billetes que le dejaba sobre la mesa. El dinero, siempre el dinero. Allá en Cuba no tenía ni para comer y, cuando llegó a España, David le prometió que no le faltaría de nada. Lo que no le faltó fue la miseria en la que convirtió su corazón. Había perdido toda la autoestima y se sentía una puta vieja despechada. Él solía pavonearse de que las prefería jóvenes y por ello empezó a mercadear con adolescentes.

Cuando David conoció a Baltasar, las cosas fueron mucho peor; la vida se convirtió en un infierno. Las chicas trabajaban hasta doce horas seguidas con aquellos malnacidos de la casa de la montaña, y luego ella tenía que sanar sus cuerpos maltrechos y sus corazones destrozados. Eran unos racistas de mierda y, sin embargo, fornicaban con muchachas negras o mulatas. Por todo ello, Gladys recapacitó y pensó que Larissa quizá podía tener una vida diferente con aquel hombre que ella aseguraba que la había tratado con delicadeza, y que incluso le había mostrado su cariño. La pequeña Larissa se había enamorado y ella no era nadie para impedir que, aunque seguramente fuera un sueño inalcanzable, tratara de ser feliz.

Así que volvió al garaje, que ya ardía en llamas. Se cubrió la cabeza con el abrigo y se abrió paso hasta llegar a donde estaban los dos hermanos. Liberó a José, que salió disparado hacia la calle en busca del oxígeno que apenas quedaba allí adentro. Gladys, rodeada de llamas, se recreó unos segundos viendo los cuerpos de David y Baltasar ardiendo como si estuvieran en el mismísimo infierno. Salió cuando ya no podía

respirar. Los últimos metros tuvo que hacerlos a rastras. Un inmenso dolor se le instaló en el pecho, aunque finalmente consiguió salir al exterior. Huyó con el sonido de las sirenas de los bomberos de fondo, que ya se aproximaban al lugar del siniestro.

Al llegar al piso, las chicas la cogieron en brazos, la desnudaron y la metieron en la bañera. Gladys tosía sin parar. Se ahogaba. Notaba los pulmones encogidos y apenas podía respirar. Después la llevaron a la cama. Les prohibió de manera tajante llamar a un médico y ellas no tuvieron más remedio que acatar su voluntad.

Una hora más tarde, Gladys, la cubana, había muerto.

PALLARÉS LLEGÓ A la comisaría y corrió hasta el despacho de Romerales, que seguía reunido con Silvia y Monfort. Temía la bronca por haber estado todo el día desaparecido, pero había valido la pena. Ojalá que sus noticias causaran el efecto que esperaba. Llamó a la puerta.

—¡Adelante! —gritó el comisario.

Cuando entró, Silvia le cortó el paso y se encaró con él. Le recriminó el haber estado ausente en un momento tan crucial como el que habían vivido horas antes. Ella creía que era cosa suya imponerle un correctivo, así que lo amenazó con apartarlo del caso y relegarlo a funciones administrativas. Le dijo alguna palabra más alta que otra hasta que Romerales medió con un tono apaciguador que irritó a la subinspectora más de lo que ya estaba.

—Siéntate y danos una explicación —le dijo el comisario al agente sin que sonara a orden estricta.

—He estado todo el día siguiendo los grafitis de SOID.

—Pero eso no era de tu incumbencia. Nadie te lo ha pedido —protestó Silvia.

—*Ja ho sé.* —Lo dijo en valenciano; le salió de forma espontánea. Prosiguió en castellano—: Y pido perdón por ello.

—¿Y por qué lo has hecho?

—Esta mañana, cuando venía de Sant Joan de Moró, he visto una de esas pintadas a la entrada de la ciudad. —Hizo una pausa para mostrar una hoja de papel doblada que, tras desplegarla, tendió a la subinspectora; estaba escrita al completo por las dos caras con las direcciones de los lugares donde aparecía la firma artística de Izan—. Es un cabronazo. Me

ha costado horas descubrir que sigue un patrón con las pintadas. Ha formado una especie de laberinto que comienza en el edificio abandonado del Grao y termina en un lugar del centro de la ciudad.

Silvia le dio la vuelta a la página para buscar el final. Monfort miró a Romerales, que parecía orgulloso. La subinspectora abrió mucho los ojos.

—¿Dónde termina? —preguntó Romerales con inquietud.

Silvia leyó en voz alta la mala letra de Pallarés:

—En el centro cultural que está en la plaza Cardona Vives.

Pallarés asintió con satisfacción.

—¿Y cómo sabes que ese lugar es el final?

—Es sencillo —reveló el agente mientras extraía el teléfono móvil del bolsillo. Después de trastear en la pantalla, les mostró la fotografía que había capturado.

En la imagen aparecía el grafiti SOID junto a la entrada del centro. Luego amplió la imagen para mostrarles que, debajo de la pintada, Izan había escrito dos palabras más: THE END.

—¡Estuvimos allí ayer por la tarde! —exclamó Silvia.

—Tal vez Izan lo sabía y por eso nos ha facilitado el camino —opinó Monfort.

—Todavía hay más —los interrumpió Pallarés, que pidió que le devolvieran el teléfono. Se puso en pie y se acercó a ellos para que pudieran ver qué más había captado—. Hay otros dos lugares en los que ha añadido algo más a su firma.

—¿Dónde? —inquirió Silvia.

Pallarés enseñó las fotografías.

Eran los domicilios de Paco Terrades y Miguel Torres, los padres de Lola e Izan y de Gema, respectivamente, y el dibujo extra que había añadido a SOID era una diana, similar a las que pintaba ETA para señalar a sus víctimas, a las que ellos creían los culpables.

Se quedaron perplejos. Silvia observó las imágenes en varias ocasiones y luego consultó la hoja que el agente había escrito de puño y letra.

Pallarés siguió hablando:

—He hablado con una mujer que trabaja en el servicio de limpieza del centro cultural. Es nigeriana, lleva aquí ocho años. No le importa limpiar, en su país trabajaba en una guardería, pero eso ya no le afecta; se siente bien con sus compañeras y opina que no le pagan mal. Su marido también consiguió un trabajo decente y ahora tienen dos hijos. Viven en un piso de

alquiler. Les cuesta mucho llegar a final de mes, pero se sienten seguros, no como en su país. El problema es que últimamente vuelve a casa llorando. Cree que tiene depresión, pero no puede permitirse estar de baja porque...

—¿Qué pasa, Pallarés? —lo cortó Monfort. Y el agente no dudó en soltar lo que ella le había revelado.

—Que algunos de los socios, hombres mayores, aparentemente respetables, han intentado abusar de ella en varias ocasiones. Dice que no es la única mujer de su raza que ha sufrido lo mismo. Algunas incluso dejaron el trabajo. Dice que son unos racistas y xenófobos que se creen en el derecho de pisotearla por el hecho de ser negra. La amenazan con que, si habla, la devolverán, a ella y a su familia, al lugar del que vinieron.

Sonó el teléfono fijo de la mesa del despacho de Romerales. Atendió la llamada, que captó toda su atención. Mientras hablaba, miraba fijamente a los demás y asentía. Poco a poco, su cuerpo se tensó para convertirse en el del policía que había hecho méritos para llegar a ocupar aquella silla. Se despidió tras decir que enseguida iban para allá.

—Lola y Gema están abajo. También ha venido Izan con ellas —anunció—. Quieren declarar en contra de sus padres y de los socios del centro cultural. Dicen que ellos son los patrones de la secta del llamado padre Josué. Los verdaderos responsables de las muertes de los inmigrantes.

Cuando llegaron a la planta baja, Silvia pasó delante. Romerales aprovechó para agarrar del brazo a Monfort y que se detuviera. Lo que le dijo al oído agrietó sus cimientos:

—Un hombre llamado Brian Santos te ha denunciado como el autor de un asesinato en Gibraltar.

## Dos meses antes

### Algunos días después del jueves

16 de diciembre de 2010

TRAS ACOMPAÑAR A Óscar hasta Sanlúcar de Barrameda, regresaron a Castellón. Antes de despedirse, sellaron un pacto de silencio, aunque Monfort comprendía lo difícil que sería respetarlo por las tres partes.

La noticia del hallazgo del cadáver de un ciudadano español en uno de los túneles del peñón no tardó en aparecer en la prensa gibraltareña. La muerte se había producido por un golpe en la cabeza. Hubiera quedado como un accidente de no ser por las marcas de ataduras en las muñecas y los restos de cinta americana alrededor de la boca. Monfort supo que no tardarían en relacionar el nombre de la víctima con la búsqueda del agresor del agente Robert Calleja.

Dos días más tarde, recibió un mensaje de Brian Santos que decía:

«No cumpliste el trato. Me dejaste sin el chico y sin la gatita».

## Jueves 17, por la tarde

HABÍA SIDO ARCADIO Ros, el mánager de Apóstoles de la Muerte, el mismo que asesinó a la joven Caridad, quien desveló a Izan que su padre y algunos socios del centro cultural eran los verdaderos artífices de la secta. El odio racial del colectivo derivó en la macabra idea de matar a hijos de inmigrantes para conseguir que estos abandonaran la ciudad. Una ciudad que, pretendían, quedara limpia de lo que tildaban de «razas inferiores». Uno de ellos contactó con el padre Josué, un ser desquiciado al que habían expulsado del clero por la sospecha de tráfico de estupefacientes. Se había instalado en una casa destartada en el paraje montañoso conocido como Desierto de las Palmas.

El combinado racista, que tenía su sede encubierta en el centro cultural de la plaza Cardona Vives, dirigido principalmente por Paco Terrades y Miguel Torres, sufragó los gastos de la reforma de la casa aislada para convertirla en el lugar donde se formaría a los asesinos. Josué aceptó la propuesta, alentado por las importantes sumas de dinero que los adeptos debían depositar cuando eran aceptados. Allí, una vez radicalizados, cegados por las drogas y persuadidos de que una nueva religión de raza pura debía salvar al mundo, eran preparados para llevar a término los asesinatos en el nombre de los siete sacramentos. Los patrones al mando propusieron a sus yernos para predicar con el ejemplo y dar comienzo a la barbarie. Se trataba de dos hombres apocados y con baja autoestima, adictos a los ansiolíticos y enfermos depresivos, cuyos suegros nunca quisieron para sus hijas. Arcadio fue el tercer elegido, pero, semanas antes de cometer su crimen, logró escapar y estuvo algunos días desaparecido, aunque finalmente regresó ofuscado por la influencia del padre Josué y sus cócteles de drogas irresistibles para un hombre débil como él. Fue en esa salida cuando se reencontró con Izan, El Niño Funk, el más joven del grupo, que se había hecho conocido por sus grafitis. Arcadio le reveló el

macabro proyecto y quiénes lo habían ideado; también los lugares donde se debían cometer los asesinatos racistas que ya estaban planeados. Izan, invadido por la ira, plasmó su firma para dejar pistas que condujeran a la policía a la detención de su padre y los demás compinches, pero los agentes no supieron interpretarlo. Por suerte, Daniel Manchón no fue capaz de perpetrar el crimen del niño chino y eso detuvo la escalada de muertes, aunque la mala fortuna hizo que muriera atropellado sin que pudiera confesar.

Cuando en la comisaría les preguntaron por qué no habían comunicado antes sus sospechas, argumentaron que, al final, a quien estaban delatando era a sus propios padres, y algo así no era tan sencillo de asimilar. Lola e Izan dijeron que su madre debía saberlo también, pero que todos en aquella casa soportaban a un cabeza de familia despiadado por el que en realidad sentían un miedo atroz. Gema, por el contrario, confesó no haber sospechado de su padre hasta que Lola le transmitió lo que le había contado su hermano; sin embargo, admitió haber desconfiado de su marido en distintas ocasiones, como cuando no dudaba en demostrar su profunda aversión a los inmigrantes. Los tres aseguraron que desconocían el paradero del dueño de la agencia de seguros, y menos aún del proxeneta. Poco después, los agentes Terreros y García irrumpieron en la sala de interrogatorios para comunicar que en un garaje de las afueras se había provocado un incendio y habían encontrado a dos personas muertas que conservaban su documentación intacta. Se trataba de Baltasar Muñoz y David Prieto.

Nadie echó de menos a José Muñoz, porque no estaba contabilizado entre los inculpados. Sin embargo, Larissa había comentado a Silvia sus encuentros en la casa, y también a Gladys, por supuesto, a la que deberían llamar para comunicarle la muerte de su jefe, amante y maltratador. Silvia se preguntó dónde estaría aquel otro personaje misterioso.

Josué, o Guzmán, como en realidad se llamaba, continuaba preso en la celda de la comisaría. Se mantenía firme, sin hacer ninguna declaración.

De los cinco hombres atrapados en la secta que fueron detenidos junto a él, solo hubo uno que dejó de imitar el silencio del guía espiritual.

—Es un fanático muy peligroso, un gran experto en sectas. Pretendía convencernos para matar inmigrantes en nombre de los siete sacramentos. Lo inimaginable era que tuviéramos que quitarnos la vida tras acabar con



las víctimas. Ha sido una puta locura —declaró cuando el efecto de las drogas en su organismo se había atenuado.

Romerales organizó inmediatamente un dispositivo para detener a Paco Terrades y a Miguel Torres. Y lo mismo para los otros socios del centro cultural.

Cuando Silvia y Monfort se disponían a salir para sumarse a la operación, Lola y Gema se fundieron en un abrazo y rompieron a llorar. La subinspectora se detuvo un momento.

—Han hecho lo que debían hacer —trató de reconfortarlas, si es que algo así era posible.

—La relación entre padres e hijos debería ser lo más trascendental en la vida de las personas —argumentó Lola entre sollozos—. Es el vínculo que une a los que comparten la misma sangre, una unión inquebrantable que, en nuestro caso, se ha hecho pedazos.

—Nosotras hemos perdido a nuestros maridos porque, en realidad, eran malas personas —continuó Gema—. Pero jamás hubiéramos podido imaginar que fueran nuestros propios padres los que les mostraran el camino del infierno.

Silvia miró a Izan, que se revolvió en su silla.

—Atrápenlos y déjense de retórica —agregó en un tono casi musical para el que utilizó tres palabras esdrújulas. Luego fue mucho más profano —: Que se pudran en la cárcel.

## Epílogo

ANTES DE LO que estaba a punto de suceder, regresó a su casa. Quería despedirse de la nostalgia que habitaba en el más profundo de los silencios, entre capas de tristeza y soledad. Acarició las sábanas, leyó las últimas páginas del libro que ella había dejado por leer, escuchó sus canciones preferidas y preparó café porque adoraba su aroma. Soñó con su voz y sus caricias.

Cuando llamaron al timbre, no se sobresaltó. Pulsó el botón; no tardarían en subir. Ordenó las cosas y besó su fotografía. El futuro se volvió presente. No habría un mañana que no fuera un ahora, ni un silencio abrumador que no provocara el más obstinado de los ruidos.

Abrió la puerta y se enfrentó a las palabras que tantas veces había pronunciado en su carrera profesional. A continuación, sonó el teléfono, y le permitieron atender la llamada. Era la abuela Irene, con su voz de terciopelo sesgada por lo que tenía que comunicarle. Tras colgar, uno de los agentes extrajo unas esposas de su cinturón.

Contempló el retrato de su mujer. Había cometido demasiados errores. Esperaba que pudiera perdonarlo.

Tal vez había llegado la hora de que Dios lo castigara por fin.

EN UN LUGAR cualquiera del centro de Castellón, una mujer joven de rasgos asiáticos caminaba a buen ritmo. Lo que fuera que escuchara a través de sus auriculares le provocaba una sonrisa en los labios y un ligero movimiento de cabeza. Vestía un abrigo ceñido de color rojo, botas de cuero negro y un fular a juego. Aunque había nacido en Vietnam, se llamaba Agnès. Se sentía tan de aquí que, hasta que no veía su rostro reflejado, no caía en el detalle de sus facciones.

Un hombre con la piel tan negra como el carbón la esperaba en una esquina. La recibió con alegría. Se abrazaron, se besaron, la tomó por la cintura; ella sentía que el suelo podría desaparecer para siempre bajo sus pies.

Buscaban un piso de alquiler. Deseaban emanciparse, poner sus vidas en común. El agente inmobiliario los saludó un tanto sorprendido. Visitaron el inmueble, les gustó lo que vieron, encajaba con sus necesidades. El hombre revisó la documentación solicitada. En la nómina de ella figuraba el nombre de un local de copas. La miró por encima de sus gafas de medialuna. «Camarera», pronunció con desdén. Cuando preguntó por la ocupación de él, la respuesta fue que estaba desempleado, pero que muy pronto se solucionaría. El agente se excusó, marcó un número en su teléfono, habló casi en susurros y se pellizcó el puente de la nariz. Desafortunadamente, el piso en el que habían depositado sus ilusiones había sido alquilado esa misma mañana. «Lo siento», atajó escueto, mientras trataba de dar con un gesto de conmisericordia que encajara con su perfil de especulador.

Ya en la calle, les tendió una mano flácida y se marchó deprisa.

Se sentían señalados por su aspecto, sin tiempo a explicar que eran tan de aquí como él.

Para animarla, el joven la besó con sus labios carnosos. Ella perfilaba los suyos para que parecieran menos delgados. Consultó la hora, debía ir al trabajo. Él esperó hasta que la vio doblar la esquina. «¿Hasta cuándo?», se preguntó, convencido de que no sería la última vez.

Agnès volvió a ponerse los auriculares. Sonaba *Enjoy the Silence*, de Depeche Mode. Acentuaba cada paso que daba, convencida de que tenía una bonita forma de caminar.

La letra de la canción le hizo pensar en el inspector Monfort, en cuando este se sentaba a la barra del bar, con un vaso de whisky que hacía girar con sus dedos sobre el posavasos.

También en la mujer irlandesa que seguía esperándolo cada noche.

Algunas palabras son innecesarias.

Disfruta del silencio.

## Banda sonora de la novela

1. «Qui sème le vent récolte le tempo» / MC Solaar / Pág.
2. «No Woman no Cry» / Bob Marley and The Wailers / Pág.
3. «Loser» / Beck / Pág.
4. «Dig, Lazarus, Dig!!!» / Nick Cave and The Bad Seeds / Pág.
5. «London Calling» / The Clash / Pág.
6. «Private Idaho» / The B-52's / Pág.
7. «Muerto en vida» / Juan Gabriel / Pág.
8. «Nothing Compares 2 U» / Sinéad O'Connor
9. «Mon coeur y va bien» / Marie-Flore / Pág.
10. «Money» / Pink Floyd / Pág.
11. «Ironic» / Alanis Morissette / Pág.
12. «Je t'aime... moi non plus» / Serge Gainsbourg, Jane Birkin / Pág.
13. «Bonnie and Clyde» / Serge Gainsbourg, Brigitte Bardot / Pág.
14. «Dreams» / The Cranberries / Pág.
15. «Smooth Operator» / Sade / Pág.
16. «Rapper's Delight» / The Sugarhill Gang / Pág.
17. «Walk This Way» / Run DMC, Aerosmith / Pág.
18. «Orquídeas» / Quique González / Pág.
19. «Breathe (In the Air)» / Pink Floyd / Pág.
20. «Armand est mort» / MC Solaar / Pág.
21. «Fix You» / Coldplay / Pág.
22. «Apocalypse» / Cigarettes After Sex / Pág.
23. «La musique adoucit les moeurs» / MC Solaar / Pág.
24. «Personal Jesus» / Depeche Mode / Pág.
25. «The Sound of Silence» / Simon & Garfunkel

- 26. «Fire Woman» / The Cult / Pág.
  - 27. «Some Guys Have All the Luck» / Rod Stewart / Pág.
  - 28. «Enjoy the Silence» / Depeche Mode / Pág.
  - 29. «I'll see you in my dreams» / Bruce Springsteen / Pag.
- (Poner lista en spotify con código QR)

## Nota de autor y agradecimientos

COMPONER UNA NOTA de autor para este libro se me antoja difícil, pues las palabras, cuando se embargan de emoción, brotan en todas las direcciones y su esencia corre el riesgo de diluirse en el trayecto.

Esta novela se gestó entre abril y mayo de 2023, cuando la enfermedad de mi esposa empezaba a manifestarse de forma alarmante. Ella asistió a la idea y a la motivación; sin embargo, no pudo ver el final ni leer el primer manuscrito.

El 28 de julio de 2024, Esther nos dejó. La novela se encontraba en su parte final y no fui capaz de seguir adelante hasta que comprendí que las páginas escritas formaban parte de su vida. Decidí que debía continuar y, desde algún lugar, me llegaron fuerzas renovadas para volver a ponerme con el texto.

A mediados de octubre de 2024, con un enorme dolor instalado en lo más profundo de mi ser, conseguí llegar al final. Ahora sé que estaría orgullosa. He volcado aquí mis sentimientos. Ella ha guiado mis dedos sobre el teclado. Suyo es este libro, como todos los demás.

Quiero dar las gracias a los que permanecieron a su lado en los momentos más difíciles: familia, amigos, personal médico y cuidadoras. Citar nombres sería también hacer distinciones y, con toda probabilidad, olvidarme de personas que no lo merecen. Ellos saben quiénes son porque sufrieron, cerca o en la distancia, y, a cambio, ella les regaló su sonrisa de labios rojos y su enorme corazón, que vivirá por siempre en cada uno de los que la acompañaron.

Muchas gracias a mis editoras, Mathilde Sommeregger y Maite Cuadros, de MAEVA, por estar a mi lado en todo momento, también más allá de los libros. Las quiero y las admiro. A Núria Ostáriz por los buenos consejos. A Leticia García por trabajar con tanta delicadeza en cada novela. A todo el equipo editorial por el cariño y la enorme dedicación.

Muchas gracias también a mis queridos lectores, por aguardar con paciencia y entusiasmo el regreso del inspector. Nunca olvidaré vuestras muestras de afecto.

Aunque te has ido y mi corazón se ha vaciado,  
te veré en mis sueños.

Bruce Springsteen, *I'll see you in my dreams*





JULIO CÉSAR CANO (1965, Capellades, Barcelona) trabajó en el negocio familiar hasta que el mundo de la música llamó a su puerta. Durante varios años ejerció como músico y mánager de grupos. Actualmente se dedica a la publicidad, actividad que compagina con la escritura.

Como autor, es conocido tanto por sus ensayos y artículos sobre gastronomía y viajes, como por sus novelas y relatos, entre ellos *Cocina, carretera y manta* y *Hojas de otoño*.

*Asesinato en la plaza de la Farola* es la primera investigación del inspector Monfort, a la que sigue *Mañana, si Dios y el diablo quieren*, *Ojalá estuvieras aquí* y *Floreas muertas*.

Reside junto a su familia en La Pobla Tornesa, provincia de Castellón, donde transcurre la serie del inspector Monfort.

## Notas

[1] Expresión popular. Literalmente: «Huir como la mierda en una acequia». Según la Acadèmia Valenciana de la Llengua: «Obrar sin voluntad, condicionado por las circunstancias o por la voluntad de otro».

<<